

Aureolus Filippus Teofrasto Bombasto de Hohenhcirn.

PARACELSO

# OBRAS COMPLETAS

(OPERA OMNIA)

PRIMERA TRADUCCION CASTELLANA

con estudio preliminar y anotaciones

POR

ESTANISLAO LLUESMA URANGA

Académico C. de la Nacional de Medicina

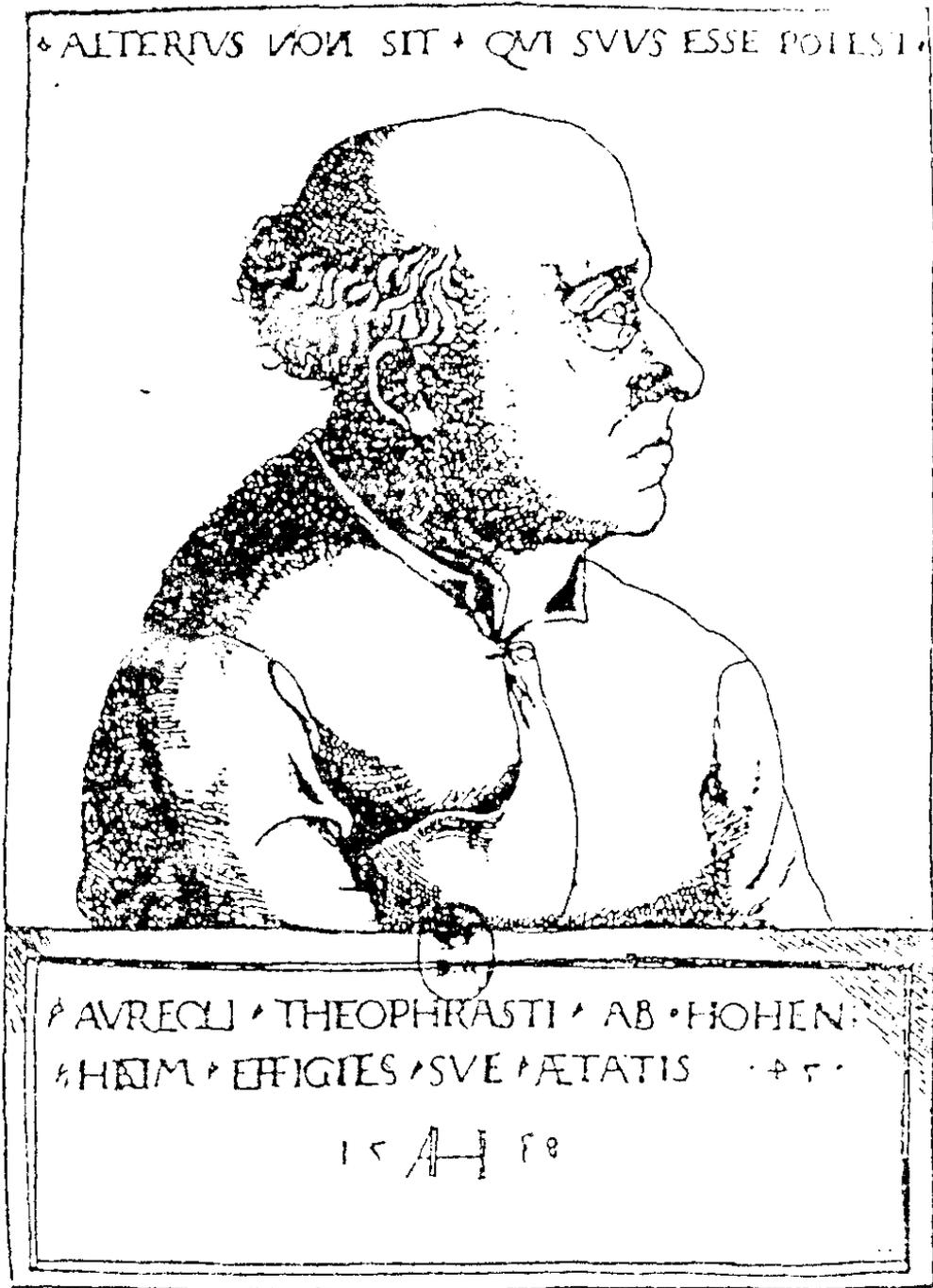
de Madrid

EDITORIAL SCHAPIRE

CORRIENTES 1681 BUENOS MRES

1945





PARACELSO  
Según un grabado atribuido a  
Agustin Hirschvogel

Theophrastus

Theopastig

Theophrastus  
D. A.

Algunas de las firmas  
de Paracelso

# ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE PARACELSO

Printed in Argentina  
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Copyright by Editorial Schaphire, Buenos Aires

## OBRAS MÉDICO-QUÍMICAS O PARADOJAS

*del muy noble, ilustre y erudito Filósofo y Médico*

AUREOLUS FILIPPUS TEOFRASTO BOMBASTO DE  
HOHENHEIM, llamado PARACELSO

***E**STE título es el del primer tomo de la edición alemana de 1599 y de las ediciones latinas de 1603 y 1658. Originalmente contenía el “Liber Paramirum” sobre el Arte de la Medicina —que incluía dos tornos— y el Libro de la Generación de las Cosas Sensibles. El primero de los libros paramíricos, el de la generación de las cosas sensibles y los tres últimos capítulos del V Tratado del segundo libro paramírico, se han perdido. En la actual edición, primera traducción castellana, incluirnos, pues, los cuatro primeros Tratados del 2º “Paramirum”, los dos primeros capítulos del V Tratado, el “Libro de los Prólogos” y el de las “Entidades”, aparecidos estos dos últimos por primera vez en la edición alemana de Estrasburgo, de 1575.*

*A pesar de sus lagunas y arbitrariedades interpretativas, la edición más completa sigue siendo la de Paltemus, de 1603, en latín, que ha sido y es, por otra parte, la más constantemente consultada y referida por los sucesivos traductores, comentaristas y exégetas. Sobre ella; sobre notas de la de Forberger y siguiendo la línea de concepto —no de texto, pues la haría a menudo incomprensible en castellano— de la traducción francesa de 1912, de Grillot de Givry, hemos llevado a cabo desde estas tierras de América la primera edición castellana, que en este punto empieza.*

(N, del T.)



## EL ACTOR

Cuando en aquel plácido atardecer de noviembre de 1493 regresaba a su casa, en el pequeño burgo suizo próximo a Zúrich, el joven y respetado médico del lugar, una arruga de preocupación iba marcando su frente con un hondo trazo oblicuo. A pesar del cansancio de la jornada, sus pies y el largo báculo de borlas que distinguía su calidad se aferraban ágilmente al camino empinado que conducía a la Ermita de Einsiedeln, esquivando a su paso los ya extensos manchones de nieve y haciendo rodar cuesta abajo innúmeros guijarros y piedrecitas de montaña.

A medio camino se encontró con el cervecero, antiguo amigo y cliente, quien con aire de ser portador de grandes novedades se le acercó con un revolver de brazos y de sonrisas oficiosas.

— ¡Doctor Hohenheim! ¿Sabe ya la noticia?

— ¿Qué. . . ya? . . .

— Dicen que unas naos de los reyes de España han regresado de las Indias por una nueva derrota, trayendo un sin fin de cosas maravillosas... oro puro, rarísimas especias, pájaros fantásticos. . . y hasta unos infieles. . . Imagínese Doctor. . . ¡enteramente desnudos!

El cervecero, agarrado de la amplia estola de terciopelo de la casaca del médico, parecía más y más excitado.

Su interlocutor en cambio, luego del relámpago de interés que había cruzado sus ojos a las primeras palabras, había quedado extrañamente indiferente y a poco, dando muestras de progresiva impaciencia, se despidió bruscamente, añadiendo entre dientes a modo de disculpa:

Sí: es posible ¡pasan tantas cosas! ¡Dios sabe!

El cervecero, un tanto sorprendido, se quedó viéndole subir la cuesta a saltos y, meneando la cabezota vulgar y peluda, pensó para su sayo: "¡Qué colección de tipos más raros son todos estos médicos!"

Sin embargo, si hubiera seguido al Doctor y hubiera penetrado con él en la revuelta y alegre casa que lo esperaba, allá junto a la Ermita, habría comprendido y disculpado la falta de atención de su amigo.

A poco, se supo en el pueblo que la mujer del Doctor Hohenheim acababa de dar a luz un niño, que al día siguiente era registrado en la oficina del Intendente del Cantón, bajo el nombre de Philippus Teophrastus.

Había nacido Paracelso.

No hay dato alguno de suficiente autenticidad que nos hable de los primeros años del joven Philippus, pero cabe pensar que el encerrado tipo de vida familiar de entonces y las esperas nocturnas al extraño y maravilloso personaje que veía en su padre, no tardaron en ir atrayendo la atención del pequeño hacia las cosas de la

Medicina. Luego sin duda fue así, pues consta que su padre fue su primer maestro y que a su lado se inició en la sagrada disciplina.

Acompañándole por aquellos vericuetos de las montañas, por aquellos soleados pueblecillos, aprendió a encariñarse con las plantas y las hierbas silvestres, iniciándose en el conocimiento y en el amor de la Naturaleza, que tan pródigamente había de recompensar su débil cuerpo de niño y su ya despierta inteligencia de hombre.

Sin embargo, su espíritu, su sentido crítico y su tenaz curiosidad, no iban a tardar en sembrarle el ánimo de dudas y la mente de reservas. Viendo las cosas de cerca y desde dentro, pudo darse cuenta con seguridad de los inevitables trucos y supercherías que su padre preparaba entre burlas y solemnes invocaciones, para sus recetas del día siguiente.

Y un día llegó a la insólita decisión: revolucionaría y transformaría la Medicina, encauzaría la Terapéutica por vías más naturales y declarararía la guerra sin cuartel al intocable trío que veneraban sus contemporáneos: Celso, Galeno y Avicena.

No debió dejar de hacer gracia al padre la fantasía y el coraje del chico. Luego, pensando filosóficamente que a pesar de todos sus consejos, la experiencia tiene siempre que acabar doliendo en cabeza propia, lo dejó ir.

Así Philippus Teophrastus, que ya en prueba de su oposición a Celso había decidido llamarse y hacerse llamar Paracelso, salió de su hogar e inició su sorprendente y continuo peregrinaje.

Asistió a las Universidades de Alemania, de Francia y de Italia, siguiendo los cursos de los hombres más destacados de la época: Scheit, Levantal y Nicolás de Ypon, doctorándose al fin con toda seguridad, por más que ello haya sido negado por algunos de sus detractores.

La época pesaba y gravitaba sin embargo inexcusablemente sobre las inteligencias del siglo y Paracelso no pudo sustraerse a ella. La magia mística, el ocultismo y la escolástica en plena pedantería reinaban en las Universidades. Por eso no fue poca la perspicacia del joven Teofrasto cuando, luego de romper públicamente con todos los fariseos oficiales, intuyó la verdad en los frondosos conocimientos médicos y de todo orden de Tritemio, célebre abate del Convento de San Jorge, en Würzburg.

Este Tritemio, al que rodeó el misterio y el temor un tanto supersticioso de sus contemporáneos, fue un criptógrafo y cabalista notable, gran conocedor y comentador de las Sagradas Escrituras y descubridor, aun en nebulosa, de importantes fenómenos psíquicos de magnetismo animal, de telepatía y de transmisión del pensamiento, aparte de químico consumado.

Su influencia en Paracelso fue perdurable y aunque al cabo de algún tiempo el discípulo decidiese separarse del maestro, disconforme con ciertas prácticas de Magia y Nigromancia, no cabe duda que fue mucho lo que su sed se calmó en tales fuentes. Como contrapunto, cabe achacar a Tritemio gran parte de la tendencia que luego distinguió a Paracelso, de complicar y enrevesar los conceptos y de ocultar las ideas bajo fantásticos neologismos.

Luego viajó por el Tirol, Hungría, Polonia, Suiza nuevamente, atravesó otra vez Francia, pasó a España y Portugal y de allí, seguramente por mar, fue a parar a Turquía adentrándose en el Medio Oriente y llegando hasta el reino del Gran Kan, en Tartana, al

hijo de cuyo Príncipe tuvo la fortuna de curar, siendo entonces agasajado y honrado como un personaje divino.

Entretanto, algunas de sus burlas e invectivas habían empezado a levantar roncha en la susceptible y presuntuosa vanidad de algunos colegas, y apenas regresado a Alemania fue acusado de charlatanería y encarcelado en Nordlingen.

Pero la libertad no podía ser esquiva a quien tanto la amaba y pronto se vio nuevamente Paracelso en la plaza pública, estudiando, curando, enseñando. . . e insultando cada vez con más bríos a sus enemigos.

Con todo, la prudencia le aconsejó levantar el campo. Su nuevo recorrido abarcó Italia, los Países Bajos y Dinamarca, asistiendo como cirujano militar a diversas campañas y obteniendo resonantes éxitos por su habilidad en el tratamiento de las heridas.

Luego, quedó algún tiempo en Suecia, bajó a Bohemia y regresó al Tirol. En esos sitios enseñaba siempre y en todas partes, con los alquimistas, con los quiromantes e incluso con los simples barberos, conviviendo con los mineros y compartiendo el pan de la gente del pueblo, a cuya relación ayudaba con su idioma, simple jerga tudesca — nunca el latín— y con su atuendo personal, desprovisto de los consabidos ornamentos.

Sus observaciones de esta época, sobre las enfermedades de los mineros y sobre las virtudes de algunos metales fueron notabilísimas; las que señalaron al mercurio como específico para curar úlceras sifilíticas, por ejemplo, pueden contarse como definitivas adquisiciones. Y así muchas más.

Con todo esto, la vida de Paracelso pasaba alternativamente por rachas de verdadera riqueza y de pobreza franciscana, ninguna de las cuales parecía afectarle mayormente. Como lógica consecuencia, tan pronto peregrinaba solo, como seguido y rodeado de exaltados y numerosos discípulos, uno de los cuales, el más constante y preferido, el célebre Oporinus, fue más tarde su peor enemigo y uno de sus más encarnizados detractores.

Hoy, por encima de sus impugnaciones y calumnias, está fuera de duda que Paracelso poseyó una gran cultura, un gran amor al estudio, un riguroso espíritu crítico y unas costumbres presididas por una sobriedad y castidad absolutas.

Ya entonces, su fama y renombre llegaron a conmover de tal manera al público, que al fin fue llamado para ocupar una cátedra en Basilea (1527), cuando sólo contaba 34 años de edad.

Posteriormente profesó públicamente en Colmar (1528), Nuremberg. (1529), Saint-Gall (1531), Pfeffer (1535), Augsburgo (1536) y Villach (1538), donde cuatro años antes había muerto su padre.

A estos 10 años de docencia ininterrumpida, signen dos más en que, retirado en Mindelheim, se ocupó en recopilar, ordenar y redactar sus escritos y conferencias, dispersas aquí y allá, entre las que se filtraron para la posteridad no pocas notas de sus discípulos.

Durante el invierno de ese segundo año en Mindelheim, Paracelso se enfermó de una rara dolencia que lo consumía poco a poco. Sin duda creyó en el beneficio que le reportaría un cambio de residencia y decidió trasladarse a su querida ciudad de Salzburgo, tan hermosa y de tan suave clima.

En ella, despertando de nuevo a su agudo y perenne misticismo, se ocupó escribiendo comentarios sobre la Biblia y la vida espiritual, algunos de cuyos fragmentos fueron publicados por Toxites en 1570. Pero el paso de la enfermedad aceleraba su marcha y Paracelso tuvo la sensación de que su fin estaba próximo.

En este punto los comentaristas han discrepado considerablemente. Para unos, Paracelso, abandonado, olvidado y reducido a la mayor indigencia, murió en el Hospital de San Esteban, cosa posible pero poco consecuente. Otros refirieron y propagaron la especie de que Paracelso, seguido por matones profesionales, a sueldo de los médicos de Salzburgo enemigos suyos, fue asesinado o envenenado alevosamente, lo cual, más humano y propio de la época, ha sido desvirtuado a la luz de las exégesis modernas.

Hoy, en efecto, parece perfectamente establecido el interesante proceso de su tránsito, henchido de dignidad y exhumado y reconstruido según los testimonios, indiscutiblemente exactos, recopilados por el doctor Aberle.

Parece cierto que estuvo internado en el hospital de San Esteban y que allí sintió un día la muerte con rara e inminente corporeidad. Su gesto tuvo entonces la serenidad suave de los elegidos. Alquiló una amplia habitación en la posada del Caballo Blanco, en la Kaygasse, que pudiera utilizar a la vez como alcoba y oficina testamentaria y se hizo trasladar a ella para esperar a la muerte como él había dicho tantas veces: "como fin de su laboriosa jornada y verdadera cosecha de Dios".

El último día de aquel verano, ante escribano y testigos, dictó su testamento, preparó su sepelio, repartió sus bienes, eligió los salmos I, VII y XXX para que fueran entonados en el momento del gran viaje de su alma, y dispuso que su cuerpo fuese llevado y enterrado en la iglesia de San Esteban.

Tres días después, el 24 de septiembre de 1541, murió, a los 48 años de edad. Ante sus restos desfiló toda la ciudad y el Príncipe Elector Arzobispo ordenó unos funerales con los máximos honores, broche digno del hombre que acababa de desaparecer.

Medio siglo después, sus huesos fueron sacados de la tierra del jardín de la iglesia y depositados en un nicho empotrado en el muro, bajo el cuidado de su albacea Miguel Setznagel. El hueco fue cubierto con una gran placa de mármol rojo y en ella, borroso por los siglos, pero aún perceptible, el cándido elogio de una leyenda grabada a escoplo de cantero, demasiado breve y sencilla para el compendio de una vida semejante:

"Aquí yace Felipe Teofrasto de Hohenheim.  
Famoso doctor en Medicina, que curó toda  
clase de heridas, la lepra, la gota, la hidropesía  
y otras varias enfermedades del cuerpo, con  
ciencia maravillosa.

Murió el 24 día de Septiembre del año  
de Gracia de 1541"

## II

### LA OBRA

El perfil psicológico de este hombre gigantesco, es esencialmente el de un gran apasionado, un gran rebelde y un gran curioso. “El saber no está almacenado en un solo lugar, sino disperso por sobre toda la superficie de la tierra”, decía, fundando con ello el sagrado y necesario universalismo de la verdadera ciencia, por el cual y a pesar de todas las vicisitudes pasadas, actuales y futuras, el hombre acaba sintiendo que la vida no es un corto viaje inútil, que las patrias no son cajas de caudales precintadas y que él puede verdaderamente haber sido hecho a imagen y semejanza del Creador.

El afán de conocer, de Paracelso, su obsesión por combatir la mentira, el hecho empírico, la charlatanería y el lenguaje rígido de clase, acercándose al enfermo y al pobre en vez de esperar verlo llegar ante su puerta como era el uso de sus engolados colegas, lo definen como un hombre inquebrantablemente aferrado a la razón justa de las cosas. Siendo inútil pensar, por otra parte, que sus fustigados contemporáneos pagasen en distinta moneda su violencia, se volvió al pueblo y les explicó la Medicina en su propia lengua plebeya, con no poco escándalo “de los contempladores de orinas y de los académicos”, como él decía.

El sobrenombre de “Lutero de la Medicina”, que le ha sido dado, encierra un fondo de exactitud imposible de desestimar y lo define con todo derecho y honor como el promotor de la gran revolución científica del siglo XVI.

Un viajero estudioso y atento, un fustigador sin miedo y sin tacha de la mala fe y de toda ostentosa vaciedad, un hombre vuelto ávida y entrañablemente hacia el pueblo, al punto de merecer el título de “médico de los pobres”. . . y sobre todo, un revolucionario por impostergable imperativo de conciencia, en medio de un siglo eminentemente aristocrático; ese fue Paracelso.

Su extraordinario y fino grado de observación le hizo substituir los viejos principios de la terapéutica al uso, por un nuevo arte, fundado en un conocimiento más exacto del hombre, considerado como una parte del Universo, a cuyas leyes no podía sustraerse. Así creó su principio del hombre como “Microcosmos”, dentro del Gran Orden Superior, o “Macrocosmos”.

El principio vital fue llamado por él, “elemento misterioso, ignoto o Arcano”, cuya acción, espontáneamente favorable, debía ser favorecida, manteniendo al enfermo en una higiénica expectativa, exhumando el viejo aforismo de “primum non nocere”, con calmantes

—como el láudano—, dietas y cantáridas y la proscripción de vomitivos, sangrías y demás medicaciones violentas, tan estimadas por los galenistas. No hay duda que con ello podía obtener —y obtenía— resonantes curaciones.

Una Alquimia de especial dignidad, antecesora venerable y honesta —aunque un tanto pintoresca, como es natural— de la actual Química Biológica, fue otro de sus

puntales, que muchos perfeccionaron y racionalizaron después, pero que nadie pudo ya suprimir de la esencia de los conocimientos médicos.

Cuando Claudio Bernard dijera siglos más tarde, que "los venenos eran los mejores escalpelos para ahondar en el estudio de la fisiología de los órganos", no haría sino rubricar para la posteridad otro de los postulados de Paracelso.

Por lo demás, su obra, copiosísima, abarca todos los extremos de la medicina entonces conocida; entre ellos se cuentan numerosos tratados sobre "la sífilis", "la peste", "las enfermedades de los mineros", "las epidemias", "las enfermedades producidas por el tártaro", "los libros de práctica", "el arte de recetar", "el análisis químico", "las influencias de los astros", "la cirugía", "el libro de las hierbas, de los minerales y de las gemas", "la matriz", "las heridas abiertas y las llagas", "la preparación del eléboro", "las úlceras de los ojos y el mal llamado glaucoma", "los principios activos que se obtienen por la trituración de los remedios". . . y, sobre todo, su "tratado contra las imposturas de los médicos", para no hablar de los "diccionarios" que su especial y enrevesada nomenclatura hizo necesarios.

A pesar de todo, han hecho falta muchos años, amén de numerosos y pacientes estudios, para ir devolviendo al limpio metal de la verdad la inmensa cantidad de hechos justos y de verdades irrefutables, y la diversidad de estupendos atisbos que su genio precursor sintió.

El polvo que empañaba sus buenas monedas no estaba tanto en el encono, envidia y rencor con que las cubrían sus vapuleados colegas contemporáneos, sino en su intrincado y a menudo incomprensible estilo dialéctico y en su lenguaje escolástico, empedrado de neologismos insólitos y extravagantes.

Esto contribuyó en no poco, unido a su pertinacia de no emplear el latín, a la fama de Mago, Astrólogo y loco de remate, con que cómodamente lo catalogaron sus inmediatos sucesores.

Aquella época fantástica, aquel "grano de locura" del siglo XVI, no podía quedar del todo extraña a su personalidad. En este sentido, Paracelso sucumbió a la exaltación mística, mágica, escolástica y quiromántica del medio, contra el que se debatió de la mejor manera posible, usando para ello su excepcional juicio, su indudable vena poética y su magnífico sentido del humor, a cuyas habilidades recurrió en más de una ocasión para cuidarse de no ser acusado de hereje, que no era uno de los regalos menos inquietantes con que por aquellos años se tropezaban los que hoy llamaríamos intelectuales liberales.

Pero Paracelso, a pesar de todos los errores y aberraciones a que la época lo empujó, que son como el ramaje que ocultaba sus espléndidos frutos y como la ganga mineral que tapaba y ensuciaba el brillante en bruto del precursor, ha dejado de ser el ocultista ilegible y tenebroso que afirmaron sus contemporáneos impugnadores. Y hoy es y se lo considera, sin ningún género de dudas, como un clásico: fundador de la terapéutica moderna y sembrador de la medicina experimental.

### III

#### LA ÉPOCA

Leonardo, Erasmo y Lutero... fueron contemporáneos de Paracelso. Es decir, la máxima expresión de arte, analizada como no lo había sido jamás hasta entonces, científica y filosóficamente: Leonardo. El mayor sentimiento filosófico y satírico, que los conocimientos científicos y artísticos de la época alcanzaron a permitir: Erasmo. Y el más alto y trascendental exponente de la pasión religiosa, iconoclasta y constructiva a la vez, transida místicamente hacia la eternidad de los símbolos e implacable en la diatriba y persecución de sus jerarcas temporales: Lutero.

Si, llevados de la fantasía o de la sugestión experimental, pudiera haberse tendido entonces un cable de campo magnético entre Rotterdam, Milán y el burgo sajón de Eisleben, habríamos delimitado un triángulo de unos setecientos kilómetros de lado, grande para el mundo de aquella época e insignificante para el de hoy, pero tan cargado de inducciones espirituales que no se concibe pudiera dejar de impregnar y avasallar el temperamento de algún ser, indudablemente predispuesto por su destino, que viese la luz en su cero. Y ese centro correspondía con bastante exactitud a Einsiedeln, la ermita de Suabia, cuna de Paracelso.

Todas las pasiones, fuerzas e inquietudes, todas las tremendas interrogantes, las críticas y persecuciones que tal clima hubo de crear, gravitaron y fermentaron en la mentalidad del gran suizo.

Daremberg ha llegado a decir que todo esto constituyó el “Arcano de Alemania”, prototipo de la esencia intelectual del siglo, cuya representación adjudicó a Paracelso. Sea de una u otra manera, la impresión más honda la produce esa carga formidable de pasión que Paracelso alberga en sí y que lanza a torrentes en la incansable movilidad de sus viajes, en su intensa voluntad de saber, explicar e interpretar y, sobre todo, en su implacable y tenaz polémica contra los malos médicos, vividores, charlatanes y pontificantes solemnes y huecos del arte de curar.

Parte por su proximidad, aún sensible, a lo medioeval, parte por la introversión que la meditación de los problemas de conciencia procuraban, el hecho es que las condiciones de ambiente o “clima” fueron especialmente favorables. Puede decirse, salvando la exageración de lo literal, que aquel mundo estaba habitado: de un lado, por una turba de filósofos, mistagogos, soñadores, alquimistas, humanistas, médicos, ingenieros incipientes y artistas y jerarcas de la religión, atentos a jugar el gran ajedrez de la Reforma y la Contrarreforma; y de otro: por una inmensa y misérrima clase popular plebeya, museo viviente de todas las lacras y enfermedades y campo experimental único para un ojo ansioso de avizorar la verdad, bajo los pliegues de ropajes complicados e inacabables, entre el borbollar de jugos filosofales, de pomadas hediondas y de extrañas liturgias.

Esta labor contemplativa y estimativa estaba especialmente favorecida por la tranquilidad que procuraba a ese cuadro social, la ausencia de los hombres de empresa y aventura, de industria y de guerra, siempre tan perturbadores para el equilibrio y la creación de los espíritus. En efecto, su corriente emigraba hacia las riquezas y maravillas que Colón exponía en Barcelona ante los atónitos ojos de los reyes de España, Isabel y Fernando, resultado de un suceso sensacional, ocurrido un año antes del nacimiento de Paracelso y que resultó ser el descubrimiento de América

Entretanto, otra emigración más sutil y menos sonora, pero también de indudable trascendencia, acababa de tener lugar desde España hacia los países de la Europa Central: la de los judíos, ordenada por los Reyes Católicos. Aisladamente, una más en el perpetuo nomadear de su raza y sin embargo, de un excepcional valor espiritual, ya que llevó con ella los tesoros del saber que el acervo de la civilización árabe había sembrado en la península Ibérica, superior en mucho a lo que la Edad Media había alcanzado en Europa y que de ese modo volvía, madura y decantada, al triángulo de Holanda, Sajonia y el norte de Italia, núcleo que había de influir en una posición rectora —con la inclusión de Francia en los siglos siguientes— en lo que hoy llamamos cultura occidental.

#### IV

#### LOS CONTEMPORÁNEOS

Ya hemos referido cómo en su pintoresco y extenso periplo, contó Paracelso con numerosos discípulos y seguidores. De estos contemporáneos sólo ha quedado el nombre de Oporinus, su secretario y discípulo predilecto durante muchos años, que acabó volviéndose contra su maestro y erigiéndose en su primer y principal detractor, al lado del cual, Erasto, también enemigo jurado de Paracelso, formó la base de una serie de informaciones inexactas y calumniosas, como la de presentarlo como un ebrio habitual, galeote y sucio vagabundo.

Al lado de esto hay, sin embargo, algunas cosas ciertas, como ser la imputación de tratar de ocultar conceptos o medicamentos bajo palabras estrafalarias —alambicaciones latinas generalmente—, cuya traducción debía lograrse con una clave especial, que hacía inservibles y misteriosos en cierto modo, los principios de la Medicina paracelsiana, como si quisiera sustraer su conocimiento a los demás. Digamos que esto sólo era un pecado menor, por cuanto el mismo se hallaba muy difundido entonces, como trasunto del fondo hermético y ocultista de aquella época. Siglos más tarde todavía encontramos, por ejemplo, el caso del fórceps, instrumento mágico, cuyo secreto fue celosamente guardado durante muchos años, de padres a hijos, en el seno de una misma familia.

Otro impugnador importante fue Lieber, quien en 1572 escribió una “**Disputatio de Medicina nova Paracelsi**”, editada en Basilea e impregnada del mismo espíritu de Oporinus y Erasto.

Un hecho sorprendente es la actitud de Erasmo de Rotterdam, ferviente defensor y amigo de Paracelso durante su vida y vuelto contra él y contra su obra después que murió.

El único que, al parecer, le guardó plena fe y consideración, aun no siendo su discípulo —o acaso por eso mismo— fue el cónsul de Saint-Gall, doctor Joaquín de Wadt, por quien Paracelso mostró siempre un gran afecto y gratitud y a quien finalmente dedicó varios de sus escritos.

De sus inmediatos seguidores en el tiempo, merece destacarse el gran Van Helmont, cuya afirmación de que “la mujer es todo útero”, tan traída y llevada por los sexólogos modernos, es de la más pura cepa paracélsica.

Todavía en pleno siglo XVII, Guy Patin se escandaliza de que en Ginebra se reimpriman las obras de Paracelso en cuatro volúmenes en folio, considerando como una vergüenza que semejante trabajo aun encontrara prensas y obreros que quisieran ocuparse de él.

Lo cierto es que, agotado por el encono y el menosprecio, el recuerdo de Paracelso pareció hundirse en el olvido, a salvo del interés con que algunos eruditos de primer plano, como Descartes y Montaigne, lo comentaron.

## V

### LA POSTERIDAD

En el siglo XVIII Paracelso desaparece de la escena, pero la calma del olvido injusto, ante la tempestad de la rehabilitación entusiasta, va a terminar bien pronto.

Corresponde, en efecto, al erudito Cristóbal Gottlieb von Murr, en las postrimerías de esa centuria, sacudir con la campana de su entusiasmo a la opinión de la Europa culta (**Neues Journ. z. Litterat. und Kunstgeschichte. Leipzig. 1798-99. II**).

A partir de él y con las primeras, luces del siglo romántico, todos los autores rivalizan en el mismo empeño.

Preu (**Das System der Medicin des Theophrastus Paracelsus. Berlin 1838**), Lessing, con su magnífica biografía (**Paracelsus, sein Leben und Denken. Berlin 1839**), Marx (**Zur Würdigung des Theophrastus von Hohenheim. Göttingen 1840-41**) y Locher (**Theophrastus Paracelsus. Zürich 1581**); Mook (**Theophrastus Paracelsus, eine kritische Studie. Würzburg 1874**), Schubert (**Paracelsus Forschungen. Frankfurt am Main 1887**) y Sudhoff (**Versuch einer kritik der Echtheit der Paracelsischen Schriften. Berlin 1894. Reiner ed**), reclaman para Alemania las primeras exégesis triunfales, homenaje lógico al primer hombre que, aunque suizo, consagró la intención de hacer del alemán un idioma de cultura.

Entretanto Stanelli publicaba en Rusia un notable estudio crítico sobre la filosofía de Paracelso (**Die Zukunft Philosophie des Paracelsus. Moskau 1884**).

En Suiza, la tierra natal, un poco en retraso como todas las tierras natales, Kahlbaum, profesor de Basilea, pronunciaba una conferencia consagradoria en 1894

(**Ein Vortrag gehalten zu Ehren Theophrast's von Hohenheim**). Este magnífico alegato, henchido de honda y razonada pasión, alcanzó una resonancia extraordinaria. El hielo había sido roto.

En lengua inglesa, a la paciente serie de trabajos de Ferguson (**Bibliographia Paracelsica. Glasgow 1877- 1893**) y de Weber (**Paracelsus - A portrait medal of Paracelsus - Additional remarks on Paracelsus. London 1893-1895**), se añade la biografía reunida por Hartmann (**Life of Paracelsus. London 1887**), los estudios sobre su Alquimia, por Waite (**The Hermetic and Alchemical Writings of Paracelsus. London 1894**), una nueva biografía, de Stoddart (**The Life of Paracelsus. Glasgow 1915**) y, ya reciente, la primera norteamericana, de Stillman (**Theophrastus Bombast von Hohenheim. Chicago 1920**).

Von Petzinger (**Ueber das reformatorisches Moment in den Anschauungen des Theophrastus von Hohenheim. Greifswald 1898**) y Schneidt (**Die Augenheilkunde. München 1903**) consagran sus tesis inaugurales a Paracelso.

Magnus, de Breslau (1906), lo califica de "Arquímico" y finalmente, otro hijo ilustre de la misma Einsiedeln, Raimundo Netzhammer, arzobispo de Bucarest, publica,, en 1901, su mejor biografía, esbozada pocos años atrás (1895) en la Royal Institution, por el arzobispo anglicano de Londres. (Netzhammer - **Theophrastus Paracelsus, das Wissenswerkeste über dessen Leben, Lehre und Schriften. Einsiedeln 1901**).

En Francia el interés y la exégesis de la obra de Paracelso cubren las mismas etapas, aproximadamente en el mismo plazo, aunque con un sensible y natural retardo respecto a los países germanos. A pesar de todo, su popularidad es mucho menor y, salvo los eruditos, sólo llega al público en los reducidos núcleos devotos de las ciencias ocultas, que sentaban sus reales en los areópagos curiosos, exquisitos y "dilettantes" del Boulevard Saint-Michel, en el barrio latino.

Bordes-Pagés (**Philosophie médicale au XVI siècle. Paracelse, sa vie et ses doctrines. Revue Indépendante. avril 1847**) es el primero que se ocupa de un esbozo de su vida y obra, con palabras de sorprendido elogio que repite algunos años más tarde Bouchardat (**Nouveau Formulaire Magistral. Paris 1850**) y, sobre todo, Cruveilhier, con sus entusiastas artículos (**Revue de Paris. 1857**), Bouchut (**Histoire de la médecine et des doctrines médicales. Paris 1864**) y Jobert (1866, París), y Durey (1869, París), que le dedican sus tesis.

De esta uniformidad de criterios, se destaca y separa un autor tan distinguido como Daremberg, quien en su **Histoire des Sciences Médicales**, arremete contra Paracelso con tan encarnizado encono, que no puede por menos de hacer pensar si no es extraña a su actitud la desventurada fecha de 1870, en que su obra apareció. Daremberg considera de hecho a Paracelso como alemán y lo trata en enemigo; él es el creador de la frase de que Paracelso personifica el "Arcano de Alemania" y evidentemente se complace en descargar sobre él todo su rencor de viejo patriota. A las palabras generosas y entusiastas de Cruveilhier, que lo considera como uno de esos "innovadores que, a través de todos los obstáculos, se lanzan por encima de mil quimeras y mil ensueños a la conquista de un nuevo ideal. . .", opone la afirmación de que "jamás se ha visto que las quimeras y los sueños conduzcan a nada", lo cual, sobre desvirtuar el texto, es humanamente inexacto y afectivamente injusto y lamentable.

Pero esto es un aislado e inoperante punto negro, que tan sólo sorprende dada la incuestionable erudición de su autor.

Tras él, vuelven a agruparse en el elogio Grasset (**La France médicale. octubre 1911**), Lalande y Gallavardin (**Le Propagateur de l'Homéopathie. Rey. mens., avril 1912**) y, sobre todo, Grillot de Givry, quien en 1913 publica la primera y única traducción de las Obras Completas de Paracelso, en francés, obtenida con un celo, meticulosidad y competencia por encima de todo elogio.

No se trata, pues, de ninguna aventura o coincidencia: Paracelso ha tocado los limbos de la gloria y la Historia, en adelante, no puede más que rendir un testimonio que se llama: admiración y justicia.

(Los únicos manuscritos directos que se conservan hoy, de reconocida autenticidad, son los de Vosius y Huser, los de la Biblioteca de Viena y los que Wegenstein halló entre los legajos del Monasterio del Escorial, en España.)

## VI

### SÓLO ANTE TI, LECTOR...

Después de lo que antecede, el traductor de esta primera edición castellana, se te acerca, lector, con la emoción de quien deposita ante un amigo amable y bien sintonizado por su interés y su espiritualidad, una joya antigua de complicado engarce y rara belleza.

Toda nuestra obsesión ha sido respetar la integridad total del detalle y la extensión del texto, a despecho de sus reiteraciones y complejidades, que son también el color del estilo con que fue creado. Pero, además, luchar página a página con su enrevesamiento expresivo e idiomático, intentando que su enunciado pase a un castellano conexo y comprensible, lo que, en honor a la verdad, creemos haber conseguido en casi todos los pasajes.

Una autora de exquisita sensibilidad y agudo juicio ha dicho recientemente que las traducciones se parecen a las mujeres en que no pueden admitirse más que absolutamente fieles o tan bellas, que hagan perdonar y olvidar sus pequeños deslices.

Declararemos que nuestra ambición ha sido aquí, lograr y confundir estas dos virtudes; belleza y exactitud. Amar lo que nos es amable, resulta nuevamente un aforismo imprescindible.

Por lo demás, el castellano empleado ha sido, deliberadamente, un poco arcaico en la sintaxis, aunque con absoluta modernidad prosódica. Creemos haber contribuido así a conservar el “sabor” del texto y de la época.

Hay, no obstante, algunas adiciones e innovaciones que debemos declarar. Las más importantes se refieren a la agrupación de las dedicatorias al comienzo de la obra en conjunto y la subtitulación de los capítulos—que Paracelso marcaba con una simple cifra con números romanos—, por breves leyendas alusivas al contenido de cada paréntesis, redactadas bajo la idea de hacer más directo y ligero el trabajo del lector.

Las demás pequeñas cosas que han podido ir surgiendo, van señaladas al pie de las páginas, junto con las notas que nos ha parecido interesante recopilar.

Por último, hemos incluido entre pequeños paréntesis; después de las palabras o ideas dudosas o de varia interpretación, la palabra latina, copiando —aunque no siguiendo siempre— la línea de la traducción francesa.

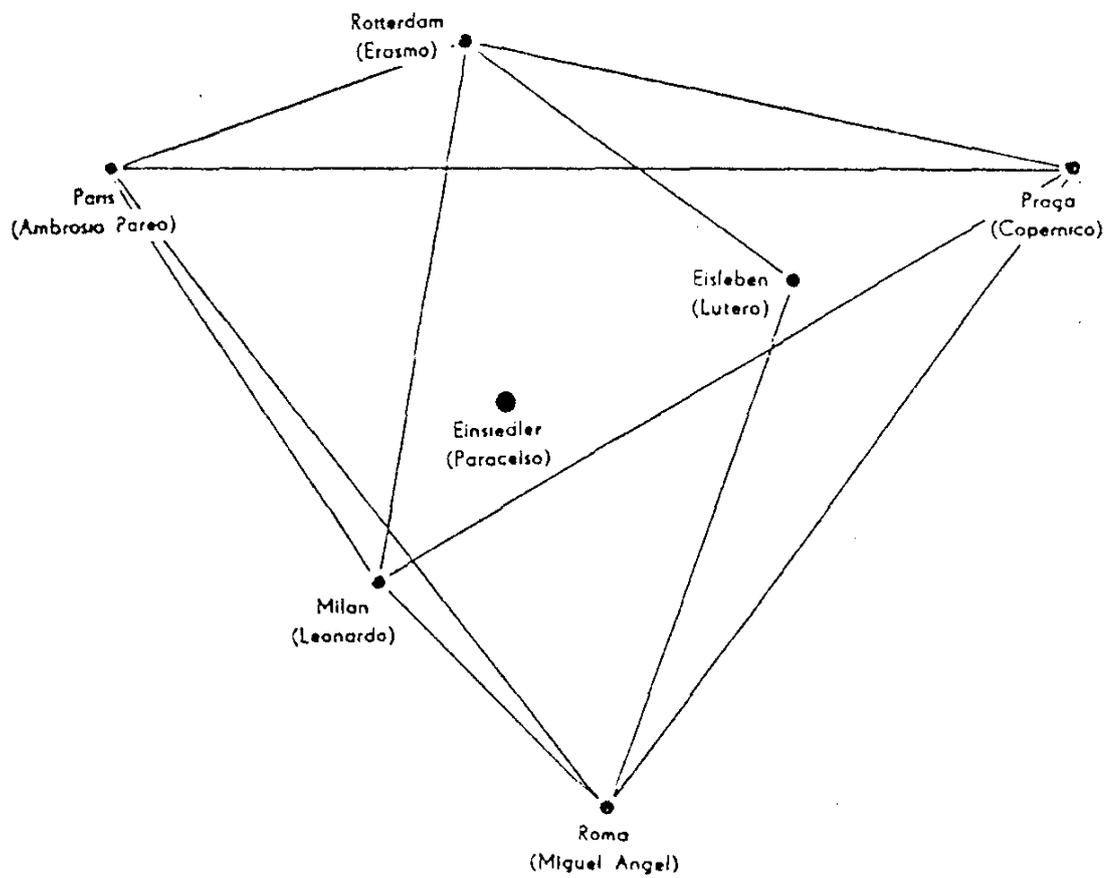
Y ahora, previo el reconocimiento que la amistad, la cortesía y la justicia nos hacen rendir al notable esfuerzo del editor, ha llegado el momento en que hemos de callar.

En adelante, serás tú, lector, quien haga el gasto apreciativo: ante él te dejo con faz risueñamente inquieta y mente madura de curioso interés.

Buenos Aires, enero de 1945.

E. LLUESMA-URANGA

DIÁGRAMA GEOGRÁFICO Y ESPIRITUAL CONTEMPORÁNEO  
DE PARACELSO



Descubrimiento de América  
Expulsión de Árabes y Judíos de España

Renacimiento Italiano  
Re forma

## DEDICATORIA AL SEÑOR Y DOCTOR

### JOAQUÍN DE WADT<sup>1</sup>

He aquí, Excelentísimo Señor de Wadt, cómo no me ha sido posible dejar de publicar este primer libro de mis obras paraméricas (**liber meorum Paramirorum operum**), en el cual y luego de largos estudios, pacientemente proseguidos día y noche, he aspirado a instruir e informar a mis oyentes en los secretos de la Ciencia Médica. Creo que esto ha de procurarles mayor provecho del que ahora pudieran imaginar, por más que no falten los que me acusen por ello del pecado de soberbia.

Tanto se me da que me reprochen de apasionado o de ignorante. Yo sé que la habilidad o el grado de arte o ciencia que alcancen a poseer en Medicina, podrá medirse por el grado de estima y provecho en que hayan tenido mis obras y enseñanzas. Sepa el corrompido por los Filósofos que ello le incapacita ya para mi “Monarquía”. Tampoco espero el menor elogio de los Humoristas ni de los Augures, así como de los aficionados a la Astronomía. Bien sé qué dirán que mi Física, mi Cosmología, mi Teoría y mi Práctica son singulares, nuevas, sorprendentes y aún absurdas. ¡Cómo podría ser de otro modo si ninguno se ha vestido como yo sobre la faz de la tierra!

No me asustan, puedo decirlo, las multitudes de sectarios, sean de Aristóteles, de Ptolomeo o de Avicena. Mucho más me preocupa la mala voluntad, el derecho injusto, la rutina, el orden pre-establecido y el llamado hábito de la Jurisprudencia. Pues en verdad os digo que nadie posee otros dones que aquellos que ha sabido ganar o adquirir.

Por lo demás, no seré yo el que llame al que no quiera darse por aludido.

Sea, pues, Dios con nosotros, protector y preservador nuestro en la Eternidad. Y Él sea con vosotros también<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> En los libros originales de Paracelso, esta dedicatoria figura como epílogo de sus dos primeras obras. Nosotros hemos preferido colocarla al principio de todo, en procura de una mejor armonía del conjunto.

<sup>2</sup> La notabilísima pieza de esta dedicatoria, expresa mejor que nada, como muy bien ha dicho el traductor francés Griliot de Givry, la noble y elevada finalidad que persiguió Paracelso a lo largo de su obra. Paracelso se daba perfecta cuenta del efecto que producía sobre sus contemporáneos. Conocía muy bien la teoría de su pretendido empirismo y no tenía nada de ignorante, como proclamaban sus detractores. Si él los despreciaba de tal modo era, sencillamente, porque tenía verdadera fe en una Ciencia superior, que supo defender con tenacidad durante toda su vida.

# **LIBRO DE LOS PRÓLOGOS**



# LIBRO DE LOS PRÓLOGOS

## (*Libellus Prologorum*)

### LIBRO PRIMERO

#### PRÓLOGO PRIMERO

(Del contenido de la Medicina)

Conviene que sepas previamente, amigo lector, que todas las enfermedades tienen, universalmente, cinco tipos de tratamientos diferentes y fundamentales. Empezaremos pues el estudio de nuestra medicina por el tratamiento (**curatio**) y no por las causas, ya que la debida aplicación de los tratamientos nos conducirá como de la mano a desentrañar el origen mismo de las dolencias (**ex juvantibus**). El punto esencial y primer argumento de nuestro libro será la afirmación de estos cinco tratamientos (**curationes quinque**), lo que deberás aceptar como si fueran cinco ciencias en Medicinas cinco artes o cinco facultades del entendimiento.

Cada una de ellas es capaz por sí sola de constituir un medio terapéutico completo para la curación de todas las enfermedades (**facultas medicinae**) en manos de un médico hábil, competente y experto, el cual sin embargo deberá saber cuál es el mejor (**insígnito**) y escogerlo así para cada caso. De esta manera le será posible curar cualquier accidente, sufrimiento o dolencia, tanto en una como en otra medicina<sup>3</sup>.

Será bueno de esta manera que cada médico se esfuerce en un estudio cotidiano y constante para alcanzar la máxima ciencia y experiencia en cualquiera de los cinco métodos, sin olvidar que tanta o más importancia tiene alcanzar el conocimiento del alma que el del cuerpo de sus pacientes. Asimismo poseerá sólidos fundamentos en sus estudios y aún en otros, más allá de la estricta medicina. La base de su ciencia estará en él mismo y no en esta o aquella subjetividad extraña<sup>4</sup>. No debe aceptar o descartar una causa por otra sin las debidas razones ni discutir sin fundamento, y en cualquier caso debe tener y demostrar una perfecta confianza en sí mismo.

Con cada uno de estos métodos, suficientemente perfectos “per se” e “in se”, puede alcanzar una disquisición y una comprensión completas, teóricas y prácticas, del conocimiento de las causas y de la curación de las enfermedades.

---

<sup>3</sup> Se refiere implícitamente a los dos grandes grupos de causas de la Patología Paracelsiana, que son las causas visibles (o que provienen de lo que llamó “las tres primeras sustancias”) y las invisibles, determinadas por impresiones ocultas de los astros.

<sup>4</sup> O sea, experiencia por propio conocimiento.

Con lo que damos fin al exordio de nuestro primer libro médico.

## PRÓLOGO SEGUNDO

(De los dos grandes grupos de enfermedades y del modo de conducir sus remedios)

El que quiera ser médico debe tener presente por lo pronto, que la medicina es doble: Clínica o Física y Quirúrgica, lo que no quiere decir que tenga dos orígenes distintos sino más bien dos expresiones; se trata de una división puramente específica que encierra en sí misma su propia razón de ser. La fiebre y la peste, por ejemplo, aun proviniendo de la misma fuente, tienen, según es notorio, manifestaciones propias y diferentes. Cuando esa fuente, o causa mórbida, expresa una putrefacción interna se produce la fiebre; que en ocasiones obliga a guardar cama (**clínice**) y en otras se termina en peste, es decir, abandona el centro y se manifiesta en la superficie externa del cuerpo<sup>5</sup>.

El alcanzar y poseer la razón y el buen juicio en una u otra medicina será resultado de no haber echado en olvido cuanto antecede y de haberlo meditado reiterada y detenidamente.

Toda afección que va del centro a la periferia debe considerarse como física (clínica) y toda aquella que, por el contrario, gana el centro partiendo de la periferia, será tributaria de la Cirugía<sup>6</sup>. Aclarando esto, debe considerarse que todo lo que se resuelve por los emunctorios naturales del cuerpo, por propia secreción de la natura l'a, es enteramente físico. Y quirúrgico, en cambio, todo lo que haga irrupción por emunctorios no naturales.

De la misma manera, todo lo que pueda ser visible en la superficie del cuerpo debe ser considerado como una herida, propio de la cirugía, y de orden físico por el contrario, si permanece escondido.

En realidad estas son las razones y el estado de cosas que dividen a los médicos en las dos grandes sectas de clínicos y cirujanos. Con todo, cada una de ellas podrá alcanzar la curación de sus enfermos por los cinco métodos y las cinco causas ya señaladas, que cada cual estimará a su manera.

En fin, si como queda dicho, debe conocer cada secta todos y cada uno de estos cinco orígenes —lo que podría dar lugar a su vez a cinco sectas distintas para cada uno de los dos grandes grupos o especialidades—, no es menos cierto que en último término sólo, existe una secta para el verdadero conocimiento e intelectualización de las causas.

De esta manera hemos querido definirlos grados y los estados que vamos a encontrar entre los médicos.

---

<sup>5</sup> Paracelso trasunta aquí los conceptos de Medicina o Patología Interna y Medicina o Patología Externa, que son clásicos hoy, orientando ya hacia la cirugía las enfermedades que producen supuraciones, fístulas y abscesos.

<sup>6</sup> Se refiere, indudablemente, a la Traumatología.

## PRÓLOGO TERCERO

(De los modos o maneras de curar)

Pasemos ahora al estudio de los cinco orígenes, facultades médicas o modos de curar.

I. — Medicina natural: Concibe y trata las enfermedades como enseña la vida y la naturaleza de las plantas, según lo que convenga en cada caso, por sus símbolos o concordancias. Así curará el frío por el calor la humedad por la desecación, la superabundancia por el ayuno y el reposo y la inanición por el aumento de las comidas. La naturaleza de estas afecciones enseña que las mismas deben ser tratadas por rechazo de acciones contrarias. Los defensores y comentaristas de esta secta fueron, entre otros, Avicena, Galeno, Rasis y sus discípulos.

II. — Medicina específica: Los que pertenecen a esta secta tratan las enfermedades por la forma específica o “Entidad específica” (**Ens specificum**). El imán, por ejemplo, atrae el hierro no por intermedio de cualidades elementales sino a través de fuerzas y afinidades específicas. Los médicos de esta secta curan las enfermedades por la fuerza específica de los correspondientes medicamentos. A esta secta pertenecen también aquellos otros experimentadores llamados empíricos por algunos, con justa burla, y también, en fin, entre los naturalistas, aquellos que hacen uso y receta de purgantes, ya que los que administran purgantes imponen fuerzas extrañas que derivan de lo específico, fuera de todo lo natural, saliéndose de una secta para entrar en otra.

III. — Medicina caracterológica o cabalística: Los que la profesan curan las enfermedades, según lo que sabemos a través de sus libros y escritos, por el influjo de ciertos signos dotados de extraño poder, capaces de hacer correr a aquel a quien se le ordena o darle o sustraerle determinados influjos o maleficios. Ello puede lograrse también por la acción de la palabra, siendo en su conjunto un método eminentemente subjetivo. Los maestros y- autores más destacados de esta secta fueron: Alberto el Grande, los Astrólogos, los Filósofos y los dotados del poder de hechicería.

IV. — Medicina de los espíritus<sup>7</sup>: Sus médicos cuidan y curan las enfermedades mediante filtros o infusiones en los que aciertan a coagular (**cogere**) el espíritu de determinadas hierbas o raíces, cuya propia substancia ha sido responsable anteriormente de la enfermedad (**similia similibus curantur**). Ocurre de la misma manera que cuando un juez, habiendo hecho encadenar un reo, resulta luego el solo salvador de aquel condenado, al que únicamente su poder y su palabra serán capaces de devolver la libertad. Los enfermos que se consumen de estas dolencias pueden curar gracias al espíritu de esas hierbas, según el arte que se expresa en los libros de esta secta, de la que formaron parte gran cantidad de médicos famosos, como Hipócrates y su escuela.

---

<sup>7</sup> Espíritu, no en su acepción literaria o filosófica moderna, sino como esencia de toda vida o impulso, animado o inanimado (spirito). Por eso no podemos llamar en castellano a los médicos de esta escuela espirituales, espiritistas ni médicos del espíritu, sino “por” el espíritu.

V. — Medicina de la fe: La fe resulta aquí el arma de lucha y de victoria contra las enfermedades; fe del enfermo en sí mismo, en el médico, en la favorable disposición de los dioses o en la Piedad de Jesucristo. Creer en la verdad es causa suficiente de muchas curaciones y en este capítulo la vida de Jesucristo y de sus discípulos nos da el mejor ejemplo<sup>8</sup>.

#### PRÓLOGO CUARTO

(Del método de la enseñanza médica)

Los libros que expondremos a continuación estarán divididos en dos partes: una comprenderá la práctica del cuerpo, en tanto que en la otra —quirúrgica— nos ocuparemos de las heridas, separadas una y otra por párrafos y capítulos especiales. Acomodaremos ahora este preámbulo o prólogo (**proesagium**) a cada parte, de suerte que convenga y corresponda a todas ellas en todos sus grados. Entretanto y antes de comenzar los cinco libros prometidos hemos de daros ¡oh, médicos de cada secta! una advertencia nueva y distinta, que es lo que vamos a llamar “Paréntesis médico”.

La razón de este “paréntesis” previo está dada por la naturaleza de estos prólogos, así como de la del contenido de los libros subsiguientes, en forma tal que siendo adecuado para todos y cada uno de nuestros discursos, pueda subsistir independientemente de ellos. En este paréntesis conoceréis verdaderamente los orígenes de todos los males así como su mecanismo de producción, de todo lo cual los médicos, sea cual fuere la secta a que pertenezcan, deben estar perfectamente informados.

Si así lo hacen no hay duda de que podrán obrar cuerdamente y con plena libertad en cualquiera de las sectas a que correspondan sus conocimientos, pues por encima de ello conocerán el verdadero origen de las enfermedades.

Es lógico que este paréntesis, en el que se exponen las causas de todos los morbos, preceda a los cinco libros de conclusiones<sup>9</sup>. Y ello es así, indispensable, ya que toda curación debe referirse a una causa concreta. La verdadera causa será descubierta por el hombre hábil que posea el conocimiento de las cosas necesarias para lograr la curación.

Ahora seguirán cinco partes que llamaremos “Tratados”. Y serán precisamente cinco ya que cinco son los órdenes de cosas de que proceden las enfermedades, divididos en capítulos para su mejor comprensión y orientados todos ellos en los dos

---

<sup>8</sup> Las cinco sectas de Paracelso tienen su proyección exacta en la actualidad, hechas las naturales salvedades al enfoque y a la distancia: así, los naturalistas no son otros que los viejos médicos rurales, desprovistos de libros e instrumentos y tan llenos de prudencia e indiferencia como de confianza en la Naturaleza y en los remedios elementales o "caseros". Los especificistas son los fármacos-terapeutas halópatas de nuestros días. En los caracterólogos nigromantes encontramos a los neurólogos psiquiatras y psicoanalistas. Los espiritualistas resultan los antepasados directos de los especialistas en química biológica, dietólogos, vitaministas y, en cierto modo, también los homeópatas y los alergistas. En cuanto a los que curan por la fe, vemos bien que su actualidad perdura y perdurará eternamente en sus distintos rasgos científicos, cuyos grados no vamos a señalar aquí, pues están perfectamente sin duda en el espíritu del lector.

<sup>9</sup> Paracelso, a pesar de haber dicho al principio que el tratamiento tiene más importancia que el estudio de las causas, sin duda refiriéndose al orden práctico, hace preceder el conocimiento de éstas en cuanto sus escritos, dirigidos a los médicos, adquieren un verdadero valor científico de enseñanza.

órdenes intelectuales de la medicina —clínica y cirugía— que subsisten independientes en las diversas sectas y que se distinguen por reglas bien definidas.

## LIBRO SEGUNDO

### PRÓLOGO PRIMERO

(Advertencia sobre la necedad de los médicos librescos y sobre la conveniencia de la universalidad de los conocimientos médicos)

A vosotros, médicos y cirujanos que leáis este Paréntesis, con cuyo provecho os será dado alcanzar la categoría de verdaderos médicos, debo deciros para empezar, que no debéis considerarme inhábil o ignorante en vuestros libros sólo porque marchemos por diferentes caminos. El que no os acompañe se debe simplemente a que ni vuestro estilo, ni vuestra práctica, ni el conocimiento que tenéis de las causas —perfectamente erróneo—, nos convence en nada, como vamos por otra parte a repetir y demostrar a continuación.

No es la rareza de vuestras curaciones milagrosas ni la abundancia de los enfermos que, habiéndose sometido a vuestros cuidados, os han abandonado luego, lo que menos nos asombra, sino que a pesar de ello sigáis glorificando más allá de toda medida a vuestros maestros Caldeos, Griegos y Árabes. Ya que, según el testimonio de sus escritos, la misma suerte cupo a aquellos enfermos que a lo vuestros de hoy en día, de los que han acabado por morir la mayor parte.

La verdad es que ni esos libros debilitan los nuestros, ni sus métodos (de los que en realidad no tenéis la menor idea) impugnan ni destruyen los que nosotros practicamos. Deberían pensar, por el contrario, en no combatirnos con tales armas, que al fin y al cabo son las mismas que nosotros empleamos hoy a nuestro favor y en verdad os digo que no lograrán con ello más que favorecernos.

Si en nuestros libros omitimos muchas cosas es porque las mismas se encuentran ya correctamente en las obras antiguas, lo que no dejamos de reconocer y señalar siempre que es preciso o conveniente, sin negar a cada autor la originalidad que le corresponde. Sin embargo, no nos expresamos nunca de ese modo más que cuando hablamos de los métodos de la Medicina natural, en la que vosotros pretendéis con notoria insolencia ser considerados como sabios eminentes. Y os digo que ya que insistís en rechazar con tanta arrogancia los conocimientos de las otras cuatro sectas, debo admitir que lo hacéis así, sencillamente, porque no los habéis estudiado ni comprendido.

A pesar de lo que afirmáis, os diré también que Hipócrates ha estado mucho más cerca de la secta espiritualista que de la Medicina natural, por más que no haya hecho mención de tales diferencias en sus escritos; que Galeno obró mucho más de acuerdo en

general con la Medicina caracterológica y con los presagios que con la Medicina natural; y que otro tanto puede referir- se de igual modo a muchos otros autores.

Igualmente os diré que si bien es cierto que los Secretos, Misterios y Fuerzas sobrenaturales (**Facultates**) pueden ser considerados a justo título como “Magnalia artis”, en la mayoría de los casos permanecen ocultos o escondidos (**supprimuntur**), por lo que con vendrá ir a su busca por vías más lentas (**via longationis**) y más seguras, que nos permitan contemplar, recorrer, repasar y comparar nuestras observaciones con todo detenimiento.

## PRÓLOGO SEGUNDO

(Sobre las “formas clínicas”)

En este Paréntesis vamos a explicaros los fundamentos universales de la ciencia médica, que podéis reconocer lo mismo en Avicena y en Rasis que en Averroes, Hipócrates o Galeno.

Todas las cosas comprendidas aquí deben en efecto tenerse en cuenta, ya que son igual de necesarias en la teoría que en la práctica para el conocimiento de todos los males y de sus correspondientes tratamientos, tanto si sois médicos como cirujanos.

Explicaremos ahora brevemente el contenido de este Paréntesis. En él vamos a ocuparnos de las Entidades (**Ens**) como orígenes engendrados de todas las enfermedades, separadas en los cinco grupos clásicos, desde cada uno de los cuales pueden producirse todos los males pasados, presentes o futuros.

Os convendrá mucho, en efecto, médicos que me leáis o escuchéis, prestar una gran atención a estas cinco entidades y no creer que todos los males provienen de un solo origen. Un ejemplo aclarará lo que acabo de decir: supongamos el caso de la peste y preguntémonos de dónde proviene. Los adictos a la Medicina natural me diréis que de la disolución de la Naturaleza; los afiliados con los astrónomos preferiréis considerarla como consecuencia del movimiento del cielo y del curso de los astros. ¿Cuál de los dos estará en lo cierto? Pues yo digo que los dos y que cada cual lleva su parte de razón, e incluso que hay además otras razones, ya que la Naturaleza es una Entidad y los Astros otra Entidad... etc. Debe saberse que existen cinco pestes, no distintas por sus géneros, esencias, formas o especies, sino por los orígenes de donde provienen. Diremos, por lo tanto, para terminar, que nuestro cuerpo está sometido (**subjectum**) a cinco entidades, cada una de las cuales posee en potencia todas las enfermedades. Y que deberán considerarse cinco hidropesías, cinco ictericias, cinco fiebres, cinco chancros y así sucesivamente.

## PRÓLOGO TERCERO

### (Naturaleza de las Entidades)

Definido el nombre y número de las Entidades según acabamos de expresar en el prólogo anterior, vamos a ocuparnos en éste de conocerlas debidamente. La Entidad es la causa o cosa que tiene el poder de dirigir (**regendi**) el cuerpo.

Cuando habláis tendenciosamente contra nosotros y afirmáis que la peste proviene de humores cuya malignidad está mantenida latente en el interior del cuerpo, sentáis una notoria falsedad. En vez de entreteneros en ver **cómo** está el cuerpo cuando se halla atacado de infección, deberíais ocuparos en averiguar **cuál** es o **qué** es el veneno que lo contamina. Recordad que todos los males posibles surgen ellos mismos del cuerpo en un momento dado, en el cual el organismo resulta inflamado o atacado de una u otra manera, a pesar de que no se pueda en la mayoría de los casos precisar la causa determinante de la enfermedad.

Aparte esto, recordad también que hay cinco cosas que hieren el cuerpo y lo disponen a la enfermedad y que es necesario que el organismo se someta a ellas, pues sólo así logrará su debilitamiento<sup>10</sup>.

De esta manera veremos cómo cinco fuegos invaden y surgen del organismo toda vez que cada una de las Entidades lo alcanza con su tremendo poder afflictivo (**afficere**).

Así, cuando os halléis ante un paralítico, vuestra primera precaución será examinar cuidadosamente el fuego, o sea la Entidad, que ha producido la parálisis. Con lo cual os diré que el médico que no llegue a precisarlas y poseerlas completamente, está verdaderamente ciego y no logrará jamás la curación de ninguna otra enfermedad.

## PRÓLOGO CUARTO

### (Más sobre la naturaleza de las Entidades)

Continuaremos aquí con el estudio de la naturaleza de las Entidades. Previamente diremos que en los escritos de gran número de nuestros antepasados y predecesores se encuentran alusiones e ideas plenamente acordes con nuestro concepto de la medicina, cuyo principio quintuple condensaban ellos en uno solo, que llamaban “soplo vital”. De la misma manera, y por más que demos hoy la preferencia a los remedios hechos con nervios y médula, nos guardaremos muy bien de menospreciar sus recetas.

Como final del exordio de este paréntesis vamos a definir las Entidades como las directoras, moderadoras y reguladoras de nuestro cuerpo.

En el primer tratado nos ocuparemos de la esencia y la fuerza que encierran los astros. Esta fuerza, que actúa e influye constantemente sobre nuestro ser, se llama

---

<sup>10</sup> Concepto de Inmunidad y Anafilaxia actuales.

**Entidad Astral (Ens astrorum)** y debe ser tenida en cuenta como la primera a la que estamos sometidos.

La segunda fuerza o potencia es la **Entidad de los Venenos (Ens veneni)**, cuya acción es siempre perturbadora (**alterat**) y violenta. En este sentido debéis observar la diferencia esencial que distingue a estas dos Entidades, pues así como la influencia de los astros es intrínsecamente saludable e incapaz de proporcionarnos perjuicios de ninguna clase, la de los venenos resultará siempre nociva.

La tercera fuerza es aquella que debilita y desgasta nuestro cuerpo por el simple hecho de vivir y puede coexistir o no con las demás. La llamaremos **Entidad Natural**. Estaremos expuestos a esta Entidad en todas aquellas ocasiones en que exijamos abusos o esfuerzos inmoderados a nuestro cuerpo o el mismo se halle debilitado por una complexión deficiente, de lo cual pueden resultar todas las enfermedades sin excepción, aunque las otras entidades aparezcan favorablemente dispuestas.

La cuarta **Entidad** proviene del poder de los **Espíritus**, que hieren (**violant**) y debilitan los cuerpos que caen bajo su influencia.

La quinta Entidad que puede afectarnos, no obstante nos sean favorables las otras cuatro y a pesar y por encima de ellas, es la **Entidad de Dios (Ens Dei)**; Entidad que debemos considerar con la mayor atención y antes que toda otra cosa, pues en ella está la razón de todas las enfermedades.

Observad pues, en fin, que de acuerdo con esto y según lo que repetidamente hemos venido explicando, todos los males provienen de cinco Entidades o Principios diferentes y no de una sola Entidad, como sin ningún fundamento y con notorio error habéis sostenido.

## PRÓLOGO QUINTO

(Razón de la especificidad de los remedios)

El asombro ante los resultados proviene siempre de ignorancia o de impericia. No debe haber pues razón para que os asombréis ante este prólogo. Si a pesar de esto gustáis de asombraros, podéis perfectamente pasar por alto este paréntesis. No tememos vuestra pluma, por más que en varias ocasiones la hayáis usado en contra nuestra.

Es cierto que habéis contado siempre con toda especie de medicamentos y recetas (**recepta**) contra las fiebres, compuestas con la mayor habilidad, a pesar de (o cual no es menor el temor que os produce pensar que acaso-no os sirvan para nada o que sus efectos puedan ser contraproducentes, ya que si consideráis sus fundamentos, podéis daros cuenta de vuestra ignorancia, pues realmente habéis estado atentos a otra cosa de la que verdaderamente deberíais haber considerado.

Entendéis acerca de setenta clases de fiebres cuando verdaderamente existen cinco veces ese número. Ello ocurre porque vosotros sólo dirigís vuestro espíritu y vuestra inteligencia hacia la Entidad Natural, única que habéis adoptado. Si sólo existiera esa Entidad vuestra actitud y vuestras afirmaciones serían lógicas; el que no lo sean proviene de que no os ocupáis más que de la enfermedad, lo que os lleva una y otra v al error. Del mismo modo, si fuerais más honestos con vosotros mismos, reconoceríais

que en más de una ocasión os habéis quedado sin saber si vuestros enfermos febricitantes han curado por los medicamentos que les administrasteis o bien a pesar de ellos. En cuanto a mí, puedo deciros que si el febricitante ha sido abrasado (**inflamatus est**) por el astro, sólo él y nadie más que él será capaz de matarlo o de devolverle la salud (**restituitur**).

No es serio que deis los medicamentos de manera fantástica, haciendo beber al enfermo una farmacia entera, pues según se demuestra en el tratado de la Entidad Astral, ello será de dudosa eficacia para el enfermo, aparte de resultar un negocio deplorable para vosotros mismos.

Cuidad pues que las Entidades no os sean desconocidas ni extrañas, a fin de que podáis comprender todo cuanto hagáis y que ello acabe siendo útil y no perjudicial para vuestros enfermos.

Acabo de exponeros esta teoría dentro de unos límites estrictamente físicos para que la comprendáis, ya que únicamente sois capaces de alcanzar los significados de la Entidad Natural, por más que sospeche que en este punto confundís y mezcláis todo lamentablemente. Ello explicaría en fin vuestra incapacidad para distinguir los diversos medicamentos que hay que escoger, así como el cuándo y el cómo de su administración.

#### PRÓLOGO SEXTO

(Donde Paracelso se previene de que lo consideren como hereje)

Prestadnos pues en adelante toda vuestra atención, ahora que hemos establecido las cinco dominaciones (**principatus**) a las que el cuerpo se halla sometido y a través de las cuales experimenta el estado de enfermedad. Seguiremos en cinco tratados todo lo referente a la Entidad Astral, a la Entidad venenosa, a la Natural, a la de los Espíritus y a la de Dios.

Previamente debo declarar que aún reconociéndonos hijos del cristianismo, hemos utilizado en nuestros escritos el lenguaje de los gentiles y paganos. Por encima de todo, ha sido la fe sin embargo la que nos ha permitido no omitir en nuestros estudios la consideración de las cuatro Entidades: Astral, Natural, del Veneno y de los Espíritus, que son verdaderamente Entidades de estilo pagano, ya que sólo la Entidad divina es de estilo cristiano.

El estilo de los gentiles, que nosotros vamos a emplear en la descripción de las cuatro Entidades, no solamente no maculará nuestra fe sino que contribuirá a aguzar nuestro espíritu. Si hemos decidido llamarlo estilo de la gentilidad es sólo por el hecho de que su contenido se aleja de la fe de Cristo, a pesar de lo cual hacemos pública profesión de fe con vosotros, los que sois cristianos de nacimiento y de raza, y continuamos el estudio de la naturaleza de las cuatro Entidades Profanas y de la quinta Entidad, Divina, según vamos reiterando a lo largo de este tratado. Por eso vamos a dedicar este último libro a la Entidad Divina y a las conclusiones a las que puede llegarse por la fe.

En ese libro, en que renunciaremos al estilo profano, comprenderemos el verdadero fundamento de la verdad y perseveraremos en la fe. Seremos pues verdaderos

“fieles”, de tal manera que, abandonando todo paganismo, os veremos llegar junto a nosotros como cristianos, con lo que podréis juzgarnos en fin según los libros escritos en el estilo de los fieles.

# **LIBRO DE LAS ENTIDADES**



## LIBRO DE LAS ENTIDADES

*(Textus parenthesis super Entia quinque)*

PRIMER LIBRO PAGANO (*Pagoyum*) ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD DE LOS ASTROS SOBRE  
LOS CUERPOS INFERIORES  
*(De Ente Astrorum)*

Capítulo primero  
(Origen del cuerpo por la entidad del Semen)

Lo primero que se impone al intentar la descripción de la Entidad Astral es considerar con toda exactitud la esencia, la forma y las propiedades de los astros e inmediatamente, a continuación, averiguar los caminos o el mecanismo por los que se produce la atracción (**eliciatur**) de dicha Entidad sobre nuestros cuerpos.

Vosotros habéis dado a la Entidad Astral una interpretación puramente astronómica sin otro detenimiento o estudio, cuando verdaderamente deberíais haber hecho mucho más. Asimismo, cuando enseñáis abiertamente que el cuerpo se ha formado (**constituere**) directamente del cielo o de los astros, mantenéis una falsedad, ya que el hombre al constituirse lo hace exclusivamente partiendo del Espíritu del Semen (**Ens Seminis**) sin la menor participación de los astros.

Vamos a probaros la nulidad de vuestros conceptos y de vuestras ideas sobre el particular y para empezar vamos a declarar lo siguiente: Adán y Eva han sido, es cierto, resultado de la creación, pero se han continuado y se continuarán hasta el fin del mundo gracias a la Entidad del Semen. De tal manera que si no hubieran existido o no existieran en la Naturaleza estrellas o planetas, seguirían naciendo niños de distintas complexiones, sin relación alguna con los astros y sí en cambio con los temperamentos o complexiones de los padres e igual hoy que en las más remotas épocas. Así habrá unos melancólicos, otros coléricos, éstos fieles, los otros infieles, aquéllos sobrios y aquellos otros no, ya que la naturaleza humana, caracterizada por una Entidad de propiedad y especificidad, deriva y resulta de la Entidad del Semen y no tiene nada que

ver con los Astros. Los Astros en efecto no ocupan ninguna parte del cuerpo ni le infunden compleción, color, naturaleza o substancia.

Capítulo segundo  
(En donde se discute la influencia de los astros  
en la naturaleza humana)

Debemos advertir a todo médico que las Entidades del hombre son dos: la Entidad del Semen y la Entidad de la Potencia, (**Ens seminis et Ens virtutis**) las cuales deben retener cuidadosamente y recordar en el momento oportuno. Ahora y como texto iniciatorio de este Tratado de la Entidad Astral, enunciaremos un axioma que consideramos perfectamente adecuado. Es el siguiente:

“Ningún astro del firmamento, sea planeta o estrella, es capaz de formar o provocar nada en nuestro cuerpo, ya sea color, belleza, fuerza o temperamento”.

Sin embargo, como se ha dicho que la Entidad Astral puede perjudicarnos (**loedere**) de diversas maneras, yo debo decir a mi vez que ello es falso y que ya es hora que desterréis de vuestros espíritus esos absurdos juicios, basados en la naturaleza o en la posición de las estrellas, que sólo pueden mover a risa.

En este punto vamos a detenernos, sin llevar más adelante este discurso contra nuestros adversarios: primero porque la finalidad de este Paréntesis no es responder a cada instante a todas las cuestiones que se nos plantean ex-profeso, para lo cual haría falta disponer de una cantidad de papel y de tinta tan grande como debería ser nuestra capacidad de contestar, por más asistidos que estuviéramos de la inspiración y de la ayuda divina. Y en segundo lugar porque a pesar de que hayáis comprendido que los astros no confieren ninguna propiedad ni naturaleza individual, seguís adoptando la opinión contraria, basados en el hecho de que a veces son capaces de atacarnos y aún de provocar la muerte.

La verdad es que no por haber nacido en la línea de Saturno nos corresponde una vida más o menos larga; ello es perfectamente vano. El movimiento de Saturno no afecta a la vida de ningún hombre y menos la prolonga o la abrevia. Aparte de lo cual, y aunque ese planeta no hubiera operado su ascensión a la esfera celeste, habrían habido y existirían hombres dotados del carácter de ese astro. E igualmente existirían lunáticos, aunque jamás hubiera aparecido ninguna luna en la naturaleza del firmamento.

Tampoco debéis creer que la ferocidad y la crueldad de Marte sean responsables de la existencia y de la descendencia de Nerón, pues una cosa es que ambas naturalezas hayan coincidido en ese punto y otra que se hayan mezclado o tomado entre sí.

Para ejemplo de lo que acabamos de decir os recordaremos, entre otros, el caso de Helena y Venus. Ambas fueron indudablemente de la misma naturaleza y sin embargo Helena habría sido adúltera aunque Venus no hubiera existido jamás. A lo que añadiremos que aunque Venus sea en la historia mucho más antigua que Helena, las cortesanas existieron mucho antes que una y otra.

### Capítulo tercero (Discurso sobre la semilla y el germen)

A pesar de lo que acabamos de decir debéis pensar que el firmamento y los astros han sido creados de tal modo que ni los hombres ni las criaturas animales podrían vivir (**vigere**) sin ellos, no obstante la incapacidad (de los astros) que tienen para llevar a cabo nada por sí mismos.

La semilla que se deposita en la tierra, por ejemplo, produce el fruto por ella misma, esto es, porque lleva en si la Entidad del Semen (o de la semilla). Pues aunque es cierto que si el sol no hubiera calentado la tierra durante algún tiempo no habría germinado la semilla, ello ha resultado justamente así gracias a la acción del calor y de la digestión que dicho estímulo provoca. Sabed bien lo que es la digestión y consideradla como el resultado de una cocción lenta (**digerere**) que reduce las cosas a sus principios constitutivos esenciales. La digestión es sólo una operación estimulada por la temperatura, pero cuya acción está y existe ya en la cosa misma que se digiere. Sin digestión no podría prosperar el desarrollo de los fetos, el cual se realiza dentro de la matriz justamente a expensas de su propia digestión.

En la comparación y ejemplo que os hemos dado, la digestión de la semilla se realiza en la tierra, que es la que necesita el sol, en tanto que en la matriz la digestión no necesita de ningún astro, sea Sol, Mercurio o cualquier otro, engendrándose, creciendo y desarrollándose el feto en ella sin que nada le falte.

Los astros carecen efectivamente de poder para cambiar la naturaleza de los hombres, los que tampoco poseen disposición alguna para recibir su influencia. Considerad aún otros ejemplos: De dos soldados igualmente feroces o combativos ¿podréis decir cuál es el que engendra, provoca o estimula (**ingeniat**) el natural del otro (**naturat**)? ¡Ninguno! Y entre dos mellizos exactamente semejantes ¿podréis saber cuál es el que da al otro su semejanza? ¡Ninguno tampoco!

¿Por qué pues llamar a éstos o a aquéllos Jupiterinos o Lunáticos cuando, al igual que en el ejemplo de los mellizos, todos y cada uno llevamos en nosotros mismos nuestra propia razón de ser?

Os digo que el feto viene a ser como la semilla de su propia substancia; por eso el mellizo es según la semilla que lo produce y no una progenitura del Sol como hasta ahora se ha venido sosteniendo.

### Capítulo cuarto (De la supremacía de la sangre sobre los astros)

A pesar de todo lo que hemos dicho hasta aquí y sin que esto implique concesión o redundancia, es cierto que los astros pueden herirnos o matarnos. Hasta ahora se os ha enseñado que estamos dirigidos por los astros y que consiguientemente encaminamos esta inclinación hacia la naturaleza particular del planeta que nos domina. Y aunque sobre el particular, e incluso sobre la manera de resistir y combatir las influencias astrales, se ha escrito no poco, puedo deciros que todo ello no es sino ganas de perder el tiempo.

Poco importa el sentido que deis a este proverbio: “El hombre sabio tiene mayor poder que los astros y dispone y manda sobre ellos”, pues nosotros lo interpretamos tal cual acabamos de enunciarlo.

Los astros en efecto no coagulan, adaptan, forman ni dirigen nada en nosotros, así como tampoco nos imbuyen de su similitud. Son absolutamente libres en sí mismos, tanto como podamos serlo nosotros en nuestra propia e íntima determinación y albedrío.

Notad sin embargo que la vida no es posible sin los astros: en efecto, el frío, el calor, y la digestión de las cosas que constituyen nuestro sustento, provienen justamente de ellos.

¿Para qué andar pues removiendo esas minuciosas e interminables disputas acerca de si son ellos los que se asemejan a nosotros o nosotros los que nos parecemos a ellos?

Las cosas son así por designio del Creador y no es posible pretender saber lo que está oculto en el firmamento, dado que ignoramos incluso la utilidad que puedan tener las propias cualidades de los astros: la gloria del Sol, el arte de Mercurio o la belleza de Venus, las que por otra parte, si vamos a decir verdad, no nos sirven para gran cosa (**commodare**).

Únicamente aprovechamos la luz y el calor del Sol, ya que de ello se producen las frutas y las hermosas estaciones en las que crece y se da todo cuanto la vida proporciona.

Para terminar este discurso y a fin de que podáis daros cuenta bien de la esencia de este Paréntesis, os pido que prestéis una especial atención a lo que sigue.

Cuando el feto, que ha sido concebido y que ha nacido bajo la influencia favorable y generosa de los astros, toma una naturaleza diferente y aun absolutamente contraria a la que por tal motivo debería corresponderle, obedece indudablemente a alguna razón. Pues bien; os diré que esa razón proviene (**defluxit**) de la sangre de sus ascendientes, lo cual está plenamente de acuerdo con todo cuanto sabemos acerca de la generación.

Si la hora prescripta para la acción de cada cual coincide con la de los planetas, ello se debe a la sangre y nada más. Lo cual no invalida la lógica de que las buenas influencias vayan a menudo de acuerdo con los buenos resultados, e igualmente las malas influencias con los malos resultados. Sin embargo, insistimos en que, de las dos influencias que ahora hemos estudiado —la astral y la generativa—, sólo una posee la potencia necesaria para actuar de verdadera causa determinante. Y esa es la segunda, quiere decir, la Entidad del Semen.

## Capítulo quinto (Razón de la diversidad de las formas)

Haremos ahora algunos comentarios acerca de la habilidad o la aptitud que son discernidas a los cuerpos. Hasta aquí, y según los estudios a los que particularmente os habéis dedicado, llegasteis a la conclusión de que todas las propiedades y virtudes nos vienen de los astros: fortuna e industria, arte y erudición, fuerza y riqueza..., por más que unas y otras nos alcancen en desigual medida. Nosotros vamos a destruir estos

postulados, dando la siguiente interpretación: La suerte proviene del trabajo<sup>11</sup> y éste de la calidad del espíritu. Quiere decir que cada hombre resultará hábil y afortunado para tal o cual cosa en la medida de su genio y de su espíritu, con todo lo cual podrá alcanzar finalmente la riqueza (**fortunatus**).

Asimismo dais numerosas razones para explicar las desemejanzas de las formas humanas, cuando es notorio que desde Adán y durante todos los siglos transcurridos entre tantas minadas de hombres, jamás rostro alguno ha sido absolutamente semejante a otro, excepción hecha de los admirables y milagrosos parecidos que tienen los mellizos entre sí. Bien sé que atribuíis el origen de estas diferencias al influjo del movimiento de los astros, pero a nosotros eso no nos parece suficientemente claro.

Sabed más bien que la misma Entidad del Semen ha sido creada por Dios de tal suerte que todas las infinitas formas, colores y especies de hombres han sido agotadas en ella y que cada forma no volverá a repetirse hasta que todos los tipos se hayan producido, en cuyo momento los nuevos hombres volverán a su punto de partida, presentando las mismas caras que tuvieron antes de morir, varios siglos atrás. Cuando llegue el día del Juicio Final se habrán producido y agotado pues todos los colores y todas las variedades de hombres. Igualmente entonces todo habrá ya precedido de una u otra manera, debido a lo cual no podrá nacer hombre alguno que no se parezca otro de los nacidos primeramente. En ese momento habrá sonado la última hora de la primera gran rotación del primer ciclo (**circuitus**) del Mundo.

Este hecho no debe empujaros a especulaciones inadecuadas por las que pudierais pensar en dividir el Mundo en partes o en épocas, ya que si todos los colores y variedades humanas se han manifestado, es lógico que no pueda haber lugar para nuevas formas. En ese momento habrá terminado el período de la verdad (**vera ætas**) y empezarán las nuevas semejanzas.

## Capítulo sexto (Acerca del principio M)

El fin de estas reflexiones no es otro que haceros comprender con mayor claridad nuestras proposiciones y enseñanzas. Debéis admitir pues la Entidad Astral como aquella cosa indefinida e invisible que mantiene y conserva nuestra vida, así como la de todas las cosas del universo dotadas de sentimiento y que proviene (**profluit**) de los astros.

Explicaremos esto con un ejemplo: El fuego necesita un combustible para arder, pongamos por caso la madera, sin el cual no puede existir. Considerad ahora que el fuego es la vida y que de igual modo necesita alguna madera para existir. Y recordad esto bien, pues por más que sea un ejemplo grosero, entiendo que resultará suficiente y hasta mejor para vosotros: el cuerpo es la madera y la vida su fuego. Es decir, que la vida “vive” del cuerpo.

---

<sup>11</sup> La traducción francesa emplea fortuna en vez de suerte, e industria en vez de trabajo. En castellano creemos que la frase y el sentido de la misma son más correctos como lo hemos expresado.

En compensación a esto resulta necesario que el cuerpo posea algo que impida su consumición por la vida y que tienda a conservarlo (**perduret**) en su propia substancia. Este “algo”, que emana de los astros o del firmamento es justamente la “Entidad” de que os hemos venido hablando.

Vosotros decís con mucha verdad que si no existiese el aire todas las cosas caerían al suelo; y que perecerían por asfixia todas las que tuvieran vida propia. Debo decir a esto que existe aún algo que sostiene el cuerpo y que el mismo cuerpo alimenta, cuya pérdida no es menos soportable que la pérdida del aire mismo.

Este “principio” que hace vivir el firmamento, que conserva y calienta (**fovetur**) el aire y sin el cual se disolvería la atmósfera y perecerían los astros, lo llamamos M<sup>12</sup>.

Nada existe en efecto más importante ni nada más digno de ser tenido en cuenta por el médico. Por otra parte, ese “principio” no está en el firmamento, ni emana de los cuerpos celestes, ni os proyectado por ellos hacia nosotros ¡pobres mortales!, siendo mucho más y distinto que todo esto junto.

Sea como fuere, tened por cierto que dicho “principio” conserva todas las criaturas del cielo y de la tierra, viviendo de él y en él todos los elementos.

Recibid cuanto acabo de deciros como una opinión justa, que podéis referir en todo cuanto concierne al primer ser de la creación y de todo cuanto expliquemos a propósito de M en el presente discurso.

### Capítulo séptimo (Sobre la bondad suprema del aire libre)

Luego de haber seguido con todo detenimiento cuanto os hemos referido acerca de M, os ruego que consideréis con atención el siguiente ejemplo: He aquí un hornillo (**hipocaustum**) cerrado y obstruido, en el que la viciosa combustión os produce un olor desagradable. En realidad el mal olor no nace del hornillo sino de vosotros mismos y todos los que se acerquen notarán igualmente **vuestro olor**<sup>13</sup>.

De semejante manera se comprende que podáis en un recinto determinado, provocar enfermedades o curaciones en todos los que lo habiten, pues si el aire no proviene de vosotros, el olor en cambio sí. Más aún: cuando hablamos de la Entidad Astral, nos referimos precisamente al aire.

---

<sup>12</sup> Es muy difícil precisar a qué quiere referirse Paracelso con esta letra-símbolo. Los latinos opinan que representa el "Mercurio Filosófico", que fue uno de los grandes medicamentos de la trilogía paracelsiana. Los astrólogos creen que representa el hieroglifo maternal, la llave de la Cábala o la inicial de "María", primer ser de la creación. El traductor francés Grillot de Givry, acorde en cierto modo con este último concepto, lo considera como expresión del agua primordial o menstruación original del Mundo. Personalmente, y teniendo en cuenta el espíritu general de todo el razonamiento "In extenso" de la obra de Paracelso, creemos que esta misteriosa "M" no es otra cosa que la inicial de la "Mumia", o sea el gran principio de conservación y perduración del Universo.

<sup>13</sup> Paracelso se expresa aquí en forma un tanto confusa. La confusión, sin embargo, desaparece si interpretamos que lo que escapa del hornillo es un gas y no un olor: el gas se hace olor en cuanto es percibido por el órgano olfatorio del experimentador, por lo que puede decirse sumariamente que si no existiera quién oliera, no habría olor. No de otra manera había de interpretar Goethe, trescientos años más tarde, el fenómeno de la visión de los colores por el ojo humano.

Vosotros creéis que el aire nace del movimiento de los astros, lo cual es falso, pues ocurre que confundís el aire con el viento y la atmósfera con el soplo, lo que por otra parte explica perfectamente la meteorología.

El aire proviene (**defluit**) del bien soberano y ha existido anteriormente a todas las criaturas; sólo después ha sido creado lo restante. El mismo firmamento vive del aire y se conserva en el aire como los demás seres y no resulta un producto de aquél sino al revés. Puede decirse que si todos los firmamentos se parasen, el aire seguiría existiendo, pues sólo por falta de aire podría perecer el Mundo y el firmamento entero, incluido por supuesto el hombre y todos los elementos.

Venimos a concluir de esta manera con que la universalidad de las cosas se sostiene en el aire y por el aire.

Este es el que llamamos “principio” M; principio incorruptible e inalterable, refractario a todo veneno. Los venenos están en el hombre y sólo pasan al aire extrasubstancialmente, lo mismo que en la comparación del hornillo, que huele porque quema mal su combustible. En definitiva, lo que M corrompe (**inquinat**) existe en el cuerpo y sale precisamente de él.

#### Capítulo octavo

(De cómo la Entidad Astral sirve de vehículo  
a los contagios de las enfermedades)

La Entidad de los astros se comprende de la siguiente manera: todos los astros, lo mismo que los hombres, poseen una serie de propiedades y de naturalezas y encierran en sí mismos la posibilidad de hacerse mejores, peores, más dulces, más ácidos o más amargos. Cuando persisten en estado de equilibrio no emanan ninguna clase de maldad o perjuicio, pero cuando caen en depravación se transforman inmediatamente, dando curso a sus propiedades malignas.

Recordemos que la Entidad Astral rodea verdaderamente (**ambire**) el orden universal, del mismo modo que la cáscara circunscribe el huevo. El aire penetra primero a través de la cáscara, calando luego hasta el centro del Mundo. Debéis considerar pues, nuevamente, que ciertos astros son venenosos y que emponzoñan el aire por contagio, a lo que sigue que los mismos males aparecerán y se propagarán hasta el último lugar que haya alcanzado el aire libre venenoso, es decir, el maleficio del astro. Sin embargo, ese poder maléfico no alcanza a la totalidad del aire del Mundo sino solamente a una parte, mayor o menor según la importancia de su fuerza.

Lo mismo ocurre con las influencias favorables.

Resumiremos pues diciendo que la naturaleza de la Entidad Astral (**Ens Astrale**) se compone del olor, de la respiración o vapor, y del sudor de las estrellas mezclado con el aire. De ahí proviene el frío, el calor, la sequedad y las demás propiedades de este tipo. Deduciéndose de este modo que los astros no pueden ejercer influencia alguna por sí mismos (**nihil inclinare**), si bien su emanación (**halitus**) pueda contaminar a M y de esta manera, por su intermedio, alcanzar a afligirnos o envenenarnos. Nuestros cuerpos pues, pueden disponerse al bien o al mal según el comportamiento que nos ofrezca la Entidad Astral. Cuando el temperamento del hombre, según su sangre natural, sea

opuesto (**adversatur**) al hálito astral, sobrevendrá la enfermedad, no sufriendo inconveniente alguno en caso contrario, o bien cuando posea un temperamento fuerte y noble, cuya sangre generosa le basta para protegerse y vencer de todo maleficio o cuando, finalmente, haya tomado una medicina que lo capacite para resistir los vapores venenosos de los seres superiores.

De lo que se concluye que todas las cosas de la creación son contrarias al hombre y viceversa.

### Capítulo noveno (De la influencia astral de los venenos)

Después de las observaciones que acabamos de hacer a propósito de M, vamos a demostrar por medio de un ejemplo de qué manera pueden perjudicar a nuestro cuerpo las exhalaciones de los planetas.

He aquí un lago lleno de peces a causa del benéfico influjo (**probum**) de su M: si a consecuencia de un frío excesivo y persistente se hiela este lago, los peces morirán. Y ello porque M, dada la naturaleza del agua, se habrá enfriado también demasiado. El frío en este caso no proviene de M, sino de la naturaleza del astro que reacciona así. Si por el contrario las aguas se calientan excesivamente por el calor del sol, los peces pueden morir igual, aunque en este caso por un mecanismo opuesto.

Estos dos hechos emanan sencillamente de las propiedades de ciertos astros. Otros a su vez pueden amargar, dulcificar, agriar, arsenificar e impregnar a M de una infinidad de calidades y gustos, entendiendo que toda alteración importante produce o puede producir trastornos en el cuerpo.

Juzgad de todo lo explicado que si el astro puede llegar a corromper a M, con mayor razón seremos presa nosotros de las enfermedades y aun de la muerte si ello está en la naturaleza del influjo astral. En adelante y según lo que acabamos de exponer, ningún médico se asombrará de encontrar escondidos en los astros muchos más venenos que los que conocemos en la tierra.

Sepa pues todo médico y téngalo presente por absolutamente cierto, que ninguna enfermedad se manifestará en parte alguna sin la presencia evidente de algún veneno, siendo el veneno el principio y origen de todas las enfermedades sin excepción, sean externas o internas.

Al Arsénico corresponden así más de cien enfermedades distintas, por más que todas provengan del único Arsénico del Universo. Del mismo modo debemos contar con las que provienen de la Sal, del Mercurio, del Azufre y del Realgar<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Miguel Toxites, en "Onomasticon Paracelsi", dice: "Realgar est fumus mineralium quidquid arsenicale est, aut operimenti naturat habet", Este término expresa en general el humo de los minerales y se lo refiere a la naturaleza Corrompida (*vitiosa*) del cuerpo humano, productora de las úlceras y llagas. Según el elemento de que se trate, se dirá. Realgar de la tierra, del agua o del fuego.

Gerardo Dorn, en su "Dictionarium Paracelsi", define las clases de Realgar: "El Realgar del agua es la espuma (*spuma*) que sobrenada en su superficie; el de la tierra es el Arsénico y el del fuego, la conjunción de Saturno: aparte de lo cual existe un Realgar del aire que se llama Maná".

La ciencia moderna ha conservado el nombre de Realgar para designar al sulfuro rojo de arsénico o arsénico sulfurado (AsS).

Os indicamos todas estas cosas a fin de que sepáis y comprendáis que no es posible alcanzar habilidad alguna sobre las enfermedades sin un perfecto conocimiento de los orígenes o del origen, ya que una sola puede ser la causa del mal. Cuando hayáis percibido bien esto, os será fácil ir conociendo todas las causas, a propósito de lo cual la observación diaria y la práctica, os serán de gran utilidad.

### Capítulo décimo

(De la contaminación del agua por el arsénico de los astros)

A fin de que el conocimiento que alcancéis sobre estas cosas sea más profundo, será conveniente que os diga que nosotros no creemos que el verano o el invierno solos sean perjudiciales (**damnosæ**) para los cuerpos; el perjuicio y el daño vienen de los planetas o estrellas, cuyos efluvios, diariamente producidos y acumulados, llegan a penetrar en M, atemperándolo según sus naturalezas respectivas.

Por dicha acción M se impregna de Sal, de Arsénico, de Mercurio o de Azufre y con ello nuestros cuerpos alcanzan la enfermedad o la salud, salvo los casos en que el efluvio o poder de penetración astral se pierde, como ocurre a veces cuando los astros se encuentran a demasiada distancia.

La siguiente observación confirma lo que venimos diciendo: Cuando la exaltación de las estrellas arsenicales alcanza el centro de la tierra o del agua, la tierra o el agua resultan contaminadas por la potencia arsenical. Cuando el agua se infecta de esta manera, los peces que viven en ella emigran a otras aguas y se ponen a salvo nadando desde la profundidad a la superficie, en busca de aguas dulces o de zonas no contaminadas. Esa es la razón que los hace aparecer a veces en masas compactas y número prodigioso, en las inmediaciones de las costas.

Cuando en un lugar cualquiera se congrega una cantidad de peces como no se ha en varios años, seguramente vamos a ver aparecer una epidemia, pues al arsénico que ha impregnado desde mucho antes a los peces, acabará envenenando a los hombres, debiéndose a la constitución más fuerte y resistente de estos últimos el que tarden más que los peces en enfermarse.

Otro tanto puede decirse a propósito de las demás especies de venenos emitidos por los astros, que, luego de alterar a M, no solamente debilitan a los hombres y a los peces sino que envenenan los frutos de los campos y a todos los seres vivos de la tierra.

### Capítulo undécimo

(Afinidad de los venenos con sus correspondientes entidades)

Adaptando al cuerpo humano el ejemplo que acabamos de referir, vemos que podemos comparar el tronco a un lago y los miembros a otros tantos peces. Cuando la vida que existe en todo nuestro ser se corrompe por la influencia del veneno emanado de los astros, la mayor debilidad aparece en las piernas por ser precisamente allí donde se acumula la mayor cantidad del veneno. Todas las demás Entidades astrales poseen a su vez su veneno correspondiente y así, unas visitan solamente la sangre, como la “realgárica”, otras los huesos y las articulaciones, como las derivadas de la Sal, otras

sólo la cabeza, como las mercuriales, éstas engendran tumefacciones e hidropesías, como las auripigmentadas y aquéllas producen la fiebre, como los amargos<sup>15</sup>.

A fin de que asimiléis mejor todo esto vamos a simplificaros las cosas con toda prodigalidad e incluso cuanto concierne a la naturaleza de la propia Entidad Astral. De esta manera echaréis de ver cómo algunas de estas cosas penetran profundamente en nuestro cuerpo, afectando el mismo licor vital y produciendo las enfermedades clínicas, en tanto que otras, que determinan las heridas, ponen en actividad a la potencia expulsadora (supuración). Toda la teoría re halla universalmente en estas dos cosas.

El saber, aparte de esto, a qué estrella corresponde cada veneno es cosa más propia de la Astronomía que de la Medicina.

De cualquier manera no olvidéis que los venenos que engendran la hidropesía, por ejemplo, son quíntuples, reunidos en un solo género, pero difiriendo en cinco naturalezas. Una de ellas proveniente de los astros y de las otras cuatro Entidades las demás, todas las cuales dan lugar a una sola hidropesía. Lo que se repite del mismo modo para los cinco azufres y para todas las demás cosas dentro de este mismo orden.

Conocer la Entidad a la que corresponde una hidropesía determinada o bien saber cuáles son los mejores remedios de que podremos disponer para su curación, son cosas que encontraréis referidas más adelante en el libro correspondiente a la terapéutica general de las enfermedades.

Llegados a este punto vamos a terminar el estudio de la Entidad Astral añadiendo lo siguiente: Pretender curar las enfermedades astrales mientras se mantenga dominante en el firmamento la estrella específica del morbo, es tarea vana, trabajo inútil y tiempo perdido, pues el poder del astro es siempre superior al poder del médico.

De ello deduciréis como enseñanza y prudencia elemental, según conviene a médicos de conciencia, observar con todo detenimiento el tiempo en que vayáis a operar o a emprender cualquier tratamiento, pues por más grande que sea vuestro esfuerzo, no lograréis nada antes o después del tiempo verdaderamente propicio para tal fin.

---

<sup>15</sup> Paracelso llamaba "Realgar" (véase nota anterior) a la espuma que representaba la infección aflorando a la piel, bajo forma de sarpullidos, eczemas, llagas, úlceras, erupciones y urticarias. Su atribución, expresiva a las enfermedades de la sangre, es perfectamente lógica. Asignar el Mercurio a la cabeza se comprende también, no solamente por las cefaleas y estomatitis que provoca, sino por los espectaculares resultados que procura en las úlceras gomosas sifilíticas de la cara y la nariz, tan frecuentes en aquellos tiempos.

La Sal corresponderla a los huesos, por natural conjunción telúrica o afinidad geológica,

La ictericia —que era indudablemente la enfermedad "auripigmentada"— encaja perfectamente en el cuadro de la cirrosis (ascitis, hepatomegalia e ictericia, correspondiendo a hidropesía, tumefacción y piel teñida de amarillo, o "auripigmentada"). Atribuir la fiebre a los amargos es simplemente invertir los términos de causa a síntoma, pues es clásico de la fiebre el mal gusto de la boca, la lengua saburral y el sabor amargo, que es lo que impresionaba más al espíritu deductivo y al fino observador que fue sin duda Paracelso.

## SEGUNDO LIBRO PAGANO (*Pagoyum*) ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

### TRATADO DE LA ENTIDAD DEL VENENO (*De Ente Veneni*)

#### Capítulo primero

(Cómo y cuándo deben ser considerados venenosos los alimentos)

Terminada nuestra disertación sobre la Entidad Astral, vamos a ocuparnos, siguiendo un orden lógico, de la Entidad del Veneno (**Ens Veneni**), segunda causa de los trastornos aflictivos de nuestro cuerpo.

Recordaremos primero una vez más, que el organismo puede ser dañado (**violari**) por cinco Entidades, a las que queda sometido (**induci**) para todo padecimiento (**ut patiantur**).

En este discurso vamos a ocuparnos de la Entidad del Veneno.

Es sabido que todos los cuerpos necesitan vivir, para lo cual utilizan determinados vehículos que los nutren y conservan, resultando imposible la vida allí donde faltan tales medios. E igualmente hay que recordar que el mismo que ha formado nuestros cuerpos ha creado los alimentos, si bien su obra no haya sido tan perfecta en este punto.

Hay una cosa cierta: y es que nuestro cuerpo nos ha sido dado exento de venenos, los que se encuentran precisamente en los alimentos que ingerimos. Quiere decir que el cuerpo ha sido creado perfecto y que las imperfecciones, o sea los venenos, están en los frutos y en los otros animales que nos sirven de sustento, si bien ellos, para sí mismos, tampoco contengan imperfección, como corresponde a obras del Creador igualmente perfectas.

De esta manera, sólo cuando una cosa es tomada del exterior en calidad de alimento adquiere la propiedad del veneno, de la que carece en sí y para sí misma.

#### Capítulo segundo

(De donde resulta la perfección de las criaturas de la naturaleza)

Vamos a detenernos aún en estas consideraciones: Quiero decir que no existe cosa alguna que no sea perfecta dentro de su propio ser ni para su propia razón de existencia y que sólo cuando la destinamos a usos diferentes puede hacerse mala, aunque no necesariamente.

Ved un ejemplo: el buey alimentándose de malas hierbas recibe al mismo tiempo salud y veneno, en tanto que la savia y los jugos de la hierba no son venenos para ella, lo que igualmente ocurre en el hombre con todo cuanto come o bebe. Comprended bien pues estas dos situaciones o circunstancias: una, la naturaleza intrínseca del hombre, y otra la absorción (**assumptio**) de lo exterior a él.

Diremos en otras palabras, para conseguir mayor claridad o comprensión, que el hombre es la “gran naturaleza” (**magna natura**) y que lo demás es el veneno añadido, mezclado o injertado en la naturaleza.

El fundamento de nuestra segunda Entidad, o Entidad del Veneno, radica en el hecho de la perfección de todas las cosas de la naturaleza en cuanto se manifiestan en sí mismas como obra de Dios. Y en su imperfección en cuanto se salen, al mezclarse unas con otras, de su propia naturaleza.

Tampoco ha creado Dios, Alquimista alguno entre los hombres o las demás criaturas de modo absoluto, pero sí si nos referimos al uso imperfecto que podamos dar a nuestros conocimientos, por lo cual nos ha permitido separar y discernir el veneno de apariencia inofensiva o saludable que pueda haber en determinados alimentos, a fin de que no los comamos.

Fijad pues bien vuestra atención en todo cuanto vamos a deciros a propósito de este Alquimista.

### Capítulo tercero

(Sobre la sabiduría divina de los médicos alquimistas)

Dado que toda cosa, por más que sea perfecta en sí misma, puede transformarse en venenosa o bien persistir en su carácter saludable y benéfico bajo la influencia de las demás de su ambiente, tenemos que convenir en que Dios ha creado y permitido la existencia de un Alquimista con tal habilidad que pueda llegar a discernir perfectamente el veneno **contenido en las cosas extrañas**<sup>16</sup> del alimento adecuado para el cuerpo.

Un ejemplo os hará más fácil esta comprensión: Considerad un Príncipe o Señor cuya naturaleza fuera perfecta según cuadra y conviene en tales personajes; ese Príncipe no puede serlo y manifestarse como tal sin una corte de servidores y vasallos que le rindan pleitesía, pues aunque tal cosa pueda ser un veneno o un perjuicio, resulta indudablemente al mismo tiempo una necesidad.

Con lo que os he dicho del Alquimista de la Naturaleza, podéis tener por cierto que Dios mismo le ha conferido la ciencia que necesita, exactamente como a un Príncipe. Y lo mismo que él, sabrá separar el veneno que haya en sus servidores, tomando de ellos solamente el bien que le proporcionan. Si este ejemplo no os satisficiera podéis encontrar la base de esta enseñanza en la doctrina del “Sapiente”, donde está perfectamente explicada.

He aquí su contenido: el hombre tiene necesidad de comer y de beber porque su cuerpo, que es el verdadero albergue de su vida (**hospitium ejus vitæ**), necesita absolutamente bebidas y alimentos. De donde resulta fatalmente que el hombre se ve compelido a absorber el veneno, las enfermedades y la misma muerte de esta manera.

Claro es que de acuerdo con esto podríamos pensar que el Creador ha dado la vida y el sustento para esclavizarnos, pero la realidad es que las criaturas conservan siempre su libre albedrío y que Dios ha dejado a cada una librada a su propia capacidad

---

<sup>16</sup> El traductor francés dice: contenido “*dans son étui*” (en su estuche); el latín emplea “*vidulum*”; y el alemán, “*in sein Sact*”. La expresión castellana creemos que va más acorde con el giro del pensamiento expresado.

de perfección. Por eso, si ciertas cosas resultan un veneno para otras, no por ello debemos acusar ni reprochar nada al Creador.

#### Capítulo cuarto

(En donde se descubre que un alimento y un veneno pueden ser la misma cosa)

Ved ahora cómo podéis seguir mejor la obra del Señor: Si todas las cosas son perfectas en sí mismas y están compuestas por orden del Creador de tal manera que una realiza la conservación de la otra, como por ejemplo la hierba que alimenta a la vaca y la vaca que alimenta al hombre... ; si por ello la perfección de una cosa puede ser un bien o un mal para otra cosa que lo consume, haciéndose por semejante causa imperfecta, hay que reconocer que el Creador lo ha permitido así para conseguir que lo creado de esta manera resulte más rico y abundante (**uberior**) que la creación misma.

Esa es la razón por la que ha creado las cosas de tal suerte que en todo lo que sea necesario a otra cosa se esconda (**lateat**) una virtud, arte o eficacia, capaz de separar el veneno de lo que no lo es, y que el equilibrio entre la salud del cuerpo y la necesidad de alimentos se mantenga mutuamente.

Ejemplo: El pavo real devora las serpientes, los lagartos y las arañas, animales que aunque sanos, perfectos y salubres para ellos mismos, no lo son para los demás animales, excepción hecha del pavo real. La razón de este fenómeno estriba en que el Alquimista del pavo real es más particular y sutil que el de ningún otro animal, ya que puede separar exquisitamente lo que es venenoso de lo que no lo es y conseguir que ese alimento sea perfectamente apto para él, es decir, para el pavo real.

Sobre esto debo decir que cada animal tiene asignado un alimento especial y un Alquimista propio que se lo prepara. El Alquimista del avestruz por ejemplo, tiene el poder de separar el hierro, es decir, el excremento, del alimento, habilidad que le es peculiar y exclusiva. El de la salamandra permite que dicho animal pueda alimentarse del propio cuerpo del fuego. El del cerdo ha hecho posible que el excremento le sirva de alimento a la vez que de veneno, razón por la cual el Alquimista de la Naturaleza ha excluido a este animal del cuerpo del hombre, demostrando así que el Alquimista del cerdo es mucho más sutil que el Alquimista del hombre.

Esa es la razón por la que vemos cómo el excremento del cerdo no sirve de alimento para animal alguno, lo que indica que ningún Alquimista es capaz de hacer lo que hace el Alquimista del cerdo, cuya habilidad en separar y seleccionar los alimentos es superior a todo lo que puede imaginarse.

Y así en muchos otros casos en cuyo detalle no nos detenemos en gracia a la brevedad de nuestro discurso.

## Capítulo quinto (Plan de estudio para la Entidad de los Venenos)

Además de cuanto os he dicho ya a propósito del Alquimista, debo informaros que el mismo ha sido creado por Dios para que separe de los alimentos necesarios para nuestro sustento todo lo que es bueno de lo que no lo es. Todo esto no debe hacernos olvidar sin embargo que las cosas que pueden dañar al hombre y a las cuales está sometido, son cinco.

Ya nos hemos ocupado de la Entidad Astral, cuya influencia directa sobre nosotros es nula, según hemos podido ver. Con la Entidad de los Venenos la cuestión cambia fundamentalmente y el hombre dará buena muestra de prudencia aprendiendo a temerla y a defenderse contra ella, pues la verdad es que en este punto se halla desprovisto de toda protección o defensa y en permanente estado de contaminación.

Lo primero que debemos determinar es la razón por la cual nos es perjudicial el veneno. A continuación tendremos en cuenta la existencia del Alquimista que Dios ha colocado en nosotros para separar lo bueno y lo malo de nuestros alimentos y evitarnos así todo perjuicio. Deteniéndonos en esta disquisición, será conveniente que nos ocupemos de Él con toda atención, que averigüemos su razón de ser y su modo de existir. Y en fin, que investiguemos porqué todas las enfermedades humanas provienen igualmente de la Entidad del Veneno y de las otras entidades, entendiendo que para mayor claridad, suprimiremos de nuestro discurso todo aquello que pueda procurar salud, beneficio o comodidad.

## Capítulo sexto (Alegato contra los que se especializan precozmente)

Ahora os diré que cuando los Astrónomos se refieren a las enfermedades y afirman la existencia de un cuerpo feliz (**fortunatum**) y salúfero en nuestro organismo, divagan y fantasean por demás. Ello no es posible por la sencilla razón de que las otras cuatro Entidades tienen la propiedad de poder dañar nuestro cuerpo, propiedad que en cambio no poseen los astros. Por eso nos mueven a risa los libros de esos autores cuando prometen la salud con tanta liberalidad, sin tener en cuenta para nada a las cuatro Entidades restantes, cada una de las cuales tiene tanto poder como la Entidad Astral y por eso rechazamos firmemente esta doctrina.

Podemos divertirnos entretanto un poco a costa de tales médicos: ¿Cómo se comprendería un gato sin ratones o un príncipe sin bufón? En verdad os digo que tampoco el Fisiomántico conseguirá con sus histonas merecer nuestra seriedad. Pues es notorio que cuando promete la salud no piensa en las otras cuatro Entidades... sencillamente porque las ignora, lo que le permite hacer augurios basado en la sola Entidad Natural, mientras guarda un celoso silencio sobre lo demás.

Corresponde por el contrario al hombre verdaderamente instruido prever y predecir las cosas que dependen del curso de los acontecimientos (**ex cursu**), pues en verdad existen cinco especies de movimientos o cursos contra una especie de hombres

solamente, por lo que aquél que omite un movimiento y sigue su camino por los otros es un falso Profeta.

Dividir y hablar de acuerdo a esta división, especializándose según lo que cada uno haya aprendido, es para estos médicos incompletos e imperfectos perfectamente lícito. Así el Entista<sup>17</sup> Quiromántico, basa sus principios y juicios en el estudio del espíritu, el Fisionómico lo hace según la naturaleza del hombre, el Teólogo lo considera según el impulso de Dios (**ex cursu Dei**) y el Astrónomo por los efluvios de los astros. Sin embargo yo os digo que cada uno considerado aisladamente es un farsante y que sólo resultan verdaderos y justos cuando se reúnen en uno solo.

Hemos querido ponerlos sobre aviso acerca de todo esto para evitaros esa cómica ignorancia que resulta de conocer las cinco Entidades a través de una sola.

### Capítulo séptimo (Sobre la naturaleza y función del Alquimista)

Sabed que Dios al formar las substancias de cada criatura las ha provisto de todo cuanto hubieran menester (**et quæ ad hauc requiruntur**), no para que usen de ello sin discernimiento, sino para que puedan subvenir debidamente a sus necesidades: todas esas cosas están unidas al veneno y el conocimiento de lo que acabamos de expresar os será de gran utilidad para el estudio del Alquimista, quien, desde el fondo de cada criatura y valido de sus artes químicas, separa los venenos de las demás substancias no venenosas que forman su materia.

El Alquimista, pues, se ocupa de separar lo malo de lo bueno, que transforma en tintura para así distinguirlo mejor. De ese modo tiñe el cuerpo dotado de vida y ordena y dispone todo lo sometido a la naturaleza, a la que tiñe y transforma en sangre y en carne.

El Alquimista habita en el ventrículo<sup>18</sup>, donde actúa a discreción (**in instrumento suo**) y lleva a cabo sus cocciones (**ubi coquit**).

---

<sup>17</sup> Entistas: los versados en una sola Entidad. Quiere referirse con esto a lo que ahora llamaríamos Especialistas.

<sup>18</sup> El ventrículo se refiere genéricamente al epigastrio y en forma precisa al estómago, según la opinión de Paracelso y la de los anatómicos de la época, como Fernel, Teófilo y Rufo de Efeso.

Paracelso sostiene la teoría de que hay varios ventrículos; el primero de ellos es la boca, donde se produce la primera digestión; otro ventrículo se encuentra en el esófago; después viene el gran ventrículo o estómago propiamente dicho y finalmente uno más para cada órgano en especial, con su correspondiente digestión particular. Esta teoría, que ningún terapeuta había conservado, existió, sin embargo, en la más remota antigüedad. Muestra de ello es el notable fenómeno lingüístico por el que aparecen con una etimología única las formas de la palabra estómago, tan alejadas en todo aspecto exterior como pueden serlo en idioma griego y alemán.

La palabra estómago viene de "sto", "stat": sitio o lugar, o, más desarrollado, "stare" y "stehen", griego y alemán, respectivamente. Siguiendo la comparación, vemos el griego "mag" y el germano "machen" y "macht" y el inglés "make", expresando en todos ellos poder, acción, elaboración... etc., e incluso más allá, el hebreo "mage", que designa al sabio y a las mismas ideas de acto, mando, construcción y potencia.

Los alemanes han escindido el término estómago, empleando sólo la partícula final: "ein Magen". Finalmente los griegos, al conservar y usar la palabra "stoma" para la boca (véase "estomatitis", término médico contemporáneo, de etimología griega, que expresa inflamación de las encías), demuestra claramente la similitud de función de ambos órganos, el primero de los cuales inicia y prepara la digestión que el segundo completa. No otra es la teoría de Paracelso, expuesta en el primer libro del Tratado del Tártaro.

Cuando el hombre come carne, ingiere en ella misma una parte nutritiva y saludable y otra parte venenosa. La confusión y el peligro están en que en el momento de comerlas, las dos partes parecen buenas y puras. Sin embargo, mientras bajo lo bueno se halla el veneno escondido, bajo lo malo no existe nunca nada bueno. Por eso, antes que la carne pase al vientre, el Alquimista se lanza sobre ella y lleva a cabo la separación. Lo que no ha de contribuir a la salud del cuerpo, lo deposita en lugares especiales en espera de poderlo devolver al exterior, en tanto que lo bueno queda encerrado justamente allí donde convenga y deba encontrarse. Tal es lo ordenado por Dios.

Con ello el cuerpo se preserva de la muerte a que podría conducirle la absorción del veneno, lo que el Alquimista previene sin la menor intervención de la persona misma. Por todo lo cual puede decirse que la virtud y el poder del Alquimista se encuentran en el hombre.

### Capítulo octavo (Mecanismo de producción de las enfermedades debidas a los venenos)

Comprended ahora que en cada cosa que el hombre toma para su sustento se encuentra constantemente el veneno escondido bajo la buena substancia. La substancia es, pues, el alimento que da vida, en tanto que el veneno la destruye y arrasa por medio de las enfermedades, siendo de ver que ambos principios se encuentran universalmente en todos los alimentos y en todos los animales sin excepción alguna.

Y ahora, médicos, escuchadme bien:

Si en la disposición que hemos explicado (**hoc pacto**) resulta que el cuerpo se mantiene de los alimentos a cuya servidumbre queda obligado, con ellos le llega también lo bueno y lo malo, trabajo de separación es delegado al Alquimista.

Cuando el Alquimista es demasiado débil (**infirmitas**) y no puede llevar a cabo su sutil industria de separar el veneno de las substancias sanas, se produce la putrefacción conjunta de todo ello, seguida de una especial digestión, cuyos signos exteriores son precisamente los que nos servirán para indicar e individualizar las enfermedades de los hombres. Las enfermedades engendradas por la Entidad del Veneno provienen en efecto de una digestión alterada por la putrefacción, cuyas combustiones son tan temperadas que el Alquimista no llega a percibir las. En este punto, al interrumpirse la digestión normal con todos estos excesos (**excessus**), el Alquimista queda inutilizado para llevar a cabo su trabajo (**in suo instrumento**).

La putrefacción o corrupción es pues necesaria, constituyéndose así, una vez aparecida, en madre de todas las enfermedades.

Es conveniente por lo tanto, médicos que me escucháis, que observéis y retengáis bien estas cosas en vuestro espíritu, desembarazándoos de vanas consideraciones.

La corrupción ensucia el cuerpo; más adelante comprenderéis con ejemplos vivos lo que es y todo lo que puede llegar a ser esta corrupción.

Ahora os diré sencillamente para terminar que, así como todas las ondas (de agua?) son claras, traslúcidas y aptas para teñirse de cualquier color, así el cuerpo puede adquirir todos los colores, es decir, todas las corrupciones. Y que no hay ningún color que no provenga de algún determinado veneno, con lo que pueden constituirse en el indicador preciso de su veneno correspondiente.

### Capítulo noveno

(Sobre los modos en que puede manifestarse la putrefacción)

Para vuestro mejor entendimiento os diré ahora que la corrupción se realiza siempre por dos vías: la local y la de los emunctorios (**Localiter et Emunctorialiter**). Corrupción local es la que se produce en el estómago a causa de una digestión perturbada, capaz de vencer o descomponer al Alquimista durante su trabajo de separación de las materias sanas y venenosas, con lo que en lugar del Alquimista, queda libre el veneno, o sea la putrefacción. La putrefacción corrompe entonces todo lo bueno, substituyéndolo por lo venenoso, más peligroso aún en este caso por cuanto conserva las apariencias de lo inocuo o de lo saludable.

Cuando por el contrario llega el Alquimista a dominar la putrefacción, cada clase de veneno es rechazada y expulsada hacia el emunctorio natural que le corresponde: de esta manera el azufre blanco se elimina por las narices, el arsénico por los oídos, el excremento por el intestino ciego y así sucesivamente. Ahora bien, cuando en esta situación, sea por debilidad de la naturaleza de los emunctorios o por la especial potencia putrescente del veneno, se retarda o se retiene la eliminación, pueden desarrollarse todas las enfermedades que dependen del mismo. Esto comporta desde luego una cierta aberración de la naturaleza y constituye el segundo mecanismo de corrupción: el de la corrupción de los emunctorios.

Dos causas se manifiestan pues, universalmente, en todas las enfermedades. Más adelante volveremos a ocuparnos de esto con mayor detenimiento.

### Capítulo décimo

(Sobre las condiciones de la salud)

Habiendo expuesto en los capítulos anteriores todo lo concerniente a la Alquimia natural, a su existencia en todo animal y a la capacidad discriminadora química que se desarrolla en el ventrículo, vamos a referiros ahora la buena doctrina, con cuya aplicación podáis buscar y reconocer todas las demás enfermedades

Para que el hombre se conserve sano se necesita por lo pronto un Alquimista hábil que pueda llevar a cabo perfectamente su obra separadora de buenos y malos principios; esa obra deberá realizarse además en unos instrumentos, reservorios y emunctorios, cómodos y eficientes, contando además con el favor de los astros y con la bienhechora disposición de las otras cuatro Entidades.

Todavía, y aunque todas las circunstancias previas citadas sean favorables, pueden ocurrir diversos accidentes que hieran, manchen, pudran u obstruyan los instrumentos, reservorios y emunctorios referidos.

El fuego, el agua y el aire son, por ejemplo, tan necesarios en sus diversas combinaciones como perjudiciales en estado de pureza, lo que ocurre igualmente con todos los accidentes externos de gran potencia que puedan romper o alterar los instrumentos y emunctorios, haciéndolos inaptos para las funciones que les están encomendadas. La presencia de estos elementos puede poner fuera de uso los delicados medios del Alquimista provocando su enfermedad o su muerte.

### Capítulo undécimo (Sobre la esencia del gran veneno de la digestión)

También la boca puede ser puerta de entrada para la corrupción, bien por medio del aire, de los alimentos, de las bebidas o de otras cosas semejantes.

El mecanismo por el que esto llega a producirse es sencillo, tanto más cuanto que en el aire se encuentran habitualmente grandes cantidades de veneno, al que estamos permanentemente expuestos. En cuanto a los alimentos y bebidas, será conveniente precisar que no sólo resulta dañina su calidad sino también su cantidad, la que puede igualmente discordar con la capacidad de los instrumentos del cuerpo, que puede llegar a lesionarse, con la consiguiente perturbación del Alquimista y de todas las funciones que realiza. El resultado de todo esto conduce a la corrupción y putrefacción de la digestión.

Cuando la corrupción ocupa el cuerpo del hombre, el ventrículo y todos los demás órganos aparecen revestidos (**induit**) por el veneno, el cual adquiere desde ese momento la categoría de “madre” de las enfermedades de ese cuerpo, pues debéis saber que sólo existe un veneno, y no varios, que tenga la categoría de madre de las enfermedades.

Cuando coméis carne, por ejemplo, o bien legumbres, purés, especias (**aromata**). .. etc., y se declare la corrupción en el vientre, debéis saber que la causa de esa corrupción no está en cada uno de tales alimentos sino en todos, pues todos en ese caso responden a un solo veneno, ya provenga de las legumbres, de la carne, del puré o de las especias. Es decir: que basta con que un solo alimento esté alterado para que su corrupción invada por igual a todos los demás, originalmente saludables.

Saber cuál es y qué es ese veneno único, constituye uno de los más grandes misterios (**arcanos**).

Por eso, si conocierais verdaderamente ese veneno, madre de enfermedades, sería lamentable que todavía se os siguiera llamando médicos, pues no habría entonces profesión más sencilla.

Con todo y aunque conocieseis el remedio que correspondería usar en cada caso, es más que probable que aun cometieseis numerosos errores.

Sean pues estos razonamientos el fundamento de la esencia de todas las seiscientas enfermedades.

## Capítulo duodécimo (Resumen de la doctrina fisiopatológica de la digestión)

Vamos a comunicarnos aquí una breve enseñanza acerca de los venenos, a fin de precisar lo que debe entenderse por veneno y en qué consiste su propia naturaleza. Ya hemos indicado que en todos los alimentos existe un veneno, Y también que de los alimentos extraemos una cierta “Entidad de potencia”, superior a nuestros propios cuerpos. Asimismo hemos explicado la naturaleza del Alquimista que hay en cada uno de nosotros, el que por medio de su industria, con los instrumentos y en los reservorios que le son propios, separa los venenos de los alimentos en beneficio del cuerpo, terminado lo cual deja a la esencia nutritiva incorporada en forma de tintura y de color, en tanto que el veneno es dirigido hacia los emunctorios para su expulsión fuera del organismo. Todas las cosas se administran en este mismo orden y el hombre luego, bajo esta “Entidad de potencia”, se hace sano y fuerte.

Sin embargo, cuando dicha Entidad resulta debilitada o destruida a consecuencia de cualquier accidente hostil, vemos aparecer y desarrollarse lo que hemos llamado madre de las enfermedades, con referencia y aptitud para toda clase de venenos.

Ya sabéis cuáles y cuántos emunctorios hay: estudiadlos ahora y llegaréis así al conocimiento de los venenos. Según esto, todo lo que se exuda substancialmente por los poros de la piel proviene del mercurio; y del azufre blanco lo que se destila por las narices. A su vez las orejas rechazan el arsénico, los ojos el azufre, la vejiga de la orina la sal y el ano el azufre en estado de descomposición. Por ahora no adelantaremos otros conocimientos, por más que vuestra razón se acucie de curiosidad.

En el libro “**De humana constructione**” os daré los fundamentos de la filosofía que necesita conocer el médico: allí encontraréis ampliamente expuestos los remedios exigidos por las numerosas causas que provienen de la putrefacción y la forma y modos con que el veneno se oculta en los alimentos.

## Capítulo decimotercero (Conclusión sobre la Entidad de los Venenos)

Vamos a dar un ejemplo ahora para demostrar en pocas palabras cómo se encuentra el veneno en los alimentos y de qué manera se transforma en veneno la naturaleza de las cosas originariamente puras y perfectas que hay en los hombres o en los animales.

El buey con su apariencia (**ornatus**) se basta perfectamente a sí mismo: la piel defiende a su carne de todo accidente y sus emunctorios sirven perfectamente al trabajo de su Alquimista. Este animal ha sido creado con la forma que le es propia en atención a su actividad y a sus necesidades, que son en definitiva servir de sustento al hombre. De este modo resulta para el hombre un veneno a medias, ya que si hubiese sido creado efectivamente por el hombre mismo para su provecho, carecería de cuernos, de pezuñas y de huesos, dado que ninguna de estas cosas constituye alimento ni reporta utilidad alguna. Veis pues que, en cuanto buey, dicho animal ha sido muy bien creado, pues nada le falta ni nada le resulta superfluo.

Cuando el hombre lo emplea como alimento, absorbe con él todo lo que le conviene y a la vez todo lo que le es contrario, por más que nada de ello sea contrario ni venenoso para el buey. Y como os hemos dicho repetidamente, se llega al momento en que la presencia y la acción del Alquimista se hace necesaria a fin de separar lo venenoso y rechazarlo hacia los emunctorios.

Tomando ahora así este ejemplo comprenderéis que sólo el que es Alquimista entre los hombres puede cumplir con ellos lo que el Alquimista de la Naturaleza realiza en nuestros cuerpos.

Piense cada cual en esto y esfuércese en obrar como el Alquimista de la Naturaleza. El no contar al moco que destilan las narices entre los venenos, como hasta ahora se ha venido haciendo, es un gran error, pues se trata en verdad de uno de los venenos más malignos, del que nacen todas las enfermedades catarrales (**morbi destillationum**), según puede verse perfectamente en los cuadros clínicos de estas dolencias.

Con lo dicho consideramos haberos explicado suficientemente todo cuanto concierne a la Entidad del Veneno.

En definitiva debéis retener que el veneno proviene solamente de la perturbación de la digestión, que deja en nosotros esa parte venenosa que constantemente ingerimos pero que normalmente eliminamos. Y que todo veneno se engendra siempre en el mismo lugar, de donde, pasado algún tiempo, resultan las enfermedades o la muerte.

Finalmente, si en este estudio sobre la segunda Entidad no os hemos explicado la manera cómo los venenos de los alimentos producen las enfermedades, ha sido en beneficio de la claridad de nuestra exposición. Más adelante, en el libro de los orígenes de las enfermedades, encontraréis de nuevo este paréntesis.

Entonces conoceréis en un solo estudio las enfermedades del arsénico, de la sal, del azufre y del mercurio, según la distribución de cada forma y especie.

Concluimos con estas palabras el estudio de esta Entidad, que ofrecemos a vuestro conocimiento como base de nuestros otros libros.

## TERCER LIBRO PAGANO (*Pagoyum*) ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS.

### TRATADO DE LA ENTIDAD NATURAL (*De Ente Naturali*)

#### Capítulo primero (Concepto de la Naturaleza de hombre)

Como no me cabe la menor duda de que la idea que os habéis hecho de la Entidad Natural, según el juicio emanado de vuestros libros, es muy distinta de la nuestra, vamos a presentárosla con la categoría que le corresponde, muy superior a la que vosotros le dais, pues en realidad se trata de la tercera de las Entidades creadoras de todas las enfermedades, las cuales se manifiestan en cualquier caso cada vez que la Entidad Natural experimenta una mutación, como vamos a enseñaros en las Capítulos inmediatos.

En la definición que vamos a darle no usaremos los términos de vuestra lengua materna, tal como fuera dicho por Heinrichmann<sup>19</sup>, a pesar de lo cual quisiera recordaros que nada de esto es demasiado nuevo y que, no obstante su simplicidad, gran parte de estos conocimientos estuvieron presentes en los viejos autores, injustamente olvidados hoy día.

He aquí pues la Entidad Natural:

Sabéis por la ciencia astronómica las influencias de las estrellas y de los planetas, del firmamento y de todos los astros, es decir, en una palabra, del genio del cielo, todo lo cual ha sido objeto de vuestro más detallado estudio y que va a servirnos perfectamente de introducción al tema, ya que al igual que los elementos celestes, también el hombre tiene una constelación y un firmamento.

Esa doctrina por la cual llamáis al hombre “Microcosmos” tiene de exacto el nombre, pero no la interpretación demasiado cargada, en efecto, de confusión y obscuridad; así pues será necesario que os expliquemos claramente lo que es el Microcosmos.

Así como el cielo existe según sus atributos, por él y para él mismo, así el hombre aparece en su interior constelado de astros. Y al igual que el firmamento, que está en el cielo en su propio poder (**pro se**), libre de toda dependencia, el firmamento del hombre está en él libre también de toda obediencia, poderoso e independiente de las influencias de todas las criaturas.

De lo cual debéis concluir que hay en verdad dos clases de seres: una, el cielo y la tierra (Macrocosmos) y otra, el hombre (Microcosmos).

---

<sup>19</sup> Debe referirse a algún celebre maestro, olvidado de los comentaristas, ya que no figura su nombre ni siquiera en la "Allgemeine Deutsche Biographie".

## Capítulo segundo (Esquema del hombre natural)

Al continuar esta exposición queremos manifestar que no ignoramos vuestros conocimientos sobre los movimientos del firmamento, que habéis estudiado hasta sus más pequeños detalles, así como los que poseéis sobre la tierra, los seres que la pueblan, los “elementos” y las “substancias”.

Lo único que nos extraña es que no hayáis reconocido ese mismo Universo en el hombre, al considerar los admirables movimientos de los cuerpos de los planetas y de las estrellas, sus exaltaciones, conjunciones y oposiciones y todo lo que la abstrusa y profunda doctrina astronómica encierra; tanto más cuanto que nadie que ignore la astronomía puede llegar a alcanzar una verdadera sabiduría médica.

Bueno será, por lo demás, que no olvidéis que la tierra produce sus frutos justamente para que el hombre viva y use y se alimente de ellos. Supongo que estaréis de acuerdo con esto; tanto en lo que se refiere a la naturaleza del hombre como a su propio cuerpo, del cual salen (**emergunt**) todos los alimentos que él mismo pueda necesitar. En otras palabras, os diré que los miembros son los alimentos del cuerpo, cuyo desarrollo sigue las mismas leyes que las que rigen el crecimiento de los frutos de la tierra. Y que, al igual de los frutos de la tierra destinados al cuerpo, los alimentos que el cuerpo produce van a parar a los miembros, también, al fin y al cabo, productos del hombre.

Os hemos dicho todo esto a fin de que comprendáis que los miembros del cuerpo no necesitan ningún alimento extraño<sup>20</sup> y que es el cuerpo el que se lo procura por propia elaboración.

Observad que el cuerpo se nutre exclusivamente a través de esos cuatro miembros y que todo lo demás son planetas que no necesitan alimentarse, al igual que el resto del firmamento. O sea, que el cuerpo es doble: planetario y terrestre. Y que el hombre se compone de esas dos criaturas: el conjunto de cosas nutritivas y el conjunto de cosas que necesitan ser alimentadas.

## Capítulo tercero (Sobre el elemento prolífico)

Recordad ahora que hay algo en nuestro organismo que no necesita de los alimentos exteriores y que llamamos el firmamento del cuerpo, ya que de la misma manera que el cielo vive en su firmamento sin necesitar alimento alguno, así también el firmamento corporal se nutre por sí mismo (**se habet**).

El cuerpo, semejante en todo a la tierra, provee de alimentos a sus cuatro miembros, que no necesitan de ninguna otra cosa más, ya que sus cuatro espíritus se robustecen y nutren en el propio cuerpo.

---

<sup>20</sup> Estos párrafos, un tanto extraños, tienen sin embargo una explicación: quieren decir que los alimentos elaborados en la tierra sufren, en el seno del microcosmos (hombre), una nueva elaboración que los transforma en un alimento muy puro, que es el quilo o linfa concentrada, único alimento especial de los miembros. Con lo que el estómago realiza así una operación análoga a la que lleva a cabo la tierra con las semillas.

Todavía hay algo más que se añade a lo anterior para protegerlo en cierto modo, de manera semejante a como ocurre en el firmamento. El que llegemos sin embargo a encontrar o no, la forma o la apariencia de esta cosa, no aumentará nuestra gloria. Escuchad pues cuanto os digo y tened por cierto que el hombre no tiene más remedio que aceptar un alimento exterior que su propio destino le proporciona, alimento destinado exclusivamente al cuerpo, en la misma comparación con que el humus lo está a la tierra.

Este fruto no es suyo, ni nace de él, ni se desarrolla por él y su única misión es robustecer la substancia del cuerpo y hacerla prolífica, en igual finalidad y semejanza que el humus con la tierra de los campos. Ese fruto o alimento nutre al hombre como si fuera su propio humus, pues en verdad os digo que ni la vida, ni el intelecto, ni el espíritu, ni ninguna otra cosa de este género tienen su principio en la comida o la bebida y no pueden mejorarse o deteriorarse por ellas.

El alimento pues, se comporta en relación al cuerpo, igual que el humus con el campo. Y así como el humus calienta y “engorda” misteriosamente a la tierra, así obra el alimento con el cuerpo, aunque sin ejercer acción alguna sobre las cosas que en el cuerpo existen. Sírvaos esto de introducción para comprender los capítulos siguientes y para saber que nosotros colocamos al hombre en el firmamento de su cuerpo, en su propia tierra (**et suae ipsius terrae**) y en todos sus elementos. Con lo que os dejamos dispuestos para aprovechar debidamente los siguientes capítulos.

#### Capítulo cuarto

(Sobre la influencia específica de los planetas)

Abordaremos ahora el estudio del firmamento teniendo en cuenta su dos principios: la Creación y el Destino; en el intervalo de los cuales, desde el principio, encarnado por la primera, hasta el fin, que representa el segundo, todo debe consumarse.

Notemos igualmente que los siete miembros del cuerpo, como si fueran otros tantos planetas, se bastan a sí mismo sin necesitar alimentos de ninguna clase. Seguido lo cual os proponemos que consideréis ahora este ejemplo: El planeta Júpiter es de tal naturaleza que no necesita de ningún abono para proveer al sustento de su cuerpo, ya que desde el momento mismo de su creación recibió suficientes provisiones, exactamente igual que ocurre con el hígado.

Por eso, cuando insistís en vuestras objeciones y habláis de la digestión del hígado, no podemos por menos de retorcernos de risa (**id nos in risum detorquebimus**), lo mismo que cuando oímos los líricas tonterías de algún poeta alemán hablando del color azulado de las montañas, en lugares completamente llanos.

En cuanto a la descripción del modo de realizar la cocción, preferimos que sea el campesino quien os la haga, pues a él le corresponde por derecho propio, por ser el Alquimista del campo que con su trabajo abona y hace fructificar. Porque en tocante al cuerpo, ninguno de sus siete miembros requiere el menor abono.

Lo mismo que habéis comprendido lo precedente sobre Júpiter y el hígado, entended ahora que la Luna es el cerebro, el Sol el corazón, Saturno el bazo, Mercurio

los pulmones, Venus lo riñones..., etc., y que de manera semejante podréis juzgar el curso de los firmamentos inferiores.

Así pues, si deseáis diagnosticar una enfermedad y conocer su punto crítico (**si cognituri crisiu estis**) es necesario que sepáis ante todo cuál es el curso o movimiento natural que se está produciendo en el cuerpo, sin lo cual os digo verdaderamente que no podréis de ninguna manera tratar las crisis de las enfermedades naturales, pues, al igual que las crisis de las enfermedades que resultan de la Entidad Astral, están muy distanciadas entre sí.

#### Capítulo quinto (Doctrina de la predestinación)

Vamos ahora a informaros acerca de la doctrina de la crisis: Cuando nace un niño, nace al mismo tiempo con él su firmamento y sus siete miembros, que al igual que los planetas, según os hemos dicho antes, se bastan a sí propios. Teniendo en cuenta que cuando hablamos de firmamento nos referimos al firmamento “lleno”, es decir, ocupado, precisamente como el firmamento del niño.

El firmamento de cada niño, ya al nacer, tiene marcada su predestinación, que es el tiempo que la Entidad Natural debe seguir la ordenación de los planetas. Durante ese lapso de tiempo seguramente se cumple una creación, cuyo fin ocurre al mismo tiempo que la predestinación, pongamos por caso a los 30 años. La característica de esa creación es justamente presentir hasta qué punto y durante cuántos años debe la Entidad Natural ordenar el curso de la vida.

Os daré el siguiente ejemplo: Cuando se pone en marcha un reloj de arena se puede saber exactamente cuánto tardará en pasar la arena del globo superior al inferior. Así la naturaleza obra igual con los seres de la creación y por lo tanto sabe perfectamente cuánto durará el curso de su Entidad, disponiendo el tiempo con más o menos amplitud según la distancia recorrida o por recorrer y adaptando los movimientos de los astros de manera que todas sus influencias se cumplan en el tiempo que va desde la creación a la predestinación.

Ved este otro ejemplo: Suponed un niño que nace en este momento y cuya Entidad Natural le tiene dispuesta una predestinación de 10 horas. Ocurrirá que todos los planetas corporales cumplirán su curso en ese plazo, lo mismo que si ese niño hubiese vivido 10 años, Los centenarios no tienen un curso vital diferente que el niño que vive una hora o menos, pues ambos son de igual naturaleza y sólo se diferencian por la longitud o dimensión de su desarrollo.

Con esto hemos querido haceros notar y comprender lo que en la Entidad Natural es Creación y Predestinación, siendo justamente esta última la que resulta rota o perturbada a menudo por las otras Entidades.

## Capítulo sexto (Más sobre la predestinación)

En el capítulo anterior hemos enseñado que el hombre y su firmamento se crean a la vez y duran el mismo tiempo. Ahora diremos que si bien uno y otro engendran e influyen mutuamente su curso vital y su predestinación, no pueden nada en cambio sobre su descendencia.

Por lo demás, hemos visto que el curso de la vida del hombre se prolonga siempre lo necesario para poder completar el ciclo de su predestinación o se acorta, en todos los casos en que les corresponde una Entidad Natural reducida.

Esa es la razón por la que las fases de la luna carecen de influencia sobre el cerebro, pues así como el cerebro se renueva (**innovatur**) varios cientos de miles de veces por el corazón, la luna sólo recibe del Sol una sola y misma luz.

La crítica o explicación astronómica del final o crisis de la Entidad Natural es completamente arbitraria. En efecto: todo lo que debilita el cuerpo a través de la Entidad Natural manifiesta la crisis según su propio movimiento y no según el firmamento del cielo. Considerada de esta manera la Entidad Natural, se comprende que no haya —por ejemplo— relación alguna entre Saturno y el bazo y viceversa.

Observad ahora el tiempo comprendido entre el instante de la creación y la predestinación de un ser humano cualquiera, con el firmamento de su cielo: Ocurrirá que así como el instante creación-predestinación es el mismo, el cielo del nacimiento —o sea, el firmamento astrológico del ser— varía infinitamente a cada momento.

Lo indudable es que el padre no puede tener más relación con el hijo que el hijo con el padre y que, abstracción hecha del temperamento y de la complexión, ningún niño puede recibir ninguna influencia exterior una vez que alcance y viva su propia vida.

Nadie pues recibe nada de nadie por afinidad ni influencia de la Entidad, pues si alguien conociese o llegase a conocer la predestinación del cielo, conocería también la de los hombres lo cual sólo es atributo de Dios, único concededor de la predestinación y de la crisis.

Para no olvidar esto considerad aquí conmigo las exaltaciones, conjunciones y oposiciones de cada caso, en relación a sus firmamentos respectivos y tened en cuenta que dichas relaciones son de naturaleza espiritual y no material, pues así como los astros realizan su curso, la substancia permanece inanimada, ya que la rapidez del curso o sean, las mutaciones del firmamento corporal, no pueden concebirse en la naturaleza de la substancia.

Sólo el espíritu y los planetas determinan los movimientos por los cuales se crece o de decrece. Por eso llamamos al planeta “Entidad durable” (**Ens longum**) y al hombre “Entidad breve” (**Ens breve**).

## Capítulo séptimo

### (Correlación de los planetas con las partes de la Entidad Natural)

El corazón es el Sol del cuerpo. Y así como el Sol influye por sí mismo sobre la tierra, así el corazón lo hace sobre el cuerpo. Por eso, aunque el Sol no se manifieste esplendorosamente, puede el cuerpo aparecer de este modo, debido justamente al corazón. De la misma manera resultan equivalentes la luna y el cerebro, aunque en este caso las semejanzas e influencias corresponden a la esfera espiritual y no a la substancia, lo cual explica el gran número de accidentes que afligen al cerebro. El bazo realiza su movimiento de manera semejante a Saturno y cumple su curso tantas veces como el planeta va de su creación a su predestinación. A su vez la bilis corresponde a Marte, aunque no de manera absoluta substancial. Vemos que todo el firmamento posee su modo y substancia propia, en perfecta relación con el sujeto corporal al que aparece destinado.

De lo que resulta que la bilis es tan independiente (**se habet**) en su substancia como Marte en su espíritu.

La naturaleza y la exaltación de Venus se encuentra en los riñones, en el grado y predestinación que corresponde al planeta o a las entrañas. Ahora bien, como que la operación que realiza Venus está conducida hacia los frutos de la tierra que deben engendrarse, resulta así que la potencia de los riñones se concentra en el fruto humano<sup>21</sup> con lo cual Venus no llegará nunca a consumir al cuerpo.

Es natural que los riñones realicen esta función y en verdad que ningún otro órgano podría cumplirla mejor. Así, cuando Venus, por ejemplo, recibe de la Gran Entidad la potencia de la concepción, los riñones sacan su fuerza del sentimiento (**sensus**) y de la voluntad del hombre.

Mercurio es el planeta correlativo de los pulmones. Uno y otros son muy poderosos en sus firmamentos respectivos, pero conservan entre sí una gran independencia.

Júpiter corresponde al hígado con gran semejanza y de la misma manera que nada puede subsistir en el cuerpo cuando falta el hígado, ninguna tempestad puede desencadenarse tampoco en presencia de Júpiter. De esta manera resultan animados ambos del mismo movimiento, produciendo igual efecto y existiendo cada uno en su firmamento propio con pleno dominio y entidad.

## Capítulo octavo

### (Sobre la circulación de los espíritus corporales)

Todo cuanto acabamos de referir a la Entidad Natural, a propósito de cómo mora (**abeat**) en sus constelaciones, puede ser proyectado ahora sobre los astros del cuerpo (**de sidéribus corporum**), dicho lo cual descansaremos.

---

<sup>21</sup> Se refiere, indudablemente, a los órganos sexuales.

Entretanto y a los efectos de una inducción más perfecta, afirmaremos todavía algunos otros principios que no dejarán de ser útiles para nuestro Paréntesis y que desarrollaremos en los próximos capítulos.

Será preciso, sin embargo, que conozcáis esto: El movimiento de los espíritus de los astros corporales va desde su origen o principio de los miembros hasta la extremidad de dichos miembros, retornando luego a su origen, como una reflexión al centro de donde partió. He aquí un ejemplo: El corazón envía (**diffundit**) su espíritu por todo el cuerpo, exactamente como lo hace el Sol sobre la tierra y los demás astros; dicho espíritu (del corazón) sirve para el sustento del cuerpo, pero no para el de los otros siete miembros. Va del cerebro al corazón y de aquí a su centro, por vía del espíritu, sin franquear otros límites. El hígado hace circular su espíritu hacia la sangre sin mezclarlo en ninguna otra parte. El bazo dirige su corriente por los flancos (**latera**) y los intestinos. Los riñones fraguan su camino los lomos, vías urinarias y partes vecinas. La vía de los pulmones se halla en el perímetro del pecho y en la garganta. Y la bilis toma su movimiento del ventrículo a los intestinos.

Dado pues que cada una de estas partes tiene un destino perfectamente establecido, no podréis ignorar que si cualquiera de ellas se extravía y penetra en las vías que no le corresponden —por ejemplo cuando el bazo toma las vías de la bilis— necesariamente se producirán diversos trastornos todo lo cual os explicaremos con mayor claridad y amplitud en el “Libro de los orígenes de las enfermedades”. Por ahora basta con esto.

Hagamos el mismo razonamiento sobre las demás estrellas que, según las normas del firmamento, se encuentran en el cuerpo, lo que es igualmente verdadero para los astros del cuerpo y para los errores que pueden determinar por las reflexiones y rebotes de sus movimientos.

A modo de introducción diremos —y debéis comprenderlo así— que hay siete vidas, ninguna de las cuales puede identificarse exclusivamente con aquella en la que reside el alma o mentalidad (**anima seu mens**), que es la auténtica y verdadera vida (**genuina et vera**).

De todo lo dicho resulta que los otros miembros toman la vida de esas siete clases de vidas, cada una de las cuales lo hace a su vez de su planeta correspondiente, en el movimiento que le ha sido adjudicado.

## Capítulo noveno

(Sobre la disposición de los cuatro elementos)

Al terminar el capítulo anterior dejábamos establecido cómo cada miembro asegura su nutrición y conservación por medio de siete vidas, bajo la protección de un Planeta particular en cada caso. Quiere ello decir que todo lo que toma su vida del hígado —por ejemplo— queda sometido al hígado, así como al corazón lo que se origina en dicha víscera y lo mismo sucesivamente para todas las demás.

Observad ahora los Elementos del cuerpo y notad que no ha de inmutarnos que nuestro estilo y doctrina sea diferente del preferido por vosotros y que trasuntan vuestros escritos.

Todos los elementos del cuerpo dominan en la Entidad Natural: así, ciertas enfermedades nacen efectivamente de las estrellas, tales otras provienen de las cualidades, éstas se originan en los humores, aquéllas resultan de las complexiones o temperamentos... etc.

Sin embargo, a fin de que los comprendáis bien, vamos a examinar a fondo la naturaleza de los elementos del cuerpo.

El fuego se origina en el séptimo movimiento, ya que el movimiento que poseen los elementos expulsa de ellos el calor. El fuego de los Elementos es invisible en el cuerpo y no se revela más que a través de las heridas o contusiones (**ictus**). En tales casos las chispas salen por las lesiones (**doctus patent**), especialmente cuando se encuentran cerca de los ojos, pues es sabido que allí las chispas se disimulan muy difícilmente.

El fuego pues está escondido en el cuerpo y lo mismo que el del mundo en general, estamos incapacitados para poseerlo, a menos que lo hagamos surgir por la fuerza (**excutiatur**). El agua a su vez inunda el cuerpo entero, venas, partes nerviosas, huesos, carne y miembros. Los miembros en particular están rodeados y sumergidos (**perfusum**) exactamente como los árboles en la tierra.

En cuanto al aire, su presencia en el cuerpo obedece a los vientos que crea el movimiento continuo de los miembros, cuyos vientos, al igual que los que surgen (**exoriuntur**) en el mundo, existen en número de cuatro. Finalmente, la tierra es aquello para lo cual han sido producidos los alimentos.

De esta manera encontramos los cuatro Elementos en el hombre, con las mismas predestinaciones que poseen en el Mundo.

Sobre esto pensamos sin embargo que el Creador debió formar a la criatura libre inicialmente de los cuatro Elementos, por cuanto los mismos no se han originado (**oriuntur**) tampoco en los otros miembros. Lo cual está demostrado en los libros que tratan de la Primera Criatura (**de Creato Primo**).

## Capítulo décimo

(Estudio de las cuatro complexiones)

Habiéndoos expuesto a propósito del movimiento de las estrellas, es decir, del firmamento mismo y de los Elementos, la forma cómo viven en el cuerpo y como subsisten substancialmente en sí mismas en su propia potencia, vamos a añadir todavía algunos conceptos a fin de completar nuestra doctrina.

Para que conozcáis fundamentalmente la Entidad Natural, repetiremos la enunciación de las cuatro complexiones. Existe una complexión colérica, otra sanguínea, otra melancólica y otra flemática; ninguna de las cuales existe por los astros ni por sus elementos, como insisten en afirmar algunas erróneas opiniones contemporáneas.

En cambio estamos dispuestos a cederos en un punto, y es aquél en que afirmáis que todas ellas (las complexiones) han sido dadas al cuerpo de todas y de cada una de las criaturas.

Es sabido que en el cuerpo encontramos los cuatro sabores de la tierra: el ácido, el amargo, el dulce y el salado. Y que, aun siendo perfectos en todos los sujetos, no pueden reconocerse (**pervestigables**) bien más que en el hombre.

La cólera saca su principio de la amargura, la cual es siempre caliente y seca como el fuego, por más que no aparezca en ningún caso afectada por él. La acidez produce melancolía, la que a su vez es siempre fría y seca, como la tierra, sin que ninguna de las dos tenga tampoco nada que ver con la tierra. La flema proviene de la dulzura, que, como el agua, es fría y húmeda, a pesar de lo cual resultan notorias las diferencias entre la flema y el agua. Finalmente, la sangre proviene de la sal; todo lo salado puede decirse que es sangre y todo ello resulta siempre caliente y húmedo.

De todo lo anterior podemos concluir que si la Entidad de la Complejión del hombre ha dado un predominio a la sal, el hombre será sanguíneo; colérico si prevalece la amargura; melancólico cuando su influencia mayor corresponde a la acidez, o bien flemático, cuando la dulzura sea la nota temperamental dominante.

Las cuatro complexiones están pues en el cuerpo del hombre como en un jardín en que crecieran la amarisa<sup>22</sup>, el polipodio, el vitriolo y la sal de nitrato, todas las cuales pueden subsistir conjuntamente, aunque siempre bajo el mayor predominio de una de ellas.

## Capítulo undécimo (Sobre el humor y los colores del cuerpo)

A pesar de cuánto acabamos de referir a propósito de las complexiones, debéis saber que nada de lo que conviene a la esencia del hombre puede ser considerado como fijo o definitivo.

Así pues no es necesario que el sanguíneo sea alegre o el melancólico triste. Más aún; diremos que esto es falsa. Y ello así, porque estamos persuadidos de que la alegría, la tristeza, la ciencia, etc., no son fruto de la naturaleza, razón por la cual llamamos a vuestras propiedades de la naturaleza, propiedades del espíritu.

Sólo los espíritus en efecto son capaces de engendrar tales propiedades, que provienen, no de la naturaleza, sino de ciertos seres incorpóreos que se encuentran encerrados en el cuerpo. Retened, pues, esto como si fuera un proverbio. Y no hagáis nunca uso para tales menesteres de nada que provenga de la naturaleza, ya que nada tampoco han divulgado los sabios sobre esto.

Entre todo lo que significa la Entidad Natural, debéis prestar la mayor atención al humor, pues él es el verdadero licor de la vida del cuerpo.

Sobre esto, sabed que existe un cierto humor que calienta y sostiene el cuerpo y que es la vida de los miembros. Este humor es por sí mismo una verdadera Entidad, que engendra los metales de la tierra y la bondad o la malicia en el hombre. Veremos cómo se explica esto:

---

<sup>22</sup> Ningún traductor ha podido aclarar el significado de estas "amarisas", desconocidas por Roch, Dorn y el mismo Toxites, y que no figuran en el "Lexicon Medicum".

El hombre ha sido dispuesto para que pueda tener mil virtudes y otras tantas malicias, lo cual no le proviene (**defluxit**) de los astros ni de las estrellas del firmamento, sino que le nace (**emersit**) precisamente del humor. Hagamos esto más evidente con un ejemplo:

El mundo posee en sus entrañas diversos metales, es decir, diversas virtudes, mejores en unos sitios y peores en otros, lo cual se encuentra en el hombre de manera semejante. La razón es que el humor viene a ser la mina del bien de la naturaleza y que en el hombre los vicios resultan de que la naturaleza engendra en él muchos metales malos, no evaluándose ni correspondiendo las virtudes a las costumbres o al natural de los hombres, sino a sus colores y compleción (**habitus**). De tal manera que todo aquel que tiene buenos colores lleva en él una buena mina y unos buenos metales, y una mala mina y unos malos metales si por el contrario está mal coloreado.

En cambio no podréis afirmar que el hombre sonrosado sea ya un sanguíneo por esta sola razón, ni que deban ser coléricos todos los de tinte cerúleo o amarillento.

He aquí cómo deberéis juzgar: El que tenga el color sonrosado estará sometido a la influencia del Sol, ya que ese noble color corresponde a la rosa y al oro. Y de manera semejante para todos los demás colores.

Por eso hemos dicho antes que los colores atestiguan el humor y que de ello debéis servirnos para vuestros juicios, pues en verdad son muchas las enfermedades sometidas a su influjo (del humor), superior a la potencia de cualquiera de las demás causas.

#### Apéndice (Semiología general de la Entidad Natural)

A todo lo que acabamos de decir debéis agregar cuanto se refiere al movimiento del cuerpo, entendiendo que existen en él cuatro movimientos, que son: el Firmamento, los Elementos, las Complexiones y los Humores; a los que se asignan y de los que se originan todas las enfermedades. Según la Entidad Natural, todas las enfermedades están distribuidas en cuatro géneros: el género de las estrellas, de donde emanan las enfermedades crónicas; el de los elementos, que da las afecciones agudas; el de las Complexiones, de donde resultan las enfermedades naturales; y el de los Humores, de donde provienen las eruptivas (**tingentes**) y las que provocan manchas. De esta manera debéis disponeros a considerar las enfermedades de la Entidad Natural.

En cuanto a los nombres por los que deban ser designados los diversos géneros y especies de dolencias no vamos a ocuparnos de ellos ahora, dejándolos para el libro en que trataremos de los orígenes de las enfermedades.

Para terminar, os diremos que a pesar de que hayamos dedicado once capítulos a la Entidad Natural, no debéis olvidar que el cuerpo no llega a ser atacado por ella más que cuando las demás Entidades lo permiten.

En el ejercicio de vuestra práctica encontraréis los fundamentos más sólidos para el tratamiento de gran número de enfermedades. Tened por cierto que lo que faltare, podrá ser perfectamente interpretado por vuestra experiencia.

## CUARTO LIBRO PAGANO (*Pagoyum*) ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

### TRATADO DE LA ENTIDAD ESPIRITU (*De Ente Spirituali*)

#### Capítulo primero (Concepto de la Entidad Espiritual)

Definiremos la Entidad Espiritual diciendo que es una potencia perfecta cuyo fin consiste en maltratar el cuerpo entero (**ad corpus universum violandum**) con todo género de enfermedades.

Ya sé que no faltarán los que objeten este criterio tan absoluto y que incluso nos insultarán por ello, pero a todo hemos de hacer oídos sordos. Esas objeciones no nos impresionan y lo cierto es que ellas mismas se diluyen y aniquilan solas. Es necesario en efecto que los argumentos de toda polémica sean suficientemente sólidos y no de la naturaleza de los que se nos oponen.

Al tratar de explicaros lo que es la Entidad Espiritual será bueno que previamente rechacéis ese llamado estilo Teológico, pues no todo lo que se titula Teológico es santo, ni piadosos todos sus argumentos, ni verdaderas las deducciones que sacan de la Teología las personas que no la entienden.

Es cierto que esta Entidad ha sido descrita por los Teólogos con mayor cuidado y detalle que las otras Entidades, pero de todos modos su nombre y su texto son completamente distintos de los de nuestro IV libro pagano, cuyas demostraciones son sistemáticamente negadas por ellos.

Nosotros podemos decir que ninguna palabra será capaz de resolver nada allí donde falten los nervios o la médula. Estas palabras salen siempre, en efecto, de bocas ignorantes y lo cierto es que si Dios fuera verdaderamente el autor de tales escritos, nosotros no tendríamos más que seguirlos al pie de la letra, ahorrándonos todo otro trabajo.

En una cosa coincidimos sin embargo: En afirmar que el conocimiento de esta Entidad no proviene en absoluto de la fe cristiana. Nosotros sostenemos que dicha Entidad es de naturaleza pagana y que, además, no se manifiesta “contra” la fe cristiana, en la que todos hemos de morir.

Por ello os digo que no debéis considerar a esta Entidad como una Entidad cualquiera entre los espíritus, pues eso sería tanto como aceptar que los malos Demonios (**Cacodæmones**) pueden constituirse en Entidad: Cuando habláis de semejante manera carecéis de toda razón y parece como si vuestras palabras estuviesen inspiradas por el Diablo. Observad a este propósito que en la Entidad Espiritual no se encuentra el Diablo ni ninguna de sus obras, efectos ni conspiraciones. Y ello es así precisamente porque ni el Diablo ni el Ángel son Espíritus.

El espíritu es lo que engendramos en nuestras sensaciones y meditaciones y carece de materia dentro del cuerpo vivo, siendo diferente también del alma, que es lo que nace de nosotros en el momento de morir (**Quod ab obitu nostro nascitur id anima est**).

## Capítulo segundo (Anatomía de los espíritus)

Habiéndoos dado en el capítulo anterior los consejos necesarios para que no tengáis en cuenta las fantasías y las despreciables opiniones de los que se titulan Teólogos, vamos a enseñaros ahora cómo debéis comprender el espíritu. Por lo pronto no mencionaremos a los ángeles ni a los demonios, cuyo conocimiento corresponde a la Filosofía y no a nuestra Entidad. Lo que debéis entender por Espíritu es lo siguiente:

Es espíritu lo que suscita las enfermedades sin ningún impedimento y en grado y forma semejante a como lo hacen las demás Entidades. Recordad acerca de esto que existen dos clases de “terrenos” capaces de albergar las enfermedades y de conservar en ellas profundas y duraderas huellas. Uno de estos terrenos es la materia, es decir, el cuerpo. El otro, inmaterial, es el espíritu del cuerpo, de naturaleza invisible e impalpable.

El espíritu puede sufrir, tolerar y soportar por sí mismo las mismas enfermedades que el cuerpo, razón por la cual ha sido designado como Entidad Espiritual (**Ens Spirituale**).

Las tres Entidades que hemos estudiado hasta aquí —Astral, Natural y de los Venenos— pertenecen fundamentalmente al cuerpo. Correspondiendo al Espíritu las dos restantes; la del Espíritu, que ahora nos ocupa, y la de Dios, que trataremos a continuación.

A pesar de esta aparente división debéis pensar que allí donde sufre el espíritu, el cuerpo sufre también y que el cuerpo puede mostrar las perturbaciones del espíritu.

Esto se explica por la existencia en el Universo de dos clases de enfermedades: las materiales, que se caracterizan porque poseen o modifican el color (**tinguntur**) y que se nutren de las tres primeras Entidades, y las espirituales, emanadas de la Entidad Espiritual y de la Entidad Divina, no impregnadas de color material. Continuaremos, pues, hablando de las enfermedades espirituales y de su razón de ser.

## Capítulo tercero (Fisiología de los espíritus)

Habiendo hecho referencia a la dualidad de los “terrenos” del ser vivo, vamos a precisar ahora algo acerca de esto.

Partiendo de que el espíritu existe positivamente en cada cuerpo, pensad en qué o cómo puede manifestarse útilmente su función.

Su finalidad es conservar el cuerpo ni más ni menos que el aire protege a las criaturas contra la sofocación. El espíritu de cada cuerpo es además substancial, visible,

tangible y sensible para los demás espíritus, todos los cuales en su mutua aproximación pueden emparentarse lo mismo que lo hacen los cuerpos.

Nuestro propio espíritu, por ejemplo, puede entablar conocimiento con el espíritu de otro hombre cualquiera y ambos tratarse y conocerse entre sí exactamente cómo podemos hacerlo corporalmente él y yo. Los espíritus utilizan entre ellos un idioma propio con el que se hablan libremente, sin que los unan o relacionen en cambio nuestros discursos humanos.

De todo esto puede resultar, como comprenderéis, que dos espíritus mantengan entre ellos afinidades, enemistades u odios y que el uno alcance a herir al otro, igual que los hombres entre sí. De esta manera decimos que puede haber lesiones del espíritu, por cuanto el espíritu mora en el cuerpo y se traduce en él; y el cuerpo, consiguientemente, sufrir y enfermar, no materialmente, puesto que no se trata de una Entidad Material, sino por el espíritu.

Cuando dos seres se buscan y se unen en un amor ardiente y aparentemente insólito, hay que pensar que su afecto no nace ni reside en el cuerpo, sino que proviene de los espíritus de ambos cuerpos, unidos por mutuos lazos y superiores afinidades o bien por tremendos odios recíprocos, en los que pueden perdurar extrañamente. Son estos los que llamamos espíritus gemelos.

Para aclarar aún más este discurso debo expresaros que los espíritus no están engendrados por la razón, sino por la voluntad. Todo lo que vive de acuerdo a su voluntad, vive en el espíritu, así como todo lo que vive de acuerdo a la razón lo hace contra el espíritu.

De la razón nace el alma y no el espíritu, el cual es obra exclusiva de la voluntad, esto es, del “querer”. Vamos a ocuparnos, pues, del espíritu. Más adelante nos ocuparemos del alma<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> *Nota global al Capítulo tercero:*

El erudito traductor francés Grillot de Givry incluye en este punto una nota del mayor interés e importancia, cuyos lineamientos generales vamos a transcribir y comentar.

Alude a las considerables dificultades interpretativas de los términos: "anima", "mens", "spíritus"... etc., que provienen —dice— de la pobreza del vocabulario psicológico de las lenguas modernas.

Claro es que, por más ricos de sentido imaginativo que sean estos idiomas —y el francés lo es en grado sumo—, no hay que olvidar que en la época en que este autor acometió la traducción de las obras de Paracelso (1910 a 1912), la psicología y psiquiatría modernas, así como el psicoanálisis, no habían salido de la fase de alta investigación especulativa, intensamente encerrada en las fronteras científicas de Alemania, muy reducidas en aquel entonces, dadas las dificultades del idioma alemán y el estrecho sentido de especialización que presidía estos estudios.

Al variar hoy día esta situación por la popularización de dichos conocimientos, nos encontramos con que los diversos idiomas han asimilado una serie de términos y de conceptos del alemán, lo cual, si bien es lógico en cierto modo, no ha aclarado mayormente el hecho etimológico y filológico puro, por lo que la nota de Grillot de Givry conserva toda su utilidad primitiva.

Esa múltiple terminología, en efecto, no era sino la expresión clara de la anatomía de los principios superiores e invisibles del hombre. Así, los latinos colocaban frente a un solo elemento material hasta seis elementos invisibles, que eran: el "Animus", la "Anima", la "Mens", el "Spíritus", el "Intellectus" y la "Ratio".

En vez de esta sutil diversidad y estas complejas diferencias, la barbarie formativa de los idiomas propios de los francos y de los sajones sólo supo conservar el simplismo teológico de los dos principios inmanentes. Cuando hemos oído y aprendido, desde los colegios confesionales, que el hombre posee "un cuerpo y un alma", apenas hemos

---

recogido el eco debilitado de lo que los antiguos enseñaron y que vemos todavía incluido en la Epístola a los Tesalios, de San Pablo (Cap. V, 23).

Del mismo modo, cuando hablamos del término "alma", solemos aplicarlo a las más diversas situaciones expresivas. El espíritu, por ejemplo, nos sirve en una misma entidad idiomática para referirnos al Espíritu Santo, al espíritu de determinado autor, al espíritu del vino o al de una conversación (especialmente en francés, "esprit", ya que en castellano se prefiere decir "espiritualidad").

El matiz que llega a dar a estas modalidades el idioma alemán queda de manifiesto cuando dice: *Ghost* o *Geist*, para el Espíritu Santo; *Soul* o *Seele*, en el sentido del alma; *Mind* o *Kopf*, para el espíritu del entendimiento; *Sense* o *Sinn*, para el de una persona o autor; *Wit* y *Witz*, para las ingeniosidades u ocurrencias ("sprit" francés), y *Spirit* para el producto de la destilación.

Según los autores latinos clásicos, el "*Animus*" sería un principio localizado en el corazón y el plexo solar, que produciría en el hombre el coraje, el valor, el heroísmo y el arrojo e impetuosidad en las grandes empresas, y que se corresponde exactamente con el "*Lebab*" de las Sagradas Escrituras.

El término "*Anima*" se aplica a la porción de fluido universal que cada hombre posee dentro del círculo de la vida, correspondiente a la palabra "*Nephesh*" de los hebreos. Aparte de esto, "*Anima*" no tiene traducción actual en ninguna de las lenguas cultas modernas. Sólo buceando en la interpretación de lo popular podríamos decir, por ejemplo, que en España los campesinos de diversas regiones, hablan a menudo de las "ánimas" de los muertos, dotándolas de condiciones y propiedades precisas, como ser la de no estar purificadas del todo (almas de penitentes. . . ánimas del purgatorio. . . o almas en pena), por lo cual andan todavía por la tierra y son susceptibles de ser vistas en determinadas condiciones, especialmente en forma de humos o lenguas de fuego (fuegos fatuos), lo que identifica un poco este concepto con el de "*fluido vital*". Estos mismos campesinos españoles, sin embargo, no confunden "ánimas" y "almas", dando a estas últimas un sentido más elevado, puro y ultraterreno y a las primeras cierta idea de estado intermediario o de subproducto.

En todo caso, ni "*Animus*" ni "*Anima*" corresponden a "*Alma*", que expresa totalidad de facultades inmateriales. En ese sentido, las burlas prodigadas a los autores antiguos cuando hacían referencia a la llamada por los modernos "*Alma del Mundo*", carecen de verdadera justificación pues lo cierto es que jamás han dicho aquéllos "*Intellectus Mundi*" ni "*Mens Mundi*", sino "*Anima Mundi*", lo que expresaba un coeficiente de vitalidad y no un alma pensante.

"*Mens*" es el principio que corresponde, aunque imperfectamente, al "*Alma*" de la Teología católica, ya que en ella se verifica el discernimiento del bien y del mal, por más que representa en todo caso cierto elemento de inercia dirigido por la "*Ratio*" y el "*Intellectus*". El principio "*Mens*", en efecto, sólo puede percibir la luz por la intuición o la contemplación, pero no por el estudio. Tampoco se lo concibe unido sistemáticamente al cuerpo, y es curioso el hecho de que, cuando los hierólogos conceden un alma a Dios, dicen siempre "*Mens Divina*" y no "*Anima Divina*" ni "*Animus Divina*". Los hebreos expresaron este principio con la palabra "*Neshamah*".

Nosotros en cambio solemos confundirla con demasiada frecuencia con el entendimiento a causa de las derivaciones modernas "*mental*" y "*mentalidad*", cuando en realidad expresa solo la parte inconsciente del mismo.

Cuando decimos, por ejemplo: "Tal hombre no es inteligente", conservamos intuitivamente la diferencia con el concepto que nos ha hecho definir genéricamente al hombre como "una criatura inteligente", notoria contradicción que sólo traduce una simple limitación idiomática.

*Spitus* es el soplo que los hebreos llaman *Ronah*, cuerpo astral de los hermetistas y lazo que mantiene el equilibrio de los demás principios. *Intellectus* es exactamente lo que nosotros llamamos entendimiento, para lo que los hebreos tienen varias expresiones como "*Ahetsah*", "*Zimmah*" y "*Binah*", que se puede aplicar también a la Divinidad.

Finalmente, la "*Ratio*", que es la más hermosa y superior propiedad del ser pensante, no es lo que los modernos llamamos razón, que apenas nos sirve para proferir afirmaciones y negaciones más o menos deductivas y para negar o reírnos de las leyendas populares, sino que es el verdadero principio iluminador del entendimiento que busca la verdad y que percibe la sutileza de los conceptos, que los hebreos llamaron "*Hhaschbôn*".

Aparte de esto, los libros del Talmud contienen hasta 72 expresiones para designar los principios inmateriales o sombras astrales del hombre, que, genéricamente, llaman "*Zelem*". Así, dicen por ejemplo "*Hhaiiah*" a la vida superior, "*Iehhidah*" a la unidad contemplativa del trance o éxtasis anagógico, "*Hebet Garmin*" al soplo que los huesos emiten después de la muerte... etc.

## Capítulo cuarto

(Sobre la aparición de los espíritus en el cuerpo  
y su modo de manifestarse)

A propósito de la natividad de los espíritus, observad que éstos no existen en los niños, lo cual se explica porque los niños no poseen todavía una voluntad perfecta.

Sólo los que poseen una voluntad perfecta y actúan de acuerdo a ella, son capaces de engendrar un espíritu substancial y constructivo, que nunca es un envío o una gracia del cielo, sino un producto que el hombre logra de sí mismo (**fabricat**).

Del mismo modo que el pedernal produce el fuego, es engendrado el espíritu por la voluntad, pudiéndose afirmar que el espíritu será del mismo grado que haya alcanzado la voluntad.

Tened así por cierto que todos los que van en la voluntad poseerán un espíritu; el cual podrá registrar todas las enfermedades que aflijan al cuerpo en que tal espíritu mora.

Conociendo este mecanismo de la natividad de los espíritus, debéis tener en cuenta que existen dos mundos substanciales: uno para los cuerpos y otro para los espíritus, no obstante se hallen ambos unidos en vida.

El mundo en que estos espíritus residen a perpetuidad y en el que se hallan substancialmente, igual que nosotros sobre la tierra, conoce también los deseos, los odios, las discordias y toda una serie de sentimientos semejantes que actúan y se manifiestan sin el consentimiento ni conocimiento del cuerpo.

Ahora bien; es notorio que si nosotros hemos logrado que los hombres puedan llegar a vivir según su libre albedrío, deberemos conseguir otro tanto para sus espíritus, pues, si bien es cierto que cuando los cuerpos se hieren mutuamente los espíritus no sufren el menor perjuicio, no ocurre lo mismo cuando son los espíritus los que se dañan entre sí, en cuyo caso los cuerpos resultan afectados aparentemente por su propia culpa, aunque en realidad no hagan sino traducir la injuria íntima que sus espíritus han recibido.

## Capítulo quinto

(Sobre las vías de influencia empleadas por los espíritus)

Los espíritus pueden infligir enfermedades a los cuerpos por dos conductos o mecanismos diferentes. Uno de ellos ocurre cuando los espíritus luchan y se hieren recíprocamente sin la voluntad o consentimiento de los hombres, estimulados por su enemistad mutua o por la influencia de otras enfermedades Y debe ser tenido muy en cuenta por el médico.

El otro mecanismo ocurre cuando como consecuencia de nuestros pensamientos y meditaciones constreñimos a nuestra voluntad con una fuerza tal que llegamos a consentir, desear y buscar infligirle una pena o un trastorno cualquiera al cuerpo de otro individuo. En tal caso esa voluntad fija, firme e intensa, es la “madre” que engendra el espíritu.

Retened, pues, la doctrina de que, así como la cosa pensada (**sententia**) produce la palabra y se hace “madre” del discurso, del mismo modo donde no hay pensamiento, ni la palabra ni el discurso pueden producirse. Lo cual es aplicable exactamente a los espíritus.

Por eso el espíritu estará en nosotros según que nuestra voluntad sea plena y perfecta.

### Capítulo sexto (Sobre la acción de la “mala voluntad”)

Impórtanos ahora conocer el modo cómo los espíritus pueden perjudicarnos. Si nosotros queremos con toda nuestra voluntad (**plena voluntate**) el daño de otra persona, esa voluntad que está en nosotros, acaba resultando una verdadera creación en espíritu e impele al espíritu nuestro a luchar contra el de la persona que queremos herir. Luego, si ese espíritu es dañado —aunque no lo sea el cuerpo correspondiente— acaba dejando en él (en el cuerpo) una huella de pena o sufrimiento, de naturaleza espiritual en su origen aunque corporal en algunas de sus manifestaciones.

Por otra parte, cuando los espíritus se traban en una de estas luchas, acaba venciendo siempre aquél que más ardor y vehemencia ha puesto en el combate. Según este principio debéis comprender que en tales contiendas han de producirse heridas y otras enfermedades no corporales. Y que, consecutivamente, una serie de padecimientos del cuerpo pueden comenzar así, continuándose y desarrollándose luego según la substancia espiritual, como más adelante hemos de ver en el libro en que nos ocupemos del “Origen de las enfermedades”.

### Capítulo séptimo (De los poderes de la Nigromancia)

Vamos a dar en este Paréntesis algunos ejemplos todavía que os sirvan para que comprendáis mejor lo que es la Entidad Espiritual.

Cuando formáis una imagen de cera y la enterráis y cubrís de piedras, proyectando sobre ella la voluntad de vuestro espíritu, en contra de la persona representada por dicha imagen, es sabido que esa persona será atacada de ansiedad, especialmente en el sitio correspondiente a aquél sobre el cual habéis acumulado las piedras, no quedando libre de su angustia hasta que su imagen no es desenterrada. Igualmente si durante esas pruebas se rompe una de las piernas de la imagen de cera, la persona viva representada sufrirá esa misma lesión. Y otro tanto si se trata de heridas, pinchazos y demás afecciones semejantes.

La razón de esto hay que buscarla en el poder de la Nigromancia, de la cual provienen todas las cosas en fuerza y origen. La Nigromancia, en efecto, puede crear figuras e imágenes inexistentes, aunque dotadas de todos los atributos de la realidad. En cambio no es capaz de herir el cuerpo de un hombre más que si el espíritu de ese hombre ha procurado algún daño a otro espíritu cualquiera. Cuando el Nigromante planta un árbol, alcanza el poder de castigar y herir a todo aquél que castigue o hiera al

árbol. La causa de esto es que el espíritu de la persona es atacado por el superior espíritu del árbol. Sin embargo, cuando esto ocurre y por más que el daño sea perceptible en el cuerpo de esa persona, el verdaderamente atacado ha sido el espíritu.

En tales condiciones debéis guardares de dar ninguna medicina al cuerpo pues iríais a pura pérdida. Comoned en cambio el medicamento del Espíritu y veréis entonces cómo el cuerpo sana inmediatamente, ya que, como os hemos dicho, es el espíritu y no el cuerpo el que está herido.

### Capítulo octavo (Teoría del maleficio)

Pensad ahora que si mi voluntad se colma de odio contra alguien, necesitará que ese sentimiento se exprese por algún medio, el cual viene a ser justamente el cuerpo.

Sin embargo, si mi voluntad es demasiado violenta o ardiente puede ocurrir que mi deseo llegue a perforar y herir el espíritu de la persona odiada. Y así mismo encerrarlo a la fuerza (**compellam**) en una imagen que yo pueda modelar a su semejanza, pero deformándola o distorsionándola a mi gusto, atormentando a mi enemigo de esta manera.

Es cierto que pueden alegarse muchas otras causas o razones para estos resultados y que no siempre interviene la Entidad en ellos, según demuestran los estudios filosóficos, pero sea de una u otra manera hay una verdad que debéis entender y observar siempre, que es la enorme fuerza e importancia que tiene en Medicina la acción de la voluntad.

Por otra parte, todo aquel que no quiere el bien y que permanece impregnado de odio puede alcanzar que le ocurra en sí mismo cuanto de malo desea para los demás. Pues existiendo el hechizo maléfico solamente mediante el permiso del espíritu, puede ocurrir que las imágenes del maleficio se transformen en enfermedades tales como fiebres, epilepsias, apoplejías...etc., de todo lo cual os guardaréis muy mucho de burlaros.

No olvidéis pues la fuerza de la voluntad, capaz de engendrar semejantes malignos espíritus, con los que el espíritu de la razón (**mens**) nada tiene de común.

Ese es el motivo por el cual estas acciones se realizan con mucha más facilidad en las bestias que en los hombres, ya que el espíritu de los humanos vale mucho más que el de los animales.

De todo esto encontraréis nuevas y más claras referencias en el “Libro de los Espíritus y de la Generación de los Espíritus”.

### Capítulo noveno (De cómo se actúa sobre los espíritus culpables)

Una cosa semejante ocurre con los caracteres. Así, cuando golpeáis la imagen de un ladrón, éste se verá forzado a volver al sitio en que robó, por más lejos que se haya ido. La causa de esto encierra el fundamento de la Entidad Espiritual.

Así, cuando alguien modela una figura parecida a la del hombre que se quiere castigar o bien se la dibuja en un muro y se le infligen (a la imagen) pinchazos, golpes o heridas, todo ello le será infligido al mismo tiempo a la persona real representada. La voluntad del espíritu traspasa así la injuria de la figura al cuerpo vivo representado en ella. Por lo que debéis concluir que los espíritus combaten entre sí de igual modo que los hombres. Todo lo que deseáis pues que reciba aquél que os robó, le alcanzará sin ningún género de duda si proyectáis vuestra acción y vuestro deseo sobre su efigie.

Esto no puede ser producido en cambio en los hombres probos y honestos por la sencilla razón de que sus espíritus se defienden y protegen viril y enérgicamente, lo que no ocurre con el espíritu del ladrón, todo él turbado y agitado por el temor. Finalmente en el caso de que no se posea la imagen del ladrón, puede todavía influirse sobre él a través de otro espíritu intermedio o “médium”.

Cuando todo este trabajo de la voluntad se ha consumado por el espíritu influído en el sujeto donde mora el espíritu influenciado, o bien en su figura o efigie, el segundo habrá quedado prisionero del primero, obligándose a concurrir y ejecutar cuanto le ordene.

## Capítulo décimo

(De cómo los espíritus se influyen a través de los sueños)

De todo lo que acabamos de explicaros se deduce que los espíritus dominan a los criminales y son susceptibles de expresar e influir en los sentimientos de deseo y de odio.

Ello debe llevaros a comprender lo imperiosamente que la Entidad Espiritual es capaz de manifestar su fuerza, la que puede por supuesto aplicarse a todas las enfermedades que afligen al hombre. En tales casos no debéis administrar los medicamentos exigidos por las enfermedades naturales, sino los que corresponden al espíritu, que es el verdadero enfermo.

Aun debemos haceros saber que hay algunos que sufren del espíritu por simple acción de una voluntad más fuerte, sin que intervengan para nada los malos tratos dados a efigies o imágenes suyas, como puede ocurrir en personas que ignoran estos medios. En tales casos la influencia de la voluntad puede transmitirse por los sueños, según el siguiente mecanismo:

Mientras dos personas duermen, los sueños del uno completan los del otro, de manera que vuestro espíritu, por ejemplo, puede atraer (**adducat**) los sueños de otro durmiente, al cual podéis herir aun en plena inconsciencia, precisamente a través del sueño, por medio del verbo que proferís en él.

Los sueños de dos hombres de fuerte voluntad pueden complementarse y realizarse si se llega a ponerlos en contacto mientras duermen, sea por imposición de las manos del “médium” o por la palabra. Pues en verdad no es sueño lo que el espíritu produce dotado de tales efectos.

Así la mano alcanza a herir al hombre aun sin tocarlo y la boca a darle cuanto busca por medio de la palabra. Todo lo cual no puede realizarse sino a través de cierto intermediario que no es otro que el poder del espíritu.

Y justamente por la acción de la voluntad y no de la fe, que nada tiene que hacer aquí y cuya alusión sería una gran tontería (**stultitia**).

Ved en efecto que sólo por la acción pueden matarse dos hombres y no por la fe o la credulidad.

Así los espíritus de gran voluntad nacen de la incandescencia de sus fuerzas y no de la credulidad, siendo capaces de combatir y consumirse, como lo indicamos repetidas veces en nuestros “Libros de la Fe y de la Voluntad” y como antes que nosotros lo habían demostrado las Pitonisas con sus encantamientos.

## QUINTO LIBRO, NO PAGANO, ACERCA DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

### TRATADO DE LA ENTIDAD DE DIOS (*De Ente Dei*)

#### Capítulo primero (Razón de este Capítulo)

Todo lo que un hombre cristiano puede escribir no concerniente a la propagación y consolidación de la fe, corresponde al estilo pagano (**gentiliter**). En el presente Paréntesis vamos a dejar ese estilo, empleando para todo cuanto nos queda por decir, en este quinto libro sobre la Entidad de Dios, un estilo cristiano, con lo que evitaremos además ser acusados de paganismo.

Cuando luego reanudemos la exposición de nuestros cinco libros de Prácticas, volveremos a emplear el estilo pagano. Consideramos que esto nos será permitido sin que ello encierre el menor ultraje para la confesión cristiana, ya que en definitiva el rito pagano procede de ella también, según ha sido predestinado por Dios.

Aparte de esto y no obstante que las enfermedades nazcan de la Naturaleza, de acuerdo con las cuatro Entidades ya referidas, será bueno que busquemos también las curaciones por la fe, a cuyo motivo dedicamos este Paréntesis, pues ciertamente Dios es el fundamento integral y verdadero de todas las curaciones.

En cuanto a nuestros libros de Práctica, dado que no sólo están dedicados a los cristianos, sino también a los Turcos, Sarracenos, Judíos y a todos los hombres en general, los compondremos en estilo pagano a fin de que sean comprendidos mejor dentro de la Medicina Natural (**genuina**).

#### Capítulo segundo (Teoría del castigo divino como causa de las enfermedades)

Hablando a los cristianos de esta manera, queremos advertirles que consideren este Quinto Paréntesis con la mayor atención, a fin de que aprendan el modo como deben investigar y curar las enfermedades, según la Entidad Divina.

De Dios en efecto y no de los hombres, provienen la salud y las enfermedades. Por eso es necesario dividir estas últimas en dos grupos, a saber: las que tienen su origen en la naturaleza y las que representan un castigo (**flagellum**) por nuestras faltas y pecados.

Al estudio de las enfermedades del primero de estos grupos hemos dedicado los cuatro precedentes tratados de las Entidades. En el Paréntesis actual nos ocuparemos pues, justamente, de las enfermedades del segundo grupo.

A este propósito será conveniente que consideremos que Dios ha puesto en nosotros una pena de ejemplaridad y una conciencia tal de las enfermedades, que no

podemos por menos, cuando estamos tocados por ellas, de reconocer nuestra pequeñez y nuestra impotencia, lo poco que somos y que poseemos, lo limitado de nuestra ciencia y lo oculto que se nos aparece la verdad. Entretanto y por doquier, nuestra debilidad e ignorancia se nos muestran a cada momento. Ante semejante situación será preciso que os diga y que sepáis, que sólo Dios da la salud y las enfermedades, así como los remedios que a ellas corresponden.

En cuanto a cómo el médico puede estar informado de estas cosas, os diré que todas ellas han sido creadas y predestinadas sobre un punto. Y que ese punto es el tiempo. De lo que resulta que todas las enfermedades tienen que curar a la hora precisa que el tiempo les ha destinado y no cuando nosotros dispongamos. Lo cual puede resumirse en el aforismo de que “ningún médico puede conocer el término de la salud”, el que sólo está en las manos de Dios.

Asimismo debéis saber que toda enfermedad es un purgatorio (**Morbus quilibet purgatorium est**) y que ningún médico puede curar si Dios con su divina Gracia no ha dispuesto que ese Purgatorio termine.

El Médico debe pues operar y trabajar de acuerdo a la predestinación de cada Purgatorio.

### Capítulo tercero

(Donde se advierte de la condición de los médicos  
ante los designios divinos)

Hemos dicho ya que toda enfermedad es un Purgatorio. Según esto, todo médico debe ser suficientemente prudente y no incurrir en la temeridad de creer que sabe cuál es la hora de la salud o de que puede prever realmente el efecto de sus medicamentos, pues en verdad que todo esto está en la mano de Dios.

Si la predestinación no es de tal inminencia que podáis conocerla anticipadamente, tened por cierto que no curaréis la enfermedad con ninguna medicina y que por el contrario conseguiréis los éxitos más espectaculares en aquellos enfermos cuya hora de predestinación esté próxima.

Observad bien esto y no lo olvidéis: Cuando os traigan un enfermo al que podáis devolver la salud con vuestros cuidados, sabed que ha ocurrido así porque Dios os lo ha confiado y que no curaréis nunca en cambio a aquellos enfermos que no os hayan sido enviados en la voluntad de Dios. Únicamente cuando se acerca el tiempo y la hora de la redención, nunca antes, confía Dios los enfermos a los Médicos. Todo lo que adviene antes carece de este principio. Por eso los médicos inhábiles (**imperiti**) no son sino los demonios del Purgatorio que Dios ha dispuesto para cada enfermo.

El médico esclarecido es el de los enfermos a los que Dios ha adelantado la hora de la salud.

Es necesario pues compenetrarse bien de este principio: así la predestinación no podrá dejar de ser tenida en cuenta por más hábil y afamado (**generosissimus**) que sea el médico.

Lo que importa por lo tanto, es buscar o averiguar cuál es la hora en que debe terminar ese Purgatorio; y que todo aquél que no reciba al médico del bienestar y de la curación, sepa que ello es así porque Dios no le ha acordado aún la salud.

Cuando Dios envía un médico a un enfermo en semejantes condiciones, debéis cercioraros de si verdaderamente el arte del médico ha procurado o no algún beneficio, pues Dios no solamente ha creado las enfermedades, sino también a los médicos, cuya llegada al lado de los enfermos puede retrasar todo el tiempo que sea necesario hasta que se alcance la hora y el tiempo de la predestinación, en cuyo momento coincidirán las soluciones del arte y de la naturaleza, pero nunca antes.

#### Capítulo cuarto (Acerca del poder de la fe)

Es preciso pues, cristianos, que os declaréis constituidos con anterioridad y superioridad a la naturaleza (**super et supra**); puesto que ciertamente os será vedado el arte de curar, no obstante hayáis avanzado notablemente en su conocimiento, cuando la hora del tiempo se avecine. En verdad la hora del tiempo será la hora de vuestra actuación afortunada y no antes, por más arte que hayáis logrado en ella.

Dios en efecto, creador de todas las enfermedades, ha creado no sólo lo que nos es útil o cómodo, sino también lo que nos es adverso y constituye nuestro Purgatorio. Y aunque es cierto que podría evitarnoslo si quisiera, sin que necesitáramos medicina alguna, no lo es menos que si no existieran los hombres no podría realizar ninguna de las obras que les ha destinado. Así, cuando realiza algún milagro, lo hace humanamente, por y para los hombres, valiéndose precisamente en tales casos de los médicos.

Entre los médicos, a su vez, deberéis distinguir dos clases: la de los que curan milagrosamente y la de los que curan por medio de diversas medicinas. Sólo los que creen y los que tienen fe podrán incluirse entre los del primer grupo. Sin embargo, dado que la fe no es igualmente fuerte en todos, puede ocurrir que la hora del Purgatorio haya pasado para algunos sin que la fe los haya poseído, en cuyo caso el médico puede realizar el milagro que Dios habría producido por sus medios sobrenaturales si el enfermo hubiera tenido una fe intensa, según tendremos ocasión de exponer en nuestro quinto libro, sobre la cura divina de los fieles (**de curæ Deifica vel fidelium**).

Para que esta cuestión no quede así pendiente, vamos a hacéroslo comprender con mayor perfección y detenimiento en el capítulo inmediato, para el que pedimos toda vuestra atención.

#### Capítulo quinto (Medios de que puede valerse la Divinidad para el tratamiento de las enfermedades)

Os diré ahora que el hecho de que en tiempos de Hipócrates, de Rasis, de Galeno... etc., haya habido algunas curaciones tan felices y perfectas, se debe a que los purgatorios de aquellas épocas eran muy pequeños. Luego, al aumentar las enfermedades, las curaciones se fueron haciendo cada vez más ineficaces, hasta llegar a

nuestros días, en que el grado y número de dificultades que se nos oponen para recuperar la salud es extraordinario. Y es que el Purgatorio actual es demasiado grande para que pueda aliviarse ningún médico. Tan es así que no dudamos que si los médicos de otros tiempos pudieran salir de sus tumbas y volver entre nosotros, su arte sería ciego y nulo.

El castigo divino que pesa además hoy sobre todo cuanto os hemos referido, ha hecho que empleemos un estilo cristiano en nuestro discurso, con el cual esperamos hacer llegar a vuestra inteligencia la conciencia de que todas las enfermedades son verdaderos índices y penitencias, razón por la cual puede Dios curarnos de ellas por la fe, cristianamente, y no del modo pagano propio de los médicos.

Ahora os diré que no es verdaderamente cristiano el enfermo que pone toda su esperanza en la medicina. Por el contrario, aquél que cree en Dios y confía en Él para encontrar el camino de la salud de sus dolencias es verdaderamente cristiano y en él la curación podrá alcanzarse milagrosamente, ya sea por los santos, por la propia naturaleza, por los médicos o por las curanderas.

Retened pues esto, cristianos, y sabed que siempre el supremo médico es Dios. Él es altísimo y no ínfimo, y todopoderoso aunque nada exista. Los paganos e infieles invocan a los hombres en su ayuda; vosotros, cristianos, clamad a Dios (**ad Deum vociferamini**).

Él y sólo Él os enviará inmediatamente la curación en la forma más oportuna, ya sea a través de un Santo por medio del milagro, de un médico o por cualquier otro procedimiento.

## Capítulo sexto

(De cómo Dios protege a sus fieles con la salud)

Habiendo demostrado de qué manera tiene Dios en su mano la salud y la enfermedad, no vamos a detenernos ahora en ver cómo es la salud que se recupera luego de pasada la enfermedad, pues esto forma parte de nuestro quinto libro de Práctica.

Vamos a explicar más bien aquí y en breves palabras el modo como Dios aflige a los hombres con las enfermedades, exceptuadas las que provienen del movimiento y del orden de la naturaleza, como hemos enseñado en el estudio de las cuatro Entidades precedentes.

Dado que el hombre y todas las criaturas del Mundo están sometidas a la Voluntad Divina, a Dios corresponderá hacerlas felices o desgraciadas.

Observad a continuación que de las dos penas gemelas que pueden alcanzarnos, una concierne a la vida y otra a la muerte.

Dejando de lado ahora la pena consecutiva a la muerte, estudiaremos la que se nos inflige en vida, a propósito de la cual diremos lo siguiente: La muerte, como sabéis bien, nos viene del pecado del primer hombre, pecado que sin embargo no fue cometido por él y a causa del cual el Gran Juicio celeste nos condenó con esa pena, que más adelante estudiaremos con el debido detalle en el “Libro de la Muerte” (**de morte**).

Notad ahora que esa Causa, que pronunció para todos los hombres el fallo de la muerte, no actúa en modo alguno directamente contra nosotros, siendo solamente y

únicamente el Creador quien actúa, castigando a todo aquél que toma el partido del adversario, no precisamente por sus pecados sino por su signo, esto es, por su idea pecaminosa. De este modo puede discernir en tolo momento a aquellos que están con Él, de aquellos que están con el adversario. Estos últimos son los que no se someten a ningún médico, en tanto que los primeros pueden por propia voluntad y como consecuencia de su gran fe, alcanzar el tratamiento médico debido, previo el especial permiso del Creador.

### Capítulo séptimo (Universalidad del orden divino)

Aprenderéis aquí que no hay ninguna medicina eficaz contra la muerte y que las mismas sirven únicamente y actúan contra la enfermedad. Esto debe ser conocido y tenido presente siempre con toda exactitud por el médico, sin esperar que venga ningún Teólogo a indicárselo. Por lo demás el hecho de que las enfermedades sean producidas efectivamente por las cuatro Entidades, no es razón para que se vaya contra la voluntad de Dios.

Así pues, importa mucho considerar la hora propicia y el tiempo justo y por ello debéis guardaros de ensayar ninguna medicación cuando se acerque el momento de la cosecha (**hora messis**) en el cual uno de vosotros, Dios o vosotros mismos, debéis recoger lo que os corresponda, como expondremos más adelante en el “Libro de la Muerte”.

Debéis anotar también el modo como se comportan entre sí médico y enfermos, ya que las enfermedades, así como los médicos naturalistas, sólo surgen por órdenes divinas.

De la misma manera ningún enfermo podrá ser curado antes de la hora de la recolección (**hora messis**), que es también de orden divino, como indica la predestinación.

¿Cómo estará pues de acuerdo la Medicina con todo esto, a fin de que el médico pueda declararse legítimamente médico? Ved cómo: Entiendo que el médico es el servidor y ministro de la Naturaleza; lo que quiero decir que el médico no podrá curar a nadie si Dios no lo envía al lugar propicio.

El Eléboro, por ejemplo, provoca el vómito; a pesar de lo cual no todos los médicos pueden servirse de él ni obtener de él la misma utilidad, pues no está predestinado para todos por igual.

Verdaderamente os digo que el arte del médico, así como la dosis de los remedios, la práctica y el principio, emanan de Dios, el cual envía el enfermo al médico y el médico al enfermo igualmente. Por eso toda ciudad que posea un buen médico puede sentirse orgullosa y feliz, mucho más por supuesto que aquella otra que albergue a un médico malo. Lo que haremos extensivo a los médicos hieráticos (**de Medicis sanctis**), que no podemos excluir.

Capítulo octavo  
(De la manera como Dios ejerce su poder  
a través de los médicos)

Si queréis saber por qué Dios ha creado la Medicina y los médicos, estando Él capacitado por sí para curar, y por qué gusta de realizar las curaciones a través de los médicos deberemos contestaros que está en los arcanos designios del Creador hacer que el enfermo no sepa que Dios es médico. Sin embargo a fin de que el arte y la práctica progresen y que el hombre mismo perciba su ayuda más allá de los simples milagros, ha permitido que su influencia sea reconocida en todos los artificios de la Medicina.

Asimismo resulta imposible averiguar de qué manera, por quién, ni cómo, son infligidas las enfermedades de origen divino, lo cual se consigue precisar siempre en cambio en las otras cuatro Entidades.

Sírvanos el siguiente ejemplo:

Así como cualquiera que tenga una pieza de tela puede hacerse con ella una túnica según su voluntad, así Dios actúa con nosotros de manera completamente secreta. En tal forma que ningún médico puede percibir a primera vista si un enfermo está echado en cama por su propia voluntad o por el poder de Dios, quien lo ejerce mezclando su poder y su castigo tan íntima y secretamente con las otras cuatro Entidades, que casi todos acaban creyendo que la Divinidad es una de las cuatro Entidades, cuando por el contrario representa esa causa superior por la que algunas enfermedades pueden curar sin ayuda de ninguna especie (**nulla ope**). Y ello de esa manera, sencillamente porque la hora del fin no ha sonado aún para ese enfermo.

Sólo en la tremenda mutación de la hora de la muerte terminan todas las enfermedades, pudiéndose afirmar que en tanto dure la enfermedad, no podrá producirse la muerte.

Que estas palabras sean para vosotros, cristianos, como una corroboración de la existencia del Purgatorio y una advertencia para la hora del fin.

Apéndice  
(Diferencia entre los médicos cristianos y paganos)

Grave vanidad será pues que mezcléis la fe a cualquiera de las artes paganas, por más habilidad que lleguéis a conseguir en ellas, pues en verdad que esto sería actuar como paganos. Por el contrario debéis siempre dirigiros hacia la Entidad de Dios, la que os asegurará en todo caso un resultado favorable. Pues el Médico que no es al mismo tiempo cristiano, desacata la voluntad de Dios, como el “Archidoxo” (?) os demostrará.

Cuando ahora los médicos paganos, ya sean infieles o cristianos no practicantes de la fe, nos objetan afirmando que ellos curan los enfermos tan perfectamente como nosotros, les replicamos que eso no destruye ni afecta en nada a nuestra Entidad, pues en verdad que cuando sea necesario que una cosa se cree o destruya, habrá que recurrir a los que tengan poder para ello.

La diferencia entre el médico cristiano y el pagano está precisamente en que el primero no opera en contra de la naturaleza y el segundo sí, queriendo a toda costa que

la medicina dé resultado, compeliéndola como si él fuera el mismo Dios. El médico cristiano en cambio, una vez agotados sus remedios, espera confiado la hora y el tiempo en que ha de manifestarse la voluntad de Dios.

De cualquier manera la medicina es la miseria de los médicos, que Dios ha permitido justamente debido a la utilidad privada que proporciona y al poco amparo que presta la República a los médicos. Por lo demás, si Dios ha hecho difícil la subsistencia de los hombres piadosos, ha sido para que las virtudes con que los ha adornado brillen con todo esplendor y para que su causa sea preferible a todas las demás que hemos enumerado, como en el “Musalogium” (?) se demuestra.

## CONCLUSIÓN DEL PARÉNTESIS SOBRE LAS CINCO ENTIDADES

Llegamos así al fin de este Paréntesis, colocado entre los Prólogos y los libros de Práctica.

En él habéis descubierto las cinco Entidades de cuyo poder resultan todas las enfermedades, a continuación de lo cual comienza verdaderamente nuestra Obra.

Cinco partes van a constituirla. Quizás si sois médicos naturalistas o astrólogos sintáis la necesidad de criticarnos o menospreciarnos, pero ciertamente os diré que nada —ni aún los escritos de los Teólogos— alcanzará a perturbar nuestro espíritu ni a apartarlo del camino que hemos emprendido, ya que hasta ahora, si vamos a hablar de los fundamentos o de los verdaderos principios, no hemos encontrado gran cosa en vuestras doctrinas.

Si queréis verdaderamente llegar a ser buenos médicos, no debéis dejaros perturbar por el estilo pagano o cristiano tal como acabo de enseñároslo, y mucho menos por las críticas ni contradicciones que puedan lanzaros esos médicos ignorantes que sólo saben vestirse pomposamente de rojo o de negro, pues los tales no son más que unos fantaseadores, que sólo saben en realidad decir cosas absurdas y arbitrarias de las que no debéis fiaros en absoluto.

Observad en lo que vengo de deciros las dos partes o cosas que el hombre utiliza en su trabajo: el Arte y la Fantasía. El Arte, o sea la sabiduría, la razón y la inteligencia reunidas, actúan en y por la verdad y se basan sobre la experiencia. Los que se dan a la Fantasía carecen de base, ya que la opinión preconcebida (**præsunta sententia**) sólo es una forma de ambición de daros a conocer a vuestro alrededor, a fuerza de sostener las más insólitas afirmaciones.

Conviene pues que el hombre verdaderamente sabio tenga la mejor instrucción y la mayor habilidad en su arte (**artifex**). De esta manera evitará que lo tomen por uno de esos charlatanes que van vestidos de rojo (**purpuratus phantasta**).



# **LIBRO DE LAS PARADOJAS**



# LIBRO PARAMÍRICO

## (Liber Paramirum)

### LIBROS DE PRÁCTICA — LIBRO DE LAS PARADOJAS

#### Introducción y Nota previa general

El “Liber Paramirum” que va a continuación no parece ser el verdadero, o por lo menos el verdadero completo. En efecto, el libro de las Entidades anuncia cinco Libros de Práctica y de Tratamiento de las Enfermedades, según su mismo orden, lo cual no se realiza en absoluto en la presente obra.

En la edición alemana de Basilea, de 1589, Huser hace preceder al “Liber Paramirum” de un Prólogo, reproducido en las ediciones latinas de Frankfurt y de Ginebra, en el que explica que los cinco libros de Práctica anunciados por Paracelso se han perdido, no habiendo sido posible encontrarlos entre los papeles del autor. A pesar de esto su obra incluye un segundo Paramirum (**Paramirum Aliud**) compuesto a su vez de los cinco capítulos siguientes: Dos libros sobre las causas y orígenes de las enfermedades que provienen de las tres primeras sustancias. Uno sobre las causas de las enfermedades originadas por el Tártaro. Otro acerca de las causas y orígenes de las enfermedades de la Matriz. Y un último en que se estudian las causas y orígenes de las enfermedades invisibles. Este conjunto es el que forma el Liber Paramirum que ha llegado hasta nosotros. Hæser y Marx lo consideran absolutamente auténtico y dado el nombre del personaje al que aparece dedicado, no puede dudarse que provenga directamente de Paracelso.

La primera edición conocida del Liber Paramirum es la de 1562, en alemán, bajo el título: “**Das Buch Paramirum, Dess Ehrwürdigen Hoherfarnen Aureoli Theophrasti von Hohenheim. Inn Druck verfertigt durch Adamen von Bondenstein. Gedruckt zu Mülhausen durch Peter Schmid. anno 1562. 4<sup>o</sup>**”.

La segunda edición, de 1565, también alemana, con el título: “**Das Buch Paramirum item vom Fundament der Künsten, der Seelen und Leibes Krankheiten... Frankfurt, Egenalffs Erben 1565. 8<sup>o</sup>**”, tiene a continuación algunos otros tratados y su texto es enteramente semejante al de la primera edición, salvo algunas correcciones.

Estas dos ediciones no contienen el Libro de los Prólogos ni el de las Entidades y solamente en cambio los dos primeros libros del Paramirum; habiendo sido reimpresas en Frankfurt en 1565 y 1566 en el “Opus chyrurgicum” (págs. 573 a 626).

La primera traducción latina es de 1570 y lleva el título: “**Liber Paramirum, Basileæ, per Petrum Pernam. 1570, 8<sup>o</sup>**”, a pesar de lo cual se ignora a qué traductor puede corresponder. El subtítulo añade: “**a quodam docto et Theophrasticæ studioso**

**nuc primum é Germanico in Latinum sermonem conversi**". Sudhoff opina que el traductor puede ser Forberger. En todo caso el estilo es notoriamente mejor y más claro que el de los escritos primitivos de Paracelso, lo que no impide que a veces resulte confuso por exceso de concisión.

El Liber Paramirum ha sido aún reproducido:

En alemán, bajo el título: "**Volumen Medicinæ Paramirum, Strassburg. Müller 1575, 8<sup>o</sup>**", edición en que aparecen por primera vez conjuntamente los libros de los Prólogos y de las Entidades.

En latín: "**Aureoli Theophrasti Paracelsi Eremitæ Philosophi summi Operum Latine redditorum tomi duo. Basilæ, ex officina Petri Pernoe 1575, 8<sup>o</sup> scripta Forbergio interprete**"; versión ésta en que se declara ya el nombre del traductor y que en realidad difiere poco de la de 1570. En ésta no constan los Prólogos ni las Entidades, pero los cinco libros paramíricos aparecen en cambio reunidos por primera vez.

En la Hofbibliothek de Viena existe también un manuscrito de la segunda mitad del siglo XVI, en alemán, cuyo primer volumen contiene el Opus Paramirum según el texto de las ediciones de Bodenstein, asimismo sin los Prólogos ni las Entidades.

Posteriormente el Paramirum aparece en el texto alemán de Huser, publicado en Basilea en 1570: "**Bücher und Schriften corrigiert auss dem Autographo Theophrasti Paracelsi**", en la edición latina de Dorn y Palthenius (Estrasburgo, 1603), y en la de Dorn y Bistikius (Ginebra, 1658), también latina.

Después, el Paramirum ha conocido aún otra edición alemana (reimpresión) hecha por Strunz en Iena, en 1904 y la de la única edición francesa, de Grillot de Givry de París, en 1912, impresa por la Biblioteca Chacornac.

La edición castellana actual sigue las documentadas y correctas interpretaciones de la edición francesa, con las notas de las ediciones latinas de Palthenius y de la atribuida a Forberger.

## OPUS PARAMIRUM

de Teofrasto Aureolus Bombasto de Hohenheim,  
nacido en Einsiedeln (Ermita de Suabia), llamado  
**Paracelso, El Grande.**

-----

En honor del Excelentísimo e Ilustre Joaquín de Wadt,  
Doctor Cónsul Electo de Saint-Gall

-----

Donde se tratará de las enfermedades y del tratamiento  
del Cuerpo del Esperma (**Corpus Spermatis**)  
y del Cuerpo de la Misericordia

-----

**2º libro Paramirum (Paramirum Aliud)**

### **Nueva dedicatoria al Señor Joaquín de Wadt.**

Dado que no puede comprenderse nada sólidamente sin el conocimiento de los principios y de los preceptos, es justo que esta obra Paramérica sea dedicada a vos, señor doctor Joaquín de Wadt, hombre eminente y único entre todos, que abrís y estimuláis todos los caminos y las obras que cultivan y buscan la verdad.

Es justo pues que yo os consagre esta obra, que procura esclarecer los asombrosos errores cometidos en el arte de la Medicina. En ese arte nadie como vos ha demostrado mayor interés y conocimiento y nadie merece más por lo tanto la palma de mi elogio. De todos los ciudadanos de nuestra patria Helvética nadie mejor que vos podrá juzgar la presente obra.

Yo sé además, y espero, que seréis un censor benevolente, que no se avergonzará por rechazar los errores conocidos y que sabrá asimilar y afirmar la verdad allí donde se encuentre.

A fin de que el tiempo que he pasado en la villa de Saint-Gall no haya transcurrido en vano, he querido promover el juicio de vuestra sabiduría en las cosas naturales para que, ya sea de uno o de otro, pueda nuestro recuerdo perpetuarse y acrecentarse entre todos cuantos admiren la Medicina.

Vosotros sois conocido en efecto como uno de los principales defensores de la verdad de la Eternidad, así como de las cosas del cuerpo, en las que igualmente habita el eterno Principio.

Por todo lo cual, en mérito de excelencia y de justicia, os dedico mi obra Paramérica que aquí comienza.

OPUS PARAMIRUM  
LIBRO I

CAUSAS Y ORIGENES DE LAS TRES  
PRIMERAS SUBSTANCIAS

Capítulo primero

(En donde se explica el principio del fuego y de la metodología médica)

Lo primero que todo médico debe saber es que el hombre puede componerse de tres substancias, pues por más que provenga de la nada, siempre habrá tenido que construirse con alguna cosa, la cual precisamente dividimos en tres. En ellas el hombre posee, en cuanto entidad física, todo lo bueno y todo lo malo. Por eso interesará al médico conocerlas íntimamente, tanto en su división y en su composición como en su conservación y su disolución. La salud o la enfermedad, en sus tres grados, mínima, mediana y total, resultan de ello, así como también su peso y cantidad.

Peso, número y medida (**in pondere, in número, in mesura**) son propiedades específicas del estado de enfermedad, cuyo fundamento debe ser establecido inequívocamente y que vamos a examinar con todo detenimiento en esta introducción.

Del mismo modo y conformemente a estas tres cosas consideraremos el problema de la Muerte. Dichas cosas son las que mantienen la vida dentro de sus propios límites así como la más íntima relación (**colligatio**) ante la vida y el hombre. De esas tres substancias provienen todas las causas, orígenes y conocimientos de las enfermedades, así como los signos y propiedades de todo cuanto el médico debe saber. Ellas constituyen la ciencia que ha de daros el conocimiento de cómo el hombre puede enfermar y sanar de sus enfermedades, debiendo saberse que no sólo la enfermedad nace de la salud, sino también la salud de la enfermedad. No basta pues conocer los orígenes de la enfermedad sino también los modos cómo puede perturbarse la salud.

Lo que ocurre es que los médicos inhábiles han acabado por ensombrecer la luz de la Naturaleza a fuerza de ignorar sus tres substancias y de construir su ciencia sobre la única base de las fantasías que han producido sus pobres cerebros. Los tales no se han detenido a pensar que no puede existir ninguna verdad fundamental en las enfermedades o en el hombre que no haya recibido su luz de la Naturaleza, según puede probarse siempre por numerosos testimonios.

Esa es en efecto la gran luz del Mundo. Y os digo que así como el oro puede contrastarse hasta siete veces por el fuego, así el médico debe probarse siete y más veces aún por el fuego, ya que el fuego probará a su vez las tres substancias, mostrándolas al desnudo, puras, limpias y sencillas. Por eso no puede decirse que nada haya sido probado debidamente en tanto no haya sido sometido a la prueba del fuego.

El fuego prueba todas las cosas y siempre, al separar las impurezas, acaba haciendo aparecer las tres substancias puras. Así el médico será probado no por propia naturaleza sino según el arte teórico y práctico en que se haya iniciado bajo el bautismo

del fuego. Porque estas tres cosas, estos tres principios, no son perceptibles para los ojos de los rústicos y no se dejan captar fácilmente, siendo justamente el fuego el que develará la obscuridad que los envuelve, exponiéndolos nítidamente ante nuestros sentidos.

Esta ha de ser la forma en que deberá explicarse la Ciencia de la Medicina. Así pues, el que la Medicina y los médicos sean obra de Dios explica porqué una y otros han sido creados del fuego y en el fuego.

El médico por otra parte existe, no por sí mismo, sino por la medicina: razón por la cual resulta necesario que se someta al examen de la naturaleza, del mundo y de todo cuanto ella contiene.

En semejantes condiciones todo cuanto aprenda de la naturaleza debe confiarlo a su sabiduría, sin pretender, al contrario, interpretar la naturaleza desde las especulaciones de su inteligencia; finalmente, una vez que haya percibido los buenos conocimientos, deberá depositar la doctrina y la experiencia que aquéllos le hayan deparado, en el fichero de su memoria. De esta manera, exhibiendo y no ocultando la naturaleza, llegarán los médicos y sus obras a ser dignos de que se los contemple como corresponde.

Es necesario que las causas de la salud y de la enfermedad sean claramente visibles y que ninguna obscuridad se proyecte sobre ellas, razón por la cual nos hemos referido antes al fuego, en cuyo seno se encuentran escondidas todas las cosas y bajo cuya acción se ponen de manifiesto. De esta visibilidad (**aspectu**) nacen los testimonios de la ciencia médica.

Por eso el médico es médico por la medicina y no sin la medicina, pues ésta es anterior a él y existe por sí misma; de lo que se deduce que su estudio está en la observación de los hechos y no en la imaginación del médico.

En la naturaleza de la Medicina habrá pues que contar con la sabiduría, con el arte teórico y con la práctica del médico. Sólo los médicos en efecto podrán refutar y declarar como error todo lo que no se encuentre en la naturaleza y sea solamente resultado de una opinión preconcebida. Pues en verdad que el fuego ha sido conferido a los maestros y no a los discípulos.

Os aclararé esto: Digo que no hay nada en el interior del hombre, por más brillante que sea su genio, que pueda hacer de él un médico. Nada en él pertenece al arte de la medicina, pues en esto su espíritu está tan vacío como una cesta; a pesar de ello ese espíritu —esa cesta— se halla en disposición de albergar las cosas que le sean entregadas y que son verdaderos tesoros. Todavía ese genio brillante y bien dispuesto carece de experiencia, de ciencia y de arte médico, pues en realidad todo lo que aprendemos y experimentamos debe quedar encerrado por un tiempo y sólo aplicarlo después en el momento oportuno.

Considerad ahora estos dos ejemplos:

Ved el vidriero y preguntaos de dónde, o de quién, ha recibido su arte. Convendréis conmigo en que no ha sido de él mismo, ya que su razón no ha podido aún penetrarse de los fundamentos de su arte, a pesar de lo cual le ha bastado tomar la materia y echarla en el fuego para que la luz de la naturaleza haga aparecer el cristal ante sus ojos.

Ved ahora el carpintero: El carpintero que construye una casa puede a su vez alcanzar este arte por el simple impulso de su iniciativa razonada, con tal de que posea un hacha y una madera buena para ese trabajo.

El médico es como el vidriero, pues por más que tenga ante él un enfermo y a su disposición los diversos medicamentos, carece de la ciencia y del conocimiento de las causas. Si por el contrario posee el hacha y la madera del carpintero, puede llegar a ser médico verdaderamente. Tanto de una manera como de la otra, por más que como buen artesano se prepare una buena hacha y ponga luego todo su talento personal en aprender a servirse de ella debidamente, necesitará del fuego para que el tesoro oculto se manifieste, esto es, para que la farmacopea y la ciencia encerrada en su inteligencia alcancen la finalidad de su medicina, comprobación que sólo corresponde al médico.

Los ignorantes de la ciencia médica, es decir, los que no han nacido de la naturaleza y que, ateniéndose a su propia razón se satisfacen con ella sin querer reconocer preceptor alguno, son sencillamente amasadores de arena, pues yo os digo que todo cuanto el fuego enseña no puede ser probado ni comprendido sin el fuego.

Os hablaré ahora de la sabiduría. Esta es de dos clases: una proviene de la experiencia, la otra de nuestra industria. Sapiencia y experiencia son dobles a su vez: en un lado está la base verdadera de la Medicina; en el otro hallamos el error mezclado con la seducción.

En el primero de estos grupos están todas las verdades que el fuego proporciona cuando, por medio del arte de Vulcano, realiza la trasmutación, fijación, exaltación, reducción, trasposición y demás operaciones conexas. En esta experiencia las tres substancias de la naturaleza llegan a descubrirse, sean cuales fueran la naturaleza, propiedad o composición con que aparecieran contenidas en las cosas de todo el Universo del Mundo.

En el segundo grupo en cambio, están todas aquellas cosas que se descubren fortuitamente, sin experiencia alguna anterior. En tales casos, cuando se encuentra una vez una cosa verdadera, no puede afirmarse que la misma se repita siempre con igual exactitud, que es lo que se necesita para poderle otorgar plena confianza y para poderla utilizar como base firme en nuestros estudios ulteriores. El edificio que se construye sin esos requisitos carece de fundamento y apenas está sostenido por otra cosa que por errores, sofismas y ficciones.

¿Qué experiencia puede haber alcanzado aquel que sólo haya pensado de esta manera? Os digo que absolutamente ninguna. En cambio, retrogradando de una cosa en otra, llegaréis a la primera de la que proceden todas las demás, con lo que vendréis finalmente a parar al arte de Vulcano.

Sabed que no llegaréis a ser doctos en Medicina haciendo caso de semejantes lecciones y conferencias. Más bien debéis preguntaros y averiguar cuál fue el primitivo método de enseñanza y comprobar entonces que ese es nuestro método.

Reconozcamos pues en la naturaleza de Vulcano a nuestro primer maestro, pues si alguien ha dicho “¡Haz tal o cual cosa y te sanarás!”, es necesario que sepamos exactamente qué es lo que se ha dicho.

Como veis, el mérito de todo esto recae en aquello que es la salud misma. Por eso debemos penetrar hasta lo más profundo del conocimiento de la medicina, o sea de

la naturaleza, pues de otro modo no podríamos considerarnos como verdaderos médicos.

Por eso, cuando queráis conseguir una base cierta conviene que discurráis y tratéis, no sobre cosas invisibles, sino sobre cosas perfectamente visibles y palpables, pues no hay mejor motivo de reflexión para el médico que contemplar lo que Dios mismo pone ante nuestros ojos y saber así, directamente por nuestro Salvador, el fundamento de toda verdad.

Es necesario que la medicina esté presente y nos resulte tangible con una evidencia máxima, de tal suerte que podamos tocarla visiblemente, no como en un sueño, y palparla materialmente, no como a una sombra.

Lo que ocurre es que todos aquellos que no saben ver con la mirada del fuego, han creído que la medicina era algo invisible, de donde ha resultado ese extravío (panolethria..., égarement) sobre el que asentaban el edificio de su movediza e incierta medicina.

Las explicaciones que acabamos de daros no bastan sin embargo para comprender cómo existen cuatro humores distintos en el hombre. Os diré que esto corresponde a la fe, a pesar de lo cual insistiré en que es necesario que la medicina se construya ante los ojos y no ante la fe, excepto naturalmente cuando se trate de las enfermedades del alma y de la Salvación Eterna.

La medicina del cuerpo es visible sin ninguna fe. Aparte esto, hay ciertamente cosas erróneas, como hay religiones erróneas. No todos los que dicen “¡Señor Señor!” se ven curados del exorcismo; del mismo modo que cuando un falso médico dispone una medicina y dice a su enfermo: “¡Haz esto o aquello!”, no consigue el menor resultado.

La medicina no hace caso de tales médicos y los mismos no pueden ser tampoco buenos pastores de sus enfermos, pues éstos los desconocerán. El conocimiento del médico por sus enfermos es una parte de su medicina. Por eso sólo aquél cuya presencia se reclama es el verdadero médico, capaz de dar toda la medicina de la Tierra.

En resumen, pues, subsiste fundamentalmente el hecho de que debemos conocer y explorar las tres substancias, no por simple inteligencia, sino por la experiencia de la disolución de la naturaleza y la averiguación de sus propiedades.

Asimismo, que el hombre debe aprender toda su sabiduría del gran Mundo o Macrocosmos, y no de un solo organismo o Microcosmos.

Todo médico se hace pues en esta concordancia (**quæ medicum integrat**): el conocimiento del Mundo y, en él y por él, el conocimiento del hombre. Lo cual no constituye dos cosas sino una sola, que ha de ser finalmente complementada por la experiencia.

## Capítulo segundo (De las tres primeras substancias)

Entre todas las substancias del Mundo, existen tres cuyos cuerpos vemos reunidos siempre en el cuerpo de cada uno de los seres. Estas tres substancias —Azufre, Mercurio y Sal— al reunirse (**componuntur**) componen los cuerpos, a los que nada ya

podrá ser añadido, excepto el soplo de la vida y cuánto con él se relacione. Quiere decir que siempre que tomáis en vuestras manos un cuerpo cualquiera, tenéis invisiblemente en ellas las tres substancias bajo una sola forma o especie. Hablaremos pues de estas tres cosas, ya que en la forma bajo la cual existen, se encuentra toda la salud.

Así, cuando tenéis en la mano un trozo de madera, el testimonio de lo que veis os dirá que se trata de un solo cuerpo. Sin embargo esto no puede seros de ninguna utilidad ni beneficio, ya que el último aldeano puede ver lo mismo. Vosotros en cambio debéis saber que en vuestras manos están el Azufre, el Mercurio y la Sal, y si realmente llegáis a percibir por separado estas tres cosas, bien sea por su aspecto o por su contacto, os digo que habréis adquirido al fin los ojos y la visión de un verdadero médico, ya que el médico debe percibir estas tres substancias con la misma precisión con que el aldeano ve la simple madera.

Este ejemplo debe hacernos pensar que las tres substancias se hallan igualmente en el cuerpo del hombre.

Así, aunque en los huesos humanos están juntos el Azufre, el Mercurio y la Sal, sólo cuando lleguéis a poderlos examinar por separado podréis decir que sabéis lo que es un hueso y que conocéis la razón y el mecanismo de sus enfermedades. Pues por más que la percepción de las apariencias exteriores esté al alcance de todos, corresponde a los médicos esa especial visión interior (**contuitio**) por la cual nos es dado el secreto de las cosas.

Será necesario pues que las hagamos visibles y aunque la medicina sea relativamente defectuosa para esta manera de mirar, tendremos que ir levantando los velos que las cubren con toda paciencia y acabar mostrando la naturaleza en sus estrictas substancias.

Si meditáis esto y consideráis hasta qué punto y en cuantas clases llega a reducirse la materia última de las cosas, veréis que en todas ellas están las tres substancias perfectamente independientes entre sí. Y que con ello el médico logra lo que el impostor o el profano no pueden conseguir.

Es preciso por lo tanto conocer primero estas tres substancias y sus propiedades en el Macrocosmos (**in magno mundo**) para poderlas referir y hallar después fácilmente en el hombre (**Microcosmos**), comprendiendo así lo que él es y lo que en él existe.

Para vuestro mejor entendimiento volveremos al ejemplo de la madera: Si quemáis el cuerpo de la madera y observáis lo que ocurre, veréis que hay una cosa que arde —el Azufre—, otra que echa humo —el Mercurio— y otra que queda en cenizas —la Sal—. Este fenómeno de quemar la madera confunde el entendimiento del rústico, pero da al médico en cambio un principio inicial de la mayor importancia, ya que lo prepara a poseer el ojo clínico.

Quedamos pues con que hemos encontrado las tres substancias separadas unas de otras y con que todas las cosas las contienen igualmente. Y que si dichas substancias no se perciben siempre a primera vista, pueden revelarse y hacerse visibles bajo la influencia del arte.

Sólo el Azufre arde; y nada puede sublimarse en humo fuera del Mercurio; así como nada puede dejar cenizas que no sea la Sal.

La ceniza es la substancia, es decir la parte de que se compone la materia de la madera. Y aunque ella sea la última y no la primera substancia, sirve para testimoniar (**testatur**) la existencia de la primera materia, al lado de la cual —y también de la segunda— se halla unida en el cuerpo vivo. Pues si bien es cierto que todo lo que aparece en el cuerpo vivo se halla al alcance del vulgo, no es igual cuando se trata de las substancias para las que, según hemos explicado, es necesario un trabajo previo de separación.

No he de referirme aquí a la primera substancia porque no os hablo ahora de filosofía y sí solamente de Medicina.

En cambio os diré que allí donde veáis humo, estará la segunda substancia, volatilizada y sublimada por el fuego. Pues por más que el Mercurio no sea visible aislado en su primer estado, sí lo es en el momento de su huída, para la cual se transforma en humo, último estado bajo el cual no puede fijarse, permaneciendo así inaprehensible.

De la misma manera, todo aquello que arde, apareciendo a nuestros ojos en espléndidas brasas, es el Azufre. Pues así como el Mercurio se sublima por virtud de su volatilidad, el Azufre —que es fuego— representa la tercera substancia de las que entran a formar parte de la constitución del cuerpo.

De todo lo que acabamos de exponer debemos deducir la teoría que nos permita establecer claramente la naturaleza del Mercurio, del Azufre y de la Sal, que hallamos en la madera y en todas las demás materias, y además el grado y forma en que contribuyen a la composición del Microcosmos (del hombre). Pues ya sabéis que el cuerpo del hombre no es otra cosa que Azufre, Mercurio y Sal, substancias en las que se aloja la salud y la enfermedad y todo lo que con cualquiera de ambos estados se relaciona.

Os insisto en esto porque es verdaderamente en estas tres substancias donde asienta la razón de las enfermedades y no en los cuatro elementos o cualidades.

Así por ejemplo, aunque las piedras, los metales y muchas otras substancias no puedan arder y carezcan de propiedades combustibles, pueden sin embargo llegar a hacerse incandescentes (**flagrabilia**), como lo demuestra la ciencia de la Alquimia. Lo mismo puede decirse a propósito de la sublimación de diversas substancias e incluso de la misma Sal.

El arte así puede poner en evidencia lo que no alcanzan a -ver los ojos- de los profanos, es decir, el proceso de la separación, tras el cual aparecen realmente ante nosotros todas las substancias.

Si ahora queremos hablar de las propiedades y de la naturaleza de estos tres principios deberemos considerar la cuestión de la siguiente manera: La Naturaleza, tanto si es buena o mala, sana o enferma, se halla (**sita**) en el Mercurio, en el Azufre y en la Sal. Y toda substancia, es decir, cada una de estas substancias, posee su naturaleza característica.

Si ahora estos tres principios se mezclan en el mismo cuerpo, sus tres naturalezas se manifestarán bajo una sola forma; que expresará no obstante la predominancia de cada naturaleza individual y no la de la substancia común resultante.

En principio todas las naturalezas son buenas, a pesar de lo cual pueden no ser favorables, en cuyo caso la enfermedad aparecerá. Ello nos permitirá saber qué parte de la Naturaleza se separa, ya que sólo cuando una de ellas se separa pueden verse las otras claramente. Lo que quiere decir que habrá tantas enfermedades como naturalezas y que, en cualquier caso, para hablar de las naturalezas es necesario conocer la primera materia.

A esta primera materia vamos a llamarla ‘Fiat’.

Entretanto, el fuego de Vulcano nos ha enseñado algo sobre estas cosas al hacernos conocer las tres primeras substancias. Dichas cosas se identifican con el Azufre por el Azufre, con el Mercurio por sus semejantes y con la Sal, por cuanto provienen de una sola y semejante operación.

Y aunque todas ellas correspondan esencialmente al gran Mundo —o Macrocósmos—, deben ser interpretadas y referidas también al pequeño Mundo —o Microcósmos—, que es la naturaleza del hombre, cuya primera materia resulta de la coagulación de las tres substancias y de los cuatro elementos en el limbo<sup>24</sup>.

El médico debe pues saber que las enfermedades resultan de la perturbación de las tres substancias y no de los cuatro elementos, pues ni su naturaleza ni su fuerza tienen relación alguna con la Medicina, debido precisamente a que los humores no son más que verdaderas matrices, como tendremos ocasión de explicar cuando nos ocupemos de ese Paréntesis.

Esta es la razón fundamental por la cual sólo corresponde al médico el conocimiento y la exploración de estos tres principios, en cuya substancia existen en estado de latencia las causas de todas las enfermedades.

Ello tiene aún mayor interés por cuanto, según es sabido, no puede el hombre durante su vida ver en él esos tres principios, los que sólo se hacen perceptibles después de la destrucción. Por eso haréis bien en aplicar vuestro espíritu al conocimiento de estas cosas que de tan espléndida manera moran en el hombre sano, antes justamente de que la muerte las disuelva.

En tanto se mantengan con vida el Azufre, el Mercurio y la Sal, los hombres no enfermarán, cayendo en tal estado en cuanto dichos elementos se disuelven. Por eso es de la mayor importancia para nuestra atención de médicos que pongamos todo interés en el estudio del proceso de esta separación, pues en verdad que sólo la vida —que es como un paño que esconde todas estas cosas— nos oculta los principios de las substancias.

Ved por ejemplo lo hermoso y espléndido que es el hombre mientras vive y la extraordinaria destrucción que se produce en él con la muerte e incluso cuando muere en él alguno de sus miembros y se disuelve en las tres substancias.

Sin embargo no debéis olvidar que todo lo que es en la muerte, lo es también en la vida, sólo que entonces con menos brillo y ornato.

Igualmente cuando echáis al fuego un cedro, tan hermoso en vida, veis aparecer inmediatamente y espontáneamente en él todo cuanto la vida mantenía oculto y así para todo.

---

<sup>24</sup> Limbo = Mundo universal de los 4 elementos; según Roch y Baillif.

Quiero pues que todas las cosas que puedan ser demostradas de diversas maneras, se presenten de acuerdo a sus principios, de los que han de provenir sus enfermedades.

Así repetimos: Todo cuerpo que conserva unidas sus tres substancias, se mantiene en buena salud. En cambio, cuando esas substancias se disuelven o disgregan, ocurrirá que una se corromperá, otra se inflamará, otra se disipará de uno u otro modo... etc., y estaremos en presencia de verdaderas enfermedades. Tanto tiempo como el cuerpo se mantenga unido, así se conservará exento de enfermedad; por el contrario, tan pronto se disuelva (**dissipetur**), manifestará todo cuanto precisamente le interesa saber al médico.

Os daré otro ejemplo: Cuando habéis conocido veinte hombres distintos, unidos por un pacto o una creencia, y que al cabo de un tiempo los encontráis de nuevo pero separados, podéis reconocerlos perfectamente uno a uno, e incluso saber, a poco que los observéis, porqué o cómo decidieron separarse.

Así, en la separación, es como debéis conocer todas las cosas, pues sólo de ese modo podréis saber lo que se ha separado, remediando justamente el principio que en cada caso corresponda.

Si no obráis de esta manera sólo os quedará el principio de la muerte, es decir, la destrucción de toda soberanía.

Resumiendo: el Azufre, el Mercurio y la Sal, son las tres primeras substancias que dura a vida permanecen ocultas y que con la separación de la vida se revelan y manifiestan.

Es necesario que el médico conozca todos los nombres, géneros y especies de estas substancias, de tal manera que en presencia de cualquier enfermedad pueda decir: "Esto es una enfermedad... y ha sido provocada por tal o cual cosa". Y del mismo modo que en el ejemplo de la alianza de los veinte hombres, cuando la alianza se rompa, poder decir: "Esto o aquello es la causa de esta ruptura. Y esta ruptura se ha producido de tal o cual manera." No diréis: "Esto ha sido motivado por la cólera, la melancolía o la flema", sino que afirmaréis: "Esto lo ha provocado este hombre". Comprendiendo así que es mejor y más justo decir: "La causa es el hombre", que no: "La cólera es la causa". Ya que la mejor comparación que puede hacerse de la enfermedad es con el hombre mismo. Esto, médicos que me escucháis, debéis retenerlo como un verdadero axioma.

Así pues, sabed que todo cuanto es enfermedad debe ser referido al hombre, por lo que deberéis atribuirle los tres Elementos, las tres substancias, los cuatro astros, las cuatro tierras, las cuatro aguas, los cuatro, fuegos, los cuatro aires y todas las condiciones, costumbres, propiedades y naturalezas, sin lo cual ninguna enfermedad podrá existir, cosa que notoriamente habéis olvidado al escribir que las enfermedades provienen de los cuatro humores, los que jamás han tenido la menor afinidad con los elementos ni con las substancias.

Me alegro de haberos hablado así pues en verdad todas las naturalezas viriles se encontrarán en la enfermedad y unas y otras en el seno del limbo perfecto<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Paracelso rechaza terminantemente la teoría de los cuatro humores, así como la de las cuatro complejiones o temperamentos, lo cual no ha sido debidamente tenido en cuenta por cuantos se han referido modernamente al arte "spagírico" o de los humores. Paracelso se separa en esto, no solo de los Galenistas oficiales, sino también de los

Capítulo tercero  
(Sobre el modo de acción de las es primeras substancias,  
el sujeto intermedio y la Alquimia)

Las enfermedades han sido creadas y deben ser conocidas según la naturaleza viril. Explicaremos esto con más detalle: el Azufre, el Mercurio y la Sal, son tres humores, entendiendo que humor quiere decir cuerpo. Por eso cuando hablamos de un cuerpo nos referimos concretamente a un humor y no a una cosa peregrina.

El cuerpo es por otra parte lo que el Médico debe tratar. En cuanto al humor, no es cierto, como vosotros pretendéis, que asiente en él la enfermedad, pues ni asienta en él ni es producida por él.

Lo que engendra la enfermedad es la Entidad Substancial (**Ens substancial**), la cual necesita además —sean cuales fueren las enfermedades de que se trate— tener una naturaleza masculina o viril en la totalidad del limbo astral. Con lo cual queda definitivamente descartada la influencia de los Humores que, como es sabido, no poseen nada que provenga de los astros.

Esa es la razón por la cual todas las enfermedades: deben ser del género masculino<sup>26</sup>.

Observad ahora cuáles son las tres cosas que llamamos engendradoras del estado de enfermedad.

El Sulphur, o azufre, no estimula o incrementa el daño que puede producir a menos que sea de naturaleza Astral, es decir, a menos que una chispa de fuego se le una, en cuyo caso se desarrollará de un modo masculino (**virescit**), bajo la excitación de la chispa, pues nada hay de más viril que consumirse en el fuego. Por eso, cuando una enfermedad se declara con este origen, habrá ante todo que llamar al Azufre por su propio nombre y a continuación determinar cuál es la operación masculina en la que se desarrolla.

Existen muchos azufres: así la resina, la goma, la trementina, la grasa, la manteca, el aceite, el aguardiente, la axonga (?)... etc., son otros tantos azufres. Algunos provienen de la madera, otros de los animales, otros del hombre y algunos, en fin, de los metales, como el aceite de oro, de plata, de hierro, o de las piedras, como el licor de mármol, de alabastro. . . etc. Asimismo se produce en algunas semillas, como también en muchas otras cosas, designadas todas por sus nombres particulares.

---

Hermetistas, entre los que Arnaldo de Villanueva, por ejemplo, en sus comentarios sobre la escuela de Salerno, consagra un largo capítulo al estudio de los cuatro temperamentos, llegando a admitir hasta ocho complexiones, resultantes de la mezcla de los cuatro humores (cap. III y LXXXVII del "Speculum introductionum medicinalium").

Fernel, que probablemente no conoció los escritos de Paracelso, expresa ya ciertas reservas a propósito de los temperamentos y, aunque todavía oficialista, no le gusta hacer depender solamente los temperamentos de los humores, o que le inspiró, entre otros, juicios tan notables como el que sigue: "*non ex humoribus, sed ex constitutione propria, definiendum est corpori temperamentum, quæ humorum sunt nomina periti artificis non est corpori accomodare*". O sea: "No son los humores, sino la propia constitución, lo que define el temperamento del cuerpo, ya que los humores no son más que nombres convencionales que emplean algunos prácticos y no lo que forma verdaderamente el cuerpo".

<sup>26</sup> Esta observación no se justifica más que en latín, donde enfermedad —Morbus— es masculino, pero no en alemán, francés ni español. Sin embargo la observación sirve para refutar a los detractores de Paracelso cuando decían que aquél no sabía latín.

Cuando sobre cualquiera de estas cosas cae el fuego, único astro verdadero como su nombre indica, se realiza la primera parte de una operación que llamaremos: materia pecante.

A propósito de la Sal debéis saber que existe como humor material, pero que no conduce la enfermedad ni se une al astro, siendo su astro la resolución que la viriliza (**masculat**). Pues la Sal, lo mismo que el espíritu del Vitriolo, del Alumbre, del Tártaro y del Nitro, se manifiesta tumultuosamente al ser disuelta (**resolvitur**). ¿Cómo podría ser enviada una naturaleza semejante a los humores si no es por la influencia del astro? Sin embargo todos los médicos han guardado el más absoluto silencio sobre esto.

Y os digo que aunque no hubiesen cometido otro error que el de omitir sistemáticamente la influencia del astro en todas las causas y tratamientos de las enfermedades, bastaría esto para afirmar que han construido su edificio sobre arena o sobre barro.

Sabed que existen también muchas sales: unas son cales, otras cenizas. También las hay arsenicales, de antimonio, de marcasita y otras más, todas las cuales provocan y engendran enfermedades especiales que inmediatamente toman nombres y naturalezas propias.

En cuanto al Mercurio, cuya naturaleza no es viril por sí misma, necesita la influencia astral del Sol para sublimarse, dando lugar a numerosísimas preparaciones, pero conservando siempre en un solo cuerpo su propia esencia.

La diferencia con la Sal y con el Azufre radica principalmente en esto, pues en tanto que estos cuerpos pueden manifestarse bajo múltiples formas, el Mercurio es siempre único, dependiendo sus naturalezas y las diversas enfermedades que determina, de las distintas variaciones del astro, que es el que, repetimos, le confiere el carácter masculino.

Todas las enfermedades, con sus nombres y títulos especiales, están pues contenidas en estas tres substancias. De entre ellas corresponderá asignar al Azufre todo lo que sea sulfuroso y capaz, por ello mismo, de arder; al Mercurio lo que soporte la sublimación y a la Sal todo cuanto pueda reducirse finalmente a Sal

Debéis saber pues que el hombre ha sido colocado entre estas tres substancias y un cuerpo intermediario que es el “cuerpo vivo”, “entidad viviente”, “soplo vital” o “ánima”, razón de ser de los médicos y de las enfermedades, siendo primera materia todo lo que está antes de esa vida y última materia todo lo que está después.

Lo que llamaremos el “sujeto” del cuerpo intermediario, no es sólo el principio que hemos enunciado, sino que está constituido por tres substancias, a saber: la vida por separado (**seposita**), la esencia y la naturaleza, a la que nada podemos añadir ni sustraer.

Ahora que sabéis cómo existe nuestro “sujeto”, os diré que puede ser herido o roto de tres maneras: la primera le viene por sí mismo; es lo que ocurre cuando la vida lo derriba, pues hay que saber que la misma razón de ser tiene la vida que la paz, que la concordia existe allí donde existe la paz y que tan pronto como, la concordia se disuelve perecen la paz y la vida misma. Por eso cuando estas tres cosas no quieren continuar unidas (**indivisa**) entre sí, la vida se va y el cuerpo se desintegra. La segunda resulta por la disolución violenta que se produce en el nacimiento, durante la educación, o en cualquier momento, por el arbitrio de nuestra voluntad, por la cual inducimos y

excitamos a los astros en contra nuestra. En cuanto a la tercera, proviene espontáneamente, aunque el cuerpo permanezca unido y sin disolverse, sin que podamos atribuirle a fuerza exterior alguna y representa sencillamente el Fin. Que es lo que fatalmente ocurre a todas las cosas por más excelentes, fuertes y magníficas que sean, ya que el tiempo ha de llevarlas irremisiblemente a ese punto. Fin al cual el hombre se verá conducido, pues siempre han de ser pocos los años de su vida.

Estudiaremos ahora la razón por la cual han sido creadas estas tres cosas, con todas sus infinitas especies y variedades. Pues es notorio que la resina de Retia es distinta de la de Nórica<sup>27</sup>, que el aceite de almendras de Nápoles es diferente del que se cosecha en el lago de Como y que, en general, las plantas que crecen en las montañas son distintas de las que nacen en las llanuras. Debéis saber pues que la razón de esta diversidad está en las palabras de Cristo: “todo reino que se divida contra sí mismo, perecerá”, y que si las cosas deben perecer, será necesario que se produzcan guerras intestinas en los diversos miembros y que el cuerpo, disuelto así, muera de una u otra manera, ya que no será posible en definitiva investigar sólo las apariencias.

Esto, y no los humores, constituye el verdadero fundamento de las enfermedades y la razón de la abundancia de los médicos. Por lo demás la medicina en sí, es una cosa caduca, que nace y muere con cada hombre, lo que puede compararse con los círculos (**anni**) de Platón, en los que todas las cosas se renuevan continuamente, según explica Arnaldo de Villanueva.

Volviendo al motivo de nuestro discurso, os diré que sólo el que haya llegado a conocer a fondo los capítulos de la destrucción del reino, puede ser considerado sabio y admitido a la ciencia que mis bases demuestran.

Como conclusión y a fin de que todas las enfermedades se conozcan debidamente, haremos seguir ahora tres libros en los que será explicada la producción y desarrollo de todo cuanto puede provenir de las enfermedades, de nosotros mismos y del curso del tiempo.

Con ello queda establecido que si el médico quiere conocer al hombre y a sus enfermedades, debe empezar por descubrir las enfermedades de todas las cosas universales que la naturaleza padece en el gran Mundo o Macrocosmos y que son las que en definitiva dan al hombre sus sufrimientos: así, tal cosa sufre de esta manera y tal otra de este modo, pero todo sufre en el hombre. Pues si el hombre proviene de la totalidad del limbo, es lógico que lleve en él todos los bienes y todos los males. Luego de lo cual ha establecido Dios un intermediario (**medium**) para que a través de él continuemos sin desviarnos con la medida y el orden que han sido prefigurados (**præfiguratus est**) desde el comienzo de las cosas.

Las enfermedades extrañas requerirán así que el médico las estudie con métodos extraños, aplicándoles las concordancias (**sumere concordantias**) que correspondan, preparando y separando las cosas visibles y reduciendo sus cuerpos a su última materia con ayuda del arte spagírico o de la Alquimia<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Distritos vecinos de Panonia.

<sup>28</sup> Spagyria, de las raíces griegas "sacar, extraer, separar" y "reunir", es un término moderno que parece haber sido empleado por primera vez por Paracelso, y que todos los autores hacen sinónimo de "Alquimia". En sus dos raíces etimológicas están en efecto los dos conceptos u operaciones fundamentales de la química: el análisis y la

Entonces, encontrada la substancia que engendra la enfermedad, habremos alcanzado el conocimiento de todas las enfermedades, siempre que esa substancia sea capaz de reducir todas las cosas, pues si no deberemos limitarnos a tratar las enfermedades de esta o aquella región, sin que podamos nada contra las que sean de una naturaleza más extraña.

El médico en efecto, sólo debe serlo de las enfermedades que conozca, pero no de las que ignora. Por eso no debe preocuparse como no nos preocupamos nosotros, de ser influido por los Árabes, Bárbaros o Caldeos. Y no creer en nada de los otros que no haya sufrido la prueba del fuego, pues eso no es verdadera Medicina, ya que, como hemos dicho repetidamente, el fuego crea al médico.

Aprended pues la Alquimia, también llamada Spagiria, y ella os enseñará a discernir lo falso de lo verdadero. Con ella poseeréis la luz de la Naturaleza y con ella por tanto podréis probar todas las cosas claramente, discurriéndolas de acuerdo a la lógica y no por la fantasía, de la que nada bueno puede resultar, como no sean esas infundadas y artificiosas historias de los cuatro humores, impropias de un genio rico y brillante.

#### Capítulo cuarto (De las complexiones y de los “Arcanos”)

Vamos a hablar ahora de las complexiones. Cuando se dice: tal persona es sanguínea, colérica, flemática o melancólica, se afirma algo que está completamente fuera de razón, lo cual puede probarse de muchas maneras. Una de ellas, acaso la mejor y más importante, es justamente que las complexiones son productos que la vida acuerda con toda liberalidad. Ahora bien, si la vida confiere las complexiones, éstas no tienen nada que ver con las tres substancias y por consiguiente carecen de todo interés para el médico, ya que la vida en sí y lo que de ella emana o lo que con ella se relaciona, escapa a toda influencia. No olvide pues el médico que todo cuanto pasa (**transit**) con la vida, carece en efecto de relaciones con la teoría médica y que es grave error referir al cuerpo enfermo lo que sólo corresponde en realidad al cuerpo sano.

En el cuerpo, esto es, en la naturaleza, no se encuentran las complexiones sino las substancias, pues cuando decimos “esto está caliente, o, esto tiene tal color”, no indicamos la complexión de la cosa sino la naturaleza de la substancia, lo cual no engendra por sí salud ni enfermedad y que no corresponde al cuerpo vivo.

Igual falsedad se desprende cuando se afirma que las costumbres, los hábitos o las maneras provienen de la complexión, pues verdaderamente provienen de los astros.

---

síntesis. En el pensamiento de Paracelso la idea primaria tenía un sentido aún más elevado, pues significa el arte de separar en los cuerpos los fermentos purísimos de su esencia, únicos que debían ser empleados en Medicina, excluyendo, por tanto, la masa envolvente, inactiva e incluso perjudicial. Algunos otros alquimistas emplearon para esto los términos "Solve" y "Coágula". Pero sea de una u otra manera, a Paracelso corresponde con ello, una vez más, otra precursión sensacional, cual es la del concepto del "principio activo", que hoy domina toda la farmacología y toda la quimioterapia. Por lo demás, históricamente, la secta de los Spagiristas se desarrolla a partir del siglo XVI. En ella, los médicos que la componían fueron censurados muchas veces por la Facultad de París, a pesar de lo cual, todos los reyes de Francia les prestaron decidido y reiterado apoyo en forma de pensiones y prebendas, especialmente desde Enrique VI hasta Luis XVI. Su contenido estaba representado por la medicina química mineral o yatro-química, con lo que se oponía a la medicina vegetal que había dominado en los siglos precedentes.

No es la bilis sino Marte quien provoca la cólera. Así, cuando la bilis se acumula y derrama como una bebida que hubiera llenado excesivamente el estómago, es Marte quien lo determina.

¿Cuál es, pues, la naturaleza de estas cosas? La verdad es que este asunto corresponde más al astrónomo que al médico, razón por la cual decimos que las complexiones ni están sometidas a los médicos ni son materia o causa de enfermedades, correspondiendo a la vida y no al cuerpo físico.

El que la enfermedad sea caliente o fría, húmeda o seca, no quiere decir que tenga que guardar relación alguna con las complexiones.

La complexión es algo doble y simultáneo; caliente y seco, o caliente y húmedo, o bien frío y seco, o frío y húmedo, que se converge (**vergit, accedit**) hacia la naturaleza elemental, de la que nos abstendremos de hablar aquí.

Las condiciones de las enfermedades pueden ser calientes o frías, pero no a la vez húmedas o secas, o bien húmedas o secas, pero no calientes o frías: pues su constitución, sólo permite que sean de una sola manera: calientes, frías, secas o húmedas.

Esta condición resulta de una sola cualidad, no de dos. Así las manías son una cosa caliente, sin sequedad ni humedad alguna sobreañadidas, y la hidropesía una humedad, sin calor ni frío de ninguna especie.

Así están constituidas las enfermedades. En Medicina, en efecto, no se considera más que un solo grado y una única condición, sin complexiones dobles o bigeminadas. Las dualidades no pueden subsistir en el estado de enfermedad, puesto que así se subordinan a la vida y no al médico. Pongamos un ejemplo. ¿En qué concernirá al médico una cosa que sea bella, brillante y bien coloreada?

Por el contrario, si queréis saber absolutamente lo que es el calor solo, el frío solo, la sequedad sola o la humedad sola, tenéis que representaros por fuerza algo que esté solo. Lo cual nunca es una cosa con vida. Precisamente entonces, sólo así o con el influjo de los astros por añadidura, se hace presente la enfermedad.

Cuando el cuerno se abrasa, es señal que algo, pero sólo una cosa, lo invade (**invadit**). Ese algo es el que lo dirige hacia el calor, el frío, la sequedad o la humedad, y que el médico debe investigar. Daremos un nuevo ejemplo: Cuando alguien inflige una herida o provoca una deformidad a otra persona, o bien le corta un pie, no le proporciona con ello calor, frío, sequedad o humedad, sino una agresión, un golpe (**ictus**), pero no otra cosa.

Así es semejante el comienzo de todas las enfermedades, pues incluso las de naturaleza interna no son sino heridas ocultas, en las que nada tienen que ver el calor, el frío, la sequedad ni la humedad, por todo lo cual podemos concluir afirmando que el arte verdadero y natural (**genuina**) consiste precisamente en “encarnar”. Nada importa que las cosas que se producen en lo íntimo de la carne sean calientes, frías, secas o húmedas. Basta con que sepáis que están efectivamente en la carne. Pues por más que las heridas, ardan y se inflamen y determinen fiebre, no puede decirse de ellas que sean verdaderas enfermedades.

Combatid pues directamente la enfermedad y veréis cómo no necesitáis deteneros ni refrescaros en vuestro esfuerzo. Lo que hemos añadido, para demostrar lo

erróneo y defectuoso de vuestro arte, ya que ignoráis todo cuanto se refiere a la encarnación, como sería verdaderamente vuestro deber.

En la hidropesía son igualmente esas cosas de la encarnación las que expulsan las sales disueltas y no lo que es frío o caliente, ya que la medicina no ha sido constituida así.

La misma razón explica la virtud purgante de la coloquintida y de la turbita<sup>29</sup>, que tampoco tienen nada que ver con la complexión y que sacan dicha virtud, no de la complexión sino de la naturaleza masculina. Razón por la cual todas las virtudes de las cosas son verdaderos “Arcanos” en cuanto curan las enfermedades que les corresponden, sin intervención de complexión alguna. Recordad todo cuanto acabo de decir os pues se encierra en ello una verdad muy grande.

Sabed ahora que todo lo que viene con la naturaleza, con la naturaleza se va. Así, cuando el agua apaga el fuego, el responsable no es el frío sino la humedad. Y cuando el fuego calienta, la causa está en el calor y no en la sequedad. Lo que gobierna la enfermedad es algo perdurablemente semejante y no los accidentes transitorios de la materia (**sed non quod materia peccans sit**), como por ejemplo el color, que no dan ni quitan nada. Así la enfermedad, como una espada flamígera, está incidiendo sobre la complexión. Y cuando el azufre del cuerpo se inflama y deflagra como en el fuego pérsico<sup>30</sup>, la medicación no podrá conducirse de otra manera que apagando dicha combustión. Razón por la cual los resultados terapéuticos que se obtienen por medio del frío son siempre dudosos, pues lo fundamental es, repetimos, apagar ese fuego invisible.

Apagar es pues una buena finalidad; enfriar en cambio es envenenar (**refrigerare venenum est**) y llamar y provocar además otras enfermedades.

Con esto decimos que Dios no pide que realicemos esto o aquello según nuestra habitual determinación, sino de acuerdo con la Medicina perfecta, que consiste en el buen orden, como es el que vemos en el agua y el fuego.

Así pues, es preciso que abramos bien los ojos en este arte a fin de que distingamos las cosas no sólo médicamente sino con la verdadera mirada del fuego y no con la sencilla contemplación de los rústicos y los profanos.

Este ha de ser el fundamento desde el que acometeremos el estudio del tratamiento médico, a la vez que el motivo que nos haga separarnos definitivamente de las complexiones y de los cuatro humores, responsables de tantas obscuridades en los conceptos de la medicina.

La verdad es que toda enfermedad tiene que ser caliente o fría. ¿Cuál podría carecer de estos “colores”? Diremos que ninguna; y sin embargo éstos no son más que

---

<sup>29</sup> Existen dos clases de turbitas, ambas purgantes, la vegetal y la mineral. La primera es la raíz de una planta de la familia de las Convolvuláceas (*Ipomea Turpethum*), de propiedades semejantes a la jalapa, que no es probable que fuera conocida por Paracelso, ya que fue importada de las Indias, ignorándose aún sus relaciones y orígenes en el *Lexicón de Castelli*, de 1746. En cuanto a la turbita mineral, es un precipitado dulce de Mercurio, sin ningún corrosivo (sulfato trimercúrico), insoluble y malo como preparación farmacológica, al que sin duda debía referirse Paracelso.

<sup>30</sup> En diversos manuscritos de Leonardo de Vinci se encuentran fórmulas de los fuegos que empleaban los antiguos, a los que hace alusión Paracelso.

signos y no enfermedades propiamente dichas. Otrosí que aquel que tome los signos por la materia se engañará fatalmente.

Cuando la frente arde y la cabeza está inflamada, cuando todo el cuerpo está dolorido, las orinas enrojecidas, el pulso rápido y el hígado desecado... ¿qué quiere decir? Quiere decir por cierto que hay una enfermedad, aunque en modo alguno esos signos sean la enfermedad y sí únicamente su imitación o expresión.

Igualmente en el cólico que proviene de la retención o estreñimiento, encontramos signos semejantes los de los cólicos violentos, a los que produce la inflamación, la parálisis, la sed, los vómitos y otros más de diversa especie.

Entretanto podemos afirmar que no son esas afecciones las que nos poseen y nos hacen sufrir, pues si, por ejemplo, alcanzáis a librar a vuestro enfermo de la constipación, todos los otros accidentes desaparecerán inmediatamente.

Considerad los cálculos y los males que comportan: para hacerlos desaparecer yo os digo que será suficiente con que hagáis desaparecer la piedra. La piedra no será eliminada con el calor ni con el frío, y por supuesto, menos aún por la inflamación de las complexionones o de los humores, necesitando en cambio que hagáis uso del cuchillo. Con lo cual queda dicho que el cuchillo será el “Arcano” de la piedra

Es importante que sepáis cuáles son los ‘Arcanos’ y cuáles corresponden a cada enfermedad.

Os digo con esto que aquel que piense que las cosas frías deben combatirse con las calientes y las secas con las húmedas, no comprende la naturaleza de la enfermedad.

Consideremos por ejemplo la manía o locura. Nada alivia esta enfermedad como la rotura de una vena, único medio de atraer la salud en estos casos. El “Arcano” de esta afección será pues la sangría (**phlebotomia**) y no el alcanfor, el nenúfar, el sándalo, la mejorana, los clisteres ni el baño frío<sup>31</sup>. Y lo que es cierto para la manía lo es también para otras enfermedades, pues todas se someten a la misma ley.

Si alguien ahora quisiera decir que tal hombre sano es además melancólico, usaría un término inexacto, pues la luz de la naturaleza ignora lo que es la melancolía. Lo correcto sería decir que éste o aquél son lunáticos o saturninos, de acuerdo a sus costumbres. Pues es cierto que nuestras costumbres y las propiedades de nuestras naturalezas se han formado bajo el influjo de los astros y que la melancolía no tiene nada que hacer con todo esto. Por lo cual no deberá ser admitida en medicina ni adoptada como columna fundamental en nuestra ciencia.

La melancolía asienta en el bazo, cuyo astro es Saturno, lo cual no quiere decir que siempre que haya una enfermedad del bazo deba andar en juego Saturno, pues la melancolía puede manifestarse sola perfectamente. A Saturno corresponde también la fiebre cuartana, que no determina melancolía. Por lo cual concluimos afirmando la falsedad del humor melancólico.

Otras varias fantasías se dicen entretanto acerca de la flema del cerebro y de la cólera de la sangre, así como de los riñones, de los pulmones, del estómago y del corazón. Veis que si todos produjesen su humor correspondiente habría muchos más

---

<sup>31</sup> Los citados eran los remedios clásicos del empirismo medioeval contra el mal de locura. "Arcano" viene a significar "remedio específico".

que los cuatro a que aquí hemos hecho referencia, cada uno de acuerdo a su naturaleza, sin que ninguno suplante el lugar de cada uno de los demás.

Así el bazo, los riñones, los pulmones, la región que alberga la cólera, el sitio de la flema y el de la melancolía..., etc., conservan todos y cada uno el lugar que les corresponde. Echemos pues lejos de nosotros el pensamiento de que el cuerpo puede esclavizarse entre cuatro simples columnas de humores o de Elementos, pero conservemos la idea de que estos cuatro Elementos existen positivamente.

Si me preguntáis qué es el elemento os contestaré que es la matriz de su fruto (**matrix sui fructus**) de igual modo que, según toda evidencia, la Tierra es también la matriz de su fruto. El cual no tiene nada que ver con la sequedad o el frío de la tierra y que nada representa por sí mismo, pero que necesita la reunión de los cuatro Elementos para desarrollarse.

Otro tanto podremos decir del Agua, del Aire y del Fuego, ya que si fuéramos a fiarnos de las descripciones que hacéis de ellos, tendríamos que convenir en que jamás los habéis conocido. Pues a poco que los hubierais comprendido no habríais explicado tan groseramente la naturaleza del hombre (Microcosmos) y habríais dejado en cambio sobre ello observaciones más inteligentes.

#### Capítulo quinto

##### (Razón y superioridad de la Anatomía)

Acabamos de demostrar que el verdadero “sujeto” de la Medicina son “las tres sustancias”, al lado de las cuales “el cuerpo intermediario” se diferencia netamente gracias a sus admirables construcciones y perversiones. Esa mutación o perversión no es otra cosa que lo que el pintor o el escultor expresan al realizar una estatua de madera o al trazar una imagen sobre un muro, en donde nadie llega a ver la madera y todos en cambio perciben la imagen dibujada.

Sin embargo, basta con que frotamos ligeramente el lienzo con una esponja humedecida para que desaparezca todo cuanto el pintor ha añadido allí con su oficio.

Lo mismo pasa con la vida. Así, una vez que Dios nos ha esculpido y aglutinado en las tres sustancias, la vida nos anima, permitiéndonos andar, detenernos y movernos en una palabra. A pesar de esto, cualquier “esponja” puede hacer desaparecer todas estas cosas: lo que quiere decir que no debemos dejarnos seducir por la vida ni por todo cuanto ella encierra.

Por lo demás, ese pintor<sup>32</sup> es tan hábil, que ha pintado las tres sustancias con los colores del Sol, de la Luna, de Venus... etc., ya blancas, negras o de otros colores distintos, obteniendo con ello el más alto grado de maestría, inalcanzable para nosotros, puesto que en verdad sus colores y pigmentos no están desleídos en la cola o en el aceite, como los nuestros, sino que son ligeros como el aire o las sombras, a pesar de lo cual llegan a tener en el hombre vivo la propiedad exacta de su color.

Sólo la muerte puede borrar dichos colores, dando en cambio su pigmento especial, ya que cuando se aposenta en el cuerpo impone su propio color, desplazando a

---

<sup>32</sup> Dios.

los colores de la vida. De lo que se colige que la aparición de los colores de la muerte significa justamente la muerte de la enfermedad.

Es preciso pues que conozcáis bien estas dos clases de colores —los de la vida y los de la muerte—. Su comprobación no os significará por sí misma sin embargo, el menor conocimiento de la enfermedad, de la cual son sólo signos exteriores. La naturaleza de los signos es, en efecto, tan incierta y falsa como lo es la palabra que se escapa de los labios, ya diga una cosa seria o una simple chanza.

Tampoco debéis creer que por el hecho de conocer sus colores se os someterán las cosas de la naturaleza, pues la verdad es que la tierra y el cielo están por encima de todo esto y no pueden limitarse a vosotros mismos.

Debéis pensar y saber ahora que todas las cosas tienen una imagen o efigie (**sunt effigiatae**) que es lo que llamamos su anatomía. Así el hombre está revestido de una forma (**fictus est**): de ahí que interese al médico conocer la anatomía antes que nada, y no sólo la del hombre normal sino también la del hombre enfermo, pues todas las enfermedades tienen su anatomía propia. La hidropesía por ejemplo, tiene una efigie característica, y así todas las demás, siendo estas anatomías las que deberemos conocer y estudiar, ya que sin ello la naturaleza no nos reconocerá jamás como médicos.

Oíd este ejemplo a propósito de las rosas y los lirios Dios ha dado a las rosas y a los lirios esa forma y efigie por la razón de que ambos son productos de la tierra y que el médico y su medicina deben conocer lo que la tierra produce y así, conociendo la anatomía de las diversas hierbas, conocer la anatomía de las enfermedades. Sólo de esta manera podrá establecer las concordancias, semejanzas y relaciones de unas y otras, pues **sólo por medio del estudio de las anatomías comparadas podrá hacer progresar su ciencia**. ¡Venturosa hora aquella en que le sea dado a cada médico trabajar de esta manera, sin que ninguna miseria se lo impida!<sup>33</sup> .

Observad esto ahora: Todo lo que es beneficioso o perjudicial para la matriz, tiene la anatomía de la matriz. Lo cual no hace sino reforzar la necesidad del estudio de la anatomía todas las cosas naturales. Y en verdad os decimos que así como Dios es conocido por la grandeza de sus obras, así la multiplicidad de las imágenes que existen dentro de nosotros, es también obro suya, como a su vez lo son también las admirables efigies de las enfermedades.

Aquel que tenga la suerte pues de conocer la anatomía de las enfermedades de las rosas, debe felicitarse de que Dios haya puesto ante sus ojos semejante medicina, así como de la benevolencia, eficacia y prontitud de su ayuda. Lo cual puede por supuesto referirse también a los lirios, a la lavanda y a todas las demás plantas.

Tampoco deben ser considerados los colores sino como un motivo o estímulo (**pabulum**) para los ojos exteriores, ante los cuales sólo podrán manifestarse las enfermedades reduciéndose (**abeant**) a su última materia.

Otro tanto podemos decir del gusto, parte también de la anatomía de las semejanzas y de las concordancias. La distribución del gusto en los miembros del

---

<sup>33</sup> En esta exclamación se ve la protesta de Paracelso contra las disposiciones de la época, que impedían o limitaban el estudio de la anatomía, anunciada justamente después de la elogiosa y notable afirmación que hace en defensa del estudio de la anatomía comparada.

cuerpo está hecha de tal modo que lo dulce está unido a lo dulce, lo amargo a lo amargo, así como lo ácido a lo ácido, en sus diversos grados. ¿Qué médico querría hallar la medicación del hígado en la graciana, la agárica o la coluquintida? ¿Cual otro trataría la bilis con maná, miel, azúcar o polipodio? Ninguno sin duda, pues sólo lo semejante entre sí puede coordinarse.

En el orden anatómico en efecto, lo frío no puede actuar contra lo caliente, siendo en general una grave confusión buscar nuestra salud en la línea de las cosas contrarias; tan absurdo como si, por ejemplo, un padre diese a su hijo una serpiente en vez de un pedazo de pan. Esto supondría, en lo referente a las enfermedades, que nuestro Padre común, desde el cielo, nos enviase serpientes en vez de lo que le pidiéramos como necesario. Según esto, os digo que es una mala medicina dar ajeno en lugar de azúcar.

Dar al niño lo que pida y no otra cosa, al creyente lo que espera, al corazón lo que le conviene y al hígado lo que le es propio, constituye la verdadera columna de la Medicina que, en resumen, puede enunciarse así: dar a toda la anatomía sus propias semejanzas. Pues es notorio que el pan que come un niño tiene su misma anatomía y que todas las medicinas deben contener la anatomía de la enfermedad a la que están destinadas.

En este sentido se comprende que todo aquél que no sea suficientemente hábil y conocedor de la anatomía tendrá grandes dificultades para mantenerse en el justo medio, aunque en definitiva baste para esto una elemental probidad y estar libre de toda emoción maligna o de toda infamia, asegurándoos que los que no obren así, son verdaderos enemigos de la luz de la Naturaleza.

Considerad, por ejemplo, el ojo y ved el arte admirable con el cual ha sido construido, así como la manera maravillosa con que el cuerpo medio (**medium corpus**) ha impreso su anatomía y su gusto en su imagen. Y veréis que el conocimiento de la medicina del ojo resulta precisamente del estudio de su gusto y de su imagen.

Si ahora recordáis la anatomía de sus enfermedades: la catarata, la úlcera, la mancha blanca (**leucoma, albugo**), el centelleo (**scotomía**)... etc., veréis, a poco que conozcáis la terapéutica oculística (**ocularia simplicia**), cómo encontráis la apariencia de estos males en la anatomía.

Las enfermedades provienen (**descendunt**), en efecto, de la trasmutación de las imágenes o del gusto del estado sano.

Y os digo que si habéis adquirido la concordancia de todas estas cosas conjuntamente, ¿cuál será el ciego que habiendo elevado su plegaria a Dios recibirá veneno en vez del pan que tan ardientemente solicita? Sed pues hábiles concedores de la anatomía para no confundir las piedras con el pan y constituíros en el padre de vuestros enfermos; dándoles el sustento que necesiten, como si fueran vuestros hijos, y no seáis sólo el doctor de vuestra medicina. Pues de la misma manera que un padre es afectuoso con su hijo y le da todo el sustento que sus necesidades requieren, así el médico debe ser afectuoso con sus enfermos.

Trasmutad pues todo lo que aparezca trasmutado y cuidad que las anatomías conservadas, así como todas las enfermedades que sobrevengan, concuerden recíprocamente.

Las recetas deberán pues establecerse y componerse de acuerdo a estos principios y no en interminables fórmulas con jarabes, triacas<sup>34</sup> y otras incongruencias, carentes de toda razón anatómica, y sólo presididas por la más desbordante fantasía.

Os digo que hay pues sobradas razones para relegar definitivamente al olvido estas viejas “Recipes” (recetas), pues por más que varios de esos medicamentos contengan indudables virtudes, su acción se debe a la fortuita coincidencia con alguna anatomía o bien a que se ha mezclado en ellos algún principio fundamental tomado de algún médico verdadero y sincero, con lo cual los charlatanes pretenden disimular y velar su teoría. En tales casos, ese principio fundamental aparece desprovisto de toda jerarquía, que se asigna en cambio a las otras sustancias, reconocidamente superfluas e inútiles.

El magisterio de esos hombres está así lleno de los más bajos errores, por lo que no es de extrañar que los cimientos de su edificio se asienten en el barro, que nosotros deberemos limpiar incesantemente, desenmascarando sus sofismas, fantasías y demás y haciendo ver que sus simulaciones no son sino gestos de bufón, desprovistos de toda medida.

Ved ahora otra cuestión: ¿Conviene verdaderamente el vino y el aceite a las heridas, según dijo Cristo a propósito del herido de Jericó?<sup>35</sup> . Yo os digo que no. Y os digo además que es de la mayor importancia que no veáis en esto una simple frase, una semejanza, un juego o una broma, pues si lo tomamos al pie de la letra, podríais confesar sencillamente vuestra locura. Pues por más que no haya sobre esto una absoluta evidencia, lo que Cristo —que es la Verdad— ha querido indicar, no es precisamente una medicina inadecuada sino la existencia del “Arcano” de una anatomía. No se trata pues de que Cristo no haya enunciado correctamente los elementos de la Naturaleza, sino que esto es un “Arcano” para las heridas, con lo cual podéis ver en cada caso todo lo que os falta.

La cuestión puede resumirse de la siguiente manera: Es necesario que el vino y el aceite existan en suficiente cantidad. Sobre esto poned la mayor atención en la preparación, en la propiedad (**virtus**), en el tiempo, en la hora y en todo cuanto con ello se relacione. Pues así como el grano no puede fructificar cada año, a menos que haya sido previamente sembrado y que luego se haya podrido en la tierra, así es preciso saber, para la otra verdad, que el campo viene a ser una herida y el aceite y el vino sus semillas. Luego de lo cual no os será difícil adivinar la naturaleza del fruto que habrá de producirse.

## Capítulo sexto (Discurso sobre las anatomías)

Con lo que acabamos de exponer, quedan a la vista las diversas artes que dividen y separan del cuerpo vivo todo aquello que no constituye verdaderamente el

---

<sup>34</sup> Triaca Magna: medicamento medioeval, útil para todo, y de copiosa composición.

<sup>35</sup> Parábola del buen Samaritano.

Microcosmos A lo que agregamos que en la vida hay que introducir necesariamente el estudio experimental.

Es preciso pues someter a experiencias todo cuanto constituye el cuerpo medio (**in medio corpore**) disolviendo unas cosas en otras y viceversa, haciendo que aquello que ocupa el primer rango sea buscado también en el último. La vida en efecto, nace para las artes y no para beneficio del alma, pues en verdad os decimos que la vida no puede ser una simple hostería del alma.

La vida descubre las artes y sus fundamentos a tal punto, que cuando la debilidad de la primera vida llega ante las operaciones de los “Arcanos”, esa primera vida muere, ya que nada hay en ella que pueda ser útil al hombre<sup>36</sup>.

La rosa, que es magnífica en su primera vida, cuando la anima la esplendidez de su perfume (**gustus**), no tiene utilidad médica alguna, siendo preciso que se pudra, muera y renazca después nuevamente, para que adquiera tal virtud. Sólo entonces podréis hablar de sus propiedades medicinales y administrarla en vuestras recetas.

Pues así como todo lo que pasa por el ventrículo experimenta la putrefacción, con cuyos productos se construye el ser humano, así nada de lo que ha de formar la Medicina puede quedar imputrefacto.

La razón por la cual no existen remedios para la primera vida está en que no hay en ella nada que escrutar, dado que toda su complexión y todo su ser está destinado a perecer sin dejar ningún rastro. Así pues nada de lo que no perdure y de lo que no se resuelva en una nueva natividad está sometido a la Medicina. De lo que resulta que todo el trabajo del médico no estará encaminado sino a conseguir una nueva natividad. Ahí están y de ahí provienen el verdadero Azufre, el Mercurio y la Sal auténtica, en los que se contienen (**extent**) todos los “Arcanos”, obras, curaciones y fundamentos.

Sólo cuando la segunda vida ha sido introducida y que la primera se ha retirado del cuerpo, estamos en condiciones de usar y aprovechar la primera materia y de encontrar allí mismo la última.

De esta vida media ha de salir pues la nueva vida libre ya de toda otra enfermedad o muerte que no sea el gran fin en el que todas las cosas han de perecer.

La razón por la cual ninguna nueva vida puede perdurar está justamente en su fragilidad, lo cual es a la vez el motivo y fundamento de la muerte.

Todo el fundamento de esto está por consiguiente en que el hombre considere que sólo cuando se exponga y separe el cuerpo medio, han de manifestarse las cosas primeras. Sólo aquél que las reconozca para la vida nueva (**ex nova vita**) conocerá verdaderamente el objeto de esta vida.

Sobre esto existen dos partes (**subjecta**): Una constituida por el enfermo, a solas con su vida media vegetativa y cuya nueva vida, o sea la salud se le ha escapado transitoriamente. Y otra, en la que está la Medicina, que trata de proteger la vida media a través de la nueva vida. Por eso los “Arcanos” están en la vida nueva y no en la primera ni en la media.

---

<sup>36</sup> Este párrafo, por más vueltas de interpretación que se le busquen, perdura como un modelo de la más oscura dialéctica paracelsiana. Tanto en la traducción latina de Paltenius como en la francesa de Grillot de Givry, el texto resulta incomprensible. En nuestra traducción hemos procurado, al menos, darle forma sintáctica.

Busquemos ahora la doble anatomía del Microcosmos, local y material. Llamamos anatomía local a la que el hombre presenta en sí mismo, cuando por medio de la disección podemos considerar los huesos, la carne, las venas. . . etc., en los sitios que a cada cual corresponden<sup>37</sup>. La anatomía material, mucho más importante, estudia las trasmutaciones por las cuales se introduce en el hombre la vida nueva, luego de la primera y de la media, así como la naturaleza de su sangre, de los elementos Azufre, Mercurio y Sal y del funcionamiento del corazón, del cerebro y de todos los miembros del cuerpo<sup>38</sup>. Esta es la verdadera y auténtica (**genuina**) anatomía, origen de todo y en la que todo médico debe formarse.

Por lo demás comprendo que el nacimiento de esta verdad resulte duro y que este discurso parezca difícil para muchos. Esos sin embargo son justamente los que no quieren dar descanso a su fantasía y que prestan mayor confianza a su imaginación que a la luz de la verdad. Por eso es absolutamente necesario que vivamos y nos eduquemos en las artes. Sólo de esta manera, como verdaderos hombres, podremos ofrecer la fe y la confianza que los demás reclaman.

Conociendo esto a fondo lograremos descubrir cómo la primera materia puede señalarnos el estado de enfermedad, es decir, conoceremos la trasmutación de la anatomía. De lo que se deduce que aún existe otra anatomía, por más que no vayamos a ocuparnos de ella ahora, que es la anatomía de la enfermedad<sup>39</sup>.

Reconoceremos pues tres anatomías: la local, que indica la efigie del hombre, su proporción y naturaleza y todo cuanto con ello se relacione; la material, que se ocupa del Azufre vivo, del Mercurio volátil y de la Sal amarga, en cada miembro; y la que muestra la nueva anatomía que da la muerte, así como la naturaleza y efigie por las que sobrevive. Esta anatomía de la muerte llega y se presenta bajo formas tan variadas como puedan serlo las especies que provienen de los Elementos. Habrá pues tantas clases de muertes como de corrupciones, y os digo que cada vez que una corrupción engendra algo diferente, allí mismo hay ya una anatomía, que irá sucesivamente cambiando hasta que la totalidad del ser se haya consumido en la corrupción.

Antes de todo esto, sin embargo, ya la ciencia de la anatomía de la Medicina obedecía a la misma ley, pues ya el cielo, la tierra, el aire y el agua, se comportaban de la misma manera. La perfección actual está precisamente en haber podido hacer aparecer el firmamento de los astros en la vida nueva y que allí Saturno reproduzca a Saturno y Marte a Marte.

Pues de la misma manera que el árbol y la hierba salen de la semilla, en la nueva vida es necesario que pongamos al descubierto todo aquello que normalmente permanece oculto, reduciéndolo hasta el extremo de hacerlo perceptible por nuestros propios ojos. Ya que si decimos que la luz de la naturaleza es una verdadera luz, afirmamos implícitamente que ha de ser visible y no oscura o tenebrosa.

---

<sup>37</sup> Concepto anatómico actual.

<sup>38</sup> Concepto fisiológico actual.

<sup>39</sup> Es decir, la anatomía patológica de hoy día.

Dicha luz ha de ser tal que nos permita ver todo directamente, por más que nuestra contemplación sea y deba ser distinta que la que miran los ojos de los profanos. Nuestros ojos, en efecto, deben estar iluminados por la luz de la naturaleza, en cuya virtud se funda el conocimiento de la anatomía, por todo lo cual resulta justo y equitativo que las enfermedades se denominen según la luz y no según las tinieblas. De esta manera cada enfermedad recibirá el nombre que inteligentemente y rigurosamente le corresponda según el arte.

Sólo por un error contrario a toda razón llamamos fiebre a la fiebre. En efecto, fiebre viene de fervor, que quiere decir calor, lo cual es sólo un signo de una enfermedad pero no su materia ni su causa, que es justamente de donde debería haber tomado el nombre. El nombre debe pues proceder de la materia, de la propiedad o de la naturaleza de las substancias.

La ortiga (**urtica**) es verdaderamente ortiga porque produce ardor y escozor, igual que la sal de la orina, de la que posee la misma anatomía. El nombre de la fiebre trasunta la tontería del que lo inventó. En realidad la fiebre es la enfermedad del nitrato de azufre fumante (**morbus nitri sulfuris incensi**), qua agita el cuerpo, provocándole escalofríos e intermitencias.

El nombre de “Apoplejía” da a su vez la medida de la pobre sapiencia del que lo creó; en buena razón médica la apoplejía debería llamarse Mercurio caquímico (?) sublimado, pues tal es la naturaleza de la materia pecante que la origina.

Así pues los signos sirven solamente para exteriorizar los cuerpos y las substancias y os digo que todo aquél que mezcle los signos y las causas errará y fracasará en la práctica.

Siendo tan numerosos los cuerpos y las especies que dan frío o calor, se explica aún más la incorrección del nombre de la fiebre. Nitro es en cambio el nombre correcto de ese estado, en el principio de los humores.

Debería haber en efecto, un mayor cuidado en la elección de los nombres más de acuerdo con el método curativo. Así el “mal caduco”, que fue curado por Viridellus<sup>40</sup>, debería llamarse “viridella morbus”.

Si esto no se hace con el debido discernimiento será inevitable el error y la anatomía sufrirá lógicamente en consecuencia. Por lo demás, no debéis sorprenderos de que cuando los ojos no están educados no puedan ver muchas de estas cosas, ya que el cuerpo medio (**medium corpus**) oscurece los ojos, poseyendo en cambio la ciencia sobre la que debe apoyarse todo médico. Esa ciencia revela más cosas al médico que al profano, pero esto es completamente normal, pues es evidente que si el profano no ve ni entiende muchas de estas cosas, ello se debe a que éste no ha sido creado para la medicina ni llamado a su camino.

---

<sup>40</sup> El nombre Viridellus solo figura esta vez en la obra de Paracelso y no ha podido ser explicado ni interpretado por Dorn ni por Toxites. Roch le Baillif en su "Demosterion" (Rennes, 178) tampoco es más expresivo, Castelli en su "Lexicon Medicum" da dos significaciones, aplicándolo a la Epilepsia, según Paracelso, y al Vitriolo, según Hartman, Grillot de Givry y Gallavardin opinan que debe referirse al vitriolo verde (sulfato de hierro). Digamos, en fin, que dos paracelsistas como David de Planis-Campy y Du Chesme, han preconizado el muérdago en la epilepsia, que como es sabido tiene la propiedad de permanecer siempre verde.

La ciencia es verdaderamente el origen de la fuerza del médico, ya que sólo a través de él pueden revelarse públicamente los milagros de Dios. Si Dios está presente podrá el médico hacer uso de los milagros, siempre que los emplee con rectitud para un buen fin y con toda verdad, no con perversidad ni falsamente.

Así, ninguna cosa que esté escondida podrá dejar de ser revelada por el médico, cuya luz podrá ser proyectada sobre la tierra, el agua, el firmamento, el fuego y sobre todas las cosas, en fin, que quieran contemplar las maravillas del Dios que las ha creado y en cuya mente viven antes de todo.

El que aún haya cosas sin explicación se debe solamente a que el trabajo intelectual necesario no ha sido aún proyectado con la profusión debida.

Puede decirse que la ceguera de los ojos, el glaucoma, la catarata y la mancha blanca, invaden también las otras profesiones. Y que así como nosotros no conocemos ese monstruo marino que es la ballena, tampoco otras profesiones conocen la bestia del Apocalipsis o de Babilonia. Estas cegueras se parecen todas entre sí e importa mucho que sean corregidas.

Pues así como la ceguera del médico es la muerte del enfermo, así la otra ceguera es la muerte del alma.

Habiendo dicho Cristo tan maravillosamente toda esa serie de cosas sorprendentes que constituyen la Teología y siendo tan admirable la Medicina, será preciso considerarlas inseparables, aplicarse a su estudio con todo afán y escrutarlas profundamente.

Pues así como el cuerpo es el domicilio del alma, la Teología y la Medicina deben marchar unidas alumbrándose mutuamente.

### Capítulo séptimo

(Sobre la dualidad de las formas y de los cuerpos)

Hasta ahora os hemos aconsejado que consideréis y busquéis conjuntamente la anatomía y la nueva vida en la ciencia de todas las substancias, lo cual no ha sido hecho en vano pues constituye en verdad la base y fundamento de la Medicina.

Es preciso pues que todas nuestras enfermedades, tanto internas como externas, sean examinadas por las más diversas vías, ya que no hay nada invisible en nosotros que no tenga algún signo exterior, aunque en muchos casos no alcance a poseer una verdadera forma (**effigiatum**). Basta en efecto con que el germen esté presente en nosotros (**intra nos**) representando exactamente a todo el cuerpo, de la misma manera que la semilla representa a todo el árbol dentro de la tierra. El ventrículo, según esto, es el verdadero escultor del cuerpo, cuya función cumple a pesar de permanecer invisible.

Todas las enfermedades tienen sus imágenes propias, así como cada imagen posee la medicina y la anatomía que Dios les ha dado. Sobre lo cual os pido que meditéis detenidamente.

Todos nuestros alimentos poseen algo de nuestro propio ser, por lo que al comer comemos siempre algo de nosotros mismos, lo que también le ocurre a cada medicina respecto a la consideración específica de la enfermedad para la que está destinada.

Así, todo lo que se haya separado de algún miembro puede volver a ponerse en él por la salud, lo cual no es tan extraordinario como parece, como vais a ver en el siguiente ejemplo: El árbol que crece en medio del campo no habría llegado a ser árbol si no se hubiera alimentado debidamente: alimento que no consiste sólo en llenarse o aumentar de volumen, sino en adquirir una forma. A lo que podemos añadir que el hambre es simplemente la indicación de la proximidad de la muerte en la destrucción de los miembros.

Dios es el creador de la forma, la que por primera vez esculpe en el útero materno y cuya permanencia determina la imagen. Esa forma interna acaba por perecer y morir si no recibe la oposición de la forma exterior, pues el que no come no puede crecer ni vivir. De lo que se deduce que el alimento es el artesano de la forma, que contiene ya en sí la forma de la imagen esculpida por Dios, con la que se funde al aumentarla y amplificarla, puesto que todo lo que crece, crece por el alimento.

Así, la lluvia y los jugos de la tierra poseen ya al árbol en sí mismos, el cual crece justamente por esos alimentos, de los que el jugo de la tierra representa la comida y la lluvia la bebida.

En el árbol pues, nada crece verdaderamente si no se añade en madera y corteza por la lluvia y el licor de la tierra, dado que el formador y modelador de ese árbol está en él mismo, es decir, en su semilla.

Otro tanto ocurre con las hierbas; tampoco la semilla representa más que el principio de la forma, para cuyo conocimiento se requieren además la lluvia, el licor de la tierra y otras cosas más, cada una de las cuales está representada en las ramas, los tallos, las hojas y las flores.

De esta manera todas las formas están ya contenidas en el exterior de todas las cosas capaces de crecer. Por eso, cuando esas formas nos abandonan quedamos incapacitados para crecer, acabando por morir en un estado precario y bajo una forma elemental (**deserta**). Al contrario, cuando estamos en pleno crecimiento, necesitamos hacer acopio de esas formas o alimentos a fin de que en ningún momento lleguen a faltarnos, ya que sólo su esencia, semejante al fuego, puede incrementar nuestra forma e imagen, sin la cual pereceríamos de consunción.

Esa es la razón por la cual debemos conocernos a nosotros mismos, si no queremos morir por falta de forma. De ese modo comemos nuestros dedos, nuestro cuerpo, nuestra sangre, nuestra carne, nuestros pies nuestro cerebro, nuestro corazón... etc., de tal modo que cada bocado o porción de alimentos que ingerimos contiene todos nuestros miembros y todo cuanto el hombre encierra en sí mismo.

En este punto habrá algunos que duden de que los miembros y el cuerpo necesiten alimentarse y que incluso no se explican que los alimentos sean necesarios y que estén destinados a una finalidad, pero en verdad os digo que los tales no han comprendido lo que es el alimento, lo que representa, ni para lo que sirve. Del mismo modo, cuando un artesano quiere tallar una imagen, no toma más que aquello que lo conducirá al resultado apetecido, es decir, que sólo aprovechará la madera necesaria, rechazando la restante a manera de excremento y dejando subsistir solamente la imagen terminada.

Esto debe ser aún explicado: Así, decimos que la nutrición ha sido instituida en todas las cosas al solo efecto de la forma. Cuando llega el verano, por ejemplo, sobreviene una época de hambre para los árboles gracias a la cual se desarrollan las hojas, las flores y los frutos, cuyas formas aun diferentes, no tienen nada de extraño en relación al árbol, ya que si las tuvieran, lo mismo podrían florecer las ramas arrancadas de la tierra. Dichas ramas están justamente plantadas en tierra para que la forma las penetre y componga, lo cual es ciertamente el don y el magisterio de los árboles.

El hombre en cambio no necesita nada de esto, ya que sus frutos no se producen de la misma manera que los de los árboles, siendo en verdad, en relación al fruto, una criatura completamente diferente.

Sabed pues que todas las cosas viven mediante la conservación de la forma y que el hambre y la sed no son sino manifestaciones de la destrucción de esa forma, cuya satisfacción conduce de nuevo a su restauración y renovación. Justamente así veis cómo aumenta la gordura con los alimentos y cómo el ayuno conduce a la delgadez y al aniquilamiento, estando perfectamente establecido que cuando la falta de nutrición alcanza a las partes principales del cuerpo, se produce la muerte repentina, ya que la vida no puede perdurar cuando faltan la imagen y la forma interior del cuerpo.

Los hombres pues, aumentan y crecen por los alimentos; es decir, que sus alimentos son el hombre mismo. De este modo comemos literalmente nuestra propia substancia, la cual nos es tan necesaria que si no la comiéramos nuestro cuerpo se desmayaría, así como nuestra vida media (**vita media**) y todo cuanto hay en nosotros.

Quiero decir con esto, que existen dos hombres: uno visible y otro invisible. El visible es doble y se compone de cuerpo y alma y el invisible, único, se refiere solamente al cuerpo<sup>41</sup>.

Ved un ejemplo: cuando nosotros tenemos ante nuestra vista un trozo de madera, no vemos más que eso: sin embargo, un escultor puede sacar de él una figura a fuerza de cortar y sacar todo lo que sobre. Lo que quiere decir que la madera tenía oculta una estatua que nosotros no veíamos.

De este modo, el alimento contiene al hombre en sí mismo, repartiéndose desde su cuerpo a todos sus miembros, no subsistiendo como una porción aparte, sino elaborándose con una enorme complejidad (**artificiosísima**). Pues el gran cincelador, o sea Dios, es el que ha dispuesto así los miembros y las últimas extremidades del hombre.

Es preciso pues que sepamos extraer las debidas conclusiones médicas del hecho de que, tanto los hombres como los árboles y todos los seres vivientes, se comen y se beben a sí mismos.

Pues por más que nos nutramos directamente de huesos, venas, ligamentos, cerebros, corazones, páncreas o intestinos, todas estas cosas se hallan reunidas a la vez en el bolo alimenticio, ya que debéis saber que el hueso no engendra hueso ni cerebro el cerebro. Y que aunque la forma se halle invisible en el bolo alimenticio, el hueso existe positivamente en él.

---

<sup>41</sup> Es notable esta concepción de Paracelso que considera "visible" al alma, a través del cuerpo, e invisible una parte del cuerpo, justamente la que, según el concepto actual, se halla bajo el dominio de la vida vegetativa.

El pan por ejemplo, es a la vez sangre, manteca y grasa (**lardum**) y sin embargo nadie puede verlo ni tocarlo, por más que todo esto engendra en él y por él mediante el industrioso artesano que opera semejantes cosas en el ventrículo.

El que estando presente todos los días pueda fabricar hierro partiendo del azufre, puede también por este artificio fabricar al hombre. Y puede hacerlo con tanta o mayor facilidad que si transforma la Sal en diamantes o el Mercurio en oro. El que tome mucho mayor cuidado en hacer al hombre que a cualquiera de las demás cosas corresponde a la razón por la cual le tiene preparado en cada momento aquello que mejor le conviene.

Sed pues médicos, operadores e intermediarios de estas cosas y someted la materia a Dios, sin poner ni quitar nada, tal como Él lo quiere. Él solo en efecto, conoce exactamente el modo, número, peso, proporción y tiempo de todas las cosas.

Observad ahora que todas las criaturas, cualesquiera que sean, son dobles: una constituida por el esperma y otra por el alimento.

La esperma es una semilla; por eso, apenas sembrada, desea y busca alimentarse. Ahora bien, como la esperma contiene en sí la forma del hombre en libertad, ocurre que cuando se alimenta, todo lo que come se transforma en hombre y en miembros humanos.

Es decir, que el cuerpo del hombre se compone de la semilla inicial y de lo que adquiere con los alimentos única parte de esta última que llega a morir, en tanto que la semilla se conserva, transmitiéndose interiormente de un individuo en otro.

No basta pues con que el hombre nazca de las entrañas maternas, sino que debe nacer también de las sustancias con que se alimenta. Nada de lo que pertenece al alma, dentro de la naturaleza de la vida humana, tiene relación alguna con el alimento. A su vez, las costumbres y las cualidades intelectuales (**ingenia**) que vienen (**accedit**) con el cuerpo, provienen del hombre según su sabiduría.

En resumen pues, todo lo que es del cuerpo y lo que de él le ha sido dado conocer al médico, resulta del alimento y no de la virtud, de la cólera, de la probidad ni de la malicia (**nequitia**).

Por lo demás, aquél (Dios) que ha formado el cuerno en el útero materno, es el que lo forma también en el ventrículo (estómago).

Os diré que así como el arquitecto se ocupa sin cesar de su obra, corrigiéndola y reparándola, la que a pesar de todo acabará un día por disminuirse, deformarse o desmoronarse de una u otra manera, debido al natural deterioro, así todas estas cosas se manifiestan de diversos modos en el cuerpo por medio de las enfermedades. Y que en igual medida requiere la salud conservar su perfección e integridad, como necesita la enfermedad la curación.

Todo esto prueba hasta la saciedad que nuestros dos cuerpos son uno en realidad: lo que ocurre es que el mismo ha sido creado de una manera doble, por el esperma y por el alimento, bajo cuyos dos aspectos sin embargo sigue conservando igual semejanza.

Por eso es conveniente que sepáis que desde el momento en que salimos del útero materno —e incluso antes— vivimos por la sola gracia y misericordia de Dios, que permite que mantengamos y alimentemos nuestro cuerpo.

Cuando recibimos el cuerpo que nuestro padre y nuestra madre nos dan equitativamente, tenemos que conservarlo, para lo cual nos valemos de la gracia que invocamos por medio de la oración. Por eso cuando rogamos: “El pan nuestro de cada día, dádnosle hoy”, decimos en realidad: “Dadnos hoy, Señor, nuestro cuerpo de cada día”, pues lo cierto es que el cuerpo que ha habido en el claustro materno y que salió de él, debe seguir alimentándose hasta la hora de su muerte. Lo que explica la razón de ese ruego cotidiano.

Nuestros dos cuerpos pueden asignarse por esto a la Justicia y a la Misericordia, a las que corresponden justamente las dos clases de medicinas que podemos prescribir, unas para el cuerpo que nos han dado nuestros padres y otras para el que nos procuran los alimentos.

Esa es la razón por la que Cristo nos ha enseñado que al pedir nuestro pan cotidiano, pensemos que el cuerpo que recibimos de nuestra madre es bien poca cosa y que puede morir hoy mismo o haber muerto ayer o hace mucho tiempo; que sólo el pan será nuestro cuerpo en el futuro; que cuidemos de no vivir de la justicia que nuestros padres nos legaron, sino del cuerpo de la Misericordia y que por todo ello dejemos de rogar a nuestro Padre celeste para que nos dé la substancia de nuestro cuerpo en el pan de cada día y con él, el cuerpo de su Misericordia, del que hemos de vivir en adelante, sin conservar el cuerpo de la Justicia más que al principio (**initium**) de nuestra natividad.

El hombre debe pues pensar en esto de tal suerte que no le quepa duda de que, por más que haya salido de útero de la madre, ya no será en adelante el hijo de su padre y de su madre, sino de aquél que lo alimenta, que es justamente nuestro Padre celestial y que sigue siéndolo aún después de nuestra muerte. Perteneciéndole como le pertenecemos, a Él y no al cuerpo de la Justicia hemos de elevar nuestras plegarias, pues os digo que si el cuerpo de su gracia no existiese, el de la Justicia podría sucumbir en cualquier momento.

Con lo que veis que cuando nos comemos a nos-otros mismos, hemos de hacerlo según la gracia y la oración y no según la Justicia, en la que debemos acostumbrarnos a no confiar demasiado.

### Capítulo octavo

(Donde se exponen las diferencias del pan de Justicia  
y de Misericordia y se explica la extensión  
y complejidad de la Medicina)

Todo lo que acabamos de decirnos debe servirnos para meditar con la mayor atención acerca de lo que somos en realidad y si vivimos por la Gracia, es decir, por el pan, o bien por la Justicia, según el cuerpo que nuestra madre nos dio. A lo cual ya había aludido San Juan Bautista cuando dijo a los judíos que Dios había sacado de las piedras a los hijos de Abraham<sup>42</sup>. Pues, ¿qué cosa sino pan pudo hacer con la tierra y

---

<sup>42</sup>

San Matías, III. 9.

con las piedras? ¿Y con qué otro alimento haría crecer los cuerpos de los hijos de Abraham? Ciertamente tuvieron que reconocer que vivían según el cuerpo de la Gracia.

Enuncio esto de semejante manera a fin de confirmar mi proposición de que todo hombre posee exteriormente (**foris**) una anatomía que debe ser conocida necesariamente por el médico, el que, por su parte, debe haber formado su conciencia de tal suerte que pueda penetrar con ella hasta el conocimiento de las tres substancias.

De ello podremos deducir inmediatamente el estudio del Régimen y de la Dieta, encontrando así la ocasión de describir las enfermedades que sobrevienen por el exceso de las comidas, también llamado saciedad o inmoderación, así como las que resultan de la mala calidad e inconveniencia de algunos alimentos.

Pues por más que el ventrículo transmute en nuestra propia substancia todo cuanto llega a su seno por la ingestión, la petición de la oración del Padre Nuestro sólo se refiere al pan. De otra manera, lo cierto es que los alimentos son tanto más saludables cuanto más se asemejan al pan y que con ellos nos renovamos y rejuvenecemos, en tanto que decaemos y nos aniquilamos a medida que rechazamos su semilla.

Sólo una enfermedad nos ha conferido el cuerpo de la Justicia, a pesar de que la Justicia no engendra propiamente enfermedades, al igual que el pan por el que rezamos. Razón por la cual San Juan Bautista y algunos otros han podido vivir libres de toda enfermedad.

Las enfermedades y otras cosas parecidas se producen cuando cometemos excesos, ya sea con el pan como con la Justicia. Y os digo que nada de eso nos afligiría si viviéramos en la oración y dentro de la ley.

Las enfermedades del útero materno tienen, a su vez, la misma explicación, pues, dado que debemos nacer aún nuevamente, sobrevienen justamente por obra del pan cotidiano.

Por eso, por más que debamos esencialmente hablar y escribir sobre los diversos regímenes, no nos es posible determinar ninguna dieta que no obedezca a la ley de la Justicia y de los alimentos que cotidianamente pedimos a Dios, con los que la salud se preserva y toda enfermedad se evita. Sólo observando puntualmente ese Régimen conservaremos la salud de nuestro cuerpo.

Los delitos de este género y el desprecio de los regímenes dados por Dios no llegan a atraernos sin embargo su venganza, sino que más bien estimulan su bondad, a cuyo efecto han sido creados los médicos a su imagen y semejanza. Por eso Cristo dijo a sus discípulos: “Solamente después de pecar muchas veces llegará el pecador a avergonzarse de sus pecados”. Razón por la cual debe el médico estar preparado para curar las enfermedades, por numerosas que sean. Sólo el gran poder que se desprende de esta misión permite que los médicos curen todas las clases de enfermedades, incluso la lepra.

La Medicina y los médicos actúan pues de tal modo que conservando la potencia del cuerpo, llegan a conservar en él la propia alma. El ejercicio de la Medicina resulta así algo más arduo y excelente que lo que algunos quieren admitir con notoria ligereza. Pues cuando Cristo dijo: “Id y purificad a los leprosos..., devolved la agilidad y la marcha a los cojos..., dad la vista a los ciegos..., etc.”, se dirigió tanto a los médicos como a los Apóstoles. Por eso os digo que aquél que no posea habilidad para curar la

lepra, no comprende el poder de la Medicina, así como el que no restituye su marcha normal a los cojos... etc., y así sucesivamente.

Persuadíos de que Dios ha creado los médicos no sólo para que curen el catarro, el dolor de cabeza, los abscesos y los dolores de muelas, sino también la lepra, la apoplejía, la epilepsia y todas las enfermedades sin excepción.

Si somos incapaces de curar estas enfermedades, podemos decir que nos falta arte o sabiduría o bien que hemos olvidado de impetrar la bendición de Dios, pues en verdad todo lo que hay sobre la tierra puede ser susceptible de curación por la Medicina, excepción hecha de aquello que llega a penetrar y dañar los nervios, cuya cosecha no nos ha sido concedida.

Y os digo que si los que recogen los frutos de la verdadera Medicina saben sobreponerse a los sofismas y a las falsedades, podrán efectivamente purificar a los leprosos y devolver la vista a los ciegos, ya que la virtud de todo está en la tierra en cantidades cada vez mayores. Por el contrario, la jactancia de los sofistas impide que se manifiesten los misterios de la Naturaleza y la magnificencia de Dios, ya que en efecto, no pueden considerar las cosas de la Medicina más que con su propio estilo de sofistas, cuya ciencia y probidad no vale más de un dracma<sup>43</sup>. Toda su insuficiencia se ve cuando dicen: "Esa enfermedad es incurable", con lo que ponen de manifiesto una estupidez y, por supuesto, una mentira, pues jamás ha creado Dios ninguna enfermedad para la que al mismo tiempo no haya creado también la medicina apropiada y el médico adecuado.

Lo que ocurre es que nos hemos familiarizado a tal punto con nuestra propia ignorancia, que hemos llegado al extremo de olvidar que es Dios quien nos ha dado nuestro cuerpo y el que nos lo renueva cotidianamente. ¿Por qué pues no habría de darnos el remedio para socorrer las enfermedades que aparecen en el tiempo que Él mismo ha prescrito? Y, ¿quién podría ignorar tal medicina? He aquí algo que tortura a nuestros adversarios.

Pero aun podemos investigar muchas cosas en este punto: Una de ellas consistirá en saber si Dios quiere verdaderamente que los hombres vivan media vida sanos y media vida enfermos. Y otra, el motivo de por qué puede frecuentemente un solo hombre transmitir la enfermedad a una legión entera. De una u otra manera el hecho es que su Misericordia (de Dios) ha concedido siempre a cada enfermo la medicina más conveniente (**idónea**), haciéndoles sentir la necesidad de la presencia de un médico, ya que esa necesidad quiere decir justamente que ese médico es el que va a devolverles la salud. Pues eso es lo que precisan de ese médico y no que los deje sumidos en la enfermedad, entre un palabrería tan sobrado de halagos como falto de eficacia. Lo cual nos convence aún más de la absoluta necesidad que tenemos de llegar a curar todas las enfermedades, aun la misma lepra, la ceguera y la claudicación, así como que todos los enfermos han menester de un médico a su lado.

No obstante, es indudable que el que malgaste sus ojos en el juego, o en hacer trampas o bellaquerías, no los necesita. Como tampoco necesita la lengua aquél tas. Si Dios hubiera dejado ciego a uno de éstos, el que llegado ante un verdadero médico le

---

<sup>43</sup> La dracma, llamada más tarde "gros" en Alemania, valía 72 granos con 3 escrúpulos, o bien un octavo de onza.

hubiera dicho: “Estoy enfermo y necesito asistencia para mis ojos”, habría recibido la siguiente respuesta: “Necesitas tan poco tus ojos como sus pies el perverso o el corrompido”.

Pues estas cosas son del dominio de Dios y no del de los hombres. Por lo cual procede que se excuse al médico no sólo en una, sino en todas las enfermedades que sirven para impedir un mal peor, ya que los que padecen de semejante manera, son en verdad mucho más felices que los malvados que disfrutaban de una salud aceptable. Pues cuando Dios castiga a aquellos que ama, lo hace de una manera tan sutil y secreta, que ningún médico puede ni debe aventurarse a explorar estas enfermedades.

Esto debe haceros comprender cuán ilustre es la Medicina creada por Dios. Con su virtud se alcanza a curar, en efecto, no sólo las enfermedades que hasta ahora hemos enunciado, sino también las sobrevenidas ya con el nacimiento, como la ceguera o las parálisis (**resolutio**) de los recién nacidos.

Sin embargo debemos reconocer qué esta Medicina tiene ante sí aún, un largo camino y que al lado de numerosas páginas todavía en blanco hay también muchas otras llenas de frivolidades y de cosas absurdas.

Cuando observamos algunos de los sorprendente milagros de la Naturaleza, llegamos a convenir que no hay nada tan admirable como el hecho de nacer y de morir. Cuando el león nace muerto, por ejemplo, y la vida le llega de improviso con un gran rugido<sup>44</sup>, comprendemos que estamos ante un fenómeno mucho más importante que el de hacer recuperar a un ciego el sentido de la vista.

Seguramente no sólo el león posee este privilegio, sino muchos otros que nosotros ignoramos o que no hemos descubierto todavía pues, en definitiva, lo único que nos demuestra con esto la Naturaleza es la inmensa cantidad de cosas que faltan a nuestro conocimiento.

Es por lo tanto completamente injusto que sólo nos enorgullecamos y pavoneemos de simples apariencias, pues en verdad que jamás alcanzaremos esos límites que creemos vanamente haber franqueado tiempo atrás. Por lo que en suma, el día de nuestra jubilación resulta un día de gran miseria y amargura (**Dies miseriae et amara valde**), en el que apenas podemos reconocer que hemos alcanzado el comienzo de las cosas.

Entretanto, ocurre que el que habla de esta guisa no recoge más que silbidos, lo que no impide que los que tal hacen sólo sepan escribir y publicar tonterías, carentes de tolla doctrina.

Os aconsejo por el contrario que os hagáis dueños de la llave de la sabiduría por medio de la Ciencia y que sepáis que hay siempre, a pesar de todo, misterios escondidos en lo más profundo (**penetralia**) de las cosas, cuyo conocimiento no ha de sernos permitido.

He aquí el modo verdadero como deben comprenderse las cosas necesarias a los médicos, según hemos venido anunciando en todos los capítulos y según se desprende

---

<sup>44</sup> Esta historia se encuentra en numerosos escritos de la Edad Media, como el "Etymologicon" (Libro XII, Cap. II) de San Isidoro de Sevilla; la "Physica", de Santa Hildegarda (Libro VII. Cap. III); y en el suplemento de Hugo de Folleto, "De Bestiis et aliis repus" (Libro II, Cap. I).

de su propia naturaleza, aunque no hasta el punto de dejar manifestar lo que debe ser mantenido en secreto y que muy difícilmente se aparenta.

¿Podéis saber la causa de la maravillosa variación y degeneración de la especie humana? ¿Cómo proviniendo todos los hombres de un único Adán hemos llegado a ser tan diferentes?

Todo esto entra en los secretos de la Naturaleza, que en otro tiempo llegó a producir hombres de gran talla, que alcanzaron edades hasta de 900 años. Es natural que con una vida tan dilatada llegaran esos hombres a poseer gran número de esas cosas hoy escondidas e ignoradas, beneficiándose de ellas con un conocimiento verdaderamente familiar. No en vano había de haberse introducido el Bien y el Mal en la manzana que Adán comió bajo la sugestión de la serpiente. Lo cual debe enseñarnos y explicarnos que haya hoy en la Naturaleza muchas más cosas ocultas que conocidas, así como muy grandes Ciencias, Sapiencias y Prudencias. No todo está pues en la manzana original; hoy mismo existen gran número de cosas maravillosas, cuyo conocimiento no sería prudente revelar, dado que Dios lo tiene expresamente prohibido.

Lo cierto es que en el mismo lugar de la tierra donde existe un veneno mortal, existe también un exacto contraveneno y que del mismo modo que se engendran las enfermedades se produce la salud.

Lo lamentable es que haya tan pocos médicos que se interesen por estas cuestiones y las estudien como se merecen. Y que la mayoría se anulen en la simple profesión de contempladores de orinas.

Sus sórdidas y culinarias ganancias bastan a esos tales para colmarlos de satisfacción y para persuadirlos de vivir en sus casas, contentos de no hacer nada, ya que sólo ejercen la Medicina para acumular el dinero que con tanta liberalidad les procura el examen de las orinas. ¿Para qué han de complicarse la vida con trabajos más penosos?

OPUS PARAMIRUM  
LIBRO II

CAUSAS Y ORIGENES DE LAS ENFERMEDADES  
QUE PROVIENEN DE LAS TRES  
PRIMERAS SUBSTANCIAS  
(Continuación)

Capítulo primero  
(Naturaleza de las tres sustancias e influencia de las estaciones  
y de la putrefacción)

Es preciso comprender ahora cómo están unidas estas tres sustancias en un solo cuerpo. Para ello vamos a daros el siguiente ejemplo:

Toda semilla es triple, es decir, contiene tres sustancias confundidas, ya que todo cuanto hay en la semilla está junto y no dividido, por cuanto la semilla representa la conjunción misma de la unidad. Así, cuando en una nuez encontramos madera, corteza y raíces, comprendemos que por más que esas tres cosas estén efectivamente presentes, la realidad de la semilla hace que las tres cosas aparezcan unidas.

En el hombre ocurre lo mismo: él es también una semilla, cuya corteza está representada por el esperma. Nadie ha podido ver jamás esta semilla, dada su sutilidad y pequeñez, pero lo cierto es que en ella se engendran los hombres. Cuando la generación comienza, estas tres cosas se entrecruzan, mezclándose (**permixta**) y uniéndose cada una de ellas con su propia naturaleza en un solo cuerpo y no en tres, del mismo modo que el hombre crece o declina hecho hueso, carne y sangre, como un ser único, dentro del cual los tres componentes permanecen invisibles durante todo el tiempo de la vida (**ad suum usque tempus**) como un árbol que creciera dentro de la misma médula.

La médula es a su vez una sustancia triple, hecha de una sola madera, cuyas tres sustancias se demuestran perfectamente, tanto en el Arte como en la Naturaleza y en la Muerte.

Sabed pues que el principio de estas cosas está en su unión en una sola, dentro de la cual cumple cada parte su oficio, contribuyendo así a completar la totalidad del cuerpo (**ad corpus complendum**).

Veamos ahora cuál es el oficio de cada una de estas tres sustancias.

El Azufre dispone el crecimiento del cuerpo. En realidad todo el cuerpo es Azufre, aunque de tal sutilidad que constantemente se está consumiendo por un fuego invisible. Existen numerosos Azufres (**plura sunt**); la sangre, la carne, las partes nobles (**partes principes**), la médula... etc., son los llamados Azufres volátiles. En cambio los huesos están formados por Azufres fijos, encontrando a cada uno de ellos en su estado originario cuando la ciencia realiza su separación.

La Sal está encargada de obtener la aglutinación del cuerpo. Sin ella nada parece tangible. La dureza del diamante y del hierro, la blandura del plomo y la suavidad del alabastro, se deben a la Sal, así como todas las congelaciones y coagulaciones.

Existe una sal en los huesos, otra en la sangre, otra en la carne, otra en el cerebro... etc., en igual número y proporción que el Azufre.

El tercer principio es el Mercurio, al que llamamos también “licor”, que se encuentra a su vez en todas partes, en las mismas proporciones que el Azufre y la Sal.

La congelación y la propiedad compacta corresponden al licor, con lo que éste se hace así absolutamente necesario a la constitución del cuerpo, demostrándonos que el hombre se compone de tres cosas formadas en un solo cuerpo.

El Azufre arde a causa de su pureza; la fijeza de la Sal la transforma en álcali y la fuerza del fuego provoca la huida (**secedens**) del Mercurio en forma de humo (**effumat**), a pesar de lo cual nunca llega a arder verdaderamente.

Lo mismo que un árbol se seca si se le retira la savia, así ninguna forma puede subsistir sin el Azufre, pues en verdad que todas las disoluciones nacen de las tres sustancias.

De igual modo, tampoco podrá lograrse ninguna aglutinación en ausencia de la Sal, pues en ese caso el tronco del árbol se abatiría desgajado como una rama privada de su tutor.

Con el crecimiento, el cuerpo se incrementa en una sola dirección; quiere decir en una sola naturaleza, como si fuese un peral. Y como el peral, sólo producirá una sola y constante especie de peras. Claro que todo esto debe admitirse también para los demás árboles, pues en el Microcosmos existen verdaderamente tantas especies como frutos en la Naturaleza.

De lo que se deduce que todo aquél que conozca la pera, conocerá también el árbol que las produce, así como las tres sustancias que le pertenecen. Y otro tanto respecto a las enfermedades.

Según esto, debe quedar bien establecido que cuando veáis un enfermo debéis poder decir: esto es una pera o una manzana. Y que las tres sustancias os sean tan familiares en la enfermedad como os lo son en el árbol.

Esa es la razón por la que esas tres cosas producen peras de una sola clase y no de tres clases y por la que, en cambio, volverán a ser tres en su “Última materia”. Así las enfermedades deben ser conocidas triplemente también, por su cuerpo sulfuroso, por su licor mercurial y por la consistencia que la Sal les proporciona.

La medicina conveniente para estas enfermedades será, según lo que acabamos de expresar, un fuego que las consuma, esto es, el fuego de la Esencia (**Ignis Essentiæ**), ya que sin él no existe ninguna medicina.

La medicina es toda ella una consunción y una combustión, lo mismo que la que deja el árbol reducido a ceniza y libre de todo Azufre. Y no sólo por el Azufre (**in Sulfure**) sino por el licor y la Sal, ya que todos ellos son volátiles en la enfermedad y sólo fijos en apariencia.

Ya que hablamos de la naturaleza de las cosas y de las enfermedades, conviene que sepáis que cada fruto se designa con un solo nombre genérico. Así, cuando decimos: “esto es una pera” o “esto es una manzana” comprendemos en ello todas las

clases de peras o todas las clases de manzanas. Y lo mismo en lo referente a las enfermedades; por eso, cuando vemos un caso de lepra y decimos: “esto es lepra”, es suficiente. Nada importa su frialdad, su calor, su humedad o su sequedad, pues ninguna de estas enfermedades tienen el menor interés en ser conocidas, ya que no nacen ni se engendran en los cuerpos ni en las substancias. Así, cuando queréis plantar un árbol, consideraréis ante todo su semilla y no su color, su forma, ni ninguna de sus otras propiedades, ya que todas ellas vendrán al fin por sí solas, dado que no son sino las últimas materias de la substancia, carentes por eso mismo de toda importancia.

Otro tanto ocurre con la ictericia, la que no os será posible juzgar en cuanto a su frialdad o humedad, si sólo la llamáis por su nombre. Sin embargo el tratamiento de la ictericia existe, como existe el hacha que abate el árbol y el fuego que consume las substancias volátiles.

La Medicina debe ser constituida del mismo modo que el fuego. Y como en él, no es preciso apreciar sus propiedades de frío o calor. La gran virtud radica en el alejamiento, que constituye la verdadera naturaleza de los arcanos. Pues del mismo modo que existen cosas o causas que quitan la vida, existen otras que quitan las enfermedades.

Cuando arrancáis las peras del árbol, el peral queda vacío. De esta misma manera y con iguales nombres debéis separar y escindir las enfermedades, sin entreteneros alrededor del cuerpo y de la substancia de las peras sino yendo en cambio directamente al pedículo que las sujeta. Con esto os daréis cuenta con mayor exactitud de en lo que consiste verdaderamente el conocimiento de la Medicina.

Considerad ahora los siguientes ejemplos: Cuando veis las vicisitudes y transformaciones del invierno y del verano en sus inmediatas sucesiones de frío y de calor, deberíais pensar y referir otro tanto para el cuerpo. Nadie dirá, sin embargo, que las naturales vicisitudes que experimenta cada estación al suceder a la precedente sean verdaderas enfermedades, pues el hombre está sometido sucesivamente al verano y al invierno.

Durante el invierno el hombre se rodea de fuego precisamente para protegerse del frío, a pesar de lo cual y durante todos sus meses el invierno actúa sobre él, sometiéndolo a su influencia, sin que haya nada que pueda oponérsele.

Otro tanto ocurre con el verano, siendo en verdad sorprendente que el médico estudie esto de un modo tan poco satisfactorio y se resista a aceptar y conocer en estas cosas las influencias de los movimientos celestes, tal como si la Naturaleza pudiese cometer error.

Así pues, el frío del invierno y el calor del verano pueden llegar a producir enfermedades, por más que en sí mismos no constituyan enfermedad.

También el nacimiento de las estrellas y la interpolación de sus días (**Interpolatis diebus**) suscitan el frío y el calor, de igual modo que las fiebres.

Sólo la causa celeste puede determinar estos movimientos. Por eso es pura fantasía la de esos médicos que no toman el cielo en consideración, atribuyendo todo al Microcosmos y envolviéndose más y más en el error.

Aparte de esto, ocurre ciertamente que el hombre puede ser presa de ardores, lo que no nace de él sino que se le añade, en cuyo caso se transforma él mismo en un Sol

ardiente, lo que, cuando ocurre, se produce siempre de un modo accidental y no desde el nacimiento.

El que consigue eludir el Sol evitará también las enfermedades. Cuando a pesar de todo el calor celeste nace en el hombre de esa manera, quiere decir que el soplo (**aura**) boreal se ha cerrado, ya que cuando está abierto, el temperamento conveniente acaba volviendo siempre.

Conviene ahora que sepáis el origen del calor del hombre. Este proviene de la unión de las cosas celestes, terrestres, acuáticas y aéreas que existen en él en un temperamento conveniente, quiere decir, en un temperamento en el que no domina ni el frío ni el calor. Además de lo cual existe el calor interior que nace del estómago y que da al cuerpo su temperatura.

Este calor del ventrículo es particularmente eficaz, pues sirve para cocer y digerir los alimentos, siendo así en cierto modo semejante al calor exterior, el que no queda solo de esta manera. Esa es la razón por la cual todo miembro posee un fuego perpetuo, ya que todos tienen un ventrículo y una digestión. De tal modo que el calor o el frío del hombre resultan así según la vehemencia o la suavidad de la digestión.

El calor de las digestiones provoca la exteriorización de diversos colores, latentes hasta entonces, así como el florecimiento del Mercurio.

Ante esa eflorescencia ¿quién osaría decir que esas flores han salido al solo fuego de la digestión? y, ¿quién podría afirmar que “esto” es sanguíneo?

Lo cierto es que esos y todos los demás colores, diferentes en la edad adulta y en la vejez, son producto y resultado del calor cotidiano. Indudablemente no faltarán los que afirmen que esto no son más que complejiones y que insistan en que “la juventud es sanguínea y la edad adulta colérica, flemática o melancólica..., etc.”, pero los que tal dicen han olvidado las excelencias del calor de la digestión y la naturaleza de la materia que forma las tres primeras substancias, ya que todo hombre, como todo árbol, tiene sus flores propias. Por eso, llamar a esas flores complejiones constituye un craso error.

Lo mismo ocurre con todas las cosas que crecen en este Mundo; en ellas hay que considerar precisamente las especies más aún que los géneros, ya que todas ellas advienen específicamente (**specietemus**) y no de manera gradual, como Platearius<sup>45</sup> y otros botánicos han comprobado cada vez que cualquier cosa extraña penetra en el ventrículo. En este caso, si la cosa que llega a penetrar allí no ha sido previamente preparada, se ve que tanto el calor como el frío se reprimen (**infringit**), en tanto que la cosa se encamina espontáneamente hacia el arcano.

Todo muere pues en el ventrículo; de ello resulta que podremos saber acerca de la mala calidad y de la debilidad de los ventrículos, según la cantidad de cosas que dejen sin atacar, disgregar y destruir, siendo evidente que los ventrículos que conduzcan a la muerte las substancias que llegan hasta ellos, son ventrículos sanos y desprovistos por tanto de todo interés médico.

No conviene pues dar entonces las medicinas, ya que en ese momento no van a experimentar las transformaciones que procuraría la putrefacción.

---

<sup>45</sup> Platearius: naturalista originario de Brabante, que vivió en Alemania desde principios del siglo XVI y que fue rector de la escuela de Zwickau (1535-46).

A veces, sin embargo, ocurre que algunos medicamentos se mezclan con cosas de naturaleza caliente, como las especias, por ejemplo en épocas de peste, pero entonces resulta que al no entrar en putrefacción, quedan inactivos, ya que ningún medicamento puede curarnos de aquellos venenos que el ventrículo no puede destruir.

De lo que se deduce que la rapidez de la putrefacción es proporcional a la rapidez de la curación y que todo lo que impide la putrefacción se opone en igual grado a la salud.

El sudor que a veces provocan los medicamentos imputrescibles, es malo y contribuye bien poco al sostenimiento de la vida.

Podéis según esto deducir que nada de lo que se establece gradualmente o según las complexiones reporta utilidad alguna para el cuerpo. Ya que en el cuerpo las enfermedades no son, según sus raíces, calientes o frías y nada podrán hacer en ellas los remedios que no tengan más virtud que sus diferencias de temperatura.

Recordad que es preciso arrancar las peras por el tallo y hacerlas caer así del árbol.

## Capítulo segundo

(De las transformaciones de las sustancias y de la necesidad  
de la obediencia a los designios de Dios. De la Mumia.  
De la división de la Medicina. De la muerte)

Los Arcanos no son cosas antiguas ni engendradas tiempo atrás; por el contrario han sido concebidos hace poco.

Antiguamente sólo se referían las cosas según la substancia y la forma, tal cual existen en el mundo, las que de nada nos pueden servir hoy en ese estado. Para su utilización actual es necesario que estas sustancias se disuelvan y renueven y que se liberen de todas sus antiguas propiedades, como son el frío y el calor.

Así, vemos que sólo abandonando su frialdad podrá el Solatrum<sup>46</sup> ser utilizado como medicina, de igual modo que los Anacardios<sup>47</sup>, que sólo podrán aplicarse como remedios si suprimen su calor.

Sólo cuando las antiguas naturalezas mueren o se rebajan (**Deponantur**) al punto de conducirse hacia una nueva natividad, pueden adquirir el carácter de verdaderas medicinas. La separación del Bien y del Mal está precisamente en esta abolición.

La Medicina contemporánea se nos aparece pues como un Arcano puro y absoluto, desprovista de toda complexión y de todas las demás cosas de este estilo.

---

<sup>46</sup> Este término, muy poco usado, no se encuentra en Dioscórides, ni en ninguno de los grandes farmacólogos. Parece que se refiere a la belladona. Antes de Paracelso lo encontramos en un viejo libro de Saladino de Ascoli, que fue Médico del Príncipe de Tarento y que fue publicado en 1488 en Bolonia (*Aromatorium compendium. Ed. Ecthoris*): allí se habla de Solatrum minus, del Solatrum y del Acqua Solari. Posteriormente, Hieronymus Brunschwick, en su "*Das büch der waren kunst zü distillieren die Composita*", publicado en 1513, se refiere al Solatrum mortale, siendo muy probable que Paracelso conociese ambas obras.

<sup>47</sup> Anacardios o Acajuba: planta silvestre con diferentes especies, cuyos frutos, cortezas y pedúnculos eran utilizados en la Medicina antigua.

¿Por qué pues opinan los observadores equivocados que nosotros, que podemos realizar el primer grado, no podemos igualmente alcanzar el tercero y el cuarto?

La causa sería que el estómago no podría soportar las cosas de los grados superiores, es decir, no podría lograr la putrefacción debido a su propia debilidad, indicando esto que su calidad y eficacia serían proporcionales a su frialdad y que su dosis podría ser proporcionalmente disminuida.

Es un error notorio decir que tal cosa tiene mayor cantidad de frío que tal otra, puesto que no hay más que un solo grado en la frialdad. Lo correcto sería decir: esta hierba posee media onza de frío y tal otra dos onzas, considerando para las dos la misma unidad de peco.

Por eso concluiré diciéndoos: Recetad un dracma de frío allí donde lo encontréis y hacedlo beber en los casos de ardor o calor interno. Y tomadlo de hierbas especiales, como por ejemplo el nenúfar o la manzanilla, pero no de la pimienta o las ensaladas. Con ello buscaréis, no el frío o el calor, sino los arcanos de esos mismos grados.

Los que nos combaten habrían abandonado de buen grado su tesis si hubieran sabido que en realidad no hay más que un frío, un calor, una humedad y una sequedad. Por nuestra parte diremos que si hubiésemos logrado establecer con la debida precisión la existencia de dos o tres clases de frío, de calor, de humedad o de sequedad, no habríamos dudado en adherirnos de buen grado a su opinión. Pero no es ese el caso.

Todo cuanto acabamos de decir no ha tenido otra finalidad que hacer conocer el gran error que se ha estado cometiendo hasta ahora en la observación de los grados, así como acerca de las complejiones de las cosas, las cuales son en realidad cuatro, pero fundidas en una sola.

Hasta ahora habían sido establecidos en efecto, cuatro humores, cosa falsa, ya que sólo existe un solo licor de Mercurio, en el que están muchas más de cuatro substancias, géneros y propiedades, de las que además no resulta la única causa, ya que también concurren a él las otras dos substancias.

Cada enfermedad, según su composición, existe por estas tres cosas.

Las causas del Azufre y de la Sal serán estudiadas y expuestas en sucesivos capítulos.

Volviendo ahora al Mercurio, vemos que sus enfermedades se producen cuando su licor, verdaderamente grande y admirable y creado por Dios por encima de todas las maravillas se eleva hacia el cielo. Igual que el espíritu de Lucifer, cuando, elevándose al Cielo sobre su propio orgullo, excita todas las guerras intestinas.

Cuando el Mercurio asciende sin mantenerse (**per sistit**) en su rango (**gradus**), se transforma en el principio de la discordia.

Otro tanto puede decirse del Azufre y de la Sal Cuando la Sal se separa y se presenta de ese modo, aparece como una cosa que nos devora, cuyo orgullo (**fastus**) estará allí donde puede manifestar su corrosión, de la cual resultan las úlceras, el cáncer y la gangrena.

De lo que puede deducirse que si la Sal se hubiera mantenido quieta en su lugar de residencia normal, el hombre no habría tenido úlceras en su cuerpo jamás.

Cuando el Azufre se hincha de ambición, el cuerpo se licúa, igual que la nieve bajo el Sol.

Cuando la sutilidad del Mercurio es tanta que llega a separarse y ascender, saliendo más allá de sus grados normales, puede provocar una muerte imprevista y repentina.

Así la razón y la naturaleza deben conservarse sin orgullo, cumpliendo su oficio dentro de sus propias jerarquías.

Cada cabeza debe tener un sentido propio y diferente del de las demás y debe poder romper sus límites cuando una fuerza determinada se lo imponga; de todos modos conviene saber que es siempre funesto contrariar los principios del cuerpo.

Así pues y ya que nada debe ser eterno para las criaturas carnales, resulta necesario que puedan separarse y aislarse por diversas operaciones en sus distintas maneras, cualidades y virtudes.

La salud así como la firmeza del mejor de los reinos, puede debilitarse. Por eso conviene saber que todas las cosas pueden alcanzar igual bondad y perfección.

La Naturaleza ha dado las mismas propiedades y virtudes al oro que a la plata. Por eso, el que el primero se considere más valioso que la segunda, no se debe más que a la avaricia humana. Por lo demás, ni el **escarbucle** (?) es mejor que la piedra pómez, ni el ciprés mejor que el pino, pues ello sería rechazado por la luz de la Naturaleza. Sólo la fantasía de los hombres es capaz, en efecto, de interpretar estas cosas de manera diferente a como la sabiduría de la naturaleza humana lo tiene ordenado.

Cuando la muerte ve que el reino de nuestro cuerpo se acerca a su disolución, lo invade, ni más ni menos que hacen los ejércitos extranjeros ante una nación derrotada.

La muerte se aproxima justamente cuando las tres sustancias rompen su unión y concordia; entonces empieza con los medios de su industria a atacarlas durante todas las horas del día, hasta dominarlas y triunfar de ellas una tras otra. Cuando la muerte ha ocupado todo, nada habrá ya que pueda rechazarla. Sin embargo, si sólo se ha introducido o dominado en una parte, entonces la Medicina puede cooperar y auxiliar a la Naturaleza, restituyéndola en su integridad.

La sosa cura lo que la Sal ha corroído; el azafrán restablece y restaura lo que el Azufre ha disuelto y el oro devuelve la consistencia a lo que el Mercurio hizo demasiado sutil, viniendo todo ello en ayuda de la Naturaleza.

Sin embargo, igual que ningún reino puede ser invadido y conquistado sin que se produzcan en él daños y perjuicios irreparables, así la carne que ha sido atacada y corroída por la Sal, sólo puede restaurarse imperfectamente y no puede, después de haber sido dañada una vez, manifestarse tan bien como antes. Lo que puede hacerse extensivo a todas las cosas.

Por eso hay que poner todo cuidado y procurar que el cuerpo se mantenga siempre en su integridad, pues si no cualquier causa u ocasión, aun la misma aspereza del aire, puede ofenderlo o corromperlo.

Por esto y para esto ha dado Dios una Medicina desde el comienzo del Mundo hasta hoy y por eso hemos de recibir otra que nos sirva hasta la consumación de los siglos. Y eso de tal manera, por la fuerza, virtud y poder que para la curación de las enfermedades ha conferido a sus Apóstoles y cuya eficacia curativa emana de la Voluntad Divina.

Así los médicos han recibido el mismo mandato que los Apóstoles. Los que vivan bajo esa orden, confundidos en su destino, deberán necesariamente actuar de acuerdo con él, aprendiendo y conociendo el verdadero y auténtico (**genuinum**) fundamento de todas las cosas.

Lo que ocurre es que muchos de esos médicos han preferido conservarse como infieles (**adulteri**), cometiendo innumerables trasgresiones a ese mandato o siendo indiferentes a él. Estos constituyen lo que Cristo llamó “la nación depravada y adúltera”, que a pesar de ver los signos no quiere ponerse a la obra.

Ningún signo más que el de Jonás en el vientre del pez, será dado a esos médicos. Lo que quiere decir que tendrán que buscar por sí mismos la Medicina sobre la faz de la tierra, lo mismo que los judíos deberán esperar su resurrección en el vientre de la ballena.

Por otra parte, este arte es tan complejo (**multiplex**) y las tres substancias tan ciertas, que tanto el Azufre como la Sal y el Mercurio, pueden demostrarse en las cuatro generaciones, o sea, que se encuentran repartidas en la naturaleza de las cuatro materias o elementos.

Todas las cosas nacen pues de los cuatro Elementos: de la tierra salen las hierbas, la madera y sus derivados; del agua, los metales, las piedras y los minerales en general; del aire, el rocío y la Terebiana o Maná, y del fuego: el trueno, el relámpago, el rayo, la nieve y la lluvia.

Dejamos esta última parte para la Meteorología, constituida por la luz de la Naturaleza y seguimos adelante.

Cuando el Microcosmos (el cuerpo humano) desaparece y se reintegra a la tierra, ésta, con su admirable virtud, lo revierte, engendrando nuevamente los frutos correspondientes a las semillas que con él se sembraron. Esta preparación debe ser perfectamente conocida por el médico.

Así nace el segundo elemento, el agua, la que por medio de la spagyrica o yatroquímica y dado que es la matriz de los minerales, construye el Rubí. Esta preparación produce el tercer elemento, esto es, el fuego, que determina el granizo y el cuarto elemento aéreo, el que, como en un vaso de vidrio cerrado (**in concluso vitro**), se destila a sí mismo, dando lugar al rocío con la ascensión de su espíritu.

Muchos son los que han intentado describir esta generación, pero hay que convenir que han perdido todas las esperanzas de realizarlo, lo que no es demasiado de lamentar, ya que no es prudente en todo caso dejar en libertad un cerdo en un jardín.

Aun existe otra trasmutación: aquella que ha dado liberalmente todos los géneros sulfurosos, mercuriales y salinos, tal como conviene demostrarlos en este Mundo Microcósmico.

Mucha es verdaderamente la asiduidad con que se ha trabajado para buscar la salud del hombre; unos han hablado del agua de vida, otros de la piedra filosofal, aquéllos de los arcanos, éstos otros del bálsamo, del oro potable y de muchas cosas más; y cabe decir que todos han tenido su razón, ya que todas estas cosas existen en efecto en el Mundo exterior y otras semejantes en el Mundo interior.

Pues debéis tener por cierto que nada es tan negro que no conserve algo de blancura ni nada tan blanco que no posea alguna sombra, lo que, por supuesto, concierne igualmente a todos los colores.

En este sentido vemos que la Sal, que es blanca, contiene todos los colores, que el Azufre arde porque posee todos los aceites y que el Mercurio fluye porque encierra todos los humores. Y así todas las demás cosas que referiremos a la Filosofía.

De esta manera resulta que el hombre es su propio médico, ya que a poco que ayude (**opitulatur**) a la Naturaleza, ésta transforma su anatomía en un jardín, con la mejor asistencia imaginable.

Si estudiamos y escrutamos bien las causas de todas las cosas, vemos que nuestra naturaleza es nuestro mejor médico, ya que posee en sí todo cuanto podemos necesitar.

Os ruego con esto que consideréis, aun de pasada, las heridas.

Las heridas no son sino pérdidas de carne, para cuya curación debe nacer nuevamente la carne del interior y no añadirse desde afuera. De esta manera la curación de las heridas no es más que una protección (**defensio**) que evita que la naturaleza sea comprimida por ninguna clase de obstáculos exteriores, permitiendo a la vez que pueda actuar sin inconveniente alguno (**inoffensa**); con ello la herida cura por sí misma rellenándose a plano (**complanat**), como enseña la cirugía de los más hábiles maestros.

Lo que cura verdaderamente las heridas es la Mumia, que es la esencia misma del hombre<sup>48</sup>. El mastic, las substancias gomosas (**gummata**) y el litargirio, no tienen la

---

<sup>48</sup> Paracelso habla frecuentemente de la Mumia. Los autores de la Edad Media le dieron diversas significaciones, de las que la más importante es la que la identifica con el espíritu vital que circula en la sangre y que Moisés llamó "Anima Carnis" (Levítico XVII, 11 y 12). Los judíos basaron sobre esto las minuciosas prescripciones con las que ordenan la preparación de las carnes, cuyas composiciones, resultantes de la coagulación del fluido vital por medicamentos extraídos de la sangre humana, llamaron Mumia o Momia.

Los egipcios emplearon este nombre para designar el "Nepshesh Habashar" de Moisés, opinión surgida indudablemente de los médicos árabes de la Edad Media, para los cuales eran familiares los escritos de Moisés y que pudieron estudiar directamente las tumbas egipcias.

Si consideramos ahora que el arte de los embalsamamientos formaba parte de los ritos iniciáticos, que Herodoto decía conocer, aunque añadiendo que no podía revelarlos, vemos que la opinión que acabamos de expresar podía ser perfectamente auténtica, sobre todo si se considera, por ejemplo, la inmensa superioridad de las momias de Tebas, que han conservado toda su flexibilidad y cuya carne se hunde aún bajo la presión del dedo, de las de Memfis, negras, frágiles, petrificadas e intensamente impregnadas de betún de Judea.

Según esto, la energía vital de la sangre habría sido aprovechada en las primeras, en tanto que el secreto de los embalsamamientos se habría perdido luego poco a poco.

Sea como fuera, los autores del siglo XVI confundieron estas dos acepciones. Richard le Blanc dice en su curiosa traducción del libro "*De Subtilitate*" (Cardan, 155): "Antiguamente la mumia era una sangre fijada en estado sólido, que preparaban los egipcios, aromatizada con mirra, áloes, cassia, amonum (?) y otras substancias, que resultaba remedio soberano para todas las partes de donde saliera sangre, así como para las entrañas rotas o machacadas".

En este punto, algunos médicos tuvieron la idea de extraer el medicamento llamado mumia, no ya de la sangre, sino de las mismas momias egipcias pulverizadas, constituyendo una substancia que se llamó "polvo de momia" (Siglo XIII), de la que llegó a hacerse tal uso que los mercaderes, ante la progresiva escasez de momias verdaderas, se pusieron a fabricar y expender momias falsas, hechas con cadáveres de esclavos, con las que durante mucho tiempo surtieron los mercados de Europa. Una prueba indirecta del valor que se asignó a este producto está en el elevado derecho aduanero que llegó a gravar su entrada y que, según los datos de la "Tarifa general" de 1664, ascendió a la suma de cien sueldos. A pesar de todo, la falta de claridad de los autores indica bien que carecían de una noción exacta de lo que era verdaderamente la mumia, la que adquiriría, como el "benzoar", una categoría indeterminada y fabulosa.

menor influencia en la generación de la carne, actuando únicamente en el sentido de proteger a la Naturaleza para que nada pueda perturbarla en su trabajo regenerativo<sup>49</sup>.

Los griegos también conocieron un filtro preparado con sangre pero no le dieron ese nombre, así como a los cuerpos embalsamados, según Herodoto y Plutarco. Dicho término es desconocido también en la lengua copta, pero en cambio existe en árabe, donde se refiere correctamente a las momias egipcias<sup>50</sup>.

La misma regla domina para las enfermedades internas; así, si la Naturaleza se defiende, podrá curarlas por sí misma. La Naturaleza posee en efecto una industria cierta para su propia curación que el médico ignora, por lo que su papel queda reducido al de simple protector o defensor de la Naturaleza<sup>51</sup>.

Existen pues tantas propiedades interiores en la Naturaleza como manifestaciones exteriores en la Ciencia. Estas últimas se deducen de las primeras y son fruto del estudio. De ello resultamos tales exteriormente que logamos a poder cumplir las mismas cosas que nuestra naturaleza realiza dentro de nosotros.

Esta cuestión de la potencia de la Medicina debe comprenderse de dos modos: la que se refiere al Gran Mundo (Macrocosmos) y la del hombre (Microcosmos). Una se compone de métodos y procedimientos defensivos (**in defensivis**) y otra de acciones curativas (**in curativis**).

Cuando, por ejemplo, defendemos a la Naturaleza, nos servimos de su propia ciencia para la curación. En cambio, si, aparte esta acción defensiva, empleamos nuestra ciencia, actuamos como verdaderos médicos curadores (**curatores**)<sup>52</sup>.

Diremos acerca de esto que gran número de médicos acaban extraviando su juicio por la rutina, lo que nos permitirá considerar dos clases entre ellos: los que dan

---

San Clemente de Alejandría en su "*Oratio protreptica ad Gentes*" habla confusamente de una estatua porfirizada con un bálsamo extraído de las momias; lo cual parece guardar cierta relación con la definición que da Castelli en su "Lexicon" y que dice que: La Mumia o Pisapaltum consiste en un cierto líquido que se encuentra en los sepulcros cuyos cadáveres han sido conservados durante muchos años por medio de substancias aromáticas. De Castelli es también esta rara y nueva definición: "La Mumia designa el aliento que el hombre sano expulsa en su primera gran respiración matinal, realizada luego de lavarse la boca y que se conserva en un matraz de vidrio, condensado en presencia del agua fría que contiene".

Toxites, en su "*Onomasticon*", llama Mumia a todo lo que, en estado muerto, tiene la propiedad de curar, que llama también Carne embalsamada o Carne sarracénica, quemada y desecada en la arena bajo el sol de Libia y asimismo "Kretal" o "Ayume".

Según Gerardo Dorn (*Dictionarium Paracelsi*), se llama Mumia no sólo a la carne conservada por el bálsamo, sino también a todas las demás cosas que, muertas espontáneamente o matadas por la violencia, están dotadas de virtudes curativas, opinión por cierto más próxima a la de Paracelso, quien consideraba la Mumia como un coágulo de la materia pura y sutil que existe en el seno de toda substancia orgánica y que encierra todo su espíritu vital; en este sentido si vino, la leche, la sangre..., etc., tendrían cada una su correspondiente Mumia particular. Más adelante veremos las diversas acepciones que llega a dar de este término.

<sup>49</sup> Resulta sorprendente la exactitud y actualidad de este principio abstencionista y fisiológico en el proceso de la reparación de las heridas.

<sup>50</sup> Este párrafo prueba, entre otros, la gran y auténtica cultura que llegó a poseer Paracelso, en contra de lo que sus impugnadores contemporáneos insistieron en afirmar.

<sup>51</sup> La traducción francesa dice "Ministro defensor de la Naturaleza"; creemos más exacto en el sentido castellano decir "protector y defensor" y suprimir lo de "Ministro".

<sup>52</sup> Transcribimos "curadores" y no "curanderos" que teóricamente correspondería, porque el sentido no es peyorativo, sino justamente lo contrario.

(**addicunt**) su ciencia personal a la Naturaleza, empleando únicamente procedimientos defensivos activos, que frecuentemente acaban por no llegarse a entender entre sí, y los que sólo se sirven de la ciencia de la Naturaleza, que son los verdaderos curadores.

Cuando alguien resulta herido, puede tratarse, según esto, de dos maneras: (más arriba nos hemos ocupado del método defensivo). El método curativo se hace cuando la herida está hinchada (**ventricosum**), introduciendo (**indautur**) en ella los medicamentos que hacen crecer la carne, con lo que la herida se rellena, elevándose su nivel (**insurgit**) y dirigiendo en su seno los remedios. De esta manera la carne se regenera, comportándose la herida en definitiva como un verdadero ventrículo.

Así podéis juzgar, según este principio, cómo en todas las enfermedades hay una ciencia en el médico y otra en la naturaleza del Microcosmos<sup>53</sup>.

Ello quiere decir que entre el hombre y las cosas externas hay siempre un cierto acuerdo o similitud que hace que se convengan y ayuden entre sí (**afficiunt ac admittunt**) y que sólo cuando el hombre ha percibido, admitido y conocido la naturaleza de las cosas, llega a poseer verdaderamente el conocimiento de la anatomía. Pues siendo el Limbo la totalidad del Mundo (**Universus Mundus**) y estando el hombre formado en él, se puede establecer que todo debe acordarse con lo que le es semejante.

En realidad, si el hombre no hubiera sido constituido dentro del orbe y de todas sus partes, el pequeño mundo del Microcosmos no hubiera podido existir ni hubiera sido capaz de recibir todo lo que el Gran Mundo produce. Por eso resulta que todo cuanto el hombre come o consume es verdaderamente una parte de sí mismo y que, habiendo nacido del Macrocosmos Y siendo en cierto modo semejante a él, forma parte también del Gran Mundo. No es cierto pues que el hombre haya sido hecho de la nada; por el contrario ha sido fabricado (**fabrefactus**) del Gran Mundo, razón por la cual se le encuentra también en él.

Esa es la razón por la que, existiendo entre ambos un nexo (**nexus**) de dependencia tal como el de un hijo a un padre, sea natural que nadie pueda socorrer más rápidamente al cuerpo humano que aquél que es como su propio padre.

Esa ayuda o asistencia hace que cada miembro externo sea la mejor medicina para su correlativo miembro interno y así sucesivamente unos para otros en el mismo orden, pues no cabe duda que en el Gran Mundo estén todas las proporciones humanas, divisiones, partes y miembros, así como el hombre en su totalidad.

Por eso el hombre come y consume todo esto, tanto en los alimentos como en los medicamentos, los que sólo se diferencian entre sí por el cuerpo medio, esto es, por la figura y por la forma. Según la ciencia, el cuerpo físico sólo posee una forma, una imagen y un cuerpo medio. De este modo el cuerpo del hombre absorbe (**assumit**) el cuerpo del Mundo, lo mismo que el hijo recibe la sangre del padre. Estos no constituyen en efecto más que dos almas con un mismo cuerpo y una misma sangre, de lo que se deduce que también el cielo, la tierra, el aire y el agua están, según la Ciencia, en el cuerpo del hombre, dado que el hombre constituye por sí mismo un verdadero Mundo.

Por eso el Saturno y el Júpiter del Microcosmos atraen (**asciscit**) al Saturno y al Júpiter celestes.

---

<sup>53</sup> En la naturaleza del enfermo.

Esa conjunción entre los dos cielos hace que existan también afinidades entre los elementos de la tierra. Así la melisa de la tierra se relaciona con la melisa del Microcosmos y el alelí del Microcosmos prende (**assumit**) por idéntica razón en el alelí de la tierra.

La Caquimia<sup>54</sup> del agua adopta la Caquimia del Microcosmos, así como el talco<sup>55</sup>, el rocío y la Terebiana de uno y otro elemento.

Todas estas cosas pueden explicarse teniendo en cuenta que tanto el cielo como la tierra, el aire y el agua, no son cuatro cosas, ni tres, ni dos siquiera, sino una sola cosa única, en la que las cuatro se conjugan (**conjugantur**) y de la que pueden dividirse y separarse.

La adaptación de estos conocimientos a la conveniencia de nuestra medicina nos enseña que cuando administremos los medicamentos debemos dar con ellos el número total, es decir, que contengan todas las virtudes del cielo, de la tierra, del aire y del agua.

Esto lo vemos bien, cuando cualquier enfermedad penetra en el cuerpo y que todos sus miembros sanos, absolutamente todos, combaten contra el cuerpo enfermo, defendiendo a la vez el todo y las partes, ya que la enfermedad lleva en sí la muerte de todos los miembros. La Naturaleza en efecto, presiente que debe emplear contra la enfermedad toda su fuerza y todos sus recursos.

Por eso importa mucho constituir una Medicina tal, que encierre en ella el firmamento universal, tanto el de la esfera superior como el de la inferior. Y por eso la Naturaleza, llamando en su ayuda al cielo, a la tierra y a todas sus virtudes y potencias, puede resistir a la muerte con tanta intensidad.

Ocurre como cuando el Alma, al invocar a Dios con todas las fuerzas de su corazón, puede luchar, resistir y llegar a vencer al Diablo.

Así también la Naturaleza pone igual cuidado en reunir y emplear todos los medios que Dios ha creado para rechazar a la muerte, por más que ésta pueda sacudirnos y estremecernos de horror con la amargura y la crueldad de su terrible mirada, a pesar de que no podamos verla con nuestros ojos ni tocarla con nuestras manos; por eso la Naturaleza, que la ve, toca y reconoce siempre, procura atraerse todas las potencias terrestres y celestes con las que pueda resistir su formidable (**formidalosa**) impulso.

Sabed que la muerte es verdaderamente horrible, cruel y acerba. Y recordad cómo pudo llegar a aterrorizar al mismo que la creó, cuando en el Monte de los Olivos hizo estremecer a Cristo de espanto, inundándolo de sudores de sangre y haciéndole rogar a su Padre Celestial que la apartase de sí. ¿Qué de extraño tiene que la Naturaleza tiemble ante ella?

---

<sup>54</sup> Caquimia es un término paracélsico que, según Castelli (*Lexicon Medicum*), sirve para nombrar a los cuerpos metálicos imperfectos o inmaduros. Las Caquimias pueden dividirse en Sulfurosas (como las marcasitas y cobaltos), Mercuriales (como las substancias arsenicales y auripigmentadas) y Salinas (como todos los talcos); Johnson (*De vita rerum natura. Lib. 4 y 5*) cuenta hasta 30 especies de Caquimias y considera que la vida de estos elementos se halla en el espíritu del Mercurio, dotado de poder tintorial; la muerte de las Caquimias se produciría a su vez por su sublimación en la sal y en el vitriolo.

<sup>55</sup> Toxites y Dorn distinguen cuatro clases de talco: el blanco, el negro, el rojo y el amarillo.

Por eso, a medida que sea mayor el conocimiento de la muerte, mayor debe ser la prudencia y el cuidado en la investigación que emprenda contra ella el hombre verdaderamente sabio (**vir sapiens**).

### Capítulo tercero (Discurso sobre los medicamentos y sobre la muerte)

La Gran Farmacopea (**magnum compositum**), esto es, la verdadera Medicina, procede como hemos explicado, de las virtudes de todos los elementos del cielo y de la tierra. De ella debe el médico aprender a hacer sencillas sus recetas, no sólo por el número y cantidad de los medicamentos, sino por su composición, de cuya ordenada reunión formará todo el hombre exterior. De este modo reunirá las potencias de todos los remedios, medicamentos y arcanos y podrá emplear sus fuerzas para luchar contra las enfermedades que lo afligen. Respecto a los arcanos de las que, no afligiéndolo en el momento presente, están destinadas a sobrevenir en el futuro, su conducta se reducirá a acciones de unos y otros entre sí, o bien a un descanso (**quiescunt**), en espera de la hora que les haya sido señalada.

Lo mismo que con la madera que tiene en sus manos el artesano —la cual puede ser esculpida de centenares de formas— ocurre con las enfermedades, cuyo número puede ser igualmente elevado, no obstante actúen y se produzcan sobre un mismo cuerpo.

E igual también a como las imágenes de madera arden y se consumen en el fuego, la medicina de la Gran Composición o Farmacopea se limpia en el fuego, que separa así con ella las cosas puras u las impuras. Por eso las grandes recetas deben ser muy bien conocidas. En cuanto a las medicinas particulares o locales, conviene que se administren según el orden prescripto (**legítimo ordine**) a pesar de lo cual no siempre están exentas de peligro.

Hemos visto que en el “gran compuesto” se encuentra el Mundo entero, es decir, el cielo, las virtudes de la tierra y el hombre microcósmico, encerrados en una gota. El hombre se encuentra pues encerrado en la Farmacopea con todos sus miembros, articulaciones, naturaleza, propiedades y esencias, tanto buenas y sanas como malas y enfermas. Por eso, cuando absorbe algo de esa gran composición, se absorbe a sí mismo en el Limbo del que ha sido creado y entonces el cuerpo medio lo une, restituyéndole lo que le falta.

Esa composición sobrepasa a todas las demás medicinas, del mismo modo que el Sol supera a todos los otros astros.

¿En qué se diferencia en efecto el Sol de la Luna o el día de la noche? Diremos que únicamente en la luz. Lo mismo que el cielo de la tierra, y, en ella, las distintas flores, raíces, gemas y perlas.

El médico debe conocer los medicamentos con tal exactitud que pueda llegar a separar en ellos las tinieblas de la luz y el día de la noche, y una cosa justamente cada día, como hace el Dios Padre, según nos cuenta Moisés en el libro del Génesis.

Pensad con esto que lo que tenemos en nuestras manos es algo tan parecido a lo que Dios mismo posee, que debemos poner en ello toda la ciencia y llegar a separar y

distinguir lo negro de lo blanco, lo claro de lo oscuro y la medicina del barro en que habitualmente yace escondida, según ha sido creada por Dios.

¿Qué diremos ahora de las operaciones? Declararemos que Dios no quiere que se realicen como si se tratara de cortar árboles a golpes de hacha, exigiendo por el contrario que semejantes obras sean consideradas de acuerdo a los principios de la medicina, con cuya eficacia, virtud y trabajo debe procederse a fin de curar (**sanavit**) estas enfermedades como Él mismo ha dispuesto sobre la tierra. Ya que antes que la menor palabra sale de su boca, se han curado (**convalerant**) todos los enfermos.

Muchas otras cosas deberíamos considerar aún si no fuera tanta la ignorancia de los médicos ni tan feroz su vanidad, por la que se empeñan en aparecer como sabios con sólo algunas migajas de ciencia. Asimismo debernos tener en cuenta las faltas de los enfermos y, finalmente, otra serie de ellas que sólo Dios conoce y que nosotros no debemos investigar.

Dado pues el poder y la virtud de la acción de la medicina, condensación de las virtudes de todas las potencias celestes y terrestres, comprenderéis cómo el invierno no puede absorber al verano y viceversa y que por ello mismo no debéis intentar dispersar el Elemento del Agua por el del Fuego ni el frío húmedo por el calor seco. Por otra parte los Elementos no son enfermedades propiamente dichas sino indicadores de enfermedades, del mismo modo que las ramas indican el árbol sin ser ellas mismas el árbol.

Las Complejiones nos han sido pues impresas de tal modo que ninguna se desplaza ni se deja suplantar por otra, lo mismo que acontece entre el cielo la tierra y finalmente en el hombre.

Lo que pase de este grado ya no debe considerarse como una complejión, sino como un verdadero accidente. En sucesivos capítulos especiales veremos cómo se ordena y dispone todo esto.

Habiéndonos ocupado hasta aquí de la salud y de las enfermedades del hombre sobre la base de su Teoría y su Física general, será conveniente que digamos algo acerca de la muerte, de sus accidentes y de su tiempo.

Todas las cosas tienen un tiempo prefijado, es decir, una duración que ha de consumirse indefectiblemente ya sea en el bien o en el mal.

Los Santos por ejemplo, tienen un tiempo señalado en su vida, al cabo del cual deben abandonar la tierra y concluir su existencia. Los malvados (**improbis**) tienen su tiempo. Y todas las cosas en fin cesan en el término justo que Dios ha prescrito para cada una.

Ni el Santo más piadoso podría sobrepasar este plazo, por más útil o saludable que pudiera ser su existencia para los hombres de su pueblo.

Una vez que el tiempo de la muerte se acerca, nada puede subsistir (**nihil superest, nihil spectatur**) y cuando se oyen las palabras que nos dicen: “Levántate y anda” (**surge et abi**), el término de ese tiempo se ha consumado.

Entretanto la muerte se mantiene (**adsidet**) a nuestro lado, esperando pacientemente que nuestras guerras intestinas le ofrezcan la ocasión para ponerse ante nosotros y poseernos, ya que la muerte ignora verdaderamente la hora en la que debe introducirse en nuestro cuerpo y en la que debe matar. El miedo de que se escape ese

preciso momento, la hace mantenerse atenta, exacta y cuidadosa del instante en que debe hacer su aparición, pero a pesar de todo jamás podrá la muerte desobedecer los designios y las órdenes que desde el cielo le dicta Nuestro Señor.

Sólo cuando la muerte ignora la hora y el minuto de nuestro fin —y precisamente porque lo ignora— se deja rechazar y vencer por la Medicina, a pesar de lo cual siempre procura acercarse todo lo posible, ya que cree que cada momento puede ser el suyo. Por eso y aunque se engañe a menudo, siempre vuelve a redoblar sus agresiones y sus asaltos.

Todas estas cosas de la vida, tan bellas, buenas y agradables y tan llenas a veces de singular encanto, son como un tesoro de oro y piedras preciosas escondido en una cesta, que un ladrón estuviese dispuesto a robar, dejando sin nada a su dueño. Pues en verdad que nada de esto nos está permitido ahorrar y ni la utilidad, ni el daño, ni la probidad, ni la malicia, podrán impedir o detener la hora del “Levántate y anda”, dado que nada en el Mundo puede oponerse a los Designios Divinos.

Nuestra vida es pues un tesoro para cuya custodia carecemos de la más elemental seguridad. Por eso, cuando a pesar de todo nos desvivimos en protegerlo, no conseguimos más que ver cómo nos es arrebatado ante nuestros propios ojos, a despecho de toda la vigilancia y atención que hayamos podido prestarle. Y os digo que ningún enfermo encontrará verdaderamente una salvaguardia más eficaz, que si se refugia en Dios, implorando así la mejor ayuda. Pues cuando sólo ruega y pide al médico los auxilios de su arte, la muerte acaba siempre por llevarlo.

¿No diríamos que un rey en el curso de un combate está bien fortificado y defendido si, reuniendo todas sus fuerzas alrededor, se protegiese además con fosos y trincheras por todas partes y cerrase los cuadros de infantes y jinetes en torno suyo?

Y sin embargo, ¿cómo, aun suponiendo que esté perfectamente defendido, puede venir una bala y atravesarlo?

Verdaderamente son muchas las maneras por las que podemos perder la vida.

Bienaventurados pues los hombres a los que la muerte sorprende en igual disposición de corazón que a San Juan Bautista, los Profetas y los Apóstoles.

Es preciso pues que velemos constantemente y tengamos puesta en ella (la muerte) la mirada con toda vigilancia, pues ciertamente ha de llamarnos al juicio en que hemos de dar cuenta del uso de nuestro tiempo, hasta el más pequeño de los instantes, como un verdadero Heraldo del Tribunal de Dios.

En el momento de esa convocatoria es cuando el alma consuma su separación del cuerpo, momento en el cual se abrirá el Juicio de Dios, en el día y hora destinados. Y os digo que ese día será un día de verdadera miseria, en el que la tierra y el cielo se levantarán (**attollentur**) temblando y en el que las trompetas despertarán (**suscitabunt**) a todos los que deban ser llamados, vivos y difuntos.

Cuando la muerte nos resucite nos devolverá todo lo que nos llevó (**abstulit**), con lo cual esperaremos al lado de nuestro ángel<sup>56</sup> el fallo de este Tribunal, cuyas celdas de prisión no son otra cosa que la vida en la tierra.

---

<sup>56</sup> La traducción latina de Paltenius emplea aquí la palabra "líctor" (portador de los símbolos de justicia) pero para la justeza literaria castellana hemos preferido emplear "ángel".

Todos en la tierra morimos efectivamente en pecado. Por eso quedamos detenidos en esta prisión hasta que nos llega la hora de ese Juicio, que todos los hombres esperamos como verdaderos cautivos.

Sin embargo, apenas percibimos la invitación de la muerte, el espíritu se eleva hacia el Señor, en tanto que el cuerpo queda solo en su prisión de la tierra. Así cada cual queda en su propio medio (**in sua sede**) hasta la hora en que deban reunirse de nuevo, en cuyo momento las tres substancias —Azufre, Mercurio y Sal— volverán a su esencia y a su sangre.

¿Qué ocurrirá entonces ante el Creador de almas y cuerpos, escondido hasta ese momento de la vista de los hombres?

En ese momento no habrá ya ninguna enfermedad, ningún médico, ni ningún enfermo y será verdaderamente el fin de todas las cosas.

Entretanto esperamos ese advenimiento, debemos mantenernos vigilantes y estudiosos de las ciencias, para ser capaces así de dar una razón digna y un motivo verosímil a nuestra vocación.

#### Capítulo cuarto (En que se ocupa del Mercurio)

A pesar de habernos ocupado de la muerte en el capítulo anterior, fin de todas las cosas, nuestro tratado no ha comenzado todavía. El alto que hacemos aquí no tiene otro objeto que promoveros a la meditación para que así nuestra exposición se clarifique.

Vamos a volver pues a repasar de un modo superior y más general todo cuanto concierne a las tres substancias, llegando en esta exaltación al grado que a cada una le ha sido asignado. Y empezaremos por el Mercurio.

El Mercurio está en el hombre bajo forma de licor y en numerosos aspectos, expresión de sus múltiples naturalezas.

Las vías para lograr su separación son tres: la destilación, la sublimación y la precipitación. En cada una de estas vías existen diversas especies que no vamos ahora a enumerar por separado; bastará que nos refiramos a las más importantes. Diremos todavía que a esas tres vías o maneras de separación corresponden otras tres semejantes en el cuerpo, lo que constituye la operación de la naturaleza.

Conviene ahora, antes de otra cosa, averiguar qué es lo que compele al mercurio a esos tres modos de separación, ya que indiscutiblemente ello no se produce por sí mismo, sino por medio de alguna cosa exterior que de ese modo lo hace ascender, parándolo de los otros principios.

Ocurre como con Lucifer, cuyo orgullo no es resultado de su naturaleza, sino que lo recibe de fuera, por lo cual puede así elevarse sobre todo.

El estímulo del Mercurio proviene también de fuera de él, lo que deberéis comprender con toda precisión, refiriéndolo al calor.

El calor es pues, aun accidental, la virtud digestiva que determina la ascensión del Mercurio y tanto más poderosa cuanto más intensa. El calor eleva el Mercurio sobre

sí, fuera de sí, y lo excita (**agitat**) como la madera a la que el intenso calor del Sol abrasa y quema.

El Mercurio puede también ascender estimulado por calores extraños y pasajeros, que pueden expulsarlo de tres maneras, de acuerdo a los principios de la ciencia maestra, que es el arte de la mecánica.

Aun hay que considerar otra clase de calor; el que proviene (**emergit**) del movimiento del cuerpo, el cual, aunque más débil e irregular, es sin embargo mucho más admirable y capaz igualmente de abrasar al Mercurio y de obligarlo a elevarse.

A más de éstos, existe todavía otro calor, provocado por la energía de los astros. Así, cuando una estrella fugaz cae (**incidat**) sabemos que presagia muertes repentinas y enfermedades mercuriales durante ese tiempo y ese año.

Tres calores extraños pueden pues determinan la ascensión del Mercurio y la consiguiente precipitación de su orgullo en las enfermedades y en la muerte, todas las cuales deben ser bien conocidas por el médico, quien distinguirá perfectamente cuándo el calor proviene de los astros y cuándo de los ejercicios o experiencias (**calor exercitii**). Sólo así podrá proteger convenientemente a sus enfermos, prescribiendo para cada uno las consideraciones y regímenes adecuados.

Dicho esto os informaremos ahora de las tres maneras como se realiza la combustión del Mercurio, tanto en medios húmedos como en medios secos o de poca presión.

Es sabido que el Mercurio se encuentra en todos los miembros del cuerpo y en tantos espacios como miembros, cada uno de los cuales tiene su función propia: razón, visión, audición... etc., de lo que resultan las diversas especies de enfermedades.

Por eso el enfermo siente en unos casos que pierde la razón, en otros que se abren las venas y ligamentos, en otros en fin, que se le seca lengua..., con todo lo cual se inicia el calor. Abrasado el cuerpo de este modo en todas sus partes, todo va empezando a arder y a llenarse de un fuego como si allí se encontrase el Mercurio efectivamente.

Cuando el calor resulta de la saciedad o plenitud, llega a hacerse tan sutil que alcanza a igualar al del espíritu de vino, en cuyo caso y del mismo modo que él, llega a introducirse en el cerebro, permitiendo que el Mercurio salga y se extravíe de sus naturales cauces cuando el calor se hace suficientemente fuerte, con lo que todo cuanto toque quedará desde ese momento herido o enfermo.

Otro tanto ocurre con la combustión del Mercurio del corazón.

En las complexiones sanas puede producirse igualmente esto a consecuencia de plenitudes cotidianas repetidas, de ejercicios inmoderados o por la influencia de una estrella semejante: En tales casos todo el cuerpo se remueve y los miembros se encienden de calor. Con ello el Mercurio asciende y se exterioriza (**sursum deorsum**), destilándose como si el cuerpo fuera un Pelicano<sup>57</sup> y alcanzando su verdadera malignidad (**nequitia**) al elevarse al más alto grado. Sólo entonces, madurado y

---

<sup>57</sup> Pelícanos o matraces de los alquimistas, son vasos circulares, cerrados y con un largo y grueso pico cónico, dirigidos hacia abajo (como el pico del pájaro cuyo nombre toma), que eran empleados en los laboratorios y en los estudios de los astrólogos. Fue célebre el pelícano doble de Raimundo Lulio, llamado "los dos hermanos". David de Planis-Campy tiene un tratado donde se ocupa de estos recipientes: "Vasos y hornillos filosóficos". Y Jean Dée ha estudiado el secreto de sus dimensiones y proporciones.

sutilizado al extremo, ya espontáneamente, por sublimación, destilación o precipitación, llega a alcanzar su esencia suprema, en cuyo punto es rechazado de su lugar normal, sobreviniendo rápidamente la enfermedad del cuerpo y la muerte.

Diremos que antes de esto y durante cierto tiempo, asciende, circula y se prepara en el espacio que queda libre y que luego, al alcanzar el grado extremo, acaba siendo rechazado y cayendo hasta lo más abajo, según hemos explicado.

Lo mismo ocurre cuando una estrella llega a aprisionar y encender su parte correspondiente, que tampoco se detiene hasta no alcanzar su máxima sutilidad determinando con ello diversas enfermedades.

La inquietud del Mercurio al exaltarse (**agitur**) por el calor exterior, no es sino expresión del movimiento de repulsión o rechazo que determina la aparición de las enfermedades.

Las tres vías o modos como se manifiesta la capacidad del Mercurio para engendrar enfermedades son pues: la destilación, la precipitación y la sublimación.

La destilación conduce a la muerte repentina en todos sus aspectos: la precipitación introduce la gota en los pies (**Podagra**), la de las manos (**Chiragra**) y la de las articulaciones (**Arthetica**); determinando finalmente la sublimación, el frenesí y la locura (**Manía**).

A cada una de estas vías y especies consagraremos otros tantos libros, en los que abordaremos la explicación de todos sus detalles en especial.

Las sustancias que alcanzan su última materia sobrepasando y superando sus propios grados normales son muy numerosas. Esta diversidad se refiere aquí a las sustancias mercuriales, a las funciones de las partes, las naturalezas, a los modos y a las propiedades, siendo las enfermedades en todo caso tanto más extraordinarias cuanto mayor número de coincidencias reúnan entre estos diferentes elementos.

Con esta preparación el Mercurio llega a hacerse tan sutil y tan poderoso en su naturaleza interior que nada ni nadie puede resistirlo, ni siquiera las otras dos sustancias, rechazadas por la fuerza y la intensidad de su calor (Azufre y Sal).

El Mercurio en cambio, así sutilizado, penetra en las carnes y en los huesos, escapando y exudándose luego no sólo por los poros sino por todos los puntos débiles a través de los cuales se fragua diversos caminos. Así nacen las fístulas, pústulas, enfermedad francesa (**morbus gallicus**), la lepra y otras semejantes sobre cuyo modo y mecanismo de producción nos ocuparemos en sucesivos capítulos especiales.

Deberéis saber sin embargo que esa ascensión del Mercurio no sólo provoca calor, sino que puede también provocar frío, terror y estremecimiento (**rigorem horroremque suscitavit**) tantas veces como sobrevenga en su paroxismo<sup>58</sup>. Pues ocurre que cada vez que ese veneno ataca a la Naturaleza, ésta es presa de repulsión y espanto, a consecuencia de lo cual se produce el temblor (**tremor**) del cuerpo, temeroso del frío y del calor que simultáneamente (**concurrunt**) lo amenazan.

Su mecanismo es pues un mecanismo de obturación y de fluctuación de vapores, ni más ni menos que el que hace que la tapadera de una marmita cerrada (**occlusa olla**) salte y se eleve sola, a los impulsos del hervor del líquido de su interior.

---

<sup>58</sup> Idea de la "crisis"; por ejemplo, en el acmé de las enfermedades infecciosas.

Por eso el estremecimiento, materia y naturaleza del frío, se aleja y se deja dominar a medida que el calor se hace más fuerte.

De este modo terminamos nuestro estudio sobre las maravillosas naturalezas del Mercurio. El afán de la brevedad ha hecho que sólo señalemos aquí lo más fundamental, pero en otros volúmenes de nuestro tratado volveremos sobre esto en la debida y necesaria amplitud.

## Capítulo quinto (Sobre la Sal)

Terminada nuestra disertación sobre el Mercurio, vamos a acordar igual atención a la Sal, otra de las tres substancias, de la que nos ocuparemos en el presente capítulo.

Sabed ante todo que la Sal alcanza en su soberbia cuatro modos de transformación. Son éstos: la resolución, la calcinación, la reverberación y la alcalinización.

Esa diversidad de naturalezas explica las distintas especies de la Sal y de sus preparaciones. Muchas sales están calcinadas, otras reverberadas, otras alcalinizadas y otras en resolución, pero todas se comportan en el interior del hombre del mismo modo que lo hacen en su exterior.

Primeramente debe saberse porqué se disuelve (**infringitur**) la Sal y porqué asciende hasta las preparaciones del grado supremo, a las que normalmente no debería llegar. Tres son las causas de esto:

La primera es la inmoderación en las comidas, lo que perturba la digestión haciendo fuertemente lascivas las partes, demasiado lúbrica la carne, que se vuelve delicada, blanda y medulosa y excesivamente impetuosa (**luxurians**) la sangre.

Cuando todos estos estados se producen, la Sal no puede mantenerse en la esencia e integridad en que habitualmente le conviene permanecer. De modo semejante a como los frutos que crecen en campos excesivamente abonados maduran y se pudren con mayor facilidad en cuanto cae sobre ellos una lluvia abundante.

Esto quiere decir que el exceso y la abundancia (**luxus**) excitan la exaltación de la Sal, tanto más pronta e intensamente cuanto la lujuria o el coito han sobrevenido por irritaciones pruriginosas, por transpiraciones intensas o por alteraciones de la sangre.

Como consecuencia de toda esta agitación el cuerpo engendra un espíritu frío que se manifiesta en forma de soplo (**flatus**), el que convierte la naturaleza de la Sal dándole otra mucho más poderosa. Igualmente cuando el esperma retenido es desviado en su excesiva abundancia fuera de sus conductos naturales, la naturaleza de la Sal se rompe, determinándose una gran necesidad de agua, la que es atraída abundantemente, conduciendo así a la Sal hacia otra naturaleza.

Otro tanto ocurre cuando el astro penetra (**incidens**) en las partes de la Sal, a las que deseca lo mismo que el viento y a las que funde igual que granizo bajo el Sol, ya que en definitiva las sales están en el cuerpo como el granizo en el campo después de la tormenta.

La naturaleza del granizo es tal que le permite permanecer en el mismo estado durante algún tiempo, aunque sin poder resistir demasiado, pues al fin acaba por romperse, deshacerse y disgregarse.

Lo mismo pasa con la Sal, la que se altera fácilmente por la abundancia de carne, por el exceso de grasa o la plétora de sangre, así como por el endurecimiento de la naturaleza por el coito y bajo la influencia de los astros. En esas condiciones ocurre que algunas sales se disuelven de tal modo que llegan a licuarse como si fueran nieve. La naturaleza del calor interno actúa entonces tendiendo a rechazar la Sal disuelta fuera del cuerpo, cumpliéndose esto igualmente con las sales calcinadas y reverberadas y siendo esa la razón de que el sudor sea siempre salado.

El sudor no es pues más que Sal disuelta, según acabamos de decir. De ello se deduce que hay un sudor de la sangre, otro de la carne, otro de los huesos y de la médula... etc., confirmando el hecho de las diversas naturalezas de la Sal

Así se producen las manchas de la piel (**serpígines**), las costras (**impetígines**), los picores (**pruritus**), las grietas (**scabies**) y otras tantas lesiones de ese género que sólo enunciaremos ahora aquí, pero de las que nos ocuparemos detalladamente en nuestros libros de Cirugía.

Cuando las sales se calcinan pierden su líquido y cuando esa calcinación se ha producido ya en su ciencia quiere decir que la misma ha tenido lugar por sí (**per se ipsum**) anteriormente en la naturaleza.

Cuando la Sal pierde espontáneamente el agua, o bien le es sustituido su temperamento húmedo, se calcina, lo mismo que el alumbre, el vitriolo y otros preparados semejantes.

Cuando comienza la calcinación la humedad se escapa (**secedit**) transformada en sudor, con lo que la piel se irrita, agrietándose y llenándose de úlceras. En cambio cuando la Sal se mantiene en su humedad normal, tiene que prepararse la salida corroyendo la piel sólo y precisamente en el lugar del cuerpo bajo el que se encuentra escondida. De todo esto encontraremos nuevas referencias en nuestra Cirugía.

Otra cosa es la Sal reverberada, la que se presenta en forma de líquido húmedo y cuya anatomía se produce por destilación de arriba abajo<sup>59</sup>.

Con esto ningún calor ni ninguna superabundancia extraña puede permanecer en su substancia, del mismo modo que el agua no puede mezclarse con los aceites.

Entretanto los espíritus van y vienen de arriba abajo alrededor de esta Sal calcinada hasta que llegan a engendrar un mucílago o viscosidad muy agria, en cuyo momento nuevamente entra en acción el calor interno, expulsando del cuerpo esa substancia a través de llagas y fístulas exteriores.

Observad con esto cómo la Sal tiende en su naturaleza hacia lo que ella misma es, de cuya operación nacen diversas y numerosas enfermedades, que en los libros de

---

<sup>59</sup> La reverberación es una calcinación que se realiza en un horno especial llamado reverberatorio, provisto en su parte alta de una especie de cúpula o bóveda destinada a rechazar y reflejar la llama. De esta manera el fuego alcanza a los objetos de arriba abajo, con lo que llega a reducirlos a una cal muy sutil. Puede haber reverberación abierta o cerrada, según que las mirillas y ventiladores del horno permanezcan abiertos o cerrados, siendo de diferente efecto una y otra. La reverberación abierta se reserva para los cuerpos muy duros y difíciles de reducir. (Ruland. *Lexicon Alchemiae*.)

Cirugía llamo “heridas de herrumbre”, ya que cada herrumbre debe ser expulsada por los poros de dentro afuera, consumándose al aire libre.

Sabed pues que ninguna úlcera o enfermedad exterior puede existir si no se produce la Sal, la que, justamente con el aire, actúa en la piel atrayendo todo hacia fuera. Según el modo como la Sal se comporta se producen las úlceras secas, húmedas, fluyentes, saniosas, purulentas. . . etc., apareciendo todas ellas diversamente, en parte por erosión del cuerpo medio y en parte por los alimentos y otras cosas semejantes.

De este modo engendra la Sal sus heridas, ya ambulantes, pasajeras (**peregrina**), corrosivas, cancerizantes, profundas, pútridas, secas. . . etc., así como otras no cancerosas, como la calvas (**alopecia**), pústulas y cicatrices, los tumores del ano (**condylomata**), el muermo<sup>60</sup>, la lepra y otras de esta especie.

Según el género de la Sal será la clase del dolor y del sufrimiento, así como la influencia o movimiento que determine la estrella que se exalta, según cada una de estas circunstancias.

Importa pues saber que todas las clases de las citadas lesiones corresponden a la constitución de las naturalezas de la Sal Y que la Sal, que ha dado forma a todas ellas como demuestra la luz de la Naturaleza, condiciona igualmente las enfermedades según los individuos, haciendo que en unos sean agudas, en otros crónicas, breves en éstos o mortales en aquéllos.

Más adelante explicaremos estas diferencias en otros tantos capítulos particulares.

## Capítulo sexto (Del Azufre)

La misma cosa ocurre con el Azufre, el cual es separado también por los cuatro Elementos.

Así, cuando el Elemento líquido penetra en él, el Azufre se humedece, se hincha, se licúa o experimenta alguna transformación semejante. Cuando lo invade el Elemento del aire, entonces se deseca completamente o bien en un cierto grado, pues tanto la humedad como la sequedad están en los Elementos del Agua y del Aire, con lo que el Azufre puede pues adoptar cualquiera de estas dos naturalezas de exaltación.

Con el Fuego y con la Tierra ocurre lo mismo. Cuando domina la Tierra, el Azufre se enfría, permaneciendo en tal estado, o bien se calienta en las circunstancias contrarias, esto es, cuando el Fuego o el Firmamento demuestran su mayor poder.

Quiere decir que los cuatro Elementos son los artesanos y artífices que realizan las trasmutaciones del Azufre, al que quitan de su función habitual, haciéndolo suscitar o intervenir en la aparición de las más variadas enfermedades en sus más diversos géneros o especies, los que se comportan en cada caso según la naturaleza de la materia del Azufre, que es así atacado en su cuerpo y en sus miembros.

Cuando el Azufre se enfría, la Tierra lo hace fijo o volátil, según las cuatro formas en que el frío puede manifestarse: congelación, resolución, coagulación o

---

<sup>60</sup> El traductor francés dice “Morve” = moco o muermo, pero la palabra latina de Paltenius es “*morphoea*”.

disolución. El Azufre sale así (**emergit**) de estos cuatro elementos comprendidos conjuntamente en el Elemento de la Tierra, pues debéis saber en verdad que tanto el agua como el fuego, la tierra y el aire, engendran cada uno una parte del frío y que sólo razones filosóficas han hecho que se considere el frío como propio y exclusivo del Elemento Tierra.

Considerad ahora las clases y esencias del frío. En realidad sólo hay un frío o una frialdad, a pesar de lo cual su peso puede variar, con lo que parece como si hubiese a veces muchos fríos; es decir, que las cosas pueden tener diversas cantidades de frío por más que el frío sea siempre el mismo (**œquabile**). En cuanto a la substancia, hemos de considerarla dividida en dos: la dureza y la humedad

La dureza es doble y puede manifestarse bajo forma de congelación o de coagulación. La dureza congelada procede del frío ígneo (**ex frigore igneo**), como el agua helada, la nieve, el granizo. . ., etc. Así el Azufre puede experimentar una congelación que proceda del Elemento del Fuego y que se acompaña de diversas especies de enfermedades, semejantes en cierto modo a la nieve, la escarcha (**pruina**) o al granizo, cuyo origen es justamente análogo. Una parte del mismo está engendrado en los astros; es el que decimos fuego del frío, ya que verdaderamente el Fuego está en el Firmamento.

La dureza coagulada es una frialdad que proviene del agua y que aun siendo distinta, puede alcanzar el mismo grado que el fuego que acabamos de referir. La coagulación producida por el frío se diferencia de la congelación en que permanece fija, en tanto que la congelación es volátil, es decir, que la primera tiene un carácter definitivo y estable, en tanto que la segunda tiende constantemente a volver a su estado primitivo como ocurre con el agua helada.

Todo lo que procede del frío del Elemento del agua se coagula en frío (**frigidum coagulatum**), como los corales, alumbres, entalias<sup>61</sup>, vitriolos y otros, semejantes a los cuales son todas las enfermedades engendradas por el frío coagulado, es decir por el frío del agua.

El frío del Aire es diferente, pues no es congelación ni coagulación, sino simplemente un viento que, como Bóreo y Zéfiro<sup>62</sup>, llevan con ellos y en sí mismos (**per se et ex se**) un frío en el calor. Esa es la razón por la cual hay siempre una parte de frío en el aire y en el viento.

Por eso se encuentran en el cuerpo frialdades del viento y de la tierra, sin substancia visible o tangible, acompañando diversos géneros y especies de enfermedades.

La Tierra, considerada simplemente como tierra, produce también una serie de enfermedades particulares, lo mismo que algunas hierbas frías, como la Belladona (**Solatrum**), la rosa, la lechuga, la amapola. . ., etc., separándose y distinguiéndose entre sí las enfermedades lo mismo que estas hierbas en sus diversos géneros y especies.

---

<sup>61</sup> La Entalia, según Roch le Baillif, era el "Alumen scissum", es decir, el Alumbre de plomo o escayola, que hoy llamamos Alumbre de hierro amoniacal.

<sup>62</sup> Bóreo: viento Norte. - Zéfiro: viento Oeste.

De este modo debéis conocer la manera de buscar el Elemento de la tierra en el hombre y en los otros Elementos, según el análisis (**discrimen**) que os hemos referido.

Lo mismo ocurre con el calor, esto es, con el Elemento del Fuego, el que deberá ser buscado en los demás Elementos.

Por eso todas las enfermedades del Azufre tendrán la naturaleza de alguno de ellos (de los Elementos), ya que cuando el Azufre actúa en su función propia (**in suo officio**) y enciende el Elemento del fuego que está en el Firmamento, acaba por abrasarse en la estrella fulgurante del verano<sup>63</sup>. El Azufre arde así igual que el árbol consumido por la precipitación de un rayo celeste, operación invisible del Firmamento que, del mismo modo, puede llevarse a cabo en nuestro cuerpo, pues igual que el Firmamento enciende el Azufre del árbol, puede encender el del hombre. Cuando eso se produce y alcanza a cualquier miembro del cuerpo, empieza a desarrollar su poder.

Aparte de esto, existe en el agua otro fuego que puede encender el Azufre igual que el Fuego del Cielo.

El Sílex y la Calcedonia en efecto, lo contienen y pueden dejarlo escapar (**edant**), lo mismo que ese Elemento interno que no podemos alcanzar a ver y que es el verdadero artesano (**fabricator**) de todos los demás Elementos.

Es indudable que en la tierra existe un Elemento de fuego capaz de quemar el Azufre, ya que es sabido el poder que pueden desarrollar las hierbas del tipo de la ortiga y de la flámula<sup>64</sup> cuando se ponen en contacto con nuestro cuerpo físico.

Estas y otras generaciones semejantes se producen en el hombre, resultando de cada una de ellas diversas enfermedades externas e internas, bien distintas de las correspondientes a las enfermedades mercuriales y salinas y a otras parecidas, las que serán detalladas en sucesivos libros.

Existe en efecto la enfermedad de la flámula, la enfermedad de la pimienta, la enfermedad aronal<sup>65</sup>..., etc.

Igual que hemos dicho para el frío, existe en el aire un Elemento caliente del Fuego, que engendra enfermedades ígneas propias de él, según la naturaleza de Eurús y de Auster<sup>66</sup>. En todas ellas encontramos que la coagulación en el Fuego del Firmamento, en la Tierra y en el Agua, se realiza sola espontáneamente según tres

---

<sup>63</sup> El primer traductor latino ha tomado el texto original alemán "Fulgurische Stern, Sommer Stern" traduciendo "Stein" en vez de "Stern" y escribiendo en latín "*fulgurens seu tonitrums lapis facit*". Lo que equivaldría a decir: "lo que produce la piedra fulgurante del trueno". El sentido sin embargo es semejante.

<sup>64</sup> Flámula es un término incierto. Los antiguos llamaban "*Flamula Veneris*" al Leontopodio o Edelweiss. Hoy se aplica a algunas plantas del género Clemátidas o bien a un sub-género de Agaricináceas de los hongos. Pero estas designaciones parecen indudablemente demasiado modernas.

<sup>65</sup> Aron o Aros, es un término que se encuentra frecuentemente en Plinio, Dioscórides u Oribasio, siendo empleado para designar una especie de cebolla de Etruria que da un brillo especial a los ojos y al semblante. Además está también la planta llamada "barba de Aarón", la Bistorta o Serpentaria (*Polygonum Bistorta, de Linneo*) y las de la familia de las Aroideas, cuyo tipo es el "Arum vulgare" o "maculatum", conocido vulgarmente por "Pie de vaca", cuyos tallos se empleaban como purgante drástico y cuya raíz entraba en composición del "opio mesentérico".

<sup>66</sup> Eurús: viento del Este. - Auster: viento del Sur.

modos bien precisos: el de la tierra, cuyo producto son las hierbas: el del agua, parecido a los minerales incandescentes y el del cielo, que da lugar a las impresiones<sup>67</sup>.

El Elemento del agua también posee su coagulación en el frío, donde se desarrolla al modo de los nitratos y demás sales nítricas. Aparte de esto existe una humedad que proviene de cada uno de los Cuatro Elementos, las que no oponen todas juntas más que un solo grado y una sola causa a sus enfermedades, si bien conservando los cuatro géneros y especies correspondientes al Aire, al Agua, a la Tierra y al Fuego.

La misma cuádruple razón existe para la sequía o sequedad. Sus cuatro géneros, igual que ha sido dicho anteriormente, emanan también de los Elementos, habiendo según esto, sequedades que provienen del Fuego, del Aire, del Agua y de la Tierra y que constituyen otras tantas enfermedades, todas las cuales empiezan y se comprenden en estos grados.

La Práctica de estas enfermedades será expuesta y explicada según este orden exacto, por más que teóricamente no se suceden correlativamente de este modo.

Por eso nos limitamos aquí a exponer brevemente lo fundamentos y generalidades de estas cosas, dejando para el libro de las Complexiones y de los Grados su más detenido estudio, así como el de otras cosas semejantes, verdaderamente relacionadas con la Filosofía.

Debéis considerar ahora que hay enfermedades que se producen a veces independientemente de los Elementos, como cuando una humedad corporal cualquiera enciende a la Sal calcinada: en tales casos puede ocurrir y ocurre que su propio Azufre se inflama de una manera que resulta absolutamente distinta a las que hemos descrito anteriormente.

A este propósito conviene que aprendáis a conocer y discernir todas las cosas por sus signos particulares; pues todo el que ignore sus diferencias estará incapacitado para discriminar los signos, como hemos explicado a propósito de los trastornos interiores (**bella intestina**).

Prestad pues la mayor atención a nuestros libros y no sigáis con excesiva fidelidad sus divisiones, pues cuando leáis que en un título vamos a referirnos a tres (**de Tribus**) causas o motivos, debéis saber que eso no es más que un modo de decir o una forma de pretender clasificar los detalles (**de accidentibus**) o el mismo fin (**de fine**) y que en realidad son muchas y muy diversas las cosas que deben ser retenidas.

Los accidentes contienen en sí, efectivamente, no sólo su plenitud sino los Elementos y gran número de síntomas externos. Pues ciertamente que si la enfermedad debe recibir un nombre, nada habrá mejor para ello que usar el de la cosa que la engendra. Razón por la cual hemos conservado y observado el mismo orden en cada capítulo de nuestro tratado.

En estos libros generales permanecerán pues la Teoría y la Física de las enfermedades, dejando su Práctica para otros especiales que sucesivamente iremos exponiendo.

---

<sup>67</sup> Este párrafo es uno de los más arbitrarios en todas las versiones de Paracelso. Nosotros hemos empleado la palabra "cielo" en lugar de "fuego" por simple continuidad lógica del discurso (véase el comienzo del mismo párrafo) y por la misma armonía de la frase. Queda de todos modos hecha la advertencia.

## Capítulo séptimo (Del germen del esperma, de las formas específicas y de la predisposición como causa de enfermedad)

Hemos de decir a continuación que además y aparte de todas estas cosas, existe aún otro género de enfermedades, de dos de las cuales vamos a ocuparnos en este capítulo. Unas vienen de la Semilla del Esperma (**ex semine spermatis**), otras de la Forma Específica y ambas deben ser consideradas con toda atención a fin de no confundirlas con las demás clases de enfermedades.

Sabéis ya que las tres primeras Substancias se encuentran en todas las cosas. Sin embargo, en todas las cosas existe además cierto accidente particular que nada tiene que ver con las referidas Substancias y que es el que provoca o inhibe el sudor, la sensación de quemazón y otras por el estilo, que debemos estudiar y tener en cuenta con todo cuidado.

Esas son las que determinan las llamadas enfermedades específicas, las cuales no provienen de las causas antedichas, sino que están en cierto modo innatas en nosotros, haciendo parte de la propia naturaleza de cada cual, de tal modo que aquél resulta propenso a sudar, tal otro no, éste es de una manera y aquél de tal otra.

A propósito del esperma diremos que provoca muchas más enfermedades de las que hasta ahora se creía y que eran atribuidas a otras causas por ignorancia. En realidad, el alcanfor, el esperma (**Spermatis**)<sup>68</sup> y otras substancias de este tipo son las que producen las enfermedades de la vejiga y de los riñones, pues por más que el tártaro sea la causa de la piedra y ésta sea la materia de esas enfermedades, hay que saber que el tártaro no se transforma y conglera<sup>69</sup> espontáneamente en piedra, sino que necesita la intervención de esta otra naturaleza para que lo congele con su frío o lo coagule con su calor sudorífico (**diaphorética**).

Este calor y este frío no deben ser considerados como los otros de los que hasta ahora nos hemos ocupado, pues verdaderamente la Semilla del Esperma posee una Anatomía y una Física particulares, lo cual debe ser igualmente comprendido, dejando los casos especiales para otros tantos capítulos ulteriores.

En cierto modo éste es ya un capítulo especial, puesto que su contenido debe ser separado de todas las demás enfermedades.

Por lo pronto, nada de lo que es congénito puede ser arrancado de su raíz innata, en la que se albergan la forma específica y la semilla del esperma o, por mejor decir, su Naturaleza, lo que explica que el germen se sostenga siempre en su propia raíz.

Cuando alguno nace ciego, por ejemplo, no puede decirse que su mal sea congénito, pues por más que no posea el don de la visión, la vista está en él, si bien no en el lugar adecuado o idóneo. Esa es la causa de su ceguera; por eso cuando se dice que

---

<sup>68</sup> El Spermatis, Spermaceti, esperma o blanco de ballena, es una substancia blancuzca que se extrae de un aceite que se encuentra en los senos craneales de los cetáceos, sobre todo del cachalote, llamado por los antiguos Ballena Macho. Su procedimiento de extracción fue guardado secreto durante mucho tiempo. Al ámbar se le ha llamado también Sperma ceti.

<sup>69</sup> La primera traducción latina dice "*mutatur*", la segunda "*concrescit*".

es ciego y que ha nacido ciego, no se expresa que, en cambio, posee la vista dentro de sí. Este viene a ser el caso del que tuviera cuatro dedos en una mano y seis en la otra; en donde el número de dedos sería normal y sólo perturbada su situación.

Ningún médico experimentado (**peritus**) debe decir: “Este ciego es incurable”. Pues la Naturaleza es sumamente hábil y admirable y bastará por tanto que exista la vista para que sea posible restablecerla en el lugar debido, lo que no ocurre en cambio en el caso de los dedos, cuyo ejemplo acabamos de dar.

La diferencia está en que los dedos son propiamente substancia del cuerpo, mientras que el sentido de la vista es como un soplo (**ventus**) desprovisto de base material. Por eso puede llevarse de un sitio a otro, cambiándolo de lugar, en tanto que ello no es posible en las partes del cuerpo que aparecen desplazadas (**in transposito corpore**).

Eso no ocurre con las cosas comprendidas en el presente capítulo, de naturaleza y propiedad congénita, como es la dureza para el hierro o la blancura para el yeso, lo que ya indica que deben ser tomados y considerados tal como se presenten.

Nadie puede impedir que caiga la nieve; en cambio sí pueda impedirse que esa nieve cause el menor perjuicio al hombre.

Dado pues que el esperma es el Limbo y que está en los cuatro Elementos, será preciso saber que posee fuerzas semejantes, las que reciben el nombre de Impresiones, como verdaderamente les corresponde.

Observad sin embargo el error en que incurren los astrónomos cuando dicen que la impresión es de naturaleza celeste. Ello es notoriamente falso pues el cielo no imprime nada en nosotros, dado que nuestra efigie existe ya en nosotros por la voluntad y la mano de Dios.

Todo lo que seamos o queramos ser, hemos de serlo sin ningún intermediario, con todos nuestros miembros, pero reproduciendo la obra y la imagen que ha grabado (**simulacrum**) la mano de Dios. Cualesquiera que sean pues las condiciones, propiedades o costumbres que alcancemos a pos, debéis saber que todas nos han sido dadas e inspiradas (**inspiratus**) con la vida, cuyo soplo las sembró e injertó (**insitæ**) en nosotros.

Las mismas enfermedades que nos afligen vienen todas (**emergunt**), según os hemos explicado, del conjunto de las tres primeras substancias, a las que se añade en su interior además una cosa determinada y especial, verdaderamente impresa, como si fuera el fuego en la madera o en la paja, o el azafrán en el agua.

Esa impresión de la que no podemos librarnos, constituye las enfermedades exteriores originadas por el Limbo y, grabada en el esperma y en las formas específicas, nos empuja (**pellimur**) verdaderamente, sin que en ningún caso podamos rechazarla por nuestra propia voluntad.

En cambio carece de razón todo lo que se ha venido diciendo a propósito de la inclinación o predisposición. Los que afirman que por esa razón el hombre puede poseer una inclinación hacia Marte, Saturno o la Luna, o bien que por tales motivos esté predestinado a ser un ladrón, cometen un grave error y una bribonada además.

Acerca de esto podemos decir con absoluta precisión que es Marte el que combate de manera parecida al hombre, pues el hombre es más poderoso que Marte y que todos los planetas juntos.

Aquel que estudie el cielo y el hombre con verdadera seriedad y con honestidad científica, sabrá que nada de eso puede ser posible y que por el contrario la imagen del hombre es tan noble y se halla colocada tan alto y cerca de Dios, que está efectivamente pintada en el cielo con todas sus acciones e inclinaciones, buenas o malas. Lo cual no puede decirse que sea la Inclinación, pues por más que los partidarios de esta idea intenten atenuar su error diciendo que la Inclinación no es necesaria (**non necessitant**), el artificio no pasa de ser un ingenioso intento de enmascarar su ignorancia.

El cielo tiene dos divisiones para el hombre: una de ellas ha de llenarla y dibujarla él mismo, de donde se deduce la falsedad de que este o aquel hombre sean Saturnios, Lunares. . . , etc. Ello supondría en efecto, que alguien que estuviese pintado o modelado, pudiera llevar a cabo determinadas acciones o decisiones por el simple poder del cuadro o de la estatua que lo reproduce.

La otra división del hombre en el cielo está ocupada por las cosas y los hechos en estado previo o potencial (**Proeludium**). Quiere decir que las obras que todos los hombres han de cumplir en el futuro de sus vidas, así como sus empresas y costumbres, están ya en él de una u otra manera. Gran necedad será pues confundir estos “preludios” o estados previos con la Inclinación, pues en verdad ninguno de ellos puede obligar al hombre a hacer esto o lo otro.

Los preludios o estados previos no tienen otro valor que el de profetizar (**vaticinia**) las cosas futuras, sin que tengan que ver nada con la Inclinación, la Impresión, la Constelación, ni otras cosas semejantes, que no son sino un barro viscoso (**limus**) que los Astrónomos tienen ante sus ojos. Eso no quita para que cuando se les dicen estas cosas se pongan a murmurar (**ringuntur**) y que cuando se menosprecian sus errores, como propios de artes supersticiosas que deben ceder el paso a la verdadera ciencia, no se amilanen para afirmar que no hay más ciencia verdadera que la Nigromancia.

Observad así que la Naturaleza depende de estas dos cosas: germen y especificidad, cuya comprensión teórica queda perfectamente establecida, a lo que añadiremos que en todo caso los cuerpos pueden producirse de esta manera aun en ausencia de las sustancias y que por la misma razón no es posible en cambio alterar las raíces de las enfermedades específicas, no obstante lo cual pueden ser suprimidos con relativa facilidad los accidentes que las mismas determinan.

Ocurre a menudo que al mismo tiempo que la laxación específica obra sobre el estómago y los intestinos, se encuentra también en la sangre la lepra específica. Esto nos trae a decir, según arte, que si este o aquel enfermo tuviera en su estómago la **Coloquintida**, la Turbita o la Escamonea y alguien dijera: “Este posee el específico escamónico, coloquintico o agarico”, según el que se le hubiera dado, o bien que “posee la Flámula o el agua específicas”, seguramente poseería también la Lepra o el Carbunco (**morphea**) innatos.

Un mecanismo semejante explica también la gordura (**pinguedo**) específica, la que se produce a veces sin relación alguna con la cantidad o la calidad de los

alimentos<sup>70</sup>, lo mismo que ciertos casos de delgadez específica (**specífica macredo**), que persisten a pesar de una nutrición abundante.

Sobre esto ha habido médicos que en vez de situar estas cosas en la ciencia específica han dado en divagar como Astrónomos ignorantes, diciendo que: “esto es melancolía”, “aquello otro se debe a Saturno”, o “tal naturaleza corresponde a algo heredado de los padres”..., etc. Pues el hombre no toma nada de sus ascendientes sino del Limbo, ya que es la mano de Dios y no su padre, ni tal o cual Planeta, ni esta o aquella Constelación, la que lo ha formado; y sólo Ella y no otra cosa puede haber dispuesto que sea gordo o flaco.

Conviene pues conocer perfectamente y a primera vista estas enfermedades para poderlas diferenciar de las demás, ya que con demasiada y lamentable (**sinistra**) frecuencia se estudian y conocen mal, como tendremos ocasión de demostrar más adelante en los correspondientes capítulos especiales en que volvamos a ocuparnos de la patología específica y de la del germen del esperma.

## Capítulo octavo (Del Soplo Divino y del cuerpo espiritual)

Aparte y además de las tres susodichas substancias, existe en el hombre un cuerpo invisible que no proviene tampoco del Limbo, por cuya razón escapa a la influencia del médico. Nos referimos al Soplo (**inflatus**) Divino, el que como toda inspiración (**inspiratus**) o expiración (**halitus**), resulta invisible para nuestros ojos e impalpable para nuestros dedos.

En este punto quiero esforzarme en emplear un lenguaje comprensible para cualquier médico, dentro de lo que la Filosofía enseña acerca del hombre.

Sabido es que las Santas Escrituras han dicho que el día del Juicio Final hemos de resucitar de entre los muertos para dar cuenta de nuestros pecados. Sobre lo cual os digo que para nosotros el cuerpo que ha pecado nada es ni nada representa<sup>71</sup> y que ése es por tanto justamente el que debe resucitar.

No es posible en efecto que demos razón de nuestras enfermedades, de nuestra salud, ni de otras cosas semejantes, si no conocemos bien previamente las cosas que proceden del corazón y que interesan al hombre, cuyo cuerpo no es sólo del Limbo, sino que es fruto también del Espíritu de Dios.

Por eso debemos ver en la carne a nuestro Dios Salvador y, dado que la carne es el Limbo al mismo tiempo, referir a ella nuestras enfermedades. ¿Quién podría ignorar todas las cosas que Dios ha dicho por su boca y que han de cumplirse en el día de la glorificación, cuando todos los cuerpos vuelvan a recuperar sus anteriores, estados semejantes?

---

<sup>70</sup> En esta observación y en la siguiente, sobre la delgadez, hay un atisbo genial de patología endócrina.

<sup>71</sup> Parece ser Paracelso el primer autor que ha planteado esta sutileza teológica, antes aún que en el Libro de las Sentencias o aún en el mismo Santo Tomás de Aquino, quien tiene sin embargo capítulos tan precisos y detallados como este: "*Utrum capilli et unguis in homine resurgent; utrum humores in corpore resurgent; utrum omnes resurgent a jure staturæ... etc.*" (Summa Theol Suppl., Lib. L, XXXII y XXXIII.)

En verdad está escrito que hemos de resucitar en la carne, en la única carne que existe, tomada del Limbo, que es el único que puede ser objeto de enfermedades, por más que haya siempre dos cuerpos en nosotros.

Sabed ahora que en lo referente al cuerpo existe una naturaleza excitante, además del hambre, de la sed y de otras semejantes, así como de las cosas naturales que sobrepasan los límites de lo justo. Pues si la carne que proviene del Limbo es verdaderamente la natural, es lógico que conserve así su medida y su Justicia y que todo lo que quede fuera de ella proceda del mal y no de la Naturaleza. Ya que todo lo que el cuerpo recibe (**ministratur**) se retira luego por sus vías de salida naturales o queda en los lugares que le corresponden a fin de proceder a sus operaciones y transformaciones propias. De este modo todo el alimento que comemos impelidos por la necesidad natural, acaba descendiendo al vientre y saliendo luego en la silla<sup>72</sup>, de acuerdo a lo que le ha sido dispuesto. Con lo cual el germen de la naturaleza<sup>73</sup> vuelve a la Tierra a engendrar en su matriz nuevos frutos.

Todo lo que queda fuera de esto proviene del mal. De todos modos no seré yo quien quiera aparecer como anticristiano, oponiéndome a San Pablo cuando dice que todas estas cosas deben dejarse al albedrío de las mujeres<sup>74</sup>. Esto en efecto no ha sido enseñado por él con la pretensión de que fuera una honra justa y pura, sino solamente para evitar que algunas mujeres caigan en el vicio del adulterio, en el que pueden incurrir cuando su corazón es llevado hacia el mal.

Dicha conducta no tiene pues otra finalidad que distraerlas de semejante designio evitando así peores males. Lo que por supuesto debe observarse de la misma manera con los hombres.

El daño espiritual no puede buscarse pues en la Naturaleza, ya que proviene de otro hombre distinto del del Limbo, el que en todo caso debe ser examinado con el mayor cuidado por el médico, quien deberá aprender de este modo a conocer los dos cuerpos, esto es, los dos hombres que hay en cada cuerpo, oponiéndose así a los Astrónomos, que todo lo resuelven sometiendo los cuerpos al juicio de los astros.

En verdad os digo que ese cuerpo espiritual creado por la palabra de Dios y no por los astros, ha sido hecho así, de modo que pueda ser sometido a todas las pruebas y tentaciones y sepa elegir su camino, sea rara sí o para no, para bien o para mal, como prueba del amor y de la confianza que puede depositar en Dios.

A pesar de todo, todavía conserva el hombre dentro de su cuerpo actual algo de aquel cuerpo integral y perfecto para el bien y el mal que Adán y Eva poseyeron en el Paraíso antes de comer el fruto prohibido.

---

<sup>72</sup> Grillot de Givry traduce "chaise" del latín "*per secessum*" y del alemán "durch den Stuel". Aunque no son coincidentes estas expresiones, aceptamos la traducción a "silla" teniendo en cuenta que los enfermos de retención intestinal o de bolo fecal eran tratados en la Edad Media con sillas especiales, de asiento perforado, bajo el cual se aromaba al paciente con diversos fumigatorios.

<sup>73</sup> El estiércol.

<sup>74</sup> La citación no es exacta, pues no son esas las palabras de San Pablo: véase la "Epístola a los Corintios", I, Cap. VII, nº 1 al 9.

Sin embargo, es indudable que hoy comemos en mayor abundancia de lo que nuestra naturaleza nos pide y bebemos mucho más de lo que nuestra sed necesita, ya que Dios, en su infinita bondad, no hace sino poner ante nuestros ojos y al alcance de la mano todo cuanto podemos apetecer, ya sean vinos excelentes, alimentos escogidos, fortuna brillante o mujeres hermosas. No obstante lo cual debemos recordar que todas estas cosas no son sino otras tantas pruebas por las que hemos de demostrar cuán fuertes y resistentes somos, cómo sabemos mantenernos dentro de los límites que la Naturaleza nos enseña o cómo, por el contrario, nos salimos de ellos.

Verdaderamente —y aquí viene bien la observación de San Pablo— existe entre estos dos cuerpos, el que se engendra del Soplo (**spiraculum**) Divino y el que proviene del Limbo, una asociación en cierto modo semejante a la que se observa en los matrimonios, ya que su violación conduce a una especie de depravación y de adulterio y a una pérdida de toda ponderación y medida.

Corresponde pues que ese cuerpo que tenemos por encima de los sentidos (**insensile**) cumpla la promesa de no excitar, estimular (**agere**) o agravar el cuerpo natural más allá de sus justos límites, lo que constituye un gran deber y un auténtico juramento ante Dios, cuya violación resulta así un verdadero adulterio.

Después de cuanto he dicho hasta aquí, ha de permitírseme no prolongar más este discurso y terminar con esto la Teoría universal, el origen de la Física y de la Cirugía y el estudio de las causas de todas las enfermedades.

Luego de esta comprensión general, los capítulos subsiguientes traerán mayores explicaciones y evidencias y más inteligencia y claridad. Y puesto que la inteligencia requiere una singular Filosofía para todas las cosas que hemos señalado y propuesto, acabaré exhortándoos para que, mediante la voluntad de Dios, que tantas veces nos ha ayudado ya, podamos conocer la Medicina y se cumpla así todo lo que Su Sabiduría ha ordenado.

He dicho.

OPUS PARAMIRUM  
LIBRO III

ACERCA DE LAS ENFERMEDADES  
PRODUCIDAS POR EL TARTARO

(De Morborum utriusque professionis origine et caussa ex Tártaro)

Nota previa

El presente tratado aparece por primera vez, en alemán, en 1565, en el volumen “**Theophrasti Paracelsi Libri duo de Causa et Origine morborum**”, impreso por Byrckmann, en Colonia, y reimpresso por el mismo editor en 1566. Incluía entonces las enfermedades del Tártaro y las Causas de las Enfermedades Invisibles (5º libro del Paramirum).

En cambio falta este tratado en las ediciones alemanas de 1562, 1565, 1566 y 1575, así como en la latina de 1570.

La edición de Colonia, de 1566 puede pues considerarse como la original, a la que las adiciones posteriores de Huser más bien enturbian que aclaran. Algo semejante ocurre con las ediciones de Forberger, de Basilea, de 1575, cuyo lenguaje ha contribuido en no poco a la fama de obscuro y pedante que ha acompañado injustamente a Paracelso.

El término “Bonbast” que han adoptado los ingleses para calificar un estilo pretencioso, debe pues aplicarse a las versiones de Forberger y no al idioma viril, cándido y sabroso al mismo tiempo, tan al estilo que más tarde haría célebre a Rabelais en Francia, que caracteriza al teutón romance de Paracelso.

Adam de Bodenstein incluye el Tratado de Tártaro en el volumen “**Doctoris Aureoli Paracelsi Labyrinthus... etc. Item von ursprung und ursachen des griees, sands, und steins, so sich im menschen befinden, kurtzer begriff**”, aparecido en Basilea en 1574, en el que ocupa las págs. 114 a 171 y donde se omite el prólogo al lector.

El Tratado del Tártaro fue reimpresso en alemán en las ediciones de Huser: “**Bücher und Schrifften**”, en Basilea (1589), Estrasburgo (1603), Frankfort (1603), Estrasburgo (1616) y en las ediciones latinas de Paltenius (1603) y de Tournes (1568).

Existen finalmente una copia manuscrita del mismo, del Siglo XVI, en la Hofbibliothek, de Viena (Nº 11.115. Med. 31), la edición latina de Bistikius (Ginebra, 1658), la de Strunz (Jena. 1903) y la excelente y bien consultada traducción francesa de Grillot de Givry (1912), aparte de lo cual no hay ninguna otra versión del Tratado del Tártaro hasta la que aquí presentamos.

## Al lector

Pídote ante todo disculpas, benévolo lector, de que llegado este punto no haya producido o escrito aún una Teoría general de la Medicina, según lo que me ha ido enseñando la experiencia. Están lejos aquellos momentos libres durante los cuales hubiera podido acometer esa labor y no parece que apunten por parte alguna las promesas de nuevas ocasiones. Débese una vez más al sabio y venerable Señor Joaquín de Wadt, Doctor en Medicina, Físico, Burgomaestre y Cónsul de la Villa de San Gall, el que yo haya redactado a pesar de todo este libro.

Hace ya tiempo, en Basilea, había empezado a escribir poniendo en ello el mayor cuidado, con la esperanza de hacer algo realmente útil, a pesar de los violentos e impetuosos vientos que se desataron contra mí, iguales por otra parte a aquellos que han pretendido arrasar en todo tiempo y ocasión a cuantos han querido enseñar la verdad. Con todo, debo declarar que mi esperanza se acrecienta día a día, ya que cada vez es mayor el número de los que reconocen que no puede amarse el alma sin amar el cuerpo y que no es posible cohibirlo y aherrojarlo sin que el alma resulte perjudicada en igual proporción, a cuyo claro concepto creo haber contribuido grandemente.

El que, a pesar de estos resultados, sigan desatados contra mí los más furiosos enconos, me obliga a decirte, amigo lector, que no debes emitir tus juicios demasiado pronto y que debes seguir tu lectura más allá del primero, segundo y aún tercer capítulo, hasta el fin de la obra. Sólo entonces te pido que compares los resultados de tu propia experiencia con lo que yo expongo en estas pocas páginas.

Sobre todo, evita la seducción de aquellos a quienes ataco desde aquí. Examina y pesa cada cosa justamente, sin dejarte influir por la amistad o el favor y ten por cierto que, con la ayuda de Dios, han de aparecer muchos libros que defenderán estos principios, lo que llenará tu espíritu de placer y complacencia.

Aprende bien pues todo esto y no lo olvides.

Dado en San Gall, el 15 de Marzo del Año de Gracia de 1531.

## Capítulo primero (Origen de las enfermedades engendradas por el Tártaro)

¿Qué Filósofo verdaderamente ilustrado en las cosas naturales no ha de reírse al ver todas las que, a pesar de su importancia, han olvidado los médicos, que, fundadas y establecidas en la Filosofía, están presentes en la Medicina bajo numerosos dolores y enfermedades?

Muchos de esos tales médicos en efecto, dejando de lado cosas tan necesarias, sólo se preocupan de su propio espectáculo y propaganda, de ganar dinero (**captandae pecuniae**) y de disputar con aldeanos y gente profana, en vez de contender con verdaderos Filósofos, en provecho de su ciencia común. Sobre esto os digo que en tanto no se conduzcan de semejante manera, seguirán ignorando la verdadera ciencia y que será vano y erróneo todo cuanto no haya sido edificado sobre las bases de una libre discusión contradictoria, con aquellos que saben más que nosotros. Verdaderamente querer ser médico sin experiencia ni conocimientos en Filosofía es cosa harto grosera (**probsum**), de donde nacen numerosísimos errores, según tendremos ocasión de demostraros a continuación.

En el libro precedente nos hemos ocupado de las causas y orígenes de las enfermedades. La causa de que vamos a tratar ahora, capaz de engendrar diversas clases de enfermedades, es lo que podríamos llamar: la Causa del Excremento.

Importante es en efecto la cuidadosa y filosófica consideración de las tres primeras Substancias. A esto tenemos que añadir que en todas ellas se encuentra una cierta egestión, evacuación o excremento (**egestio, stercus aut excrementum**), ya que ningún alimento deja de contenerlo y que toda digestión deja algún residuo. Esto debe ser comprendido con toda precisión.

Todo lo que es. . . todo lo que crece, contiene en sí mismo (**per se**) su propio excremento, lo que puede entenderse igual, en principio, a propósito de las tres Substancias, lo que nos indicaría ya el proceso de la egestión de las enfermedades de los tres primeros Principios, así como de la evacuación del excremento que engendran en nosotros. Al comprender y aceptar lo que antecede, debemos evitar la turbación que nos produce el silencio que los antiguos han observado acerca de estas cosas, las que en realidad jamás fueron comprendidas como es debido. Así, no tiene nada de extraordinario su conducta y nada debe sorprendernos en la falta de estos estudios.

Justamente por eso se me ha ocurrido recurrir a la Filosofía para explicarnos estas cosas, de las cuales la primera y más importante se deduce del hecho de la necesidad de alimento que tienen todos los seres que viven y crecen.

De la necesidad de comer se deduce la necesidad de que existan un ventrículo (o estómago) dotado de la virtud particular de comer a la vez lo puro y lo impuro, tanto en el hombre como en los demás seres. No todos sin embargo, poseen los perfeccionados emunctorios del hombre, pero todos se caracterizan por retener y asimilar en su interior una parte de lo que comen, separando allí, en su interior, el bien del mal. El mal, que tiene una anatomía particular, queda en cierto modo aislado dentro de la anatomía general de la cosa o del ser, reteniendo a la vez el alimento y el excremento. De este

excremento que queda así mezclado al alimento vamos a ocuparnos a continuación, dejando a pesar de todo diversos extremos bajo el dominio de la Filosofía pura.

Por lo que a nuestro objeto se refiere, debéis saber que tanto el alimento como el excremento (**Nutrimen und stercus**) son comidos y bebidos a la vez por el hombre, de lo que se deduce que su naturaleza deberá emplearse en separarlos y no en conservarlos juntos en una misma cosa, ya que, como doble, necesita separarse en dos: Naturaleza y Excremento; por más que el ventrículo del hombre no pueda separarlos. Sólo lo puro y su excremento permanecen, no así el excremento de las cosas naturales que están en los alimentos y para los cuales el ventrículo principal carece de poder separante. Para esas cosas debe obrar otro ventrículo más sutil, que tenemos en el mesenterio (**in mesaraicis**), en el hígado, riñones, vejiga, intestino. . . , etc., y que es el encargado de separar el excremento.

Debéis observar acerca de esto que nuestro ventrículo principal, esto es, el situado en primer término al final del esófago (**gula**, según Paltenius, o **per canalem stomachi**, según Forberger), separa y divide solamente lo que se pudre de lo que no se pudre y lo que se disgrega de lo que no se disgrega (**comminuitur**), sobre lo cual resulta notorio que sólo lo que es carne, médula o huesos, puede verdaderamente disgregarse o corromperse. Razón por la cual ocurre que todo lo que no es la propia substancia del hombre, es excremento; que el hombre no lo es y que las demás cosas tienen sus excrementos propios, distintos de los excrementos del hombre, que pueden permanecer (**intra**) en el hombre sin disgregarse (**fraguntur**), en estado de cocción (**coctilia**).

Dado pues que existen cosas en el hombre que no deberían existir, que no son su propio excremento ni tampoco su substancia carnal, sino excrementos de cosas naturales, como la comida o la bebida, según hemos explicado, resultará necesario que describamos ahora lo que esos alimentos (**nutrimenta**) provocan y realizan en el cuerpo.

Digamos ante todo que esas reacciones son mucho más lógicas y mucho menos extrañas o singulares de lo que se ha querido hacer creer y que sólo la impericia de los que se sorprenden de tales cosas, ha podido presentarlas de ese modo.

Estas enfermedades son realmente distintas de las que nos han ocupado hasta ahora y que han sido el objeto de nuestros dos primeros libros. Diremos de ellas que, por más que las tres primeras substancias, y todas las demás, conserven y retengan sus excrementos, permanecen separadas de ellos, lo mismo que el hombre lo está de los suyos, según hemos demostrado a su debido tiempo.

Distinguiremos pues las enfermedades en dos clases: las que se engendran en el hombre y las que provienen del excremento. Estas últimas deberán por tanto concebirse y comprenderse de una manera absolutamente especial y particular.

Hoy no es posible ya preocuparse demasiado por lo que los autores antiguos defendieron con tanto ardimiento acerca de las causas de la cólera, la flema y la melancolía. El lugar que pretendieron conservar para sus humores no tendría razón de ser, de haber considerado debidamente los fundamentos de la Filosofía a que nos venimos refiriendo. Con todo, aún podrían ponerse de acuerdo en la generación de la flema, la melancolía, la sangre y la cólera, aunque sus naturalezas no existan en ellos.

¿Cómo podría hacerse una cosa de otra, en efecto, si no existiesen ambas en potencia previamente unidas?

Entre las enfermedades de este género tenemos los cálculos, las arenillas de la vejiga de la orina, el sedimento y las viscosidades<sup>75</sup>, ninguna de las cuales preexiste en nuestra naturaleza, por lo que su presencia se explica difícilmente con la filosofía de los humores.

Si los cálculos, las arenillas, los sedimentos o las viscosidades, se producen en el hombre, no hay duda que es debido a que la substancia que las engendra existe ya en nosotros, pues si no existiera no habría razón para que esas enfermedades se produjesen.

Cuando esos autores han intentado explicar estos hechos fuera de los consabidos cuatro humores, han fracasado una y otra vez y sus postulados han sido tan débiles y vacilantes como lo son en todas las demás cosas, pues ese es verdaderamente su punto débil. Si en lugar de poetas hubiesen sido filósofos, anatómicos en vez de empíricos<sup>76</sup> y más amantes de la verdad que de la fantasía, habrían construido sin duda un edificio lógico y científico acerca de las enfermedades y de la condición y naturaleza humana, mucho más sólido que el falso y precario que nos han legado.

Sabed por el contrario que el cuerpo que engendra y produce las enfermedades de los cálculos, de las arenillas, de los sedimentos y de las viscosidades, es verdaderamente múltiple y que esas cuatro cosas representan los excrementos de las cuatro cosas naturales, presentes en todo alimento y bebidas que componen la nutrición del hombre.

La última existencia (**últimum esse**) de todas las cosas es una coagulación, cuya expresión es el cálculo. De donde se deduce que habrá que demostrar en primer lugar que la última materia de los excrementos está en los cálculos.

Veamos cómo: Sabemos por lo pronto que la putrefacción se encuentra en la materia última de los excrementos de los hombres (**ultimam materiam habent in putrefactione**) y que a la vez, la coagulación es la última materia de las cosas naturales (**Rerum naturalium stercora habent ultimam materiam in coagulatione**), cosas ambas que parecen oponerse entre sí. En realidad la digestión del hombre termina en sus emunctorios, en los que la misma fuerza de la putrefacción limpia (**excernitur**) y separa (**secedit**) y expulsa todos los detritus.

La fuerza expulsiva reside justamente en el excremento y no en la naturaleza o en la constitución del hombre, así como tampoco en las cosas naturales, las que sólo tienen la propiedad de coagular, de acuerdo a que sólo se alimentan de cosas semejantes.

Según este principio nutritivo todo lo que se resuelve en alimento tiene que estar previamente coagulado, razón por la cual todo aquello que no se digiere por la misma substancia que lo come, vuelve al estado de coagulación originaria. Esta resolución de la coagulación es doble: una, que no se coagula nunca, es el alimento; la otra,

---

<sup>75</sup> *Calculus, Arena, Bolus et Viscus*. Los términos en alemán son "Stein, Sand, Leim und Letten".

<sup>76</sup> "Canonistes", según Grillot de Givry.

coagulada, el excremento. Así aquí, lo mismo que en la naturaleza humana, todo lo que no es el hombre, es excremento.

Por eso son tantas las formas de resolución: cálculos, arenas, sedimentos y viscosidades, las que verdaderamente deben considerarse como las últimas materias del excremento que contienen los alimentos de las cosas naturales.

Esta última materia se explica de dos modos: uno es el que ella misma posee dentro del Macrocosmos y otro el que le condicionan las enfermedades del hombre, sobre cuyo motivo vamos a ocupar el contenido de este libro.

La última materia de las cosas que se forman por sí mismas (**quæ per se finit**) son las piedras de los ríos, que provienen del alimento de las aguas y las piedras de las montañas, que provienen de los alimentos de la tierra, ya que tanto el agua como la tierra necesitan alimentos.

El primer estado es el de una viscosidad arcillosa que se coagula en cuanto el cuerpo consigue expulsar la fuera de él (**extra**). Dicha viscosidad es violentamente rechazada (**exturbant**) por los cuatro Elementos, en tanto que aparece estimulada y favorecida por todo lo que crece espontáneamente (**vegetabilia res crescentes**).

Sabed también que todo lo que se endurece (**arescit**) contiene en sí mismo un excremento y que lo que se disgrega o separa (**secedit**) es un alimento privado accidentalmente del cuerpo. Los que trabajan con maderas saben obtener de ellas la resma<sup>77</sup>, los que separan hierbas conocen la elaboración del alabastro (**alabastrum**) y así sucesivamente.

Esas cosas son en realidad las últimas materias en que se resuelven los excrementos de las cosas naturales.

Por lo demás, ya hemos dicho en otro lugar que todo lo que arde contiene azufre, que todo lo que llega a reducirse a cenizas contiene sal y que todo lo que posee la propiedad fumante (**efumat**) contiene mercurio; de lo que resulta que cuando sus excrementos contienen las tres cosas, serán semejantes, en forma de cálculos consistentes y coagulados, sin arder, sin sal y sin manifestarse en estado fumante.

Ved, pues, cómo deberéis comprender esto: si la madera se hace ceniza y las cenizas sal y la sal piedra, el Artesano (**Mechanicus**) constituirá todo en el cuerpo, manifestando allí sus últimas materias.

¿Quién entre los profanos será capaz de ver aceite en la madera o agua en la piedra? Nadie sin duda. Nadie excepto el médico, el cual buscará a la inversa la madera en el aceite y la piedra en el agua. Lo que constituye la adopción de la más sutil Filosofía (**Philosophia adepta sagex**).

Habiendo comprendido pues los cuatro géneros de enfermedades del Tártaro; cálculos, arenillas, sedimentos y viscosidades, será necesario buscar todo ello en el

---

<sup>77</sup> Hemos traducido "resinas" por la palabra "Duelech" que aparece en el texto original alemán. Según los traductores y comentaristas latinos (Toxites, Dorn y Roch le Baillif) el "Duelech" sería una especie de tártaro que se encuentra en el hombre bajo la forma de piedra esponjosa, porosa o arenisca, capaz de determinar numerosos dolores y peligros. Van Helmont empleó el término "Duelech" en su tratado sobre la litiasis, aunque en otro sentido.

Sea como fuere y teniendo en cuenta el giro del lenguaje figurado de Paracelso en ese párrafo "referido a la madera", hemos creído que la idea de excrecencia rezumante vegetal podría referirse con mayor corrección, dentro de la afinidad de los significados, a la "resina".

cuerpo, es decir, en los alimentos que constituyen el cuerpo, ya que si entran en él, en él han de nacer, según el espíritu del artesano (**Machanicus**) de ese lugar, que semejantes cosas elabora (**faber**).

Por eso es justo llamar Tratado del Tártaro a este libro, dado que todas las últimas materias de las cosas nacientes, una vez que se separan del cuerpo, reciben ese nombre, con las diversas variantes que son los cálculos, las arenillas, los sedimentos o las viscosidades.

El modo como debe entenderse el Tártaro y la división de sus especies, será objeto de otro libro particular a continuación.

Hasta aquí hemos quedado que el Tártaro no es sino el excremento de las bebidas y comidas, coagulado por medio del espíritu del hombre. De ello resulta que si esos excrementos se disgregan, desperdiciando así su potencia expulsiva y quedan en el organismo, engendran el tártaro, según vamos a exponer a continuación.

Así pues el Tártaro es realmente bebido y comido por nosotros, quedando por ese mecanismo en el cuerpo, salvo si llega a mezclarse con nuestros excrementos, en cuyo caso se expulsa (**excernatur**) con ellos. De ahí que esto pueda provocar numerosas clases de enfermedades, no referidas por los médicos antiguos ni, hasta ahora, por los modernos, más en razón de su ignorancia o impericia que de verdadera mala voluntad o negligencia.

Veamos ahora cómo absorbemos (**assumamus**) el Tártaro que se encuentra en las verduras y legumbres, pues es notorio que su mucílago y las demás substancias espesas que de ellas resultan lo poseen en alto grado, como expresión de su sola última materia y de todo lo que es dulce.

De lo que podemos deducir ya la razón de por qué todas las cosas hervidas o cocidas en su propio mucílago son eficaces y beneficiosas en los enfermos de cálculos. La cocción en efecto desmenuza y quita el Tártaro, obligándolo a pasar a otros excrementos e impidiéndole que se adhiera o aglutine, como en caso contrario ocurriría.

Por eso el betún<sup>78</sup>, el mucílago viscoso, el gluten de las legumbres... etc., no son más que otras tantas substancias de excrementos retenidos en el cuerpo, en espera de transformarse (**vertitur**) en su última materia, esto es, en piedra o en arena.

Otro tanto ocurre con los lacticinios, los cuales dejan una materia terrosa (**bolaria**) de tipo arcilloso, constituida por Tártaro, que queda retenida, a menos que se mezcle y expulsa con los excrementos. Lo mismo puede decirse de las carnes y los pescados.

En cuanto a la naturaleza de los excrementos, debe saberse que los producidos por las legumbres son viscosos; y como tierra arcillosa en cambio (**bolarice**) los resultantes de pescados, carnes o lacticinios. Estas dos categorías de alimentos proporcionan en efecto dos clases de excrementos perfectamente definidas.

Sólo existen pues, el Tártaro de la tierra (**tartarum boli**) y el Tártaro viscoso (**tartarum visci**), cada uno con sus diversas especies, separadas entre sí lo mismo que

---

<sup>78</sup> Otras sinonimias: Barro bituminoso, Espuma del Mar Muerto, Betún de Judea, Humus arcilloso, Carbón fósil, Petróleo.

las carnes, las legumbres, las hierbas y los cereales (**frumenta**). Las coles, las raíces y los cereales deben incluirse dentro del grupo genérico de las legumbres.

De este modo, cuando el médico prescriba un régimen (**diæta**) cualquiera, deberá cuidar que todas esas clases de Tártaros se mezclen bien a los excrementos del ventrículo por medio de una ordenada putrefacción, a fin de no desperdiciar su potencia expulsiva<sup>79</sup>.

Ningún otro mecanismo puede explicar la preparación del régimen y de la dieta en general, especialmente en las enfermedades provocadas por el Tártaro, sobre las que la abstinencia completa carece de verdadera acción.

En el vino, en el agua y en todo lo que comprendemos como bebida existen también dos excrementos. Por lo pronto es necesario saber que todas las bebidas preparadas con los jugos de las frutas de los árboles, como la sidra de las peras o de las manzanas, son comparables al vino y agua. La cerveza en cambio, así como las bebidas extraídas de las legumbres, poseen las dos clases de Tártaros y llevan en ellas su propia corrección. De este modo su paso por el cuerpo se hace muy rápidamente, lo que en el fondo constituye un gran beneficio, tanto mayor cuanto menor sea la digestión que provoquen. Las digestiones intensas y laboriosas favorecen en efecto la formación de cálculos, en tanto que las digestiones ligeras los evitan. Asimismo, las digestiones vigorosas y cálidas, tampoco dejan residuo alguno.

Por eso, el que el Tártaro aparezca en un punto u otro del cuerpo del hombre, se debe a la distinta energía, intensidad o suavidad de sus digestiones y de cómo se realizan en sus miembros la separación de sus principios nutritivos.

Sabed finalmente que, como hemos apuntado antes, existen en estas enfermedades dos clases de Tártaros, cuyos nombres varían según la naturaleza y condición de cada país. Por eso ocurre que a veces las medicinas son distintas o no actúan de la misma manera en unos lugares que en otros, y esto, tanto en lo que se refiere a los Tártaros como a los países, lo que indudablemente se debe a la multiplicidad de vinos y de aguas que se producen en las distintas regiones<sup>80</sup>.

Observad ahora que el Tártaro que se engendra en el agua y en el vino produce una piedra viscosa (**lapis viscosus**) que a veces, aislándose, queda adherida a los vasos. Esto se debe seguramente a que las bebidas contienen demasiada cantidad de excrementos y que son al mismo tiempo demasiado débiles para elaborarlos debidamente. Lo que explica a su vez que este fenómeno no se produzca en los alimentos sólidos (**in esilibus**).

De los Tártaros a que nos venimos refiriendo, existe uno en el agua y otro en el vino, siendo diferentes sus últimas materias en cada caso.

Si aquí se engendra un cálculo y allí una arenilla solamente, ello se debe a la diversa naturaleza y condición de cada región. Así, en unos casos el cálculo es

---

<sup>79</sup> He aquí cómo el concepto moderno sobre el equilibrio de las fermentaciones y las putrefacciones intestinales, como modificadoras del proceso de la absorción y de la consistencia y calidad del excremento, que constituyó una de las innovaciones más resonantes y revolucionarias en los conceptos de la nueva dietética paidológica de la escuela alemana —especialmente desde Finkelstein— está ya entrevisto de una manera genial por Paracelso, casi 350 años antes.

<sup>80</sup> Paracelso funda aquí las primeras ideas de Crenología racional

rechazado hacia el excremento y no las arenillas, en tanto que otras veces se expulsan las arenillas y se retienen los cálculos, ora en un sitio ora en otro. Lo cierto es que el Tártaro, no obstante la diversidad de naturalezas y generaciones, está presente en todos los hombres.

El Tártaro está en efecto en el vino, en el agua y en la savia de los árboles, plantas y legumbres.

Según esto será imposible hallar un sólo hombre que a despecho de la calidad de sus digestiones no esté afectado o cargado de Tártaro en alguna parte de su organismo. Lo que, naturalmente, debe considerarse con el mayor detenimiento. Otro tanto debe establecerse a propósito del mecanismo de la coagulación, de la induración de la forma, especie. . . etc., es decir, que todas ellas se engendran según la condición de cada lugar, alimento o bebida.

Un suizo, por ejemplo, puede enfermar de cálculos en Nuremberg o en Westerburgo debido a las legumbres o a los cereales de esos países. Recíprocamente un natural de esas ciudades puede sufrir de cálculos al alimentarse con los lacticinios de Suiza. Lo que resulta igualmente cierto para los bávaros, suabos, alsacianos o franceses.

También cuando un extranjero viaja sucesivamente por Portugal, Inglaterra y Suecia y acaba fijando su residencia en Alemania<sup>81</sup>, puede ocurrirle que con el tiempo y la influencia de todos estos cambios se le desprenda el cálculo que había tenido escondido durante largos años<sup>82</sup>.

Con esto terminaré este Tratado en el que he definido los mecanismos por los cuales recibimos (**assumamus**) el Tártaro del exterior, el que no es en ningún caso un producto espontáneo de nuestro cuerpo. No es de extrañar que los médicos que han pretendido explicar la generación del Tártaro de otro modo hayan permanecido en la más absoluta ignorancia. No basta en efecto con decir que la tierra engendra los árboles y las hierbas, sino que es preciso explicar cómo y por qué se produce semejante cosa. El aldeano sabe perfectamente bien lo primero, pero el médico debe saber algo más.

No se puede en efecto hablar de la coagulación sin saber en qué consiste, ni referirse al calor de las digestiones sin conocer el mecanismo por el cual se deposita el Tártaro y se produce el cálculo.

Obrar de otro modo no probará más que la estupidez o la ignorancia de esos malos médicos, tal como reiteradamente se complacen en demostrarla en una y otra ocasión.

Pero verdaderamente creo que detenerme más en estas bagatelas, a las que sin embargo se ha dado por algunos tanta importancia, no es más que una lamentable pérdida de tiempo.

---

<sup>81</sup> Probable alusión a los viajes de Paracelso.

<sup>82</sup> En esta notable observación se establece por primera vez el principio de que el "síntoma" inicial puede ser una manifestación o expresión tardía de una enfermedad en estado de latencia, existente desde tiempo atrás. Los "funcionalistas" contemporáneos han llegado a definir esta vieja e importante observación, diciendo que lo orgánico representa el fin, y sólo rara vez el principio, de un ciclo patológico; y que la lesión no es sino el cadáver de una función perturbada.

## Capítulo segundo (Del Tártaro del estómago y de los intestinos)

Habiendo demostrado que el alimento de las plantas y de las cosas naturales proviene de las piedras disueltas que contiene, sucesivamente coaguladas, es preciso ahora que digamos que todo lo que las piedras producen, como demuestra la filosofía (por más que no corresponde analizar esto aquí desde ese punto de vista), degenera nuevamente al estado de piedra cuando el calor de las digestiones se hace demasiado rápido y sutil. En esas circunstancias las cosas no se forman; sencillamente se separan. La digestión no puede en efecto hacer la piedra en tanto no es piedra ella misma, pero sí puede separarla donde se encuentra, ya sea en los alimentos o en los excrementos, por medio del Espíritu de la Sal que reside en ellos.

De este modo unos se resuelven en Tártaro salino y en cenizas y otros en otras piedras, de formas y causas exteriores, como vamos a explicar más claramente a continuación.

Retened pues que lo que coagula y forma los Tártaros es justamente el Espíritu de la Sal, cuya coagulación y formación dirige según los lugares desde donde actúa en cada caso y que pueden ser todos los del cuerpo. Otro tanto puede admitirse teóricamente respecto a los Espíritus del Azufre y del Mercurio, por más que ninguno de ellos actúa sobre los excrementos y las enfermedades del Tártaro, a las que no dan ni quitan nada.

Sólo el Espíritu de la Sal puede realizar esto y ello justamente porque posee la materia de la piedra, sobre la que actúa como el calor del Sol, desecando todos los mucílago y viscosidades. Nada que no posea el Espíritu de la Sal puede transformar en piedra las materias lapidarias, ni ninguna de dichas sustancias podrá tampoco encontrarse en su última materia, esto es, en estado de piedra, sin la presencia de dicho Espíritu, como podemos comprobar a cada paso en los alimentos.

Únicamente el ventrículo del hombre puede reducir la digestión a sus últimas materias, mejor que cualquier otro calor o que cualquier otro fuego.

Esto ha sido la causa de que se hayan cometido no pocos errores en la naturaleza vulcánica y que frecuentemente sus últimas materias no hayan sido reducidas como es debido.

Cuando las cosas entran en putrefacción de modo irregular, y no a través de la vía de su última materia, hay que pensar que ello se debe al Espíritu de la Sal y no al simple calor del cuerpo, lo que, en definitiva, sólo puede ser explicado por el filósofo y no por el médico.

Dejaremos pues estas delicadas cuestiones al dominio de la Filosofía y pasaremos a ocuparnos del modo cómo se realiza la separación de las cosas y, en ellas, de las diversas clases de Tártaro y de cómo se reducen por medio del Espíritu de la Sal. Sabemos en principio, que nuestra boca recibe todo lo que comemos o bebemos, no obstante lo cual, su papel se reduce al de un pasaje por un simple embudo (**infundíbulum**) a través del cual pasa todo hacia el reservorio colocado debajo a continuación. Con todo, este tránsito por la boca no es completamente inerte (**inanis**),

dado que la boca, que posee una parte del calor de la digestión —aunque no de la complejión ni de los humores ni Elementos— retiene ya una clase de Tártaro.

La fuerza del calor de la digestión bucal es diferente, por más que la finalidad del otro calor sea más amplia y poderosa.

Por eso, aunque sea perfectamente posible que lo que ingerimos en la boca se digiera como si estuviera en el ventrículo, su calidad es algo diferente. Por lo pronto podemos guardar en la boca una parte de los alimentos, sustrayéndolos así a la absorción del ventrículo, excepto en la parte que ya haya sufrido la digestión bucal. Lo que ocurre es que comer por el estómago da un alimento grosero, en tanto que comer por la boca procura un alimento noble, al extremo que sólo los que comen por el estómago tienen evacuaciones verdaderas por el ano. Los que comen por la boca sólo orinan (**mingunt**) sin llegar propiamente a evacuar excrementos sólidos (**non cacant**).

Esta es la razón y el mecanismo por los que muchos santos alcanzaron a subvenir a su sustento, ante el asombro de los hombres que, al no verlos defecar nunca, llegaron a creer que podían vivir sin comer.

La digestión bucal es suficiente pues para asegurar la nutrición del cuerpo. Así, cuando la boca digiere, llega a separar el excremento natural con su propio poder, haciéndolo pasar o bien dejándolo adherido y aglutinado en los dientes<sup>83</sup>. Las demás partes de la boca; garganta, lengua, campanilla, encías. .. etc., son demasiado húmedas y escurridizas (**glabriosos**) para que nada pueda adherirse a ellas de manera perdurable.

De este modo puede desarrollarse el Tártaro detenido en los dientes y depositado allí, no tanto por las bebidas como por los alimentos sólidos, según su diversa naturaleza y condición. Además de esto el Tártaro podría depositarse en todas sus especies si la boca, por alguna circunstancia extraña, poseyera algún hueco o cavidad permanente.

A esta primera separación bucal del excremento natural que queda adherido a los dientes, corresponden las putrefacciones de las encías, las caries, los dolores de muelas y otros semejantes, debido a la naturaleza acre (**acrimonia**) del Tártaro.

Las irritaciones y paroxismos que el Tártaro provoca en los dientes son así comparables con la irritación que dan los cálculos formados y detenidos en los vasos, según vamos a ver en un capítulo especial.

Lo que la boca deja pasar es conducido a la entrada del estómago, donde se realiza una segunda digestión, parecida a la primera y distinta de la que luego ha de continuar en el fondo del ventrículo. Esa digestión de la boca del estómago (**in ore stomachi**) provoca allí mismo la adherencia de tanto Tártaro como el que queda entre los dientes. Esto da lugar a enfermedades especiales como el calor de la garganta (**ardor gulæ**), la sequedad del diafragma (**angustia diaphragmatis**) y otras complejiones, dolores y paroxismos, semejantes estos últimos a los determinados por los cálculos.

Aparte de esto existe otro Tártaro que sale de los alimentos contenidos en el ventrículo en forma de humo o vapor, por un mecanismo semejante al de la destilación del vino. Ese Tártaro, de especial sutilidad, se eleva y separa del resto, dado que no corresponde al verdadero mecanismo de separación de la última materia del

---

<sup>83</sup> He aquí otra concepción profética y extraordinaria de Paracelso: la de la sepsis bucal, o sea la de los focos de infección de los dientes, que los norteamericanos creen haber descubierto (!) hace apenas 30 años.

excremento. Si a pesar de esto llega a actuar en este momento otra verdadera industria, como la que separa el aguardiente o espíritu de vino, el Tártaro se desecará de nuevo, engendrándose así en el excremento.

Por eso, cuando en el ventrículo se produce una ebullición y una separación y elevación del Tártaro, aumenta la acritud, ya que es sabido que todo lo que se digiere en estado de destilación adquiere una naturaleza más aguda.

Como veis el dolor de la garganta y del orificio del ventrículo proviene de numerosas causas, ya sea del Tártaro salino, calcinado o alcalinizado. Cuando la naturaleza fabrica estas cosas surgen los dolores de las quemaduras y ebulliciones, como por ejemplo, la de la cal en contacto del agua, que a veces se produce también a la entrada del estómago por acción de los alimentos, de las bebidas o de la Sal y que deben ser estuchadas con todo detenimiento.

La ingestión de alimentos o de bebidas, el calor del ejercicio y el enfriamiento, pueden provocar los paroxismos de todas las especies del Tártaro y de cálculos, según su distinta naturaleza y condición y el medio como hayan sido introducidos en el ventrículo.

A la entrada del estómago se encuentran efectivamente a menudo Tártaros y cálculos de todas clases y formas, que producen dolores parecidos a los que provoca la bilis.

Los Avicenistas y Galenistas en estos casos, incapaces de reducirlos, se limitaban a purgarlos o a intentar extraerlos. Esto es una conducta errónea. El Tártaro adhiere a los cálculos haciendo bolas y conglomerados parecidos a los de los dientes y no resultando sólo de los sedimentos naturales. Los cálculos y Tártaros así elaborados acaban debilitando la potencia del ventrículo, alterándolo y enfermándolo, lo que determina diversos dolores que más adelante estudiaremos en especial.

Entre otras cosas, estas piedras de Tártaro llegan a obstruir el conducto gastrointestinal, impidiendo la emisión de las heces. Con esto me propongo explicar y hacer conocer algo que la ignorancia ha tenido oculto durante largo tiempo.

Uno de los mayores errores de los antiguos consistió en dar purgas una y otra vez sin que hubiera necesidad de ello y sin que, por supuesto, se consiguiera expulsar a los humores y viscosidades adheridos al ventrículo. Claro es que esto no sólo era inútil siempre, sino que muchas veces resultaba además positivamente perjudicial, dado que las purgas no eliminan el Tártaro. No puede ser criticable que escribamos e indiquemos pues todo lo que debe saberse sobre el particular, ya que, excepción hecha del proceso de la trasmutación del Tártaro calcinado en arena, nada podía interpretarse hasta ahora acerca de estos fenómenos que no acabase en pura pérdida.

Lo mismo que el Espíritu de la Sal coagula todas las numerosas especies de Tártaro, adhiriéndolo a las paredes del ventrículo, podéis observar que el ardor, la plenitud, el hervor (**exoestuatio**) y otras enfermedades, se comportan como si una masa yaciese allí como una piedra de molino, o un fuego, o un trozo de leña: todas ellas en efecto provienen del Tártaro; razón por la cual os digo que todas las reglas y preceptos de los antiguos han periclitado; los tales, ni entonces ni hoy comprendieron ni conocieron el proceso de la reducción del Tártaro. Por eso resulta indigno y vergonzoso que persistan en esas ideas y que sigan matando (**jugulant**) a los enfermos con sus

prescripciones (**recepta**) desde el comienzo del Mundo. Su sabiduría no da más de sí. Por todo lo cual os aconsejo que no les prestéis más atención y que los abandonéis.

A los efectos de aclarar vuestra comprensión quiero deciros que sólo existen dos vías o mecanismos distintos en la producción del Tártaro: la bebida y la comida.

El Tártaro resultante de las comidas va a los intestinos, de donde es expulsado por el vientre, en tanto que el aportado por las bebidas pasa al hígado y de allí a la vejiga de la orina por donde se elimina. Uno y otro deben ser estudiados y conocidos con el mayor cuidado.

Si recordáis ahora lo que hemos dicho anteriormente acerca de la formación de Tártaro en las encías, en el orificio de entrada del estómago y en la misma cavidad del ventrículo, convendréis en que sus enfermedades tienen ciertas afinidades, bien diferentes de las que caracterizan al otro grupo del que vamos a ocuparnos ahora.

Resulta que los Tártaros de las citadas localizaciones forman una sola mixtura, a pesar de lo cual siempre se disuelven mejor cuando provienen de los alimentos sólidos que cuando han sido depositados por las bebidas, lo que puede hacerse extensivo por supuesto, a los cálculos de uno y otro origen, cuyas propiedades conjuntas difieren notoriamente de las de los demás cálculos y Tártaros. Estas diferencias deben ser observadas especialmente cuando consideremos los correspondientes tratamientos, sobre todo teniendo en cuenta que la coagulación que determina el Espíritu de la Sal en estos detritus es tanto más dura, compacta y consistente cuanto más lejos se encuentren de la boca, dentro del tracto gastrointestinal.

La fuerza y la capacidad de penetración (**pervadit**) y precipitación de los Tártaros aumenta a medida que son sometidos a mayores y más prolongadas destilaciones. Por eso el Tártaro de la boca es el que más pronto, mejor y con mayor facilidad se disuelve. En segundo grado se obtiene esto con el de la entrada del estómago: el del fondo del ventrículo es ya más difícil y pertinaz; y todavía más el de los intestinos. Los más rebeldes de todos, sin embargo, son los que se depositan en el hígado, en los riñones y en la vejiga de la orina.

De ello se deduce la separación lógica que debemos establecer ulteriormente para estas dos vías —intestinal y urinaria— en todo cuanto concierne al estudio de sus condiciones y naturalezas respectivas.

Por lo demás, resulta verdaderamente sorprendente que nada de esto haya sido representado ni explicado nunca por los que nos han precedido. Y es de lamentar pues ello indudablemente hubiera dado una ocupación y un provecho mayor que el que lograron Galeno, Rasis y Avicena con sus naderías, con tanto orgullo e insolencia alabadas por sus sectarios y comentaristas.

Quedamos pues en que la fuerza que ha de separar lo podrido de lo que no lo está reside en el ventrículo y que todos los alimentos poseen un excremento doble, uno de las cosas que se comen y otro de las que se beben. Con esto quiero deciros que existen muchos alimentos que son bebida al mismo tiempo y bebidas que son a su vez alimentos sólidos, por lo que generarán un Tártaro y no dos, bien que dividido en diversas especies, según su naturaleza propia.

Por lo demás, el que el Tártaro provenga de las bebidas en mayor proporción que de los alimentos sólidos, no pasa de ser una conjetura ciertamente probable aunque no

demostrada en forma definitiva. Otro tanto podemos decir de la vía por la que puede llegarnos el Tártaro de las bebidas, es decir de los líquidos sólo o de los líquidos que los alimentos sólidos contienen.

Veamos cómo se cumple esta regla general en los intestinos. Sabemos que aunque todo excremento sale del ventrículo, permanece antes durante mucho tiempo en él, aglutinándose ya allí y suscitando diversas y numerosas enfermedades, como el cólico, la disentería, los retortijones y dolores de vientre, tanto superiores como inferiores; las obstrucciones, los flujos y otras semejantes.

Por su parte, el Tártaro entra en paroxismo al ponerse en contacto con la vejiga de la orina, lo que quiere decir que el cálculo provoca dolores en el lugar preciso que le corresponde<sup>84</sup>. Todos estos dolores, espasmos y tenesmos se reproducen en los intestinos con los dolores de vientre, los que, a diferencia de los producidos en la vejiga de la orina, provocan contracturas en los miembros inferiores, en el cuerpo por debajo de la cintura y un poco también en todos los miembros, ya que el Tártaro no sólo se difunde hacia arriba y hacia abajo sino en todas direcciones. Por eso deberá considerarse con la mayor atención el origen del cólico, a lo que dedicaremos un capítulo especial.

Los antiguos cometieron un grosero error al describir esta enfermedad. Lo cierto es que a veces el Tártaro, durante una fase de estreñimiento, empieza a adherirse a las paredes del intestino lo mismo que hace el Tártaro del vino en las paredes de los grandes toneles, quedando allí y depositándose y aumentando en espesor, sin que haya purga, jarabe o enema que pueda expulsarlo ni llevar socorro al organismo que lo padezca. Con el tiempo esa coagulación va aumentando en longitud y espesor al punto de formar una verdadera piedra, tan voluminosa que llega a obstruir el ciego, lugar donde se desarrolla preferentemente

Este crecimiento y proliferación se realiza de modo semejante en el agua, en la que hay también numerosas especies de Tártaro, como la cal, los cálculos esponjosos (**thophi**), rugosos (**asper**), lisos (**glaber**), salinos, mercuriales, aluminosos... etc., todos los cuales dan lugar a otras tantas especies de cólicos.

Con todo, debéis cuidar de no confundir el Tártaro con el cólera, con el dolor de las entrañas o con las ventosidades, pues esto constituye un grave error. En esta sorprendente equivocación han caído y siguen cayendo muchos médicos franceses e italianos, especialmente en Montpellier, Salerno y París<sup>85</sup>, donde se han dedicado a disputar entre sí la posesión de la palma de la verdad, al tiempo que proyectan sobre los demás su más soberano desprecio. Debo deciros que ninguno de ellos sabe nada y que sólo son capaces de traducir su arte en palabras vacías y en artificiosos prestigios, lo que no pasa de ser pura charlatanería. Según esto no tienen el menor inconveniente en dar purgas y enemas una y otra vez hasta la muerte —**usque ad mortem**, dicen ellos— considerando que el enfermo ha estado perfectamente tratado así.

Se precian de poseer y emplear las más grandes anatomías y entretanto ni siquiera han visto que el Tártaro adhiere a los dientes, para no hablar de cosas más

---

<sup>84</sup> ¿No es este el principio de la proyección cutánea de los dolores viscerales, que tan brillantemente desarrolló Head siglos después?

<sup>85</sup> Se refiere a las tres primeras escuelas de Medicina oficiales de Europa.

graves. Sin duda tienen tan buena vista que no necesitan anteojos sobre su nariz (**Dorffen keins spiegels an der nasen**).

¿Cómo podríais dejar de aprovechar hasta el menor elemento en el conocimiento de la anatomía o en el ejercicio de vuestra perspicacia?

Los médicos no deben ser meras copias de los pájaros de los bosques y limitarse a disecar cadáveres de ladrones y criminales, ni tampoco, como una nueva especie de locos, ir a descansar sabiendo cada vez un poco menos, luego de haber examinado y revuelto todo, asfixiados entre excrementos y cuerpos insepultos.

Os digo y repito la verdad está a la cabecera de los enfermos, hacia la que deberéis encaminar vuestros pasos una y otra vez ya que allí aprenderéis más que en parte alguna.

### Capítulo tercero

(De los cálculos del hígado, de los riñones y del intestino)

En este discurso vamos a ocuparnos del otro modo como se forman los cálculos que provienen del excremento de la orina.

Ocurre en efecto que cuando los alimentos y bebidas llegan a purificarse de excrementos pasan del ventrículo al hígado a través de las venas y vías del mesenterio (**in venis mesaraicis**). En estos lugares, fuera del ventrículo, se engendra la orina, que queda separada así del alimento puro, el cual es atraído en esa forma hacia el hígado. Esto os permitirá observar que el hígado sólo atrae aquello que le pertenece, es decir, lo verdaderamente alimenticio, pasando todos los restos superfluos a las vías urinarias.

El modo como se realiza este proceso es semejante al que conduce a la formación de la lluvia, según nos informa la Ciencia Meteorológica, sólo que aquí, en vez de las grandes cantidades de agua simultáneas, la generación se produce gota a gota (**guttalis generatio**), lo que es válido tanto para lo que se refiere a la orina como en lo concerniente a los principios de la materia nutritiva del hígado. En dichas circunstancias el alimento, que hasta ese punto estaba mezclado a la orina, se separa de ella, quedando sola la orina, la que luego y merced a su propia virtud expulsiva, se dirigirá hacia la vejiga y últimamente al exterior.

De momento vamos a diferir el estudio de los alimentos hasta el tratado que especialmente les dedicamos y vamos a hablar aquí del Tártaro de la orina.

El Tártaro preparado fuera del ventrículo atraviesa sus pasajes (**meatus**) particulares y va poco a poco adhiriéndose a ellos y obstruyéndolos, dando lugar de ese modo a oclusiones y heridas pequeñas (**punctiones**) que algunos han atribuido falsamente a la sangre o a otros humores. El ardor de la orina y el cólico intestinal son pues de la misma naturaleza que la quemazón del esófago (**Magenmund**) que, según hemos referido, es debida a la retención del Tártaro a la entrada del estómago.

Cuando los depósitos de Tártaro (**collectio**) alcanzan gran volumen pueden llegar a impedir el paso de los alimentos, que quedan así en el ventrículo, dando lugar a vómitos, inapetencia y sensación de asco, debilidad, astenia de todos los miembros (**phthisis membrorum**) y finalmente paroxismos o crisis sobre los cálculos.

Con esto, el paroxismo del cálculo, al igual que la erisipela determina fiebre y escalofríos, lo mismo que la peste, la pleuresía y otras tantas enfermedades de naturaleza semejante.

Cuando la materia nutritiva y la orina se encuentran en un pasaje (**transitus**) determinado de los que van hacia sus vías propias, ocurre que el alimento es atraído hacia ese pasaje, con lo que la orina, comprimida en las venas, llega antes al hígado, donde permanece, a menos que su difusión se haga rápidamente o que el calor de la digestión sea muy seco o toda ella demasiado rápida.

En conjunto este mecanismo de retención recuerda al de la desecación provocada por el Sol, con la única diferencia que en vez de Tártaro encontramos en esos casos el Espíritu de la Sal Este mismo concurre entonces y coagula una especie de Tártaro, en la que queda constituida la primera materia.

La obstrucción de estas venas y meatos engendra pues diversas enfermedades del hígado. Igualmente en la vejiga estas enfermedades trabajan (**operentur**) royendo, excavando (**excaven**) y produciendo numerosos dolores y trastornos.

De todos modos las enfermedades del hígado siguen siendo las más importantes por ser el hígado un miembro de gran nobleza que sirve, ayuda e influye en casi todos los demás.

Cuando el hígado resulta atacado o dañado, nunca da lugar a un daño mínimo o sencillo sino muy grande y múltiple, cuyas muestras más conocidas son la hidrartrosis, la fiebre hepática, la enfermedad de la víscera (**hepatitis**), así como muchas otras y en particular las erisipelas, como explicaremos en los correspondientes capítulos especiales.

En beneficio de la autoridad y prestigio de la clase médica hubiera sido preferible que algunos profesionales se hubieran quitado los anteojos de las narices (**perspecillum nasum**)<sup>86</sup> y considerasen al Tártaro y no al hígado en sí, como la verdadera causa de estas enfermedades. Nada podrá confirmar en efecto que la hidropesía provenga de un hígado limpio (de Tártaro) como esos médicos parlotean incesantemente. ¡Tremenda desgracia la de tanto Doctor, Señor, Maestro y Bachiller de tantas y tan altas escuelas, cegados por tan rebeldes cataratas! En verdad os digo que me sorprende su audacia y obstinación y el modo como adornan sus trajes con bonetes y tiaras rojas, tanto más que estando tan ciegos y cubiertos de ostentación, resulta difícil encontrar nada en el lugar que correspondería a su cabeza.

Hemos visto pues que la orina se dirige (**pervadens**) del hígado a los riñones y a la vejiga a través de unas vías propias y particulares en las que la orina permanece aún cruda y sin madurar. Este proceso se va produciendo poco a poco y alcanza su realización en la vejiga, donde la orina se cuece, clarifica y complementa, a la vez que logra su máxima sutilidad y maduración.

Lo mismo ocurre por otra parte con los demás excrementos, cuya desecación (**resiccata**) no se consuma como es debido hasta que llegan a los intestinos y sobre todo

---

<sup>86</sup> Literalmente en latín: "pequeño espejo nasal". El sentido de esta frase se refiere indudablemente al propósito de Paracelso de burlarse de los médicos solemnes y vacíos, toda cuya ciencia y jerarquía residía en la ampulosa y altanera prestancia con que miraban a través de los vidrios de sus anteojos. Entonces como ahora, esa sucinta sabiduría no les ha impedido por supuesto usufructuar las mejores cátedras y prebendas oficiales.

al ciego (**monoculum**), en donde la pérdida de agua (**exsiccatio**) engendra en ellos la virtud expulsiva, inversamente a lo que ocurre con la orina. Así los intestinos no toman ningún alimento de las bebidas sino que los atraen hacia las partes y lugares adecuados.

Podríamos comparar esto a las peras, que, aunque florezcan en primavera, sólo maduran en el otoño y nunca antes.

Sabed que en estas vías que van del hígado a los emuntorios se producen diversas clases de Tártaros, de mucha mayor vehemencia, poder y acritud que los que engendra el ventrículo, el mesenterio o el mismo hígado.

Por otra parte el tártaro urinario es tanto más duro y áspero cuanto más limpia y pura aparece la orina a nuestro examen. De lo cual y en cuyo caso se producen los escalofríos, las placas (**tabulæ**), exfoliaciones, arenillas, cálculos y otros semejantes, con lo que la orina aparece contaminada.

De este modo muchas erisipelas, flemones, abscesos (**apostemata**) y ulceraciones llegan a aparecer en las regiones tumbares (**in lumbis**) a pesar de que por su especial naturaleza no lleguen a conocerse y percibirse directamente

Estos hechos han obligado a considerar el Tártaro con todo detenimiento dentro de la anatomía general del hombre.

En verdad os digo que no basta tener buena vista si se ha de mirar torpemente. Médicos hay, en efecto, que apenas se comportan como lo haría una vaca delante de un obispo y que ante un excremento se limitan a decir tímidamente: “Esto posee cierta viscosidad” o bien: “Esto parece creta roja”.

Declararemos ahora, de acuerdo con la Filosofía y la Anatomía, que los riñones no se nutren con la orina sino de un modo especial que más adelante detallaremos. La orina se limita a lavar y limpiar los riñones de sus impurezas viniendo a ser como el bálsamo que los preserva de toda corrupción. Por eso hemos decidido ocuparnos aquí de la orina y no de la naturaleza o condición de los riñones.

Sólo cuando la orina alcanza (**ascendit**) su máxima clarificación toma ese color rojo de otoño, característico de su madurez. Aparte de esto existen en la concavidad de los riñones determinados espacios en los que puede adherirse el Tártaro con la misma facilidad con que lo hace en el interior de los toneles de vino, especialmente en aquellos casos en que el Tártaro se acompaña del Espíritu de la Sal o que el mismo se separa de su excremento, es decir, de la orina.

En esos casos y según la propiedad local de cada riñón, se produce el Tártaro foliáceo (**foliaceus tartarus**), el arenoso (**arenosus tartarus**) o el calculoso. Sobre esto tenemos numerosos ejemplos en la Filosofía.

Así, cuando alguien bebe de un agua que posee la propiedad de engendrar piedras y ocurre la separación de algún Tártaro de su correspondiente excrementos es frecuente que sobrevenga (**superveniat**) el Espíritu de la Sal, engendrándose directamente el cálculo y no las formas intermedias, foliáceas o arenosas.

A veces sin embargo el cálculo se une al sedimento y a los detritus o bien se separa de ellos, dejando al riñón en seco y acabando por producir la muerte al adherir y obstruir toda su cavidad.

Esta lapidificación puede realizarse también según la distinta naturaleza del agua y la consiguiente sensibilidad del Tártaro. Así, cuando el agua produce piedras grandes

y rugosas (**asper**), el Tártaro las produce igualmente. Y cuando el Tártaro se impregna (**imbibit**) de los colores de la orina y de los jugos renales, provocando con ello dolores de diversa intensidad, puede ocurrir que esos colores persistan luego en el cálculo, dando lugar a los tártaros grises (**cœruleus**), rojos, marrones o amarillos (**flavus**). En cambio no veremos nunca el tártaro verde, negro o azul (**cyaneus**), ya que estos colores se destruyen y separan en el orificio del estómago, donde están destinados a perecer, aparte de lo cual son verdaderamente raros y poco frecuentes.

Según pues los hábitos de cada región y la clase de los alimentos y bebidas podremos encontrar las formas, géneros y paroxismos del Tártaro en todas las vías en que puede depositarse o hallarse preconcebido.

Con esto la orina llega (**provehitur**) a la vejiga de tal modo que puede engendrar allí, y en tanto no es expulsada, diversos sedimentos de granos, polvos y arenillas, al adherir a las rugosidades, pliegues y tabicamientos de sus paredes (de las paredes de la vejiga).

Sabed sin embargo que la forma arenosa proviene exclusivamente de la naturaleza de la región, es decir, de la naturaleza de sus alimentos y bebidas.

Por eso es fácil, examinando los géneros de piedras o arenas de cada región determinar el origen y composición de los cálculos o arenas de los riñones, cuya coagulación se hará entonces solamente en función del Espíritu de la Sal que existe en ellos.

Conviene que sepáis ahora que hay casos en que pueden producirse simultáneamente varias piedras, por igual razón por la que, en ocasiones nacen dos o más criaturas a la vez, ya que la misma materia y la misma semejanza están presentes en una y otra naturaleza. La misma corteza puede cubrir efectivamente a dos semillas distintas, como vemos a veces con los huevos de doble yema o con las almendras o nueces dobles que encontramos bajo una misma cáscara. Todo lo cual puede reproducirse en la piedra exactamente como si ambas cosas correspondieran a una misma semilla. Así, cuando al romperse parecen separarse, siempre quedan unidas de algún modo, tomando la viscosidad del Tártaro que acaba depositándose en diferentes proporciones.

Acerca del tamaño, forma y similitud nada puede preverse ni prejuizarse, pues todas estas propiedades resultan de circunstancias meramente accidentales (**accidens**). Así, cuando observéis dos cálculos en la vejiga debéis saber que no han engendrados de manera sucesiva sino simultánea, lo mismo que podríamos decir de dos criaturas mellizas. Lo que ocurre es que, de acuerdo con la regla común de la arena y de las piedras, su generación se hace sucesivamente, por más que hayan sido engendrados al mismo tiempo.

Con esto creemos haber hablado suficientemente sobre la generación y formación del Tártaro en las vías urinarias. Y aunque hayamos sido breves en este desempeño, consideramos haber esbozado todos los capítulos, cuyos diferentes géneros y especies serán ampliados y explicados más adelante en particular.

Referente a las vías, nos hemos ocupado de las que se dirigen desde la boca al estómago y de allí al ano, las del ventrículo al hígado y las de los riñones a la vejiga.

Asimismo hemos establecido la distinción entre la orina, el excremento de los intestinos y el de la boca y de la entrada del estómago. Nada pues ha sido descuidado ni omitido.

Aparte de esto, aún queda otro Tártaro que debo haceros conocer y que se deposita en los miembros principales, entorpeciéndolos y agotándolos. Este Tártaro conduce a enfermedades especiales por causas y materias propias y es una especie de Tártaro errante (**peregrinus**), distinto de todos los enumerados y que puede producirse espontáneamente en cualquiera de dichos miembros.

Su causa está también en los alimentos, a pesar de lo cual no se comporta como un excremento, ya que, como hemos indicado, posee vías diferentes. Razón por la cual permanece separado de los otros en todo momento, en sus miembros especiales, según el género que le corresponde.

Ya hemos dicho antes, a propósito del tratamiento (**de curatione**) que los cálculos deben eliminarse (**expellendi**) por reducción, ya que sólo podemos romper, disgregar y extraer (**scindi**) los situados en las vías genitales (**in solis pudendis**); por lo que os digo que el verdadero arte está justamente en la preparación de las cosas que reducen y no en las que transmutan o precipitan, acerca de cuya aplicación o tratamiento hablaremos en otro lugar. Aquí diremos aún que es frecuente ver aparecer y crecer un nuevo cálculo en el sitio de donde algún tiempo atrás habíamos extirpado (**elidatur**) otro. Ni más ni menos que cuando un niño nace después de otro en una misma matriz. Mecanismo y resultado que puede ser repetido una y muchas veces más.

Concluiremos con esto diciendo que el Tártaro es una enfermedad extraña y exterior, cuya esencia está contenida en todas las cosas que nacen y crecen de los jugos de la tierra. De estos jugos se engendran el **bolus**, **lapis**, **viscus et arena**<sup>87</sup>, todos los cuales existen en las legumbres, cereales (**frumenta**), hierbas (**olus**). . . etc., así como en el vino, en el agua y en la carne, de donde descienden a nuestro cuerpo y a nuestros miembros.

Diremos finalmente que para evitar su aglutinación y adherencia no tenemos nada mejor que tomar manteca y aceite de olivas en abundancia, según nos enseña el testimonio de su naturaleza.

#### Capítulo cuarto

(Del Tártaro que se encuentra en otros órganos  
y partes del cuerpo)

Veamos ahora como se produce y retiene el Tártaro en los demás miembros, especialmente en los pulmones, vejiga de la hiel, corazón, bazo, cerebro y riñones. Para ello deberemos recordar la necesidad cotidiana de alimento que tienen todas y cada una de las partes del hombre. Dicho alimento debe ingerirse en tales condiciones que hagan posible su ulterior adaptación en el ventrículo, como expondremos en el correspondiente capítulo especial. Según esto, ocurrirá que cuando los alimentos son atraídos hacia las partes que les han sido destinadas (**ad sua loca**) y que hacen ante ellos el papel de verdaderos ventrículos locales, separan naturalmente de su substancia todo aquello que

---

<sup>87</sup> En latín en el original alemán.

es malo, o que simplemente no se desea, teniendo en cuenta siempre que ningún miembro puede hacer la cocción o la separación que corresponde a otro. Únicamente el ventrículo trabaja para el bien común de todas las partes (**reipublice caussa**). Los miembros por el contrario se limitan a separar o tomar lo que les gusta y a rechazar lo que no les reporta utilidad, que acabará transformándose en excremento y expulsándose por las numerosas salidas (**exitus**) que conocemos.

De este modo el pulmón se limpia por la expectoración, el cerebro por el moco de las narices, el bazo por las venas, la bilis por el ventrículo, los riñones por la vejiga y el corazón por el caos.

Con lo dicho deberéis saber que así como las partes principales están considerablemente separadas de la esencia de los alimentos, todas se mantienen en cambio unidas en cierto modo a sus excrementos, sobre cuya materia vienen sucediéndose las distintas especies y generaciones del Tártaro. En definitiva pues, la verdadera sutileza de las cosas desaparece en cuanto las mismas se revelan o manifiestan. Así, cuando una substancia cualquiera se destila hasta su máximo grado, se volatiliza y llega a darnos la impresión de que se ha quedado sin cuerpo. En realidad nada puede hacerse sin el cuerpo; la cuestión en semejantes casos está sencillamente en someter la volatilización a su verdadero trabajo o en encontrar el dueño de la substancia, o un médico o artesano concienzudo, en cualquiera de cuyos casos se acaba siempre por encontrar el cuerpo destilado.

De igual suerte, cuando ni en el ventrículo, ni en los excrementos, ni en la orina podemos hallar el Tártaro, no debemos pensar que ha desaparecido del cuerpo sino que, de modo semejante al espíritu de vino, se ha volatilizado, elevándose y penetrando así (**permeat**) en los otros miembros. Sabido es por otra parte que el mismo espíritu de vino, aun en plena destilación en los alambiques, contiene un Tártaro. Exactamente como estas cosas que nos ocupan.

Con esto ocurre que si dichas substancias se depositan en los lugares favorables de los miembros, aquel que sea verdaderamente dueño de estos conocimientos, podrá encontrarlas separando lo volátil de las partes del cuerpo, como no pueden hacerlo en cambio los otros artesanos de la naturaleza, quiere decir: el ventrículo, el hígado. . . , etc.

Con esto queda dicho que la verdadera propiedad y exaltación de cada materia sólo se manifiesta en pleno desarrollo cuando la cosa está en el lugar preciso a que pertenece. Os daré sobre esto un ejemplo aún más sencillo: el del matrimonio.

Cuando el hombre y la mujer permanecen, continúan y perduran en perfecta unión, no cometen ni pueden cometer adulterio, por la razón de que la concordancia y la anatomía son aquí una sola cosa.

Por el contrario, cuando esa armonía se rompe o cuando las cosas no van de acuerdo (**congređuntur**), puede decirse que no existe un sólido amor, sino un amor tan indeciso o vacilante como una brizna de paja en el agua. El hombre que busca mujer fuera del matrimonio lo hace porque no posee a su legítima esposa según el verdadero

orden de su anatomía; lo que puede decirse de igual modo de la mujer que busca en otro hombre lo que no toma de su esposo<sup>88</sup>.

Pues Dios ha dado y creado en cada hombre una sensibilidad amorosa<sup>89</sup> tal, que le impide cometer adulterio. Esto se ve así al punto de que su cumplimiento se realiza aún entre las parejas no unidas en matrimonio, pero juntas en concordancias y anatomías, ya que existen, según es sabido, dos clases de matrimonios: los que Dios ha unido con las normas que acabamos de referir y los que los hombres reúnen. Los primeros guardan y conservan mutuamente su fe en sí, sin que les haga falta ninguna ordenanza, en tanto que dichas ordenanzas y reglamentos son necesarios para las parejas formadas solamente por los designios de los hombres.

En las cuestiones que nos ocupan ocurre otro tanto. Así, cuando las cosas se conjugan en su verdadera concordancia anatómica, descubren (**promit**) fácilmente todo lo que son y lo que contienen, no siendo ello posible en cambio si no se cumplen tales requisitos.

Por eso cuando alguien quiera hacer observaciones o experiencias en los arcanos de la naturaleza, debe empezar por imbuirse y asimilarse la mayor maestría posible, ya que sólo obrando y conduciéndose de este modo alcanzará resultados serios y estimables. Todo lo que no sea así producirá solamente ceguera, confusión e ignorancia.

En lo referente al Tártaro, debo deciros aún que una parte de él se encuentra también en los pulmones, aunque en proporción mucho menor que la que encontramos en las otras vías, ya sea en la orina o en los intestinos. La causa de esto reside en que la cantidad de comida y bebida que reciben y necesitan los miembros es muy reducida, pues si se evalúa el total de lo que el hombre ingiere y lo que proporcionalmente retiene en los excrementos y en la orina y lo que pierde por la transpiración y el aliento, resulta que efectivamente queda en el cuerpo bien poca cosa<sup>90</sup>.

Quiere decir que si todos los miembros han de nutrirse de ese pequeño total, la cantidad que a cada uno ha de corresponderle debe ser aún menor, tanto en alimentos como en detritus de Tártaro, razón por la cual hay que extremar el estudio de estas cosas.

A pesar de todo debo haceros observar que en ciertas circunstancias, las pequeñas cantidades de Tártaro pueden provocar daños de gran magnitud, por más que el Espíritu de la Sal no entre en juego (**accingere**) en estas condiciones con la frecuencia con que lo hace en otras partes, justamente debido a la menor potencia con que se manifiesta en esas vías. Se comprende bien por lo demás que cuando la cantidad del Espíritu de la Sal es escasa, su poder se reduzca en igual proporción.

Veamos ahora qué ocurre con el Tártaro de los pulmones. Es de observación común, tanto en el hombre como en los animales, la presencia de cálculos semejantes a granos de mijo, así como también de venas especiales que entran en los pulmones,

---

<sup>88</sup> El concepto biológico y social expresado en estas palabras —y en las que siguen— es de una profundidad y exactitud que merece ser subrayado. El núcleo sexual que el moderno psicoanálisis ha desarrollado, tiene aquí sin duda una de sus primeras y más claras enunciaciones.

<sup>89</sup> Lo que hoy llamaríamos "libido".

<sup>90</sup> Esta comprobación de Paracelso es verdaderamente extraordinaria.

distintas de las que en la anatomía se destinan a los diversos miembros y que llamamos venas “sanguinales”<sup>91</sup>.

Vamos a ocuparnos de estas venas pulmonares. Diremos por lo pronto, que están destinadas a ser el ventrículo de los pulmones, los que realizan en ellas el trabajo de separar lo puro de lo impuro, rechazando lo que no nos conviene. Esta separación que llevan a cabo los pulmones permanece ignorada para el ventrículo (estómago).

Como resultado de esto encontramos en los conductos (**cannœ**) pulmonares un excremento especial el cual, según lo dispuesto por Dios, se destila (**pellicanetur**) y circula (**articuletur**) incesantemente allí mismo, hasta que rebosa y cae en los pulmones y de allí al exterior, constituyendo el excremento particular propio de los pulmones, engendrado en ellos y distinto del de los demás miembros.

Debéis persuadiros pues de que todo miembro posee efectivamente su estómago particular, verdaderamente admirable y eficaz, como la ciencia demuestra exteriormente en todas las preparaciones destinadas a separar lo puro de lo impuro.

Así, al separar lo puro de lo impuro, el pulmón devuelve una cierta cantidad de Tártaro, unido al excremento, que ha de expulsarse con él. En caso contrario el Tártaro adhiere a los conductos del pulmón bajo forma de hojas (**foliis**), laminillas, placas (**tabulis**), pequeñas virutas (**ramentis**) o granos, que quedan allí royéndolos, deteriorándolo y destruyéndolos finalmente.

Este Tártaro resulta mucho más sutil que el de los intestinos y las vías urinarias; esto se comprende bien teniendo en cuenta que su materialización ha sido alcanzada mediante volatilización con lo que vemos una vez más a lo semejante atraerse entre sí.

Como consecuencia del lugar y de la función de los pulmones sobrevienen una serie de verdaderas enfermedades tártricas que tienen sin embargo evacuaciones y manifestaciones diferentes.

Así, dado que el oficio de los pulmones consiste en moverse libremente de arriba abajo atrayendo el aire, las enfermedades se producirán en todos aquellos casos en que se obstruyan los pasajes del aire. Los médicos dan a estas enfermedades diversos nombres, como tos, asma (**asthma**)... etc., cuando en realidad no son más que Tártaro. Igualmente la dificultad respiratoria y otras semejantes que se presentan con la extenuadora (**tabescit**) tisis (**phthisis**) o con la fiebre héctica, no son sino Tártaro detenido en los pulmones, como más adelante explicaremos.

Otro tanto ocurre con el ventrículo particular del cerebro, el cual sin embargo está situado fuera de él. Sabed que el alimento del cerebro llega sin haber dividido ni separado sus últimas materias como sería conveniente, por lo que decimos que cuando el cerebro toma (**assumsit**) alguna cosa y la conserva, realiza una verdadera operación estomacal.

---

<sup>91</sup> *Venæ sanguinales* (lat.) o Blutadern (alem.). Palabra con que Paracelso designa a las venas propiamente dichas. Las "venas que están en los pulmones" son seguramente las ramas de la arteria pulmonar y las venas pulmonares que van a la aurícula izquierda corazón. Esta angiología rudimentaria es la de todos los contemporáneos de Paracelso y en especial de Fernel, quien consideraba al hígado como centro del plexo venoso. A pesar de todo, estas observaciones prepararon el camino para el descubrimiento de la circulación menor por el español Miguel Servet.

Así como el primer estómago es a menudo un corruptor de todos los miembros, en tanto no cumple regular y perfectamente sus funciones, es necesario comprender que la debilidad de los estómagos o ventrículos de los miembros engendra numerosas enfermedades, no citadas o conocidas hasta ahora simplemente por ignorancia. Ello nos obligará pues a conocer el espíritu a cuyo cargo está el cuidado del ventrículo, pues no hay duda de que cuando dicho espíritu está anulado o inhibido, los miembros que se nutren de él se anulan o inhiben igualmente.

Ya sé que ha habido médicos que han llegado a reconocer perfectamente el primer gran estómago principal, si bien os diré que no mejor que un aldeano cualquiera, ignorando desde luego completamente la existencia y función de los demás pequeños estómagos y, por supuesto, todas las enfermedades que determinan, colocadas aquí y allá en diferentes capítulos, sin tener en cuenta la unidad que el Tártaro las asigna.

Si el alimento llega así desde el estómago al cerebro, será necesario que el estómago del cerebro sea un verdadero Alquimista y que realice en él una verdadera separación (**genuina separatio**) para su mejor comodidad y provecho.

El excremento del cerebro, diferente de los demás, es el moco de la nariz, la que constituye su emunctorio natural.

El alimento del cerebro se elabora pues, como corresponde, en el estómago del cerebro, cuya particularidad estriba en que se halla precisamente fuera del cerebro, delante de él, desde donde el alimento es atraído hacia sus células cerradas (**in cellas obseratas**). Con este mecanismo el excremento queda fuera, en las venas, las que vienen a desempeñar el papel del ventrículo. Estas venas poseen su emunctorio natural con su orificio inferior, lo mismo que el gran ventrículo con su píloro, con la diferencia que en el cerebro el emunctorio acaba derivando a las cavidades nasales.

Los géneros de Tártaro que encontramos en estos ventrículos del cerebro originan el frenesí, la manía y otros delirios (**vesaniae**) semejantes, que los médicos han atribuido con su torpeza habitual a la sangre.

¿Qué ocurre entretanto con los riñones? Aquí, a pesar de que la orina permanece (**stabuletur**) largamente en sus cavidades, jamás reporta utilidad alguna al cuerpo de dichos miembros (riñones) pues su alimento es de otra naturaleza y la orina no puede ser aprovechada en este sentido. Por el contrario, la continua humedad que la orina proporciona a los riñones, hace que el Tártaro escape con más facilidad y no pueda ser a menudo separado de los excrementos naturales de estas partes, no obstante su disposición general sea parecida a la de todos los otros miembros.

Lo cierto es que los riñones toman su alimento de acuerdo a la capacidad de distribución de esa especial anatomía que constituye la substancia que come el hombre. De este modo cada uno recibirá lo que mejor le convenga, incluidos los excrementos, los que sólo se separarán al llegar al miembro al que vaya destinado el correspondiente alimento.

Por esa razón los riñones recogen sus excrementos ya separados, que luego expulsarán al exterior mezclados con la orina. Cuando esos excrementos se sedimentan en lugar de mezclarse y forman depósitos (**hypostasis**), expresan inequívocamente una enfermedad de los riñones, pues en vez de permanecer unidos a la orina, como corresponde, se separan de ella, exactamente como lo harían el agua y el aceite. Al igual

que en esta comparación, donde el aceite sobrenada y el agua queda en el fondo (**subdite**), el sedimento se separa también, ya sea arriba, en los riñones, ya en el fondo de la vejiga, cuando su expulsión se realiza continua y regularmente.

Es necesario según esto, que haya un arte para recoger por separado el sedimento y la orina en dos vasos especiales. El que llegue a poseer bien este conocimiento podrá decir que sabe verdaderamente cómo son los excrementos de los riñones, cuya separación y preparación conduce a encontrar la última materia de que están constituidos los cálculos.

Los que dicen que los depósitos de sedimento de la orina se deben a enfermedades del estómago, cometen el más grosero (**pinguis**) error y hacen gala con ello de su ignorancia. Esos médicos necesitan verdaderamente asegurar algo por adelantado que ayude a defender su deleznable teoría. Por eso examinan una y otra vez las orinas y las medicinas y recogen injurias en vez de alabanzas. Con su conducta sólo han conseguido que la gente les retire todo crédito y se aparte de la medicina a la que sólo se considera como una farsa o una impostura. Semejantes engaños han hecho que se acuerde hoy mayor confianza a un simple aldeano o a un judío que a un médico, ya que esos curanderos resultan, hay que confesarlo, mucho más hábiles que los doctores.

Os digo que es un crimen y una vergüenza mantener en una ciudad a un médico municipal (**poliatrum**) que no atiende los enfermos y que en vez de socorrerlos (**juvare**) los abandona. Ante esto, ¿cómo puede impedirse que venga otro, aunque sea iletrado (**minima literatus**), y los asista?

El que esto constituya una conducta honrosa no impide que el hecho, considerado en sí mismo, sea una vergüenza y quite todo valor a vuestros estudios (**nihili sunt**).

Verdaderamente sólo sois unos poetas y como tales pretendéis hacer una medicina poética, pero os digo que llegará el día en que a fuerza de multiplicaros, no podréis a defender a vuestros propios médicos ni ellos padrón defenderos tampoco.

De la costumbre, de los usos adquiridos y de las Academias no han salido nunca más que hipócritas y copistas (**scribæ**). Pues copista es el que escribe recetas y no cura a nadie; ese podrá ser doctor en escrituras pero desde luego no es doctor en curaciones.

Vosotros sois pues como esos escribas hipócritas y fariseos y formáis con ellos una secta especial. Vosotros como ellos, no consentís que nadie intervenga e investigue en vuestros asuntos y en esto os parecéis también a los frailes, que no saben distinguir lo blanco de lo negro.

¿No es una vergüenza que no hayáis podido juzgar acerca de la naturaleza de ningún cálculo por el estudio de los sedimentos de la orina, ni daros cuenta de que su substancia era sencillamente la piedra? Os digo que podéis ir en mala hora con vuestra ciencia, pues empiezo a pensar que sólo sois doctores en esquilas asnos.

También el corazón sufre y padece de manera parecida, pues como los demás miembros, extrae sus alimentos y separa sus excrementos por un mecanismo semejante. Hablaremos consiguientemente de su excremento, que es único, en el cual está contenido el Tártaro.

Sabéis que el corazón está cubierto y rodeado por una envoltura que lo oculta a los demás miembros y que es el pericardio (**capsula cordis**); pues bien, el excremento viene precisamente de esa cápsula, la que debido a esto permanece siempre limpia.

Asimismo debéis saber que el corazón toma su alimento, que es de gran pureza, en dosis muy pequeñas (**paucissimum**), emitiendo luego sus excrementos en forma líquida, como si fuera una lágrima (**gutta ocularis**), en la cavidad de la envoltura pericárdica, donde permanece durante largo tiempo, renovándose constantemente.

Cuando este líquido excrementicio excede la cantidad normal, se produce una trasudación de carácter aéreo e imponderable, que es el espíritu sutil (**levis**) y los que en tales casos dicen que el pulmón insufla (**afflare**) al corazón esa especial frescura, no hacen sino discursar en vano. El refrescamiento (**refrigerium**) que procuran los pulmones afecta al cuerpo entero y no sólo al corazón. Inversamente puede afirmarse que una cosa es el calor del hígado, otra el del corazón y otra el de cualquier otro miembro, siendo completamente falso que todo el calor proviene del corazón y solamente de él, pues cada parte del cuerpo posee en sí misma su propio calor, siendo precisamente el enfriamiento lo que obedece a un solo mecanismo central.

Sabed también a propósito de los excrementos, que cuando la sal ataca (**corripiat**) al Tártaro coagulado en la cápsula del pericardio, se produce una generación de Tártaro en forma de primera substancia, o sea de cálculos<sup>92</sup> de donde emanan numerosas enfermedades pericárdicas, palpitaciones (**tremor cordis**) y otras que más adelante enumeraremos en capítulos especiales. Todas estas enfermedades determinan las mismas crisis que los cálculos y adoptan el mismo tipo paroxístico<sup>93</sup>, bien que provoquen al mismo tiempo, dada su especial localización, otros paroxismos (**conciantur**).

Esta es la razón de la ceguera de muchos médicos y el motivo de que se hayan lanzado a buscar nombres en vez de enfermedades y hablar de cóleras, melancolías y otras insensateces por el estilo, como si de esa manera pudieran hacer que las cosas del corazón fuesen como ellos imaginan y no como realmente son. El que no haya habido nadie mientras tanto que los haya descubierto o impugnado, les ha permitido lanzarse en ese inicuo juego de mentiras y de trampas y otorgar derecho de ciudadanía a sus teorías sobre los Humores.

Os digo que los que ejercen su doctorado en estas condiciones no son más que artífices de extravagancias, peores que los verdaderos locos. Y que si tales cosas fueran vigiladas y ordenadas como es debido, no reportarían a esos médicos más que una buena tanda de palos o de latigazos, pues no otra cosa se merecen.

A esos desalmados (**latrones**) podría dirigirse el Mandamiento Divino del “No matarás”, el que verdaderamente alcanza a todas las artes con las que el hombre puede llegar a matar y que son, justamente por eso, mal aplicadas.

No son culpables sólo los que usan las espadas, y esto lo comprendéis bien, pues en verdad os digo que ni vosotros ni vuestros maestros y autores estáis dispensados de

---

<sup>92</sup> Esto vendría a ser las actuales endocarditis y pericarditis verrugosas, la arterioesclerosis, la calcinosis de Aschoff, la lipoidosis de Schönbauer..., etc.

<sup>93</sup> Aquí apunta la teoría de los angor por obstrucción coronaria.

ello. Así todos seréis entregados al verdugo, pues ningún ladrón ha protegido nunca a otro y es sabido que los ciegos cuando se quedan solos, es decir, sin sus lazarillos, acaban fatalmente por caer.

Cuando glorificáis tan ampulosamente vuestra anatomía ignoráis verdaderamente lo que sois pues apenas conocéis lo que tenéis entre las manos. Sois como esos doctores de Nuremberg, que van a pedir éstas o aquellas cosas a los farmacéuticos sin saber que las tienen en sus bolsillos.

¡Cómo podrán tales hombres examinar a todos los alemanes de nuestra condición! Esas exploraciones de tramposos ignorantes e impostores tienen al menos para ellos la ventaja de reunir a todos los que son semejantes, pues si no, no se comprende cómo podrían sostener y hacer perdurar sus malabarismos ni sus engaños. Pues observad que no hacen esto con una sola enfermedad como la lepra, sino con todas, validos de la amistad que siempre han cultivado con los grandes Hansen<sup>94</sup>, con resultados bien distintos por cierto que los que en otras condiciones hubieran recogido.

El excremento de la hiel también engendra y contiene Tártaro, que, en ese caso, no se difunde (**nec exhudat**) en las partes exteriores dando lugar en cambio a la materia del cálculo, lo que es particularmente característico de esta localización.

Del Tártaro de la hiel provienen también otras enfermedades especiales, del tipo paroxístico común en todas las calculosis, como las deshidrataciones y emaciaciones (**comprehensiones**), contusiones, vómitos, cólicos intestinales (**tormina**) y derrames de bilis, cuyo estancamiento en el momento de la crisis espasmódica, provoca retortijones y dolores de tripas.

Los médicos acostumbran a decir sobre esto numerosas tonterías; personalmente os diré que todo lo que no sea llegar hasta el cálculo y extraerlo (**tractes**) resultará un mal trabajo. Es preciso dejar bien establecido que la causa de las enfermedades de la hiel nace y proviene de los cálculos contenidos en ella y que, consiguientemente, no hay ni puede haber otro tratamiento lógico que la extirpación del cálculo. Sin esto no puede decirse que hayáis socorrido a los enfermos<sup>95</sup>.

En lugar de ello, os sentís de lo más orgullosos cuando los enfermos, llevados por su fe, aceptan vuestras vaporosas (**fumi**) fantasías, lo que es a la vez lógico y agradable, pues finalmente toda asamblea acaba comulgando con las mismas ideas de aquel que la dirige<sup>96</sup>.

Averiguad por tanto si las enfermedades de la hiel provienen de los cálculos o pueden existir sin ellos, sin olvidar que entre la bilis y el excremento existe siempre un

---

<sup>94</sup> Paltenius traduce "*et Magnates*"; sin embargo, esta palabra no existe en Paracelso, quien utiliza "Hansen". La Hansa fue una vasta organización comercial de la Edad Media que alcanzó gran preponderancia en las ciudades marítimas del norte de Alemania (Kiel, Bremen, Hamburgo, Stettin, etc.), bajo el nombre de Marca o Liga Hanseática. Sus miembros, poderosos y de gran fortuna, llevaban una vida fastuosa, equiparable en boato a la de los grandes príncipes electores. De ahí seguramente la razón de la palabra elegida por Paltenius en la traducción latina.

<sup>95</sup> Obsérvese la irreprochable concepción de terapéutica causal quirúrgica que hay en este párrafo.

<sup>96</sup> Dentro de un orden de ideas más político-social, nótese también aquí la justeza de esta apreciación, no desprovista de ironía y hasta de menosprecio, según se colige del hilo del razonamiento previo.

gran antagonismo y que la bilis sólo enferma en presencia del Tártaro, venga separado o sin separar<sup>97</sup>.

De cualquier modo, casi siempre cuando sobreviene el paroxismo de la hiel, el cálculo suele expulsarse por diferentes vías, cuyo detalle expondremos más adelante, dando lugar entretanto a diversas clases de ictericias (**arquatus morbus**), las que podrán eliminarse con verdaderas medicinas a menos que coexistan con el Tártaro. Una vez expulsado el cálculo, la ictericia puede desaparecer, aun sin expulsarse ella misma, más bien como si se disolviera<sup>98</sup>. En definitiva el cálculo es lo único que se expulsa (**exturbetur**); fuera de esto, ni el excremento de ganso, llamado también "Asalia", ni ninguna otra cosa reporta beneficio alguno.

Poned todo vuestro cuidado en estas cosas y conoced bien los paroxismos de los cálculos, cuya fuerza es capaz de paralizar, incurvar, penetrar y pudrir todo el cuerpo y de originar la ictericia, los retortijones, la compresión de la respiración, el dolor del costado, los vómitos, el dolor de estómago y los ardores.

Ante esto, los médicos bufones no tienen el menor empacho en decir que tal enfermedad es un cólera cuando en realidad sólo lo es para ellos y para su público de papanatas, pero no para los verdaderos estudiosos.

Ya sé que vuestra grosera erudición nos os lleva ciertamente a ensuciaros las manos y que os dáis por satisfechos con saber dónde está y de donde emana la hiel. ¿Podrías decir, sin embargo, cuántas veces se ha encontrado en la hiel el principio y el fin de la materia de la piedra?

Veamos ahora lo que ocurre con el bazo, cuyos excrementos contienen también la materia del cálculo. Algunos han dicho que el bazo se derrama y exonera por los ojos, pero esto no está de acuerdo con lo que demuestra la experiencia, pues el excremento del bazo está igualmente en la piedra calcuosa y en el Tártaro, los que se eliminan por sus poros bajo la forma de un agua sutil, muy clarificada, destilada a su salida de la vejiga de la orina, como explicaremos más adelante.

Lo cierto es que en todos aquellos sitios donde encontramos la salida de un emunctorio podremos obtener la salud. Así, cuando el ventrículo recibe algo defectuoso o inconveniente, lo expulsa a su emunctorio natural, que es el ciego (**monoculum**), o bien lo retiene, en cuyo caso deberá soportar la enfermedad. Lo mismo ocurre con la orina. En cuanto al bazo, si sus emunctorios fuesen verdaderamente los ojos, debería necesitar medicinas que provocasen el llanto, para que con las lágrimas se eliminasen sus enfermedades, tales como la fiebre cuartana, el escalofrío..., etc. Pero el bazo expulsa sus enfermedades por las lágrimas en igual proporción que el hígado las suyas

---

<sup>97</sup> Chauffard y Naunyn, principalmente, han venido a demostrar, en fecha contemporánea, estas apreciaciones de Paracelso. Ya se trate de leucocitos, de bacterias muertas, de células de descamación epitelial o de desequilibrio coloidal, el hecho del "núcleo de cristalización" de los cálculos biliares, es hoy algo perfectamente demostrado y admitido.

<sup>98</sup> Esta frase aislada no es muy comprensible. La original dice: "Jetzt kommt sie, jetzt geht sie uider hinweg". Paltenius la tradujo por: "*Jam insilit, jam recedit*" y Forgerber a su vez: "*qui modo adsunt modo recedunt*". En castellano hemos intentado darle un sentido de continuidad con la idea expresada, aun apartándonos aquí del rigor del texto.

por la risa, lo que quiere decir que no hay emunctorios adecuados, tanto de reír como de llorar.

Por eso es un gran error que los médicos hayan olvidado las medicinas que corresponden a cada emunctorio. Recordaremos que el remedio de los intestinos está en la Coloquintida y en la Esula<sup>99</sup>, el de la boca del estómago (**stomachi os**) en el Nipal<sup>100</sup> precipitado, el del hígado en el Pt Mz<sup>101</sup>, y el de la vejiga de la orina en el rábano silvestre y en el lino, el de la nariz en el eléboro y en las hojas de melocotonero... y así sucesivamente. Por eso decimos que las lágrimas no fueron jamás el emunctorio del bazo y que por ellas no se expulsó nunca la fiebre cuartana, como esos doctores insisten en afirmar, sin proyectar sus investigaciones como debieran, en el ano, el sudor y otras vías semejantes. De este modo no hacen sino cometer errores continuamente, tanto en Anatomía y Fisiología como en la verdadera luz de la Naturaleza.

El bazo digiere y separa sus alimentos de sus excrementos en los propios poros de su substancia esponjosa. Cuando en estas circunstancias aparece y se añade al Tártaro el Espíritu de la Sal, se produce una enfermedad parecida a la erisipela pero no a la cuartana.

Recordad pues bien todo lo dicho hasta aquí y forzaos a conocer el Tártaro con la mayor exactitud.

Dejad ya esas falsedades de que el bazo se purifica por los ojos y el hígado por las orejas. Y decidíos a hacerlo, por más que ello disminuya vuestro crédito ya que no vuestras utilidades. Nadie en efecto puede comprobar experimentalmente nada de cuanto decís y es forzoso que se os crea sobre vuestra palabra, lo cual es una mentira que sólo la violencia de vuestra jerarquía y la indigencia mental de los que os escuchan, han podido imponer.

¡Quién osaría, en efecto, oponerse a tan reputada asamblea de Académicos! Sin embargo os digo que ninguno de ellos merece más que una buena paliza, así como todos esos Bachilleres, Jugadores de Ventaja (**Ludimagistri**), Procuradores, Poetas, Historiadores, Griegos, Árabes, Caldeos, Judíos, Frailes y Monjas, que sostienen entre sí a todos esos verdugos y matarifes (**carnifices**), prostitutas (**Meretrices**) y amaestradores de perros<sup>102</sup>.

Procurad por esto llegar a ser doctores probos y que la ciencia de vuestros libros no pueda ser nunca sobrepasada por la de esos aventureros. Para ello debéis extremar vuestras, precauciones, ya que esos médicos inmorales, como no tienen nada que perder,

---

<sup>99</sup> Euforbio.

<sup>100</sup> Este término no existe en ninguno de los lexicógrafos de Paracelso. Forberger dice "Rupalen". Debe tratarse de algún vegetal polvo o infusión alcalinizante.

<sup>101</sup> Esta abreviatura, jamás desarrollada, consta así en todas las ediciones alemanas y latinas, e igualmente en la edición francesa. Strunz, en la edición de Iena, la deja pasar sin el menor comentario. El sentido más probable es "Planet März", es decir, el Hierro, o bien "Präcipitāt März" o Nitrato de hierro que en la Medicina astrológica corresponde, no al hígado exactamente, sino a la vesícula biliar.

<sup>102</sup> En esta notable y violenta diatriba señala Paracelso la personalidad moral vulgar del "mal cliente", del "snob" y de los predispuestos a lo sibilino y milagrero (curas, judíos, etc.), así como la de los cirujanos, parteras y clínicos que tal público merece y estima. Es notable que toda esta heterogénea enumeración está redactada en mayúsculas en el original, excepto para la categoría citada en último lugar, de los "amaestradores de perros". Aparte de esto, el cuadro y los motivos expresados podrían, por momentos, referirse aún perfectamente a la época actual.

no han de guardar ninguna consideración y han de encontrar siempre fácil apabullaros con el palabrerío de su discusión. He ahí vuestro punto vulnerable.

### Capítulo quinto (Del Tártaro de la sangre, de la carne y de la médula y del que provoca la gota)

Todavía existe otra clase de Tártaro, fuera de los miembros principales, que encontramos en la sangre, en la médula y en otras partes habitualmente consideradas en el conjunto de nuestra totalidad. A pesar de esto aún deberemos dejar aparte las secreciones de los ojos llamadas lágrimas, sobre cuya materia, origen o substancia, no sabemos otra cosa sino que se producen con el llanto y con la risa, fenómenos de mecanismo desconocido hasta ahora.

La sangre, la médula y la carne contienen Tártaro en sus ventrículos correspondientes, en los que realizan sus digestiones propias en presencia del Espíritu de la Sal. De ello se colige que en estos miembros existe y se engendra tanto Tártaro como en cualquiera de los demás, al igual de los cuales poseen sus correspondientes excrementos. Estos son: el sudor, que atravesando la piel, representa el excremento de la sangre; la misma sangre (**cruur**), que al destilarse (**stillatur**) en las ramificaciones de las venas (**ramuli**) viene a ser el excremento de la carne y el líquido de la concavidad (**sinus**) de las articulaciones, de los ligamentos y de otras cavidades, que representa el exceso del excremento de la médula, el que cuando está en pequeña cantidad no trasuda más allá, quedando absorbido y consumido por la sequedad de los huesos.

Hablaremos pues de estos tres importantes y universales Tártaros, dejando los demás para más adelante.

Sabed por lo pronto que la sangre produce una serie de enfermedades cuya explicación obedece a razones completamente diferentes de las que hasta ahora se han venido dando, por lo que no debe extrañaros que los médicos se hayan equivocado una y otra vez con sus tratamientos y recetas. Observad pues ante todo la clase de Tártaro para poder prevenir estos errores, cuya destructiva ignorancia ha enviado a la muerte a tantos enfermos.

Existen dos clases de Tártaros: la del ventrículo y la de la salida (**exitus**) del ventrículo. La salida de la sangre está fuera de las venas y se realiza a través de los poros de la piel; en cuanto a la salida de la carne, está en su propio estómago y en su trayecto desde la carne a la vejiga<sup>103</sup>. Otro tanto ocurre en la médula y en su salida, esto es, en los miembros, cavidades y venas. Todas estas cosas han de anotarse con el mayor cuidado, así como el paroxismo del Tártaro, fenómeno de excepcional importancia, sin cuyo cabal conocimiento ningún médico merece el honor de tal título.

---

<sup>103</sup> Este párrafo, un tanto obscuro, corresponde así en el original alemán: "Des blüts aussgang ist auss den Aderen durch die aut, das ist durch die poros: des fleisch ist ein mag im fleisch, das ist in seinem Magen, dergleichen in seinem aussgang, dast ist vom fleisch biss in die Platter". Forberger lo interpretó en latín de la siguiente manera: "*Exitus quidem sanguinis est ex venis per cutem, et poros: ventriculus vero eius est in ipso sanguine: carnis, exitus est a carne ad vesicam usque*".

Las localizaciones del Tártaro enseñan y hacen conocer al médico lo que es verdaderamente incurable, en cuya declaración tanto arriesga su autoridad y su arte. Conviene pues que estudiéis muy bien la Anatomía del paroxismo, así como las enfermedades de naturaleza violenta (**prœfracta**), para evitar así todo lo que pudiera causaros cualquier vergüenza (**in opprobium dat**).

Para la comprensión de todo esto hay que empezar por saber que tanto la sangre como la médula y la carne atraen y cuecen (**coquere**) su propio alimento, separando de él todos los cuerpos extraños, siendo estas tres cosas de la mayor importancia y consideración y dependiendo de ellas la mayor parte de nuestro cuerpo.

En cuanto a su digestión, es de tal acritud y la preparación de sus alimentos tan sutil y completa, que no hay ningún caos que pueda comparársele en claridad y limpidez (**lucidum**).

La separación que realizan es de tal naturaleza que, en tanto los excrementos permanecen visibles, aun dentro de una gran sutilidad, los alimentos (**nutrimentum**) son totalmente invisibles, no como el Espíritu que sale por la boca desprendiendo un vapor (**halitus**) visible pero no tangible.

La sangre, la carne y la médula reciben pues los más sutiles alimentos, de los que los más groseros (**crassum**) son aún clasificados en el estómago hasta hacerse invisibles e impalpables. Solamente el sudor permanece visible y tangible, aunque tan sutil interiormente que podemos decir que se asemeja a un Caos, cuyo espíritu —y no los alimentos— separan sus excrementos en forma visible.

Los alimentos de la carne y de la médula no son pues más que espíritus desprovistos de toda visibilidad y palpabilidad, en tanto que sus excrementos, visibles por el contrario, son a su vez los más sutiles excrementos de todos los existentes en el cuerpo.

El excremento de la sangre por ejemplo, es tan ligero que su Tártaro se mezcla (**permisceat**) de tal manera al ascender que semeja en un todo al alcohol en destilación. Es sabido por otra parte que hasta el vino más puro y mejor destilado contiene Tártaro.

Aquí ocurre lo mismo, al punto de que por más fina que sea la digestión, siempre lo es más el trabajo de separación; resultando así una ausencia total de detritus, puesto que todos son rechazados.

Esa es la razón de la sutileza y multiformidad de la esencia del Tártaro, que, a la vez que puede ser coagulado por el Espíritu de la Sal, puede ser también disuelta por él (**ab ipso et per ipsum**).

El Tártaro de la sangre, de la carne y de la médula posee pues dos modos o vías; la coagulación y la disolución. Y aunque es cierto que otras digestiones producen frecuentemente Tártaro en estado de resolución, éste no es nunca igual al que determina una causa uniforme.

La naturaleza de algunos Tártaros —de los que no vamos a ocuparnos ahora— realiza una separación y digestión especialmente acre, rápida y sutil, gracias a la combinación de su Atanor<sup>104</sup> ardiente (**per Vulcanium suum Athanar**) con la

---

<sup>104</sup> Atanor o Athanar: palabra incomprensible, de las muchas que contiene la filología paracélsica. Puede interpretarse por espíritu, alcohol, soplo..., etc. (?).

preparación del arcano (**Archeica præparatio**), resultado de lo cual es la transformación en agua del Tártaro destinado a la coagulación. Por igual mecanismo el Tártaro destinado a disolverse puede alcanzar la coagulación, el del hierro puede también transformarse en agua y el del agua pasar al hierro; el del polvo hacerse mucílago y viceversa, etc. En cualquier caso debéis retener que el Tártaro nace del Elemento Agua, tanto la que proviene de los alimentos sólidos como de las bebidas, en cualquiera de cuyas formas puede acabar coagulándose o resolviéndose hacia (**abit**) su última materia, según os hemos explicado, pues en verdad os digo que el agua es la madre y la matriz de todas estas generaciones.

En las venas los excrementos del Tártaro aparecen en la sangre bajo el aspecto de granos de arena o de arroz, así como, fuera de las venas, en los poros y orificios de la piel. Aquí predominan los estados de resolución y de disolución, a pesar de lo cual y a medida que permanecen más y más tiempo con el Espíritu de la Sal, van acabando en otras tantas coagulaciones, justamente en el límite de su fin y de su tiempo.

La sangre, por su parte, tiene un excremento propio que es el moco. Cuando ese excremento es espeso no puede trasudar, en cuyo caso el moco queda mezclado con el Tártaro, resultando así un excremento con las dos naturalezas, del que nacen todas las enfermedades especiales de la sangre.

Sobre esto tened en cuenta que en tanto ese excremento está presente, permanece sometido a la Naturaleza, la que se esfuerza constantemente en pudrir y rechazar lo malo a fin de librarse de ello cuanto antes.

Esa expulsión representa la enfermedad y la mortificación de la Naturaleza, por cuyo conocimiento podréis distinguir el Tártaro y el excremento. Investigad pues la operación de los excrementos. Más adelante os hablaremos nuevamente de ello.

Sobre el Tártaro de la carne debéis saber lo siguiente: La carne contiene Azufre, Sal y Mercurio, coagulados en una substancia blanda, unida toda ella por un licor que es como su propio estómago. Ese licor es innato en la carne y tanto uno como la otra no pueden alcanzar ninguna curación en tanto se consideren o permanezcan separados. Con esto podéis daros cuenta ya de que muchas enfermedades provienen justamente de esto, en particular todas aquellas que emacian o desecan (**tabefaciunt**). Todo lo que deseca un miembro tiene su origen efectivamente en el estómago de ese miembro.

Por eso, cuando la carne se deseca, su estómago se deseca igualmente; quiere decir que no puede ya cocer ni nutrir.

La carne engendra el Tártaro que su alimento separa en su propio licor, es decir, en su propio estómago, a tal punto que cuando la carne y el alimento se separan en sus respectivos excrementos, el Tártaro se produce allí, exactamente como hemos referido para sus otros géneros y localizaciones. Por eso es de la mayor importancia estar bien informado acerca de los sitios, lugares y modos en que el Tártaro se deposita (**excubat**).

El jugo o estómago de la carne se purga por su sudor interior, que atraviesa y penetra las pequeñas venas, poros y orificios y que va a parar a la vejiga, convertido en orina. El Tártaro debe ser pues conocido de las dos maneras: la del alimento y la del jugo de la carne<sup>105</sup>. El que proviene del alimento indica con ello su vía de origen

---

<sup>105</sup> Concepto de intoxicación exógena y endógena.

gastrointestinal, en tanto que el producido en la carne demuestra que la carne se encuentra efectivamente en las más apartadas regiones del cuerpo.

Por eso las enfermedades que tienen su unión (**communio**) interior en la carne se encuentran indefectiblemente en la orina. Por el contrario, las que no poseen el Tártaro, resultan invisibles en la orina del licor de la carne. Todo lo cual debe saberse reconocer en la Anatomía de la orina.

En la orina está representado todo el Microcosmos, cuyo buen conocimiento nunca será bastante estimado por el médico, pues en verdad que aquel que no reconoce esa anatomía, que es como un verdadero espíritu, puede decir que juega y se burla de todo el mundo, favorecido por su charlatanería y sus engañadores síntomas.

Las piedras se engendran en los riñones y en la vejiga de la orina de muchas maneras, si bien todas ellas parten del sudor o de los excrementos. Aprended pues a conocer todas estas cosas del Tártaro, propiedades y tratamiento, en lo que reside verdaderamente más de la mitad de la medicina. Referente a las piedras sobre todo, sabed que muchas veces se las encuentra en diversas regiones del cuerpo, mucho antes de alcanzar los riñones o la vejiga de la orina. De ese modo se engendran no pocas obstrucciones (**oppilationes**), así como diversas enfermedades crónicas de los lomos (**in lumbis**), caderas, huesos terminales (**coxendix**), articulaciones, costillas..., etc. Los cálculos que se forman en estos sitios coagulan con mayor fuerza y dureza, son de mucha mayor violencia y crecen con mayor tendencia poliédrica y angulosa que redondeada, así como también se producen en mayor cantidad, dando lugar a muchos más paroxismos que los que se forman en la orina. Sobre todo lo cual volveremos a hablar en los correspondientes capítulos especiales.

La médula ósea posee igualmente en su licor su verdadero estómago. Este licor, que para la carne es un agua sutil y para la sangre un espíritu, adquiere en la médula los caracteres de la verdadera grasa. El estómago de la médula posee, como todos los demás estómagos, una digestión útil en la que el Tártaro, sin embargo, queda sin coagular. La grasa en efecto no engendra coagulaciones sino delgadeces; por eso la grasa combate<sup>106</sup> y vence siempre al Tártaro, radicando aquí la mejor y mayor defensa contra esta substancia.

El Tártaro de la médula, no obstante su falta de coagulación, llega a separarse igualmente por resolución, en cuya circunstancia da origen a otro licor especial, el que determina paroxismos, cólicos y demás accidentes calculosos y obstructivos, exactamente iguales a los del Tártaro coagulado.

Este licor tártrico produce numerosas enfermedades, entre las que citaremos las supuraciones y derrames (**deflexus**) y otras, según las regiones, como la gota, las fungosidades de la médula o sarcomas, la tisis de los huesos..., etc.

---

<sup>106</sup> Grillot de Givry, no sabemos por qué, ha empleado el término "rechazar" (repousser), cuando en realidad la palabra original es *Weret*: combate. Esta notable palabra proviene del teutónico: *Wërran* o *Wërren*, y a su vez del gótico *Vairsan*, de donde se ha formado la "guerre" francesa, y la "guerra" española e italiana —aun a reserva de su diferente pronunciación— y la inglesa "war". Hoy, en cambio, los alemanes han conservado la palabra "krieg" para guerra, al lado de "wer": combate. Esta palabra se encuentra ya en el Capitulario 23 de Carlos el Calvo, "*quas vulgus werran nominat*". Forberger hizo imprimir todo este párrafo en mayúsculas.

El licor tártrico graso, al derramarse, provoca la ciática y la artritis (**Artética**), sobre lo cual podemos afirmar que todas las artritis y ciáticas que no son típicamente gotosas (**podagrœ**), obedecen a derrames del licor tártrico que se deposita (**decumbit**) en las articulaciones, en la cadera (**scia**), en los nervios y en las junturas, como un jugo grasoso que da lugar a paroxismos tan grandes —según su naturaleza y condición— como los de la misma piedra.

Por eso, aquel que pueda cuidar el cálculo y sepa extraerlo, curará con toda seguridad la enfermedad. Y no lo conseguirá quien no posea tales artes o conocimientos.

Por lo demás, recordad la cantidad de recetas ineficaces y de medicaciones desordenadas propuestas por los Escribas, que de esa manera han pretendido combatir la artritis, la ciática, el lumbago y las demás afecciones de ese género. Esos Escribas, cuyo entendimiento ha sido siempre tan desordenado como sus estudios, no hicieron nada bien ni nunca conocieron nada realmente.

Sabed también, volviendo al hilo de nuestro discurso, que a veces el licor aparece mezclado (**permiscetur**) con muchas otras enfermedades, adhiriéndose al cuerpo más allá de la misma naturaleza del Tártaro, de manera tan sutil, que a menudo resulta difícil de reconocer. A pesar de todo os digo que aquel que haya conocido el paroxismo tártrico, no podrá ignorar al licor, sea cualquiera el sitio donde se esconda o la enfermedad en que se insinúe. Esta resulta aún más fácil si se recuerda que todas las enfermedades tártricas tienen un paroxismo doble: uno, según la naturaleza de la enfermedad y otro, según la naturaleza del licor. Eso es lo que ocurre, por ejemplo, en la lepra y esa es la razón por la que los antiguos, que ignoraban todo lo referente al Tártaro y a su tratamiento, la creyeron incurable.

El Tártaro de la médula provoca un paroxismo inmaterial e invisible y otro visible, lo que ocurre igualmente en todas las enfermedades gotosas y artríticas de las manos (**in chiragricos morbos**) y en los derrames de sus fluxiones (**cum eluvionibus**), donde la sal viene a añadir su acción corrosiva (**ex sequendo**) depositando su polvo en las junturas y labrando muescas y agujeros en los huesos. Por eso se encuentran en estos casos tantas úlceras de bordes y fondos carnosos y lacios, cuya grasitud (**pinguedo**) procede justamente del Tártaro de la médula. En esos casos su naturaleza calcinante y corrosiva va consumiendo los huesos por dentro, determinando dolores terribles que sólo podrán aliviarse si logramos por suerte tratar ese Tártaro ignorado hasta hoy. Por eso, cuando la médula está sana los excrementos se consumen en los mismos huesos y no se reparten por otras regiones, carne, venas, junturas o agua de las articulaciones (**in aquam articularum**). Cuando por el contrario el Tártaro se desborda, aparecen diversas enfermedades cuyos cauces, orígenes y tratamientos habían sido descritos e interpretados falsamente por los antiguos.

En el agua de las articulaciones (**aqua articularum**) existe una digestión parecida, a la que corresponden otras tantas enfermedades especiales. Os diré sin embargo que el agua de las articulaciones es la parte mejor y más sensible (**sensus acutissimi**) del cuerpo y la que menos sufre y padece. El excremento de su Tártaro es doble: uno de ellos se manifiesta como un licor y el otro como una gelatina. El licor es la forma primera y la que se observa durante largo tiempo; luego el Espíritu de la Sal va

imponiéndose poco a poco, de lo cual resulta la forma coagulada, que deberemos observar con el mayor detenimiento y atención, ya que al mezclarse al licor del Tártaro, determina la aparición de las diversas clases de gota (**podagroë**), tanto la de las manos (**chiragroë**) como la de las rodillas (**gonagroë**) y cuyo verdadero tratamiento aun no ha sido hallado.

Los que no han conocido el Tártaro han afirmado que la gota era incurable, lo cual es perfectamente lógico, ya que no conociendo la causa verdadera mal podían llegar a una terapéutica eficaz.

Lo malo es que todavía haya hoy médicos que continúen sin enseñar nada justo ni verdadero y que sigan ignorando estas cosas y manteniendo en la ignorancia a los que los han rodeado, a pesar de los esfuerzos de su propaganda. En realidad todos los seres afines han tendido a reunirse siempre, a tal punto que si muchos años antes de Adán hubiese existido un impostor, los de hoy no habrían parado hasta encontrarlo e individualizarlo. Por eso también los enfermos en vez de callar y hacer lo que el médico les ordena, son tan dados a hablar y a discutir de enfermedades, que ven y observan en otros enfermos. Lo cual es indudablemente una mala doctrina pues no se concibe que el discípulo enseñe al maestro.

Los enfermos, en efecto, hablan y lloriquean sobre sus dolencias, pero no saben nada de ellas. Cuando uno habla al otro sobre esto, no puede hacer más que inventar y mentir, confundiendo todo y no haciendo la menor mención sobre el Cielo, las concordancias, los astros, ni la verdadera materia médica que hay en todo ello. De igual modo ignoran cuál es la primera y la última substancia ni cómo es verdaderamente el cuerpo del hombre, a pesar de lo cual no dudan de disponer y gobernar todas estas cosas desconocidas.

En verdad os digo que su fe es tan grande como pequeñas sus obras.

He de deciros aún que en la gota se observan (**concurrere**) muchos paroxismos, cuya naturaleza proviene del cálculo y no de la gota en sí. Por eso los médicos que tratan esos paroxismos según la gota, y no según el cálculo, no hacen sino empeorarla y hacerla más violenta. En realidad la medicina que domine el Tártaro dominará la gota; y os digo que si no sabéis curar y quitar el Tártaro, no aliviaréis nunca la gota. Por eso también ha permanecido tanto tiempo la gota en vuestros libros con la etiqueta de enfermedad incurable (**impersanata**).

Cuando habéis partido de una base falsa y en vez de sonrojaros habéis procurado salir adelante de cualquier manera, habréis cometido una impostura y os habréis extraviado entre principios y causas fantásticas. Ello no ha impedido sin embargo que os pasearais entre vuestras mentiras como por un jardín de rosas.

Os pido que volváis al buen camino y que comprendáis debidamente este capítulo sobre la gota: aprended bien las diferencias de la que proviene del Tártaro y de la que se origina en el licor, y sobre todo de la que resulta de la coagulación que se resuelve en la naturaleza de la piedra (**in naturam lapidosam abeat**), en cuyo caso deberéis usar medicinas calcinadas.

Asimismo, si queréis alcanzar una verdadera habilidad médica, conoced bien la transmutación del licor. Si no, más vale que ceséis en vuestra charla y que os vayáis.

Por desgracia ocurre que el dinero ganado con mentiras resulta más sabroso que el que se gana con la verdad. Al menos eso es lo que se deduce de las enseñanzas de las Academias.

Capítulo sexto  
(De los cálculos no debidos al Tártaro y originados  
por causas exteriores)

Aparte de cuánto hemos referido hasta aquí, se encuentran en el hombre muchas otras piedras cuya generación se produce fuera del Tártaro, de manera semejante a la de las piedras del exterior del cuerno. Estas generaciones del mundo exterior con todas sus particularidades, se realizan en el hombre debido precisamente a su calidad de Microcosmos, según la Filosofía nos confirma.

Cuando se produce en el hombre una generación de este tipo, esto es, sin recibir el cálculo del Tártaro, su digestión y separación se hacen mucho mejor (**proba**), con lo que el Tártaro queda mezclado a los excrementos, pudiendo alejarse así sin que intervenga el Espíritu de la Sal. Con esto os decimos que habiendo dos generaciones habrá también dos esencias una con el paroxismo, forma y especie del Tártaro y otra de generación natural desde el exterior. Cuando esta última forma determina paroxismos se debe a que su excitación ha estimulado las proximidades donde se encuentra (**latescit**) el Tártaro, en cuyo caso no deben ser atribuidos al cálculo sino a estas reacciones de su vecindad.

En los niños se observan especialmente con frecuencia estas clases de generaciones, tanto a consecuencia de la natividad como por otras causas propias y especiales, cuyo detalle será tratado por separado en ulteriores capítulos. Os advierto de esto para que sepáis que con gran frecuencia los niños aparecen llenos de cálculos (**calculosi**), que llegan a revestir en ellos mucha más gravedad que en los viejos, no obstante obedezcan en unos y otros a las mismas causas.

Por eso debéis poner toda vuestra atención en observar la doble generación del curso natural fuera del Tártaro. Así, todo cálculo necesita para engendrarse que haya una primera materia calcúlosa, la que, o bien está en nosotros de igual manera que en el Macrocosmos, o bien entra en nosotros desde el exterior, por ejemplo en forma de bebida, no como un alimento verdadero sino como la misma materia del cálculo. De estas dos materias se engendran y provienen todos los cálculos que pueden afligir al hombre, los que se producen por la influencia del astro de estos elementos, que no es otro que el Espíritu ígneo de la Sal, bajo cuya acción se solidifican. Esta solidificación se llama también congelación y coagulación.

Nada hay pues más importante y necesario que conocer y reconocer en nosotros los cuatro elementos con la materia calcúlosa que les ha sido conferida y que no es otra cosa sino el agua misma. El fuego se halla en su propio elemento en el Espíritu de la Sal y encuentra de ese modo su especial congelación, acerca de lo cual sólo añadiremos que, habiendo cuatro fuegos y cuatro astros, habrá lógicamente cuatro espíritus de la Sal.

Así, cuando una generación de esta clase está preparada (**adornatur**) y se manifiesta (**emergit**) coagulada ante la presencia de su astro, podemos comprobar que ello se ha producido exactamente igual que en el cielo, desde donde sin piedra ni rayo que lo justifique, se precipita a veces una especie de piedra, cuya generación es diferente a la de las piedras de los ríos, de las montañas o de los torrentes y que se parece más bien al granizo que llega con el trueno durante las tormentas.

Vamos a ocuparnos ahora precisamente de esta generación, la que se comporta en nuestro Microcosmos de la misma manera que en el cielo.

Para comprender estas generaciones del mundo exterior debéis saber que estas piedras provienen de los elementos que existen en las aguas que llevan piedras en suspensión (**lapidosas**), las que en tal estado no aparecen por supuesto como piedras sino como una especie de rocío que asciende y pasa de uno a otro elemento. El segundo de estos elementos es justamente la última materia del primero, mecanismo igual, como hemos visto, al que da forma a las primeras materias de las piedras del granizo celeste.

Quiere decir pues que todas estas cosas extrañas del exterior se generan en la quietud (**quietus**) del Mundo y permanecen invisibles, de acuerdo a la Filosofía, hasta alcanzar su última materia, en cuyo momento y estado vuelven a hacerse visibles.

De igual modo, cuando el vapor celeste<sup>107</sup> engendrado por la Sal domina el cielo, sus generaciones encuentran (**ocurrunt**) el estado de esa materia de la piedra. Sólo el tiempo y la presencia del Espíritu (de la Sal) pueden consumir esta coagulación, en cuya circunstancia y ocasión se producen además otras cosas, según podremos ver en el libro de los Meteoros.

La coincidencia de estos tres elementos: tiempo, vapor y Espíritu de la Sal, determina la formación de las piedras del cielo o cálculos de granizo, cuya precipitación a la tierra tiene lugar frecuentemente con gran violencia.

En el cuerpo humano encontramos estos mismos astros y elementos, lo que no tiene finalmente nada de extraño ya que el hombre, todos los hombres, son un cielo, es decir, provienen de un solo limbo, diferente en cada caso, lo que explica que a cada uno le sobrevengan cosas diferentes, pues por más que el hombre aparezca dividido en diversas partes, su conjunto constituye un solo cielo.

Esa es la razón por la cual puede a veces producirse en el hombre en una hora, e incluso en un minuto, brusca e inopinadamente (**repente**), una piedra de esa naturaleza, de acuerdo a lo que hemos expuesto en los párrafos anteriores.

Si no seguimos ahora escrutando en tan interesantes cuestiones es porque os aseguro que no conviene ser filósofo ni astrónomo antes de haber completado bien los estudios de médico.

Únicamente y gracias a las numerosas maneras por las que puedo demostraros estas cosas, podrá bastaros con una instrucción más breve.

---

<sup>107</sup> Forberger emplea la palabra "*halitus*" o sea vaho o respiración, lo que puede significar también el aliento húmedo o vapor de agua, que es sin duda su último sentido. Ello va más de acuerdo al hilo del discurso y del razonamiento de Paracelso. Por eso nos parece acertada la traducción que prosigue el mismo Forberger cuando dice que: "entonces adviene esa generación del rayo", es decir, de las tormentas estivales por saturación de calor y de humedad, con sus consiguientes descargas de electricidad atmosférica.

Sabed pues que los rayos no son más que Sal en su primera materia y que provienen constantemente de ella. El hecho se produce además por la virtud que tiene el Espíritu de la Sal de congelarse o coagularse espontáneamente, pero no de unirse al Azufre, lo que determina la expulsión (**elidatur**) y proyección violenta del Espíritu de la Sal bajo forma de piedra, en tanto que el Azufre se transforma en fuego (**conflagrat**) en el aire, entre el cielo y la tierra.

En el hombre todas las primeras materias se hallan en estado de espíritu o de astro en movimiento, por lo que sí su curso se hace igual al del tiempo, el hombre que lo posea no podrá escapar a la piedra, la que se encontrara necesariamente en él y crecerá en él.

Las piedras producidas así son muy parecidas a las originadas por el rayo (**lapis fulminalis**), de color negruzco y naturaleza semejante, aunque generalmente mucho más duras.

Por eso cuando queráis conocer exactamente su teoría, será necesario que estudiéis con todo cuidado la generación del rayo; sólo así conoceréis la materia de sus piedras.

Por lo demás no es necesario que nos extendamos más aquí sobre estas cosas, ya que la Filosofía ha de procurar al médico el mejor conocimiento de sus causas. Más adelante, en capítulos especiales, abordaremos todo lo que concierne al tratamiento.

Así pues, convendrá averiguar el lugar y región en que estas generaciones se producen y dónde se esconde la piedra. En el hombre la piedra puede producirse en cualquier parte del cuerpo, ya que el cuerpo es un Olimpo y la piedra un producto natural del mismo, donde todo se reúne y encuentra (**jungenda**). Como consecuencia de esto los cuerpos más blandos producen materias más duras (**compactio**), las que se reúnen para su generación ulterior en el caos cóncavo del cuerpo, desde la cabeza (**vertex**) a la planta de los pies. De este modo la generación se desplaza hacia el subsuelo (**imus fundus**) del cielo, de la naturaleza de las estrellas y —en el hombre— a la cavidad del diafragma. En realidad, el verdadero subsuelo es la tierra, como en el hombre lo son los riñones, la vejiga y su región circundante. Por eso cuando el rayo cae sobre la tierra, cae al mismo tiempo sobre la vejiga y los riñones, ya que la anatomía del agua y de la tierra está allí precisamente, esto es, en la superficie plana (**planities**) e inferior del globo y de la esfera.

De esto se deduce que esta región o superficie plana inferior, es el lugar al que corresponde sostener esta generación, según vaya cayendo y produciéndose, ya que jamás ha de caer en estado sólido o de congelación, sino en estado líquido.

Cuando sobreviene la congelación, ésta se produce siempre con gran rapidez antes de descubrir la superficie plana, lo mismo que el rayo, cuyo primitivo estado, como ya sabéis, es el licor de la piedra.

La congelación se produce siempre en lugares extraños, en estercoleros, y nunca en sitios limpios; lo que debéis recordar para que no os extrañe que las generaciones de este género se produzcan siempre en lugares distintos a aquellos donde generalmente las encontramos, manifestándose absolutamente diferentes en unos y otros.

Como ya explicaremos mejor en nuestra Meteorología, el proceso es el mismo que el que observamos en el hierro, líquido en el fuego y sólido y duro al derramarse de

él y que el Espíritu ígneo de la Sal, que, al licuar las cosas, acaba por endurecerlas como en una fundición.

Cuando el Sol engendra las piedras lo hace justamente porque posee agua o bien otro licor de naturaleza lapidaria (**naturæ lapidosæ**) que es verdadera piedra. En ese estado la piedra está como disuelta o resuelta en su congelación por el agua, con lo que se nos aparece como evaporada, de manera semejante a todas esas otras piedras que no pueden resistir el agua.

Cuando la acción del Sol llega a desecar el agua de esas piedras disueltas, vemos aparecer de nuevo la piedra en su propia materia<sup>108</sup> causa por la cual vemos a las arenas y a otras piedras semejantes crecer y aumentar cada día, de acuerdo con lo que nos enseña la Ciencia Meteórica.

Por eso, si admitimos que una cosa seca de esta naturaleza existe anteriormente en el hombre, sea **Bolus, Lapis, Viscus** o **Arena**, disuelta en el agua y bebida luego sin precaución o discernimiento, no debe extrañarnos que sobrevenga en él lo mismo que acontece sobre la tierra. Y que si la naturaleza la retiene en lugar de expulsarla, la cosa acabará por desecarse bajo la acción del espíritu interior de desecación, lo mismo que el Sol y el aire llevan a cabo con el agua, de lo que resultará nuevamente engendrada la piedra.

Esto está perfectamente reconocido para muchas piedras, cuyo estado es semejante al de las que se encuentran en la tierra.

Por lo demás, es necesario que sepáis también que a menudo los hombres de constitución fría e invernal (**brumalis**) llegan a poseer tal violencia que congelan los licores como si fueran de hielo, licuándolos a continuación. Pues si en el hombre existen igualmente verano e invierno, es lógico que encontremos también tanto la esfera superior como la inferior, así como todo lo que forma sus cuerpos respectivos.

De ello se deducen la congelación y las humedades que surgen de algunas partes del cuerpo llamadas vapores, existentes en la sangre, que es el verdadero centro de la humedad del cuerpo.

Esos vapores son agua verdadera, que permanece congelada sobre la tierra y pueden ciertamente calificarse de humores, bien que no en el sentido que les daban los antiguos.

La descongelación de estos estados traduce una serie de enfermedades, de abscesos, pústulas (**papulæ**) y otros semejantes, que los autores de otros tiempos no llegaron nunca a conocer exactamente.

Quienquiera que ignore al hombre en esta triple naturaleza: astral, temporal y esencial, es un falso médico.

Por otra parte, la naturaleza y el lugar de estas piedras no es una cosa privada o particular, pues se hallan en todos los lugares en que podamos encontrarlas, sean los emunctorios del ventrículo, de la vejiga, de los riñones..., etc., o en los pasajes por los que circulan.

---

<sup>108</sup> Se ve en este pasaje que Paracelso había ya observado y se había interesado por los fenómenos de la cristalización.

Los diversos medicamentos que disuelven, licúan o rompen las piedras de esta clase, transformándolas en tierra o en harina, no hacen sino devolverlas al estado que tenían anteriormente. Por eso cuando una congelación deriva de otra congelación anterior, no será nunca tan fuerte que pueda resistir a una medicina dotada verdaderamente del poder de disolver. Y por eso también las otras piedras no poseen la conveniente aptitud para ser empleadas como medicina, en lo que gran número de médicos se engañan cuando insisten y se esfuerzan en expulsar las piedras con sus recetas de ojos de cangrejos<sup>109</sup> de piedra judaica<sup>110</sup> y de **Milio Solis**<sup>111</sup>. Por suerte hemos puesto bien en evidencia su locura.

---

<sup>109</sup> Aunque aquí los contraindica, Paracelso empleó esta singular medicina en otras enfermedades. En el manuscrito de la Biblioteca de Viena (ms. 111-44) hay una receta autógrafa que los incluye. También los empleó contra las enfermedades del Tártaro y en su Gran Cirugía.

<sup>110</sup> Según Castelli era una piedra de color blanco, que se hallaba en Palestina, de forma de bellota o mano de almirez o mortero, que servía para disolver los cálculos. Paracelso la utilizó contra las enfermedades del Tártaro, así como también el aceite extraído de ella. Plinio la llamó *tecolitos* y durante mucho tiempo se creyó que eran bellotas petrificadas. Luego se ha reconocido que provenían de equinodermos fósiles, principalmente encrinias y erizos de mar.

<sup>111</sup> Los lexicógrafos de Paracelso no citan este término. Sin embargo, se trata, con toda seguridad, de piedras miliares, piedras de Sol o fragmentos de aerolitos, como la piedra santa de la Meca, a la que los árabes atribuían grandes virtudes medicinales.

OPUS PARAMIRUM  
LIBRO IV

TRATADO DE LAS ENFERMEDADES  
DE LA MATRIZ  
(Liber Matricis sive Matrice)

(Causas y orígenes de todas las enfermedades de las mujeres, incluyendo las que les son comunes con los hombres y las que les son particulares)

**1ª Nota previa.**

La primera edición del tratado de la Matriz fue hecha por Byrckmann en Colonia, en 1566, impresa en 4º, con el título “**Das Büch Meteorum des Edlen und Hochgelerten Herrn Aur. Theophrasti... Item liber quartus Paramiri de Matrice**”, no habiendo figurado en las seis primeras ediciones del Paramirum.

Parece cierto, por otra parte, que Paracelso tuvo la intención de hacer seguir al Tratado de la Matriz otro Tratado sobre la naturaleza del hombre. Buena prueba de ello parecen serlo las palabras primeras: “**Nun uber das alles so ich gesagt hab von dem auligen der Menschen... etc.**”.

El libro de la Matriz fue el primero de todos los Paramíricos que se tradujo al latín. Esa versión “princeps” fue hecha por Gerardo Dorn en 1569, en las imprentas de Pern, en Basilea, bajo formato de 8º y en un solo volumen que tituló: “**Aur. Phil. Theo Paracelsi Philosophorum atque medicorum Principis, de meteoris liber unus. De matrice liber alius, etc.**”... “**Omnia ex versione Gerardi Dorni**”.

Después, el libro de la Matriz desaparece en las ediciones de 1570, 1574 y 1575, encontrándolo de nuevo en la edición latina de 1575 hecha por Pern en Basilea, unido ya —por primera vez— a los otros cuatro Tratados del Paramirum, siendo curioso que así como los cuatro Tratados figuran como traducidos por Forberger, el de la Matriz conserva la anotación: “**Gerardo Dornio interprete**”, lo que confirma la suposición, que el texto atestigua inequívocamente, de que se trata de una reimpresión de la edición de 1569.

A continuación hay una nueva edición alemana, de Huser (1589). Luego viene la gran traducción latina de la Opera Omnia de Paracelso, hecha en 1603 por Paltenius y Dorn, en la que la colaboración de este último aparece impugnada y discutida por Bistikius y modernamente, con gran acopio de datos, por Karl Sudhoff y por Grillot de Givry.

El libro de la Matriz figura en fin nuevamente en alemán en las ediciones de Huser (Estrasburgo, 1616), en la latina de Bistikius (Ginebra, 1658), en la alemana, bien revisada y actualizada gramaticalmente, de Strunz (Iena, 1903) y en la francesa de Grillot de Givry (París, 1912).

Diremos aún que en el manuscrito de la Biblioteca de Viena (Nº 11.115, Med 31.) el Libro de la Matriz aparece entre las páginas 248 a 284.

## 2ª Nota previa

Al comienzo de este curioso libro, tan personalmente observado por Paracelso, consideramos conveniente referir las singulares opiniones de los antiguos a propósito de la Matriz.

Según Areteo de Capadocia (**De Causis et signis acutorum morborum. Lib. II, Cap. XI**) la Matriz era una víscera femenina dotada de la naturaleza de un animal; era “un animal dentro de otro animal”.

Dicha naturaleza era errante e inestable; se delectaba con los olores suaves y huía de los nauseabundos. Cuando ese animal tendía a descender, se lo hacía remontar (Lib. VI. Cap. X) haciendo respirar a la mujer perfumes agradables, que atraían la Matriz, o bien fumigando las partes inferiores con olores infectos que la obligaban a escapar hacia arriba.

Estas y otras fantasías semejantes tuvieron libre curso durante la Edad Media, justamente por lo cual resultan aún más notables las observaciones de Paracelso, basadas en la teoría del Macrocosmos y del Microcosmos, que los rabinos kabalistas propagaban en la época de Reuchlin.

Capítulo primero<sup>112</sup>  
(Razón de la Matriz como un Mundo mínimo e invisible)

A pesar de todo cuanto hemos dicho hasta aquí a propósito de las enfermedades que afligen al hombre, la verdad es que falta todavía mucho por estudiar. Ya que si observamos atentamente los fundamentos de la Medicina, veremos que hay aún en el hombre dos nuevas Filosofías y Astronomías teóricas. Estas conciernen a la Matriz y se refieren exclusivamente a las mujeres.

Y puesto que el motivo del presente libro ha de ser la descripción perfecta de la Matriz y de sus enfermedades, parecidamente a lo que hasta ahora hemos venido haciendo con las enfermedades del hombre, empezaré por declararos que voy a hablaros, en principio de cosas invisibles. ¿Quién ha visto en efecto, lo que voy a exponer ahora sobre la anatomía de la Matriz?

Os digo que a pesar de que nada de esto es visible, todo ello debe ser juzgado visiblemente, pues la Matriz es como el aire, al que no vemos, pero que sentimos perfectamente.

Los ojos no sólo deben ver sino también sentir las cosas deben instituirse según la naturaleza de la anatomía, es decir, deducidas del verdadero y natural fundamento, resueltas (**consequi**) las unas de las otras según sus propias bases, y no guiadas solamente por nuestra opinión o juicio. De este modo alcanzaremos a ver y percibir lo invisible como lo visible.

Este fundamento y enseñanza abarca pues tanto a lo que vemos como a lo que sentimos. Esta es la diferencia que caracteriza a la Matriz, la cual constituye por sí sola un pequeño mundo (**mundus mínimus**) acerca de cuya existencia vamos a detenernos en el presente capítulo.

Capítulo segundo  
(Esencia y origen de la Matriz en el Cosmos)

Debéis observar ante todo que el cielo encierra (**complecti**) y engloba las dos esferas —superior e inferior— de tal modo que ningún mortal ni cosa alguna precedera llega a disolverse en él, ni a penetrar ese reino exterior que existe más allá del cielo que nosotros percibimos. Pues ninguna cosa mortal o inmortal puede tener relación ni permanecer en un mismo lugar.

Así el Macrocosmos aparece cerrado exteriormente de tal manera que nada puede salir de él, pues todo queda unido y encerrado en él.

El Microcosmos, es decir, el hombre, aparece también encerrado y rodeado por la piel: Allí dentro la sangre, la carne y todos sus demás elementos, permanecen fuera del contacto del Mundo exterior, evitando así que éste los hiera, transforme o mezcle.

---

<sup>112</sup> El Tratado de la Matriz es el único que aparece indiviso a lo largo de sus casi páginas de original. Esto contrasta grandemente con la exigüidad de algunos otros capítulos de la obra, especialmente en el Libro de los Prólogos. Por eso, y a fin de darle mayor ligereza y manejabilidad, hemos interrumpido el texto de este Tratado, aunque sin abreviarlo ni tergiversarlo, en veinte capítulos, para mayor facilidad y comodidad en la referencia, intitulándolos según el tema de cada cual, como hemos venido haciendo en todos los demás de la obra.

La piel que recubre al hombre cumple pues la misión de separar los dos Mundos, el grande y el pequeño, esto es, el Universo y el hombre.

De esta manera el Mundo asegura su integridad (**indistractus**) en su propio domicilio, en donde nada puede turbarlo o maltratarlo. A su vez el hombre permanece dentro de su domicilio, es decir, dentro de su piel, de manera semejante, manteniendo allí su personalidad sin que nada pueda entrar ni salir de ella.

Además de esto, del Macro y del Microcosmos, existe un tercer Mundo, mucho más pequeño, que es justamente la Matriz, la cual, con sus vasos y su piel propia puede subsistir por sí misma, aun separada en cierto modo del pequeño Mundo del hombre.

El Mundo de la mujer es efectivamente distinto y más pequeño (**mundus mínimus**) e imperfecto que el del hombre. Posee su anatomía, teoría, causas, razones y tratamientos particulares y por más que en muchas enfermedades sea exactamente igual al Mundo masculino, tiene sin embargo fundamentales diferencias que el médico debe saber considerar y discernir con todo cuidado, pues, repetimos, se trata verdaderamente de un Mundo diferente.

La Matriz es un verdadero Mundo cerrado (**conclusus**), sin relación con los demás. El Gran Mundo (Macrocosmos) es y ha sido la primera criatura. El hombre constituye el segundo Mundo. Y la mujer el tercero, el más pequeño e íntimo de todos.

Según esto, cada uno de estos tres Mundos posee su ciencia, su filosofía y su arte propios. Y cada uno puede también presentar sus parásitos<sup>113</sup> particulares. A pesar de lo dicho, estas tres criaturas se unen en la Anatomía, la Filosofía y la Teoría.

Las generaciones de esos referidos parásitos son semejantes, en tanto que las del Mundo, las del hombre y las de la mujer son diferentes. De ello se deduce que ya que la forma es lo que da el ser al Mundo, el cuerpo debe hacer lo mismo para dar el ser a otro Mundo nuevo. Esta triple monarquía de la Medicina: la del Mundo, la del hombre y la de la mujer, explica que haya y deba haber naturalmente tres clases de médicos; una para sembrar el Mundo y protegerlo de los peligros de la escarcha, de la nieve y de la helada; otra para preservar al hombre de sus enfermedades y otra para cuidar y atender a la mujer. El arte hace que estas tres monarquías se reúnan y encierren finalmente en una sola.

En el Mundo ha de comenzar lógicamente la enseñanza de este arte, ya que él contiene los cuatro elementos, tal cual se hallan en su Matriz. Sin embargo, el verdadero centro de este arte es el hombre, el cual alberga en sí las concordancias de todos ellos (de todos los elementos). La mujer constituye la tercera y última ciencia. Con todo esto el médico conoce perfecta y enteramente todas sus razones teóricas. ¿Qué podría ser el médico si no, fuera de esto?

---

<sup>113</sup> La palabra alemana es "*Würme*" y la latina "*vermes*" (gusanos). En vista de ello, el traductor francés propone, aun con reservas, traducirlas por "úlceras". Realmente no es lógico. Por afinidad y para darle un sentido de generalidad, dentro de lo que nos parece ser la idea expresiva de Paracelso en este párrafo, adoptamos el término "parásitos".

### Capítulo tercero (De las anatomías de la Matriz)

La mujer es, ella misma, un Mundo particular cuya realidad no debe perderse de vista en ningún momento.

En cuanto al hombre, por más que la tierra sea su propia carne; su razón, su causa y su física son bien distintas, lo que se observa de igual modo en la mujer.

La sangre por ejemplo, es, según ya sabemos, el elemento del agua, al que podemos encontrar en otras formas y cuerpos, pero siempre y solamente en esta única relación.

Por lo demás, el Mercurio, el Azufre y la Sal, componen la esencia del hombre y de todos los Mundos, colocados (**positus**) constantemente sobre estos tres elementos, los cuales están igualmente contenidos en la carne, la sangre, la tierra y el mar.

Los tres elementos —Azufre, Mercurio y Sal— son otras tantas matrices, diferentes y separadas entre sí, que importa mucho saber distinguir. La mujer es otra cosa; ciertamente contiene también los tres elementos: sin embargo, su naturaleza de Mundo aparte, distinto del Mundo del Universo y del Mundo del hombre, hace que a pesar de sufrir muchas de sus mismas enfermedades, la función (**officium**) de su Física y de su Teoría sea bien particular y diferente de todas las otras.

Por eso, aunque la mujer pueda sufrir la hidropesía, la ictericia, la parálisis y el cólico igual que el hombre, sus manifestaciones tendrán siempre un matiz peculiar, como corresponde a su diferente Monarquía.

La mujer difiere del hombre en la misma medida en que proviene de él (**ex eo est**), es decir, en tanto va alejándose de su peso (**de pondere ejus decedit**), siendo diferente de él, de su Anatomía, de su Filosofía, de su Teoría y de su Física, justamente por provenir del hombre (**ex viro ipsa est**), con lo que se encuentra constituyendo el último y mínimo Mundo.

Así como la Matriz os enseñará a reconocer y encontrar a la mujer diferente del hombre, así debe haceros distinguir las enfermedades de una y otro y demostraros que las cosas tienen distintas posibilidades en el hombre y en la mujer.

La realidad del cuerpo de la mujer impone ante nuestros ojos el hecho de que la filosofía y la medicina que adoptemos ante ellas deben ser completamente distintas de las del hombre o de las del Gran Mundo. Las enfermedades de las mujeres no concuerdan con las de los hombres y no deben ser dejadas a la simple semejanza de sus síntomas.

Y el médico deberá considerar de distinto modo al hombre y a la mujer, por más que la enfermedad y la muerte sean una misma para los dos.

La muerte y la miseria en efecto, no son más que una, lo mismo que el hambre y la sed. Sin embargo, cuando el hombre tiene hambre o sed, es el Mundo medio el que las tiene, así como cuando las siente la mujer corresponden al Mundo último (**postremus**) El pequeño Mundo o Mundo medio y el Mundo último o mínimo están tan separados entre sí como la madre de su hijo.

Es preciso pues desechar para siempre los errores de los antiguos autores, quienes se equivocaron manifiestamente al identificar la patología de los hombres con la

de las mujeres. Decir según esto que sólo hay una Apoplejía, una Epilepsia o una Parálisis, es absolutamente falso.

La Medicina consiste en el conocimiento de las causas y en la ciencia del tratamiento. Por eso cuando en medio de las enfermedades aparecen las menstruaciones y otras cosas por el estilo, dichos males han de adoptar una fisonomía completamente distinta que en el hombre, lo que por otra parte es conocido ya por el último aldeano, el cual se reconoce diferente que cualquier mujer.

El médico concienzudo es de la misma opinión. En cambio el que sólo es un seductor de la Medicina y de los enfermos no duda de permanecer en el error.

#### Capítulo cuarto (Razón de porqué son diferentes las medicinas del hombre y de la mujer)

Existen dos medicinas en la Tierra; la de los hombres y la de las mujeres, con sus remedios y peculiaridades propias.

El buen médico debe decir así: “La Apoplejía del hombre proviene de tal o cual causa y ha sido creada dada de esta manera, pero solamente para el hombre: y la Apoplejía de la mujer emana de su propia raíz, esto es, de la Matriz, colocada a este propósito de tal o cual forma”.

Este es el buen fundamento de la Medicina y aquél que no haga estas distinciones no alcanzará jamás el arte para combatir ni siquiera la más sencilla hidropesía.

Las medicinas no tienen más identidad para los hombres y las mujeres que en el hecho de que unos y otras las toman por la boca, pues más allá los efectos varían constantemente en cada caso.

¿Por qué pues ha de pensar todo el mundo que tal hierba es masculina y tal otra femenina? Sin duda porque unas y otras enfermedades son perfectamente distintas, ya que, si no se tratara más que de una sola cosa ¿cómo se habría permitido dividir a la naturaleza en la Medicina?

Lo cierto es que la naturaleza y las enfermedades han sido divididas porque existen dos mundos diferentes; el del hombre y el de la mujer, divididos en sus enfermedades y, consiguientemente, en sus medicaciones. Todo esto nos demuestra inequívocamente el engaño, la falsedad y la mala fe en que ha sido mantenida la Medicina hasta el día de hoy. Sólo los ignorantes y los impostores han podido negar la evidencia de que las recetas deben elaborarse diversa y separadamente según sus anatomías respectivas, para los hombres y las mujeres.

Con todo, ampliaremos aún estos conceptos; quizás alguno de ellos alcance a conmover las orejas de nuestros enemigos.

Por lo pronto debo deciros que la mujer está mucho más cerca del Mundo que el hombre; esto se debe a la propia naturaleza de la anatomía masculina y se explica así: Sabéis por la Filosofía que el Mundo subsiste en los cuatro elementos, de los que el hombre toma diaria e imprescindiblemente su sustento. El aire, el cielo, la tierra y el agua son en efecto los alimentos del hombre, el cual debe recibirlos como tales,

cubriendo con ellos sus necesidades. De lo antedicho se desprende que todo ello debe existir en la Matriz, dado que la semilla del hombre está en el hombre mismo y que dicha semilla ha de requerir idénticos alimentos.

Los alimentos de la semilla humana no están en el Mundo externo (Macrocosmos) ni en el Mundo medio (Microcosmos) del hombre ya desarrollado, sino precisamente en el Mundo último (**postremo**), que no es otro que la Matriz femenina, de la que el hombre carece.

El hombre en efecto no se achica, divide, disgrega ni crece en el Gran Mundo, sino en el Mundo mínimo (en la Matriz), el cual debe proveer de alimentos al germen humano hasta que, completamente desarrollado, salga al Gran Mundo. Se comprende que la mujer tenga que ser diferente del hombre en la totalidad de su cuerpo, dado que tiene que poseer en él un cielo, una tierra, un agua y un aire que sirvan de alimento al hombre desde su concepción hasta completar la fase inicial de su evolución y aún algo más, ya que todavía el niño pequeño recibe su alimento de la mujer y no del hombre.

Con ello Dios, que, después de formar al hombre y a la mujer, ha dejado a ésta la misión de albergar la semilla humana, según nos expresa en su anatomía, en su filosofía y en su física, ha querido mostrar al hombre la grandeza de su origen.

Con esto quedan explicadas las diferencias del hombre y de la mujer.

## Capítulo quinto

### (Diferencia de las raíces del hombre y de la mujer)

La raíz del hombre reposa en él mismo. La raíz de la mujer existe bajo el signo de proveer de alimentos al germen humano.

La separación entre hombre y mujer es semejante a la que existe entre un peral y la tierra.

El hombre es la semilla, tanto de otros hombres como de otras mujeres, y la semilla está en él, en el espíritu del semen. Sin embargo su separación y alumbramiento corresponden a la mujer.

En la comparación que hemos hecho antes vemos que al árbol le basta con plantarse en la tierra para desarrollarse; si no ocurre así, el árbol se seca (**arescit**).

En principio todas las semillas tienen la propiedad de crecer por sí mismas, a pesar de lo cual necesitan de la tierra para llegar a transformarse en árbol. Y esto con igual fuerza, potencia y semejanza con que la mujer engendra en su Matriz el nuevo ser, sea niño o niña.

Si la mujer es pues comparable a un campo, deberá comportarse como cualquier campo del Mundo, esto es, poseer los cuatro elementos. Lo mismo que el campo con la semilla del árbol, la Matriz encierra una tierra en su especial receptáculo (**receptaculum peculiare**). Y así como la tierra no puede producir nada en ausencia de los otros tres elementos, la mujer los posee en su sangre —que es el Agua—, en el Aire del “Caos”<sup>114</sup>

---

<sup>114</sup> Esta expresión ha sido empleada frecuentemente por los Alquimistas y Spagyristas. La Matriz femenina debería tener, al igual que la Matriz cósmica, su propio Caos. Este Caos, expresado por las palabras misteriosas “*Tohou vah Bohou*”, es la primera materia del Universo, a la que Paracelso da el sentido de “aire”. Los Alquimistas llamaron “Caos spagyrico” a una Imagen de vientre en donde encerraban los cuatro elementos para la confección de la “Gran Obra”.

y en el Fuego de los Astros. E igual que los frutos de la tierra, que necesitan para crecer la presencia del Sol, de la Luna, de las Estrellas y del Aire, nada puede crecer en la Matriz sin la colaboración de dichos elementos.

Así pues, si tales elementos pueden y deben existir, os deberá bastar con saber que son distintos a los que el hombre posee y que, a diferencia de ellos, su motivo y su fin está al servicio de la nutrición.

Esta es la razón de la dualidad del hombre y de la mujer: que albergan otro Mundo y otra Monarquía, sobre lo cual deberéis instruiros cumplidamente. Pues así como la tierra y el árbol, aun mezclados, conservan cada uno su naturaleza y especie, según las substancias de sus cuerpos, así el hombre queda separado de la mujer, dentro uno y otra de sus límites respectivos.

Después de todo esto podréis daros cuenta fácilmente de cuán grande es el error en el juicio de las enfermedades de las mujeres y de los hombres, ya que las causas y las medicaciones no deben definirse y determinarse por las semejanzas de los signos, sino justamente por sus diferencias, lo que deberá examinarse con el máximo cuidado en cada caso.

Esto hubiera podido ser definido así, correctamente, por los autores antiguos, si hubieran considerado que la mujer puede padecer las mismas enfermedades que el hombre, en cuanto ella misma proviene del hombre, pero que además está sometida a otras, especiales, que el hombre no podrá nunca comprender ni padecer.

El haber colocado dentro de un mismo capítulo y de una misma terapéutica a hombres y mujeres, con todas sus enfermedades, es lo que indudablemente los engañó, dado que prescindieron así de la consideración filosófica, pues por más que la mujer provenga del hombre, el hecho es que no ha permanecido hombre, por lo que sus enfermedades no son viriles sino femeninas.

Conviene observar finalmente que la Providencia Divina ha dividido la anatomía de todas las cosas que nacen en macho y hembra. Y esto, no inútilmente (**non frustra**), sino a fin de que el médico vea la naturaleza como en un espejo y sepa actuar en cada caso.

Los malos médicos por el contrario han desdeñado y abandonado la luz de la naturaleza y, dejándose llevar por su fantasía, han viciado (**redigit**) la medicina de tal manera que al final han quedado en la situación de aquellos que quisieran ver a través de un muro lo que pasa detrás; lo que naturalmente es imposible.

Así, este libro ha sido escrito de la misma manera que todas las verdaderas artes. Quiere decir: evitando las especulaciones de la fantasía y guiándonos por la experiencia de nuestros propios ojos y por la luz de la naturaleza.

Sólo el que ve una cosa directamente puede decir en verdad que la ha experimentado. Por eso jamás daremos otro testimonio que el que nos enseñen las cosas

---

El tema del Caos ha sido tratado por lo demás, repetidamente, desde Hesiodo (Teogonía, v. 115) y Píndaro, a Ovidio (Metamorfosis, fab. I), Hyginus (Fab. I), Egidio de Vadis (*Dialogus inter naturam et filium Philosophiæ*, Cap. IV) y Pantheus (*Ars et Theoria trasmutationis metallicæ et Voarchadumia*).

El mismo Grillot de Givry, traductor de Paracelso, se ha ocupado de este tema en el primer capítulo (pág. 47 y siguientes) de su obra "Les villes Initiatiques".

que hemos visto, lo que es de especial importancia en Medicina, en la que vemos dos anatomías distintas, lo mismo que en todas las cosas y seres que nacen en el Universo.

Sobre esta base, no habiendo una sola vía para los dos, estableceremos una Monarquía para la mujer y otra para el hombre, aparte de lo cual necesitaremos conocer todos los accidentes (**casus**) particulares que las mujeres pueden experimentar, así como la afinidad especialmente femenina que puede caracterizar a las enfermedades propias de los hombres en cuanto son sufridas por las mujeres.

Esta interconexión engendra otra física, que la turba engañadora de médicos falaces no ha sabido ni siquiera oler (**olfecit**). Sobra decir lo bárbaro e indigno de su actitud.

## Capítulo sexto

### (Sobre el origen de las enfermedades de la mujer)

Sacad pues de vuestros ojos ¡oh Médicos! semejantes velos, abandonad esa secta miserable y no repitáis la infamia de considerar juntos a hombres y mujeres para ninguna determinada enfermedad. Convendrá por eso que estudiéis bien el origen de las enfermedades femeninas, de acuerdo a su diferente Física y a su distinta Anatomía. No pensaréis así que su cerebro, su corazón, su hígado... etc., son como los del hombre, pues el cerebro de la mujer es un cerebro femenino, del mismo modo que su corazón y todos los demás órganos.

Si exteriormente, según es notorio, hay las diferencias que todos pueden ver entre hombres y mujeres ¿qué no será entre aquellas cosas más íntimas, más unidas aún por la Física y más separadas por ello mismo?

La diferencia de la mujer se refiere (**incumbit**) siempre a su propia raíz, que no es otra que la Matriz en la que ha sido creada, en la que queda establecida y fijada y de la que toma su nombre.

Su naturaleza y condición provendrán así de la Matriz.

A diferencia de la mujer, el hombre crece a su manera masculina (**virī instar**), en tanto que ella lo hace según su naturaleza (**ex natura muliebri**), es decir, por la Matriz.

Esto lleva más lejos aún, pues de ello resulta que todos los miembros de la mujer crecen, se desarrollan y se gobiernan por la Matriz y desde la Matriz, igual que todas sus enfermedades.

Con esto comprenderéis la distancia considerable que hay, por ejemplo, entre la parálisis del hombre y la de la mujer, por más semejantes que sean sus signos exteriores. Así no deberéis comprender que la mujer no forma parte de la criatura humana, sino que su Física es diferente y su Monarquía de otra naturaleza y especie. ¿No es suficiente diferencia que la mujer posea y sea una Matriz y el hombre no?

Por otra parte, el que los nombres de las enfermedades de las mujeres sean los mismos que las de los hombres no prueba nada en contra y únicamente demuestra que ambos están comprendidos en el género humano (**Homines**). Deducir sobre esto que sus naturalezas respectivas (de hombres y mujeres) y sus condiciones son iguales, constituye una notoria falsedad. La mujer está hecha sobre la Matriz, sobre la que crece

y crecerá, ya que la Matriz es su raíz y lo primero que debe someter el médico a su consideración, toda vez que se refiere a las enfermedades de las mujeres, las que nacen debido a la potencia de la Matriz (**matricalis**) y no a la potencia viril.

Según estas potencias, deberá examinarse con todo cuidado la Física, las causas y los índices, sin lo cual será vano todo otro ulterior empeño, siempre que se conserve con claridad la independencia de las raíces masculina y femenina.

En vuestros manuscritos no se ve que hayáis observado el conocimiento de estas raíces, ni que hayáis preferido morderos los dedos antes de publicar toda esa sarta de mentiras, pues en verdad nada podéis sostener con vuestra Física, vuestras causas y vuestros síntomas, siendo notorio que, a menos que reconozcáis la división e independencia de las dos raíces y e vosotros mismos seáis y obréis distintamente para los hombres y las mujeres, no podréis consideraros médicos y sí solamente impostores.

Esto es tanto más fácil cuanto que la industria para mentir y adular es harto sencilla y se aprende en las Academias con la mayor naturalidad.

Jamás encontraréis semejantes aberraciones en la Monarquía ni en la Física. Pues del mismo modo que el peral nace de su misma raíz y el manzano de la suya, todo lo que crece reproduce el sabor de su raíz; lo que del mismo modo lleva a cabo la enfermedad. No porque el peral esté lejos (**absit**) de su raíz deja de formar cuerpo con ella: lo que puede referirse al cólico y a la Matriz.

Para dejar bien sentados estos fundamentos aún os plantearé otra proposición: “Siendo parecidas por una serie de puntos todas las enfermedades en general, tanto las masculinas como las femeninas, ¿proviene finalmente de los hombres o de las mujeres?”. Sobre esto os diré que ninguna enfermedad ha sido reconocida (**imprehenditur**) en el hombre antes de haber sido creada en la mujer.

El hombre jamás estuvo enfermo o afligido por ninguna dolencia de las que sus descendientes han hecho llegar hasta nuestros días, ni murió espontáneamente por sí solo hasta que fue creada la mujer. Esto nos permite comprender que todas nuestras enfermedades, miserias y aflicciones provienen de la mujer, lo que se constituirá así en el primero y mejor objeto de estudio y conocimiento, pues es notorio que no salimos de la matriz con la carne y la sangre solamente, sino con la miseria de todas las enfermedades.

En las cosas constituidas así, habrá que distinguir pues las enfermedades del hombre y de la mujer y cómo éstas últimas pueden derivar hacia las primeras. Asimismo será preciso distinguir y separar las hierbas de las medicinas, como igualmente la semilla del hombre que permanece masculina y la trasmutación por la cual se separa de la mujer. Separación que no sólo se lleva a cabo por la forma exterior, sino también por su naturaleza.

Conviene pues que os instruyáis en el proceso de su formación y de su separación<sup>115</sup>, por más que ninguna enfermedad que no venga de la mujer deba referirse

---

<sup>115</sup> La palabra del texto original alemán es "Freyheiten", que Paltenius traduce sorprendentemente por "dignidad", y Grillot de Givry, un poco más cerca, por "libertad". Sin embargo, para el sentido del texto y del razonamiento que se viene expresando, creemos que es más claro decir: "separación", ya que, al separarse del núcleo germinal materno, adquiere el germen humano su libertad e independencia, y a veces, aunque no siempre, su dignidad.

a la raíz primera. Y dado que en el hombre no exista en último extremo otra raíz que la que proviene de la mujer, habrá que convenir que su nueva disposición (**traducta**) se debe a una Física distinta, que los autores antiguos olvidaron —no sin ciertas ventajas para su sectarismo— que así los ha hecho llegar hasta hoy.

Capítulo séptimo  
(Génesis divina de las semillas y los gérmenes  
de hombre y mujer)

Todo lo que crece es en efecto distinto y diferente de aquello sobre lo que el crecimiento se realiza y el hombre, según esto, no es en cuanto a la mujer, distinto al pez respecto al agua, en la que vive, y sin la cual no puede existir. En este caso el pez pertenece a la naturaleza del agua, no obstante sea diferente de ella. Así son unidos, y sin embargo distintos, el hombre y la mujer. La mujer podría compararse con el mar, en cuyo seno viven numerosísimos peces<sup>116</sup>, semejantes a los hombres. Mar y peces y hombres y mujeres, estarán pues únicamente separados en su natividad, lo que es especialmente útil al hombre a fin de que tenga siempre presente que no es más que un animal del Mundo (**animal mundi**). El alma (**mens**) que el hombre posee es la que lo salva de acabar siendo un pez.

Es justo pues que el médico preste su mayor atención a estas similitudes y que sepa que el hombre es la semilla y la mujer el campo. Y que incluso la misma semilla de la mujer sólo perdura en mujer a través del hombre.

La mujer antes de salir del cuerpo de Adán era hombre también; sólo cuando las manos del alfarero (Dios) la sacaron de allí, dejó de ser una simple costilla del hombre.

Estos hechos deben ser perfectamente conocidos y comprendidos; ellos nos conducirán a colocar a la mujer como corresponde, es decir, en una Monarquía particular, con una Teoría y una Física propias, que observaremos con los ojos bien abiertos.

Cuando algunos escriben equivocadamente que tal capítulo trata de la ictericia (**Icteritia**) común a los hombres y a las mujeres, no hacen sino acumular pruebas falsas, como durante tanto tiempo han hecho Galeno, Avicena, Rasis y tantos otros.

Ni ellos ni vosotros, ni yo mismo, podemos en efecto ofrecer otras pruebas justas que aquellas que están en la Filosofía y en la luz de la Naturaleza. Sólo ella podrá demostrar y probar todas las cosas y no los charlatanes y curanderos, que ponen la base y el fundamento de los hechos en las extravagancias que les salen de la cabeza y que no hacen sino engañar a cuantos se fían de su palabra.

¿Cómo podemos hablar de la naturaleza de la Matriz si nadie ha visto su primera materia? ¿Y quién podría ver lo que ha existido antes de cada cual? Lo cierto es que todos venimos de la Matriz y que, sin embargo, nadie la ha visto, ya que ella existió antes de que existiera el hombre.

---

<sup>116</sup> Esta comparación, de notoria belleza poética, contiene además una sorprendente exactitud biológica, en cuanto al número de células germinativas potenciales que cada ovario contiene.

El Mundo, el hombre y todo lo creado provienen de la Matriz, a pesar de lo cual el hombre sale (**prodeat**) y nace de ella sin alcanzar a verla (**conspexit**).

Será pues importante que digamos lo que es la Matriz en que el hombre existe y se desarrolla.

Declararemos previamente que todo lo contenido en los cuatro Elementos debe ser aquí invisible y que de igual manera que el Mundo es la Matriz de todas las cosas, así debe ser considerada la Matriz en relación al cuerpo.

Antes de que el cielo y la tierra hubiesen sido formadas, ya el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, sostenido en cierto modo por ellas<sup>117</sup>, Pues bien, esas aguas eran la Matriz. El Espíritu Divino que hay en el hombre está en la Matriz y viene de ella, no existiendo en las demás criaturas.

Para que ese Espíritu no quede solo, ha sido formado el hombre, el cual lo asimila y conserva de ese modo. Esto nos explica que el Espíritu Divino del hombre provenga de Dios y retorne a él después de la muerte.

El Espíritu del Señor hizo así Mundo sobre el Agua, la que debemos considerar como la Matriz del Mundo y de todas sus criaturas.

La Matriz del hombre viene a ser el domicilio de su espíritu en la carne, situado por Dios en el Mundo entero, siendo su semilla el Limbo, el cual viene a ser así la semilla del Universo.

Así se realiza pues el primer acontecimiento del hombre. Luego el hombre se separa de esa gran Matriz y forma dentro de sí su Matriz propia, o sea, la mujer, en la que está de nuevo el Mundo entero y en la que el Espíritu de Dios se filtra (**insinuat**) y graba (**imprimit**), residiendo<sup>118</sup> en su fruto lo mismo que cuando estaba en las aguas, antes de la Creación. Ese Espíritu, que todos los hombres llevamos sobre la tierra y el agua, jamás ha sido ni será visto. Y por eso la mujer, que lo lleva en la Matriz, no debe emplear esta para fornicar. Pues Dios, que puso en ella su propio Espíritu Divino, debe poderlo recoger en igual estado de pureza.

Quiere decir que el Limbo está en el Semen y el Espíritu en la Matriz. Y que así como el Semen, creado y formado por Dios, da lugar al hombre, así el hombre encuentra, en el sitio que Dios le provee, su propio Limbo y en él su semejanza con el Creador.

Sin embargo, no habiendo sido conveniente que el hombre se crease a sí mismo del barro de la tierra, tuvo que crear Dios una Matriz y un Limbo diferente para animarlo<sup>119</sup>, quedando de este modo el hombre en la naturaleza del Mundo.

La diferencia importante está en que mientras Dios cerró el cielo para quedarse en él, creando allí y desde allí al hombre, el hombre necesita la oportunidad de hallar una Matriz donde engendrarse. Dios en efecto, no tuvo que levantarse de su trono (**ex solio suo**) para esto, pues le bastó con alargar la mano; lo mismo que hace y puede hacer el hombre con todo lo que le ha sido destinado.

---

<sup>117</sup> Alusión al pasaje del Antiguo Testamento.

<sup>118</sup> "Und setzet" en alemán. Paltenius y Dorn omiten esa expresión.

<sup>119</sup> "Zu Seelen" en alemán; que expresa, para "proveerlo del alma".

Con esto vemos pues que existen tres Matrices: La primera es el Agua, sobre la cual (**super quibus**) fue llevado el Espíritu del Señor. En ella se crearon el cielo y la tierra. La segunda, la Matriz de Adán, es la tierra amasada por la mano de Dios, la que de ese primer hombre hizo la mujer. La tercera Matriz, de donde salieron y saldrán todos los hombres hasta la consumación de los siglos, es la mujer.

Así, del mismo modo que Dios cerró su reino y el Mundo que lo rodeaba (**circumdabat**), encerró a la mujer dentro de su piel, ya que todo su cuerpo es Matriz. Por eso y a pesar de su semejanza en efigie y de haber sido hecha de él, la mujer no puede ni debe compararse al hombre, pues difiere de él en substancia, condición, naturaleza y propiedades. Cada uno sufre (**patitur**) sus propias miserias, unidas solamente en la Misericordia de Dios. Por eso siempre puede conocerse a Dios en la doble medicina de sus criaturas, en la viril de los hombres y en la femenina de las mujeres. Cuando se trate de las mujeres, el médico deberá cuidar de actuar dentro de esa terapéutica que Dios ha provisto, que es la verdadera y no la errónea. Y os digo que el que posea esta Gracia se protege a sí mismo<sup>120</sup>.

#### Capítulo octavo (Del origen del hombre y del funcionamiento de la Matriz)

De la misma manera, se comprende que el médico debe conocer el Limbo, esencia y primera materia del hombre. Verdaderamente el Limbo es el cielo y la tierra, la esfera superior y la inferior, los cuatro elementos y todo lo que contiene. Es lógico por tanto llamarlo Microcosmos, ya que en él está el Mundo entero. Será pues necesario que el médico conozca las dos esferas, los cuatro elementos, las substancias, naturalezas y propiedades, pues sólo de esta manera podrá conocer las flaquezas y dolencias que afligen al hombre.

Aquél que ha sido creado por Dios (el médico) debe saber y conocer muchas más cosas que el que sólo se reconoce hijo del hombre (el enfermo), con cuya posesión se alcanzan unidas la Ciencia y la Razón Divinas.

Todo esto debe aplicarse por igual a la semilla. Sobre ello, y antes de pasar adelante, es preciso que sepáis que Dios ha creado al primer hombre de la Matriz sin agregado ni intermediario de ninguna especie y sacándolo de él mismo, cosa que, en adelante, ya no debía repetirse más, por haber decidido Dios proveer de un Limbo a la naturaleza del hombre para que él sea un Limbo, es decir, para que él mismo sea su propio hijo si por ventura quiere tenerlo. A la vez Dios le dio también la Matriz, o sea la mujer. Quiere decir que serán necesarios dos elementos —y no solo uno— para engendrar los hombres, los que, no obstante venir del hombre, se hacen en la Matriz.

Por eso sus gérmenes y sus carnes están destinados a unirse y formar en adelante un solo germen y una sola carne. Con eso, el hombre que es hombre ya en el Limbo, se

---

<sup>120</sup> Esta frase parece desconcertante, pero nosotros no la vemos así. Obsérvense los párrafos anteriores y se verá que si el hombre viene de la matriz, al tratar las enfermedades de este órgano, se trata y protege a sí mismo. La idea encerrada aquí tiene, además, el valor de que insinúa la Medicina profiláctica.

plasma, forma, erige y da a su naturaleza, precisamente en la Matriz, igual que como anteriormente hemos dicho para el primer hombre en el seno del Gran Mundo.

En el porvenir será necesario pues conocer las enfermedades según el modo que acabamos de explicar sobre la generación. Habrá en efecto, una clase de ellas consecutivas al Limbo y provenientes de él y otras consecutivas a la Matriz y advenidas por ella, diferencia de causas que quiero explicaros bien a fin de que no volváis a incurrir en error. Esto se facilita por el hecho de que realmente la Matriz es visible, siendo únicamente invisibles sus propiedades y operaciones. El que ve a la mujer ve la Matriz del hombre, es decir, el Mundo del que nace. En cambio nadie ve ni ha podido ver lo que da lugar (**fabricat**) al hombre. Pues así como Dios en los primeros tiempos hizo al hombre a su imagen y semejanza, así hizo y hace el hombre desde entonces, semejantemente al Espíritu del Señor que flota sobre las aguas. El agua es en efecto el receptáculo de la semilla de la que crece el hombre, previamente contenida en el Limbo.

La naturaleza y las operaciones de la Matriz son invisibles y lo que es invisible no sufre (**nihil patitur**), razón por la cual no iniciaremos discurso alguno sobre cosas invisibles.

Lo visible es la mujer, situada como todos los cuerpos en el Azufre, el Mercurio y la Sal. Todo aquello de que podemos servirnos palpablemente debe existir en forma visible y tangible a la vez, ya que así está contenido en las tres substancias.

Sólo es invisible la primera materia de estas tres cosas, no así la última materia, que es visible y que constituye el cuerpo entero de la mujer.

Nuestro discurso se ocupará pues de esa última materia y sobre ella disertaremos y filosofaremos según su Monarquía nos enseña, dado que todas sus enfermedades provienen de las tres substancias y que conocerlas y tratarlas en su última materia supone poder llegar a influirlas en su primera materia.

Estas enfermedades en efecto sobrevienen consciente o inconscientemente de las tres substancias de la mujer, ya en su pasado, en su momento presente o en el porvenir. Lo que nos enseña que las mujeres están sometidas, igual que los hombres, a los astros externos, bien que con una Física diferente.

Ocurre como con el pan, que es alimento para todos los seres; en este ejemplo vemos que cuando el hombre come pan, el pan forma y se transforma en su carne; igualmente el pez engendra su carne del pan que come. Lo que no quita para que las carnes del hombre y del pez sean distintas. Así igualmente, considerando con todo cuidado sus diferencias, debe saberse separar la Teórica de las impresiones, infecciones y demás situaciones de este género.

Y pues que todos los médicos y todas las hierbas poseen esta diferencia, bueno será que los primeros sepan admitir y distinguir lo que está del lado de la verdad y de la mentira.

Los médicos antiguos que describieron la Matriz en la parte inferior del cuerpo, como si sólo allí pudiera estar la Matriz entera, separada del resto de la naturaleza de la mujer, incurrieron en error. Fuera de esto la mujer quedaba asimilada al hombre, lo cual era un error aún mayor. Esos médicos olvidaban el agujero (**foramen**) que hay en el Mundo, por el que Dios mete su mano desde el cielo y maniobra y construye cuanto quiere. Del mismo modo ha constituido a la mujer como un Mundo en el que se

formaría el hombre y en el que el hombre se encontraría en el lugar de Dios, pudiendo actuar y obrar como Él. Esto debe comprenderse considerando que lo mismo que Dios extiende sus manos desde su reino sobre el cielo y sobre la tierra y toma y forma el Limbo de ellos, lo mismo hace y puede hacer el hombre con la mujer.

Los que digan que hay error en esto, es decir, que Dios haya podido tomar un solo Limbo, o sea un solo lugar, y no todos juntos, se equivocan nuevamente pues no han sabido ni comprendido que el hombre es el Mundo y que el Limbo es el Mundo entero. Lo que con igual razón puede aplicarse a la Matriz, ya que toda la mujer es Matriz y que de todos sus miembros se ha engendrado el campo (**ager**) del hombre. Y que así como la tierra necesita sostenerse en todos sus elementos, es decir, en todas las fuerzas del Mundo entero, así necesita el hombre de todo el cuerpo de la mujer.

El cuerpo de la mujer adquiere así la categoría de centro de estas operaciones y acceso (**aditus**) de toda la periferia externa. En ella a su vez la Matriz constituye el eje del cuerpo, es decir, del corazón, hígado, bazo, carne y sangre. Y os digo que tan distante y separada está la Matriz del cuerpo del hombre como la sangre de una y otro entre sí. ¿Qué importa entonces que ambas sean igualmente rojas? Pase que el simple aldeano confunda estas cosas, pero no así el médico, a menos que tenga venas de aldeano, pues si considerándose médico entiende la ciencia como un aldeano, habrá que convenir que no podrá sacar gran provecho de ella.

Los tales olvidan las diferencias que existen entre los metales, las piedras y las maderas, así como que el hombre y la mujer, aún siendo una sola criatura humana, poseen dos formas, dos figuras y dos naturalezas y que la mujer puede por ello gobernar una Monarquía distinta en todas las enfermedades.

## Capítulo noveno (De los menstruos)

Ocurre como con el desbordamiento de las mareas, mediante el cual se ponen de manifiesto las fuerzas del mar. Y preguntamos: ¿a qué se debe este flujo y reflujo del mar?

Se debe a que el mar consume y mata todo lo que entra en él. Allí son devoradas y aniquiladas (**obtruncantur**) todas las aguas, del mismo modo que todos los hombres lo son sobre la tierra.

Todas las cosas que realizan esta operación de consumir y de matar poseen la propiedad de romper o quebrar (**infringit**) todo cuanto reciben. Y esto con perfecta regularidad una vez al día.

Ocurre como cuando el hombre toma su alimento, sobre el que empieza inmediatamente a realizar su cocción (**concoquit**), lo que ha de conducir a la destrucción de los dichos alimentos, durante cuya operación el vientre se hincha y distiende.

Así como las aguas que mueren en el mar no vuelven nunca más, tampoco vuelven las cosas que, habiendo nacido sobre la tierra, murieron y quedaron en ella.

El flujo y reflujo del mar adviene también en la mujer, la que se hace así madre de sus hijos, lo mismo que el mar madre de las aguas.

Precisamente porque la mujer es madre engendra en ella misma un flujo semejante, cuya agitación (**œstuatio**) se produce cada cuatro semanas con la expulsión consiguiente de todos los restos y cosas muertas, en lo que se distingue del mar, que no devuelve nada. La finalidad de esta expulsión está en que nunca haya nada muerto allí donde el hombre debe darse para nacer.

El menstruo viene a ser pues una confluencia de cosas excrementicias que van a parar a la Matriz para morir en ella y expulsarse de allí a continuación.

El aserto de algunos médicos que llevados de su imaginación han dicho que ese excremento menstrual es la flor de la mujer, comparable a las de un árbol cualquiera, es completamente falso. La flor de la mujer se manifiesta en el acto de concebir; después el fruto sucederá a la flor y se producirá el hijo<sup>121</sup>.

¿Ignoráis por ventura, oh médicos, que los árboles florecen a causa justamente del fruto que ha de salir de ellos? ¿Y no sabéis que el árbol sin frutos no florece tampoco?

¿Cómo es posible que la mujer florezca sin dar fruto alguno? Cuando decís por ejemplo que las vírgenes florecen en sus menstruaciones yo quisiera que pudierais decirme cuál es y dónde está su fruto. Ciertamente no lo hay. Por eso digo que la menstruación es un excremento y no un fruto.

Los Galenistas, Avicenistas y demás médicos de estas sectas yerran indecorosamente (**conspurcet**) cuando dicen que una virgen puede florecer lejos del hombre, del cual proviene precisamente su flor. Pues si para que haya fruto es necesario una previa floración, otro tanto debe pensarse acerca de los hombres y de las mujeres, a menos que se admita que los niños nacen sin padre.

¡Oh doctores mentecatos! (**bliteos doctores**) ¿Cómo podéis perdurar en el error de vuestra ciencia no experimentada (**inexplorata**) destruyéndoos a vosotros mismos?

¿No veis que la Matriz es verdaderamente un Microcosmos femenino y que, si ha de engendrar, debe purificarse y mantenerse así, limpio de toda clase de basuras?

¿No comprendéis que si la depuración no se hace escrupulosa y perfectamente, esa Matriz no podrá concebir'?

Yo os digo que ese estado de pureza debe continuar hasta la cesación de la leche, la que no se engendra en modo alguno de los menstruos sino de las mamas, especialmente consagradas a esta función. En tanto dura la lactancia no se produce ningún excremento, ya que entonces todo se tranquiliza e inhibe. En ese momento no puede producirse nada impuro ni nada expulsable, pues está en la naturaleza de la mujer que, desde el momento que concibe, se trasmuta y trasfigura al punto que todas las cosas se comportan como en un verano, sin nieves ni heladas invernales, y en donde todas las cosas son alegres y agradables<sup>122</sup>.

La Matriz traduce pues la alegría de ese tiempo de verano, dejando tranquilos sus excrementos hasta que el invierno vuelva con sus nieves y escarchas.

---

<sup>121</sup> El original alemán dice "Das Kind" (el niño). Paltenius traduce "foetus" (el feto) y Grillot de Givry "Tenfant" (el niño). En castellano nos parece más preciso decir: "el hijo".

<sup>122</sup> Es sorprendente la exactitud biológica y la belleza de imagen de esta frase.

Conviene según esto que conozcamos bien el tiempo de la generación (**tempus pariendi**), así como sus proporciones y condiciones. Pues si el médico lo ignora, todo lo que diga será inútil. Decir que la leche de la que el niño ha de alimentarse proviene de los menstros, es una ciega inducción (**caeca inductio**) y una insensatez. ¡Mejor harían los médicos que tal dicen en mirar un poco a la Naturaleza antes de redactar sus libros y recetas!

Expondremos aún todas estas cosas más clara y detalladamente en la Filosofía, en el pasaje que trata de la generación del hombre.

### Capítulo décimo (De la lactancia y del parto)

Todo esto os enseñará la Anatomía de la Matriz y os dirá cómo es ella el cuerpo entero de la mujer y cómo el niño, en la Matriz y fuera de ella, extrae su comida de las mamas, donde la leche resulta el mejor y más noble los alimentos y no el excremento de la materia menstrual. ¿Cómo se explicaría que los menstros, que son el veneno más violento y perjudicial que existe, pudieran servir de alimento a un niño?

Verdaderamente el que pretenda trasmutar este pernicioso excremento de la mujer<sup>123</sup> en una cosa pura y excelente, es un grosero ignorante. Os digo que ningún veneno puede transformarse en alimento, el cual siempre ha de ser y seguir siendo veneno. ¿Qué padre daría a sus hijos piedras o serpientes en lugar de pan? ¡Ninguno! No olvidéis pues que menos aún ha de hacerlo Dios. .

Entretanto es cierto que la Naturaleza detiene y retiene (**supprimi**) su veneno y que lo mismo que el Sol se ha quedado detenido y fijo en el tiempo de Josué, así la Naturaleza suspende todos sus movimientos desde la concepción hasta el término del desarrollo del feto; es decir, hasta el momento en que deba al fin nutrirse, alimentarse y sucumbir como los hombres.

También es verdad que todo lo que se expulsa con el niño durante el nacimiento es asimismo inútil. De ello más bien saldría un gusano<sup>124</sup> y no la leche, como vosotros suponéis.

---

<sup>123</sup> Los ocultistas ya conocieron la movilidad de los menstros. Luis de Vair, en sus "Trois Livres de Charmes, Sorcelages... etc. Paris, 1553", decía: "Todos los meses las mujeres van llenándose de superfluidad, hasta el punto en que, rebosando de sangre melancólica, la hacen salir por la boca en forma de vapores y por las narices y demás conductos del cuerpo, empujando y derramando fuera los líquidos encantados y maléficos; estos jugos salen al exterior mezclados y empujados por estos gases y vapores, y provocan eructos y otras cosas, que las viejas saben hacer muy bien".

Paracelso (Cap. IV y II "De Pestilitate", del libro "De Incantatione"), consideraba que el Basilisco nacía de los menstros de la mujer.

A este propósito queremos recordar que, en muchos pueblos de España —sobre todo en Andalucía—, se llama Basilisco a las mujeres de mal carácter, viragos y solteronas, y por extensión a todos los hombres y mujeres de mal genio. Esto puede relacionarse, en cierto modo, con la idea expresada y con la clásica y universal inestabilidad afectiva y psíquica que conturba a muchas mujeres durante los días del período.

<sup>124</sup> "Wasserkalb" Paltenius lo traduce por "mola" y Gerardo Dorn, equivocadamente por "*vitulus marinus*", es decir: "toro marino", cuya verdadera palabra sería "Drahtwurm" en alemán, o "*Gordius aquaticus*" en latín. Dicho animal no sería la actual foca, sino un gusano de la familia de los Nematodos. Personalmente, creemos que con todo ello —y por el hilo del discurso y la claridad general de estos pasajes— quieren referirse a la placenta.

Todo esto no es sino la prueba de cómo la Fidelidad Divina protege al feto, impidiendo que estas inmundicias puedan ofenderlo.

Por eso, cuando suponéis y afirmáis sin el menor rubor, que el feto se nutre de semejantes cosas, decís el mayor de los dislates, pues nada puede alimentarse en parte alguna más que de cosas puras, sean árboles o hierbas o raíces, y de licores sutiles, como el rocío o la lluvia.

El niño sin embargo, está por encima de todo esto, según sus distintos alimentos, en razón de su mayor fragilidad. Y os digo que esto tiene ahí más importancia que en la hierba de los campos.

Esa es la razón por la cual se confía el niño al seno (**pectus**) de la madre, fuente del más sutil de los alimentos, hasta tanto adquiere una fortaleza suficiente para digerir todas las clases de ellos.

En verdad os digo que todas las cosas se purgan por medio de la espuma (**spuma**). Por eso la espuma purifica a la naturaleza, la que puede dar así al niño su más puro y exquisito alimento.

No es exacto por lo tanto que la espuma sea el alimento, que la leche provenga de los menstruos, ni que éstos queden retenidos en la Matriz hasta el nacimiento del niño, transformándose entonces en leche. Os diré que esto no sirve más que para demostrar la falacia de la Filosofía en la que os habéis educado. Lo que desborda — fijaos bien— es la espuma de las cosas que cuecen (**ex cocta**), que es justamente lo que debe alimentar al niño dentro del útero y lo que debe chupar de las mamas de su madre. Verdaderamente no son los excrementos los que provocan esa espuma (**exspumentur**). ¿No comprendéis que si la bebida hubiese sido privada de su espuma (**exspumari**) no habría quedado nada más que una estoica austeridad?

## Capítulo undécimo (Sobre la patología especial de la mujer)

Es conveniente que tratemos tanto la salud como la enfermedad de la mujer en una Monarquía separada de la del hombre, y esto no sólo por la considerable distancia que media entre una y otro, debido a la existencia en ellas de los senos, de la Matriz y de las menstruaciones, sino porque todo el cuerpo de la mujer es diferente, ya que ha sido formado justamente en razón de los senos, de la Matriz y de las menstruaciones. Quiere decir que el cuerpo de la mujer ha sido hecho de acuerdo a la Naturaleza femenina y no según la masculina.

El que a menudo una misma medicina sea útil por igual a hombres y mujeres, como ocurre con las que se administran para la peste, las fiebres..., etc., se debe a la naturaleza narcótica, estupefaciente o diaforética de estos remedios, los cuales no son empleados en estos casos según el verdadero origen de las medicaciones regulares y saludables. De esta falta de legitimidad resulta que esos medicamentos son a veces eficaces hoy, pero ya no mañana o que alivian la peste pero no otras enfermedades, como explicaremos en un capítulo especial.

Habiendo pues como hay un método legítimo para el tratamiento de las enfermedades, es justo que la separación entre hombres y mujeres sea conservada tanto para la salud como para la enfermedad.

Daremos un ejemplo: La mujer puede compararse a un árbol en que ambos llevan un fruto en sí. Y el hombre asemeja al fruto, en que ambos provienen de un árbol. Según esto, veis que el árbol necesita muchas cosas para su sustento y para llegar a producir (**proferat**) el fruto que es la razón de su existencia. Y que son muchas también las cosas que pueden atacar el árbol y muy pocas las que alcanzan a dañar el fruto. Lo mismo ocurre con la mujer respecto al hombre, ya que éste es con relación a aquélla lo que es el fruto para el árbol, donde, mientras cae el fruto, el árbol permanece fijo, pasando a ocupar su atención con los nuevos frutos que vendrán sucesivamente a lo largo de su vida. Por eso el árbol y la mujer están destinados a soportar y sufrir muchas más cosas, de lo cual el desarrollo de sus frutos respectivos podrá cumplirse felizmente.

Considerad cuidadosamente este ejemplo y ved cómo debéis interpretarlo si queréis ser buenos médicos. Así, si examináis detalladamente esta Monarquía, podréis deducir que no todo lo que es necesario para el árbol lo es para el fruto y viceversa, lo que constituye en todo caso un signo exterior, como puede observarse por igual en el hombre y en la mujer.

Con esto debéis establecer que la diferencia (**discrimen**) que hay entre un niño y una niña es semejante a la que se observa entre una pera (**pyrus**) y las pepitas o semillas que hay en el centro de su núcleo. La distancia que hay entre ambas naturalezas puede compararse a la que separa a los niños de las niñas, cuyo razonamiento dejamos a la Filosofía.

¿No habéis meditado nunca sobre el hecho de que el hombre esté en alto, es decir, que venga del Limbo, y no en cambio la mujer? Ello se debe a que la mujer es la segunda criatura, no la primera, por lo que le corresponde estar detrás y debajo del hombre, ya que no proviene del Limbo y constituye un cuerpo distinto. En verdad os digo que si hubiese sido del mismo cuerpo que Adán, habría formado parte del Limbo.

Por lo demás, el que estuviese destinada a formar otra Monarquía, explica que haya sido hecha después del hombre, de su costilla y de su carne palpitante y viviente, con lo cual el Limbo pudo dar lugar a una carne diferente a aquella de donde salió.

La mujer, salida del hombre, acaba siendo así algo tan separado del hombre como el hombre mismo lo está del barro originario que lo creó.

Todo esto da lugar a la constitución de una nueva Teoría y una nueva Física acerca de la mujer, para confusión y vergüenza de esos mentirosos que aseguran que el hombre y la mujer son semejantes. Toda la cortesía de sus discursos no basta para explicar cuanto concierne a la Matriz en la que se encuentra el niño, con todo lo que ha de menester.

Si ahora consideráis esas necesidades del feto, dado que el mismo requiere poseer la totalidad del cuerpo y que toda su sangre, hasta la última gota, es imprescindible para la Matriz, comprenderéis el error que se comete cuando se pretende separar esas dos sangres.

A pesar de esto aún hay médicos y aspirantes a médicos que siguen sin comprender hoy día estas cosas. Cuando los tales afirman inefablemente que “Galeno

dice esto”, o “Avicena expresa lo de más allá”, creen de buena fe que han alcanzado la verdad. ¿Es posible que creáis que basta con enunciar algo para que sea cierto? Os diré que es necesario primero establecer la veracidad de un autor, su exactitud y su infalibilidad, para que podamos dar a sus afirmaciones el mismo valor<sup>125</sup>. Y sabed que siempre es más difícil conocer al hombre que a la obra.

El que se haya querido dar un crédito excesivo e irrazonado a autores verdaderamente podridos (**putridi**), considerando sus palabras como afirmaciones del Evangelio, no ha de darles ni daros un grano más de sabiduría. Por eso justamente pueden complacerse ciertos médicos con esos falsarios. En verdad os digo que todos los que se asemejan acaban por reunirse y que el conseguirlo constituye una de las más características ocupaciones del Diablo.

Con esto os repito la constancia de la naturaleza de la mujer, su independiente Monarquía y la necesidad de que la misma —y la que corresponde al hombre— se mantengan perfectamente diferenciadas. Y consiguientemente que el conocimiento del cielo y de una y otra esfera os conduzca a la conformidad microcósmica (**microscómica consensio**), olvidada por los antedichos enceguedos médicos.

#### Capítulo duodécimo (De la necesidad de una terapéutica especial para la mujer)

Dada pues la división que hemos establecido para el cuerpo humano, diferente en el hombre y en la mujer, resulta necesario fijar iguales diferencias para sus enfermedades. A los efectos de una mejor y más rápida comprensión, os daremos el siguiente ejemplo: La ictericia (**Icteritia**) del hombre es completamente distinta de la de la mujer. Es cierto que ambas presentan los mismos síntomas, que su pronóstico es semejante y que sus circunstancias e indicaciones nos dicen que se trata de la misma especie de enfermedad, quiero decir, de la misma cosa, pero a pesar de ello, os repito, el tratamiento ha de ser distinto en cada uno de estas ictericias y ahora os explicaré porqué.

No niego que haya medicamentos hermafroditas, útiles para los individuos de ambos sexos y sobre ello habrá de escribirse un libro especial, cuya tarea postergo momentáneamente. Ahora os explicaré el modo cómo debéis llegar a poseer el verdadero régimen de estas cosas.

La mujer padece de ictericia igual que el hombre, pero en mayor grado aún, ya que además de impregnarse de amarillo, su cuerpo es todo él un perpetuo e inmanente desbordamiento (**profluvium**). La expresión de ese estado consubstancial, no está solamente en el excremento menstrual sino en todo el cuerpo del que emana la menstruación. Por eso, cuando el cuerpo retiene esa emanación, es decir, su licor microcósmico, se trasforma en enfermedad.

Ese licor se somete a la ictericia de un modo especial, pues por más que la causa sea la misma, los cuerpos son diferentes.

---

<sup>125</sup> Notable observación de moral científica.

Ocurre como cuando teñís de amarillo un trapo<sup>126</sup> y un trozo de madera; que el color es el mismo, pero los objetos diferentes. Igual pasa con la ictericia: la misma enfermedad, pero dos cuerpos distintos.

Por eso deberá conformarse la medicina según los cuerpos y no según los colores, pues no es el color sino la garlopa lo que dominará la madera y no el color sino el martillo lo que nos hará dueños del hierro.

Todo lo que os decimos sobre estas cosas y sobre el cuerpo, debe someterse por igual ante los ojos del médico, el que, sólo si lo considera atentamente, podrá acabar dominando y expulsando a la enfermedad, pues no hay duda de que por más que el color pueda ser eliminado por los diversos medicamentos, el cuerpo siempre queda.

Por lo pronto vemos que cuando el líquido del Microcosmos persiste en derramarse por sí mismo (**profluvium**), su color se aclara y blanquea, constituyendo la ictericia blanca, distinta de la anterior, o ictericia amarilla, de la cual no difiere por deducción sino por una disposición nueva que podríamos explicar a modo de un espesamiento (**congregatio**)<sup>127</sup>.

Todas estas efusiones; la roja, la blanca, la amarilla y la negra, deben comprenderse e incluirse pues en un solo capítulo.

Por eso, si el cuerpo debe considerarse por sí mismo, pero no los colores aislados, y en cambio sí también cuando cuerpo y colores aparecen unidos, se comprende que exista una medicina distinta para cada uno de estos dos casos.

Cuando os servís de compuestos hermafroditas no obráis pues según el verdadero arte sino según la incomprensión y la tontería. Mezclar las medicinas masculinas y femeninas no puede llevaros a acertar más que por puro azar, pues el arte verdadero no entiende de estas mezclas ni añadidos y consiste siempre y solamente en mantener la anatomía de cada Monarquía, dando a los hombres y a las mujeres sus correspondientes y propios remedios. Las mezclas jamás podrán dar frutos perfectos y en cuanto a las medicinas hermafroditas os diré que sólo deben darse, pero no componerse. El llantén cura por igual la disentería de los hombres y de las mujeres, precisamente porque posee las dos anatomías y puede ser útil así a ambas Monarquías.

Lo que ocurre también con otras cuantas plantas. De todos modos, siempre que una de ellas se aplica al hombre, el Arcano de la mujer muere simultáneamente y viceversa.

Estas medicinas hermafroditas han permitido realizar gran número de experiencias, más aún que las que podemos observar con las medicinas simples, propias para un solo sexo, mediante la práctica canónica<sup>128</sup>.

---

<sup>126</sup> El original alemán dice "Tuch"; exactamente, "trapo". Sin embargo, en la versión de Paltenius y a consecuencia de un error, aparece "*pavum*" en lugar de "*pannum*", esto es, "pavo" en lugar de "pañó"; error que Bistikius ha conservado.

<sup>127</sup> A pesar de la laboriosidad de este razonamiento, vemos aquí claramente expuesta la teoría del drenaje de las vías biliares, del cambio de la bilis negra en verde amarilla y blanca, que Chauffard, Boas, Naunyn y Meltzer Lyon han fijado en un cuerpo de doctrina actual... pero que parte de Paracelso.

<sup>128</sup> Práctica canónica quiere decir aquí: empírica, dogmática, apriorística o sistemáticamente teórica.

Con esto no queremos decir que las experiencias (**experimentum**) hermafroditas sean suficientes para demostrar todo, sino simplemente que son útiles. Su utilidad es hacernos conocer que las enfermedades no sobrevienen nunca obedeciendo a normas fijas (**canonice**)<sup>129</sup> sino en contra precisamente de toda regla (**canon**), razón de la cual extraen las experiencias su verdadero provecho. Todo lo que sobreviene según reglas fijas pre-establecidas, debe tratarse de acuerdo a los cánones clásicos (**cura canónica**), en cuyo caso ninguna experiencia tiene verdadera utilidad. Y viceversa. En un lugar apropiado, más adelante, encontraremos muchas cosas que nos ayudarán a comprender esto.

Por ahora insistiremos en decirnos que cuando los autores proponen con tanta frecuencia un previo y sistemático tratamiento canónico<sup>130</sup>, basados en que todas las enfermedades se engendran y aparecen canónicamente, cometen un error. De la aplicación y secuencia de los tratamientos canónicos nace efectivamente el error.

Por lo demás la solución es bien simple, ya que en todos aquellos casos en que fracasa el tratamiento canónico basta con atenerse a lo que dice el "Tesoro de los Pobres"<sup>131</sup> y demás vulgares libros semejantes, en cuyo caso basta con decir: "es preciso usar tal cosa", o bien, "esto otro resulta a menudo muy beneficioso", o "aquello es eficaz", con lo que el error perdura manifiestamente, ya que los médicos que así actúan desconocen las diferencias entre la Cura Canónica, de Avicena, y la verdadera experimentación, buena prueba de su notoria ceguera.

Aparte de esto, debéis tener en cuenta, siguiendo el ejemplo que os he dado a propósito de la ictericia y otras enfermedades semejantes, que no existe un único color amarillo (**flavedo**) sino varios, e igualmente diversas ictericias. La bilis en efecto, expresa todos los tonos del color amarillo y no uno solo, como tendremos ocasión de enseñar más adelante en un capítulo especial. Del mismo modo no podrán desconocerse las diferencias entre las bilis de los hombres y de las mujeres y sus respectivos colores, de lo que se deducen una vez más las diferencias de la Medicina de unos y otras.

El Asa<sup>132</sup> es una generadora de colores (**colorum promotrix**), así como la Reselia<sup>133</sup> una destructora de los mismos y la Centáurea una hierba especialmente apta

---

<sup>129</sup> Traducimos "no obedeciendo a normas fijas" porque ése es el sentido aquí de "canónico", y no decimos "canónicamente" como en la versión francesa, pues en castellano encierra una idea eclesiástica que no está en absoluto en lo que Paracelso quiere expresar en este párrafo.

<sup>130</sup> Se refiere al célebre "Libro de los Cánones", de Avicena, traducido del árabe en Padua, en 1476, y reimpresso en Venecia, 1483.

<sup>131</sup> "Tesoro de los Pobres": célebre libro de Medicina casera, muy popular en los Siglos XV y XVI, del que la Biblioteca Nacional de Paris posee un magnífico ejemplar, impreso en 1476 (Galería Mazarino; estante Te., N° 17/22). Se trata de un Compendio sin ninguna doctrina, presentado como un catálogo de Farmacología clínica, pero que debió gozar de gran predicamento en aquella época.

En Florencia se reimprimió en 1494 ("Tesoro de Poveri", da Pietro Spano), en Venecia en 1500 y en Alcalá de Henares en 1575. Su autor, Petrus Hispanus. no sería otro que el Papa Juan XXI (1276), en opinión de Hirsch, o bien el Papa Juan XXII, según Duportes-Borcheron.

<sup>132</sup> Asa o Assa. Se conocen dos especies de esta hierba; una corresponde a la familia de las guaiancanáceas (Asa dulcis. Assa odorata. Succus cyrenaicus o Benjuí), y otra a la de las umbelíferas (Asa fetida, Stercus diaboli o Valeriana). En este punto no puede precisarse a cuál de ellas quiere referirse Paracelso.

<sup>133</sup> Resella o Reselba: este término es desconocido para todos los lexicógrafos.

para realizar los más diversos experimentos (**experimentum**). En todo caso os diré que los más importantes arcanos (**principalia arcana**) están en estas cosas, las que no tienen por consiguiente un valor hermafrodita, ni de simples matizadoras del color, debiendo por el contrario deducirse conforme a verdaderos, fundamentos, a fin de que el cuerpo obedezca su acción como es debido.

En las enfermedades canónicas los cuerpos cambian (**mutantur**), en tanto que el color permanece invariable, sin desaparecer nunca, perdurando unido al cuerpo formando una sola entidad.

Esta constitución de las cosas nos enseña que la medicina no puede existir así, sino procediendo de su Monarquía y considerando siempre al cuerpo por sí mismo. Con ello, al producirse el restablecimiento (**reductio**) del cuerpo, la salud vuelve automáticamente, al mismo tiempo que la enfermedad se retira. Pues nunca debe desconocerse que todas las enfermedades poseen dos naturalezas, una con el cuerpo y otra sin el cuerpo.

La falta de observación de esta diferencia ha dado lugar al error en torno del cual han divagado tantos tratamientos.

La diferente bilis de la mujer no puede ser dominada en efecto en las enfermedades canónicas sino a través de la Monarquía femenina, en una Medicina distinta que la que requiere la Anatomía y la Física de la Medicina de los hombres.

Por eso el efecto que produce en el hombre la centáurea macho<sup>134</sup> es semejante que el que en la mujer determina la centáurea hembra<sup>135</sup>.

La importancia que Dios ha concedido a estas cosas explica que haya atribuido a las mujeres una Monarquía particular. Y que al mismo tiempo que las ha traspuesto en un cuerpo y una naturaleza distinta que los de los hombres, les haya asignado un Mundo, un alimento y unas necesidades particulares, ordenando al médico que escrute y conozca todas estas cosas, no como hicieron Avicena y Galeno. Pues os digo que la Providencia ha adelantado en mucho a esos genios mentirosos, creando al verdadero médico, es decir, a aquél que yo he creado: los demás son falsos<sup>136</sup>.

Con esto no tenéis más que iluminaros con la luz de la Naturaleza y sabréis donde está el auténtico y el farsante.

### Capítulo decimotercero (Diferencias entre alimentos, elementos y medicamentos masculinos y femeninos)

Lo mismo que todas las cosas de la Creación están divididas en dos Monarquías distintas, según acabamos de explicar, también el firmamento, la tierra, el agua y el aire

---

<sup>134</sup> Esta planta, que los antiguos llamaron "Bilis de tierra", es la pequeña centáurea o Centáurea Minus, que Linneo llamó "Erythroea centaurium".

<sup>135</sup> Es la gran centáurea o Centáurea Centaurium. Paracelso parece haber sido el único en adoptar las denominaciones de centáurea macho y centáurea hembra.

<sup>136</sup> Se comprende que con afirmaciones como ésta no cosechara Paracelso demasiadas simpatías entre sus contemporáneos.

lo están de igual manera, conservando cada una de ellas su naturaleza y propiedades. Ello explica que el alimento del hombre y el alimento de la Medicina no sean una sola cosa, es decir, no sean de una sola condición o naturaleza.

La razón está en que las sustancias que se comen son necesariamente sencillas: su distinción en dos Monarquías afecta únicamente a sus virtudes médicas (**vires medicas**), pero no al simple alimento.

Por eso y por más que frecuentemente el alimento que damos a las mujeres, según su Monarquía, les resulta más saludable que el alimento masculino, ello proviene de una causa que el cuerpo lleva en sí mismo y no por razón alguna inherente al alimento.

Recordad sobre esto que en el ventrículo se encuentran un artesano y un preparador (**faber ac opifex**) destinados a formar la carne humana, los cuales, no obstante determinar una sola cocción, poseen dos naturalezas dotadas de tal manera que les permite engendrar la carne femenina en las mujeres y la masculina en los hombres.

Por lo demás, el alimento es siempre de la mayor simplicidad, correspondiendo al Arcano prepararlo para cada Monarquía. Por eso el cuidado de dar el alimento no debe preocupar al médico, el cual se limitará a dar correctamente las medicinas según cada Monarquía.

Lo que constituye el alimento queda bajo el dominio del Arcano, el que lo domina y elabora en el ventrículo en la debida forma, igual que podría hacer con el hierro un herrero competente.

La Medicina es diferente y debe ser administrada según la Monarquía correspondiente a fin de que sea conservada por la Naturaleza, ya que el Arcano no puede transformarla.

Cuando el hombre come cualquier cosa, lo hace en razón de que se come a sí mismo, esto es, de que come de su carne y de su sangre, ya que somos exactamente esto. En cambio no somos medicinas y cada una de ellas deberá aplicarse por tanto a esto o a aquello, según lo que nos aflija. Esto debe ser siempre tenido en cuenta, pues el ventrículo no produce por sí mismo lo que necesitamos más que en la medida en que nosotros mismos se lo proveamos. En caso contrario el ventrículo, conservado en su propia potencia, se vuelve contra sí mismo, razón por la cual su cuerpo y sus enfermedades son dobles<sup>137</sup>.

Según esta regla, el régimen debe instituirse de tal manera que resulte dividido de acuerdo a su Monarquía. En realidad no podemos dar un régimen para que produzca carne y sangre, sino para que rechace lo que el mal uso o el abuso de la carne y la sangre han corrompido y contaminado. El régimen produce carne y sangre en función de medicina más que por su calidad de alimento, ya que actúa de las dos maneras y que durante la enfermedad el cuerpo no sólo deja de crecer, sino que disminuye. Por eso el régimen debe ser medicina además de alimento y mantener de ambos modos su Monarquía en el enfermo, tan lejos y hasta tanto que la enfermedad lo exija.

---

<sup>137</sup> En este razonamiento, un poco confuso, está la idea de una serie de lesiones de carencia y de autodigestión que la ciencia actual ha sistematizado, a la luz de los conocimientos sobre vitaminas y factores tróficos alimenticios, apuntados por la fisiología experimental entre 1905 y 1920, con Pawlow y Carlson, en las observaciones sobre pequeños estómagos en animales, in vivo, y reflejos condicionados.

En el cuerpo sano esto no es necesario. A pesar de ello, todas estas cosas que son a la vez Medicina y alimento, como la lechuga, la bleda, las nabizas..., etc., deben reservarse hasta cierto punto por su calidad de medicina, dada la conveniencia de separar la Monarquía de la mujer y del hombre que corresponde, por ejemplo a las bledas.

La negligencia de estos principios atrae (**incidant**) el firmamento y los movimientos astrales, provocando una ruptura y disolución del cuerpo opuesto al de la Monarquía directamente afectada.

Así en tanto que en los hombres se manifiesta su propia carne, en las mujeres el tiempo prepara perfectamente su ciclo<sup>138</sup>. Lo que de este modo se produce en bien del hombre, se hace inconveniente y aún perjudicial para la mujer.

Imponer un régimen a un hombre sano es casi peor que hacer que un enfermo recobre la salud a la fuerza<sup>139</sup>. Esto se explica porque en tanto que en todos los miembros del hombre sano existe una sensibilidad y conocimiento difusamente repartidos, en el estado de enfermedad todo se reduce, el régimen se restringe (**minimum**) y los Arcanos aumentan su poder e importancia.

El que en presencia de un estado de salud prescribe una dieta, divide la Monarquía y avanza con el conocimiento del cielo y de los sujetos (**subjecta**) de las personas hacia el movimiento de los alimentos; los que poseen también su Astro, en oposición en cierto modo a los Astros del cielo.

Esto es importante y os digo que el que no lo comprende está en permanente peligro de caer en el error, pues nada más que lo que deba adelantarse se adelantará y se mantendrá presente.

El arte consiste pues en traer a un primer plano (**antevertatur**) aquello que existe positivamente, aunque más o menos escondido.

El médico debe poseer un amplio conocimiento de estos hechos, ya que en caso contrario su arte acaba por transformarse en algo mortífero y asesino.

La materia de la carne y de la sangre del hombre, es decir, el alimento y la bebida, son una sola cosa. De esa única primera materia se deducen dos materias diferentes, cuales son la carne macho y la carne hembra, tan diferentes entre sí como pueden serlo la carne y el pescado. Sin embargo nada de esto debe considerarse aún por separado, ya que Dios, que ha unido al hombre y a la mujer, formando de ellos una nueva y única carne, ha procurado para ella una sola especie de bebida y de comida y no dos, como corresponde a una sola y única primera materia.

Contra esto vemos la diversidad del Arcano, el cual condimenta y matiza (**ingreditur**) precisamente la Monarquía de cada alimento en cada carne distinta, por más que una y otra se alimenten en la misma mesa (**ex una olla**).

Si ahora debiéramos exponer la Teoría de cuánto hemos dicho, sería necesario que comprendierais la necesidad de conocer todo lo que se trasunta, cómo existe, en qué

---

<sup>138</sup> Se refiere indudablemente a la menstruación.

<sup>139</sup> Por no reconocer este principio, enferman hoy tantos obsesionados por adelgazar

manera lo posee el Arcano en sí y fuera de sí y cuánta distancia separa a la carne del macho de la carne menstrual.

A este propósito os diré que, dado que las enfermedades nacen y surgen por los alimentos, se hace necesario conocerlas en sus causas, las cuales residen en la última materia y no en la primera, la cual es, según hemos dicho, de fuerzas hermafroditas, con un carácter de Medicina y de Monarquía separada, apta para hombres y mujeres. Así pues, excluirémos todo cuanto concierne a la primera materia y nos ocuparemos de la última. La última materia se rompe y corrompe en efecto por sí misma con una gran facilidad y frecuencia, razón por la cual debemos investigar en ella las enfermedades que así se suscitan.

Su Teoría se conducirá pues derechamente hacia esta Física, la que se nos presentará del modo indicado.

Ello nos llevará a que conozcamos y estudiemos el intervalo por el cual difieren entre sí, no sólo las Monarquías, sino también las últimas materias de los hombres y de las mujeres, ya que si no, se acabará engendrando allí mismo una enfermedad mortal o crónica.

#### Capítulo decimocuarto (Naturaleza microcósmica, mineral y quirúrgica de las enfermedades de la matriz)

Referiremos aún otras cosas a propósito de la Matriz. Entre ellas, la conveniencia del conocimiento de su naturaleza microcósmica, es decir, de la posesión por la naturaleza microcósmica de tan pequeña criatura, tercera y última del Universo del hombre.

Ese vaso donde el ser se concibe (**condit**) y en el que el niño se encierra y protege, se llama efectivamente Matriz, por más que toda la mujer lo sea por extensión y que también la semilla, de donde la mujer proviene, conserve a su vez el mismo nombre.

La mujer ha sido constituida en razón justamente de ese recipiente y no porque ninguna de sus partes o miembros lo necesite.

La mujer es en sí misma la Tierra y todos los elementos. Y la Matriz, el árbol que surge de la tierra, cuyos frutos son los hijos.

La mujer como el árbol tiene a la vez en sus campos la tierra, el fuego, el aire y el agua, es decir, los cuatro frutos, los cuatro Elementos y la esfera superior e inferior, en medio de todo lo cual vemos plantado en la mujer el árbol que ha de formarla.

Y así como la tierra, los frutos y los Elementos, existen precisamente a fin de procurar sustento al árbol, de la misma manera la Matriz vela por la subsistencia de todos los miembros de la mujer, con todas sus naturalezas y propiedades.

Es lógico que el conocimiento de una criatura semejante deba emprenderse con el mayor cuidado, tanto en lo que respecta al sujeto como en lo que se refiere a su Medicina.

Volviendo al ejemplo del árbol, os diremos que su nutrición, su crecimiento y su vida entera, así como todos los cambios y alteraciones que ha de pasar y vencer para

llegar a ser árbol y para perdurar en ese estado, se deben a la influencia atractiva que sobre los alimentos ejercen sus cuatro frutos y Elementos, así como sus esferas superior e inferior.

En la mujer es la Matriz lo que, tomando el papel del árbol, atrae a ella desde todas las partes del cuerpo cuánto pueda ser necesario a su sustento y conservación. De este modo la Matriz se sostiene (**sustinetur**) en el cuerpo de la mujer, según todas las formas y figuraciones, lo mismo que el árbol sostiene a sus frutos y Elementos.

De lo dicho se deduce la necesidad de que la Matriz se alimente y de que, llegado el tiempo prescripto, se purifique mensualmente de excrementos. Si ahora hacéis concordar todo lo expuesto y, en ello, la semejanza de la Matriz con un árbol y con el mar, comprenderéis fácilmente lo que puede manifestar en sus defectos o lo que es capaz de expresar en sus enfermedades.

Así es el Microcosmos del Mundo último o menor eso contiene en su cuerpo todos los minerales del Universo. Sabed sobre esto que el cuerpo toma del Mundo sus propias medicinas, por cuanto es Mundo él mismo.

De lo que resulta la propiedad saludable que presentan para el hombre todos los minerales así como todo lo que se une a los minerales en el cuerpo del Microcosmos. Nadie que ignore esto puede llamarse verdaderamente Filósofo ni Médico. Pues si el médico dice que la Marcasita, por ejemplo, es buena para esto o aquello, es necesario que empiece por saber qué es y cómo es la Marcasita del Macrocosmos y la del Microcosmos. Esta es la verdadera Filosofía. A lo que, si desea hablar como médico, deberá añadir: Esta Marcasita es una enfermedad del hombre, pero esta otra en cambio es beneficiosa en este caso.

¿Qué otra cosa sino un Mineral puede hacer que una herida se transforme en úlcera y que acabe corroyendo la piel y el cuerpo del hombre? Os digo que esto se realiza así como si en la herida hubiese un género o especie de Sal.

Ved en cambio ahora como el Colcotar<sup>140</sup> cura esa erosión (**foramen**). ¿Por qué es esto? Sencillamente porque el Colcotar es una Sal que se forma en la misma herida<sup>141</sup>; lo mismo que el Mercurio y el Arsénico para otras úlceras especiales.

Si conocéis bien lo exterior y lo verdadero podréis distinguir las diferencias de las cosas por propia experiencia: y con ello saber que hay unas úlceras que se curan con esto y no con lo otro, que estas heridas son de una naturaleza y aquellas de otra, que tal género de Sal cura algunas lesiones pero no todas y que hay incluso determinadas sales que no curan ninguna herida. Sabréis asimismo que las sales que curan las heridas son las que las mismas heridas crean y no las que les llegan de fuera, en lo cual resultan más eficaces la Soda, la “Mumia” y los bálsamos. Por eso las sales, los vitriolos y los

---

<sup>140</sup> El Colcotar es el vitriolo calcinado al rojo (Dorn, Toxites, Roch le Baillif y Ruland). Para Paracelso (*De naturæ rerum, Lib. VII*) es el vitriolo fijado, después que la flema se retira del vitriolo calcinado. Se le ha llamado también serpiente o lagartija, que come su propia cola (lacerta viridis). Castelli lo llama "*Caput mortorum*" del vitriolo. También recibió el nombre de "*Henricus rubens*", como burla hacia ciertos cirujanos que se empeñaban en curar todas las heridas con este solo medicamento. La química moderna ha conservado el nombre de Colcotar para el polvo rojo-marrón del sexquióxido o peróxido de hierro, que se encuentra como residuo de la calcinación del sulfato ferroso o vitriolo verde.

<sup>141</sup> En estas palabras está el fundamento de la inmunidad local y la teoría de los anticuerpos, que Koch, Pasteur, Roux, Metchnikoff, Behring y Besredka sólo llegaron a poner a punto entre 1850 y 1917.

arsénicos, que provocan “per se” úlceras y llagas (**forámina**), no pueden curarlas al mismo tiempo, lo que deberá quedar a cargo de los bálsamos, de la “Mumia” y de la Soda.

En los casos en que las heridas o llagas se producen en la piel, debéis saber que en su interior poseen de todos modos esos mismos minerales, cuyo conocimiento es aún más importante que el de los humores, ya que todos los cuerpos poseen, además de las tres Substancias, todos los minerales.

Por eso debéis conocer y hacer recordar la Primera y la Última materia. Todas las cosas en efecto subsisten en esa concordancia. Aquellos que ignoren esto no podrán ser llamados Profesores ni erigirse en Conductores (**Doctor ac Ductor**) en Medicina. Y os digo que, fuera de los enfermos que lleguen felizmente a curar por sí mismos, no alcanzará otra gloria a tales médicos.

La Matriz engendra y concibe pues sus enfermedades de la tierra. Y os diremos que igual que el árbol corrompido en la tierra pierde su verdor, naturaleza, frutos y poder, la mujer puede llegar a lo mismo, si su cuerpo pierde la salud y la concordancia con la Matriz, y que ésta a su vez se hace débil, insalubre y estéril, corrompiéndose y acarreado toda clase de enfermedades.

Por eso debéis llegar a conocer ese Microcosmos, esto es, la materia, tan perfectamente como la tierra y sus frutos. Y saber que aquello que la tierra corrompe en el árbol, lo corrompe igualmente la Matriz.

Cuando la raíz es conmocionada por causas o cosas extrañas, el árbol perece. Lo mismo que por igual mecanismo puede acaecer a la Matriz.

De la Matriz femenina proviene y emana la causa que provoca en los niños diversos trastornos en su crecimiento y color y que llega hasta conducirlos a la muerte o bien a cubrir su cuerpo de pequeñas manchas (**lentiginis panni**)<sup>142</sup>. Sobre esto os digo que todo cuanto el hombre tiñe y planta en el árbol con sus propias manos, lo hace igualmente la mujer por medio de su imaginación, como más adelante os explicaremos en detalle.

El estado de salud o enfermedad de la Matriz depende pues del estado del cuerpo que la contiene, es decir, de la salud o enfermedad de la mujer.

Por eso, si queremos juzgar estas enfermedades, debemos considerar todos los minerales del cuerpo, los cuatro Elementos, los frutos, el Firmamento y las dos Esferas. Sólo previo un cuidadoso juicio de todas estas cosas llegaremos al conocimiento de la causa aflictiva de que se trate, teniendo en cuenta que la primera manifestación de las enfermedades de la mujer se traduce siempre por dolor, el cual tiene también en ella su más sensible intérprete.

Aquel que desconozca las distintas especies de minerales no podrá pues discernir lo que ofende a la Matriz; ya que si la Caquimia puede engendrar en los árboles el bocio (**strumæ**), así como el talco, por medio de los gusanos que corroen su corteza, lo mismo podrán hacer en la Matriz, determinando también en ella el bocio, excrecencias,

---

<sup>142</sup> Indudable alusión al raquitismo y a las formas cutáneas de la sífilis florida del recién nacido, tan frecuentes en esa época. Lo más interesante de esta observación es la sagaz referencia patogénica de efecto a causa. Lo de las manchas, según lo que dice el párrafo siguiente, podría referirse a los "antojos" de algunas embarazadas.

tumores, ganglios (**ganglia**) e hinchazones (**nodi**), con cuyo ejemplo podréis alcanzar a comprender lo que ocurre en muchas otras enfermedades.

Es una falsedad que habléis pues de flemas o melancolías, por cuanto que todo ello debe ser atribuido al mineral que determina el incremento de esos tumores, ya sean vasculares o carnosos, dado que todas las enfermedades pueden encuadrarse en estas causas.

Respecto a la erupción de las especies en los minerales, he aquí lo que debemos considerar y adoptar:

Las especies sobrevienen siempre en estado de dominación, bajo cuya forma gobiernan a todos los árboles que surjan en la tierra.

Hecha esta declaración previa os diré que es necesario saber que cuando una naturaleza cualquiera se infiltra (**influit**) en la especie referida, no puede salir de ella hasta que la especie sea consumida o dominada por otra nueva mixtura.

Así se engendran los locos (**fatui**), los insensatos (**amentes**), los jorobados (**strumosi**) y demás monstruos, ya sean de la naturaleza, del carácter, de la propiedad, de la persona, de los miembros o de la proporción.

De este modo, unas veces de unas partes, otras de otras, advienen las enfermedades. ¿Cómo no ha de existir una teoría distinta para la Matriz si semejante naturaleza la domina?

#### Capítulo decimoquinto

(De la concepción y de las enfermedades y estados  
que el hombre da a la mujer)

Si, de acuerdo a lo que acabamos de decir, puede un padre engendrar hijos semejantes a sí mismo, en tanto exista su especie incorporada a la semilla y no obstante las especies minerales de este género, debemos declarar en lo concerniente a la Matriz, que ésta posee un accidente doble. Uno viene de ella misma y se refiere al árbol: un buen árbol produce un buen fruto, es decir, un fruto sano y fecundo, tanto en el árbol como en la tierra. En estas condiciones decimos que el árbol y el fruto que produce son buenos.

El otro accidente consiste y se refiere a la generación de las criaturas, o, lo que es lo mismo, al hecho de que una buena semilla produce un buen fruto.

Semilla y árbol son pues dos cosas perfectamente separadas. El árbol de la tierra puede dar sus frutos sin que tenga que estar presente la semilla, en cambio en el árbol de la mujer la fructificación requiere precisamente que el hombre haya colocado su semilla en el árbol.

De ahí se deduce con toda evidencia la importancia de la semilla, sobre la cual os diremos que debe ser de excelente calidad por sí misma, ya que una vez colocada en el árbol no podrá mejorarse espontáneamente ni tampoco bajo la influencia de la buena salud que el árbol pueda tener.

Todo lo que le ocurre al árbol puede sobrevenirle igualmente a la semilla. Por eso conviene que ambos sean buenos. Si así es, el fruto será bueno también, a tal punto que por él podrá juzgarse la calidad de la semilla y del árbol que lo originaron.

En la implantación de la semilla en el cuerpo de la Matriz pueden intervenir pues diversos accidentes y enfermedades. Todo esto debe juzgarse sin embargo según la naturaleza del hombre y no según la de la mujer. Ya que en este punto debemos considerar dividida la Matriz en dos partes: una para las enfermedades propias, femeninas, y otra para las enfermedades extrañas que el hombre le aporta y transmite.

Esta es a todas luces una Teoría bien hecha, por cuanto sale de la luz de la Naturaleza y no de una imaginación calenturienta. Por lo demás, de sobra está decir que estas enfermedades que el hombre transmite a las mujeres, requieren medicinas viriles. Los remedios para los cálculos<sup>143</sup> del hombre, por ejemplo, curan también los de la mujer. Y esto, no porque los cálculos de hombres y mujeres tengan el mismo origen, como dicen los falsos médicos, sino justamente porque la mujer recibe sus cálculos del hombre. Por eso y no por otra cosa se cura ella con los remedios de él. Y por eso a veces resultan útiles estos remedios en las mujeres en estas enfermedades y en otras muchas también.

En este sentido debéis saber que la semilla copulada por un hombre que sufre de ictericia, provoca la ictericia en la mujer a través de la Matriz, ya que en cualquier caso la Matriz atrae la semilla, con lo que su anatomía, se ve invadida por la anatomía de que viene impregnada la semilla.

El cuerpo se halla efectivamente tan ansioso de emitir su esperma, que adiestra y compele todos sus miembros hacia ese empeño. De ello resulta que cuando dichos miembros se retiran (**secedant**), cada anatomía conserva la parte de donde provienen las enfermedades, con lo que acaban envenenándose y enfermándose a sí mismos.

Cuando los médicos ignorantes dicen: “Esta medicina ha curado tal enfermedad en tal sitio, a los hombres y a las mujeres”, cometen un error grosero, ya que hablan evidentemente sin saber lo que dicen.

Lo mismo que cuando se refieren a las jóvenes, no tocadas aún por el varón (**de puellis virum nondum expertis**), pues, en su ignorancia, no saben que las muchachas llevan en la semilla con que su padre las engendró, la herencia directa de su salud, de sus enfermedades y de una serie de cosas por el estilo. Por eso es lógico que puedan curarse con las mismas medicinas que sus padres.

La ignorancia de estos hechos y la impericia de esos médicos les impiden considerar correctamente las causas de estas enfermedades. Entretanto se conforman con imitar a Juan de Garlande<sup>144</sup>, resolviendo todo con los cuatro Humores, lo mismo

---

<sup>143</sup> "Ad calculum", según Dorn. Paltenius tradujo "*nephritis*" de "Grien" o "Gries".

<sup>144</sup> La referencia de Paracelso a un autor tan oscuro, es verdaderamente notable y desvirtúa una vez más las imputaciones de sus contemporáneos sobre su supuesta incultura. Juan de Garlande ha sido incluido en el siglo XI, por más que hoy parezca demostrado que vivió en el XIII (Historia Literaria de Francia, de Rivet. Tomo VIII). Probablemente nació en Francia y vivió con toda seguridad en Inglaterra. Fue conocido como teólogo, gramático poeta y matemático. Se conserva de él un gran poema en latín: "*De Mysteriis Ecclesiae Carmen, de Triumphis Ecclesiae*", el "*Opus Synonymum*", el "*Floretus*"..., etc. Además, tiene un "*Compendium Alchimiae*" impreso en Basilea en 1560, comentado por Arnaldo de Villanueva y reimpresso en 1571. Y un diccionario "*Magistri Iohannis de Garlandia Dictionarius*", que se conserva en manuscrito en la Biblioteca Nacional de París (Suplemento 1, N° 294 - 10) y que Géraud imprimió más tarde según los datos originales (1292), en "*Documents inédits de l'histoire de France. Paris, 1837*". He aquí el notable pasaje que dedica a la Matriz:

que aquel autor hacía, glosando sin mayor mérito ni valor las indicaciones de Alejandro<sup>145</sup>.

Será preciso conocer bien el modo cómo lo que viene del hombre se adapta al cuerpo de la mujer. Observan sobre esto que existen dos cuerpos cuya mezcla (**permixtio**) conduce invariablemente a la muerte de uno de ellos; son éstos: el cuerpo de la enfermedad y el cuerpo de la mujer, cuya anatomía ha de sufrir o dominar al primero. Sólo cuando el cuerpo de la mujer se conserva íntegro, sin heridas ni quebraduras, puede alcanzar a beneficiarse de la Medicina, la que no podrá nada en caso contrario, pues al igual que una madera cuyo cuerpo hubiera sido roto, quemado y reducido a trozos de carbón, no es posible que vuelva a constituir un todo sano y entero.

El cuerpo de las enfermedades de la mujer que provienen del hombre, es un cuerpo de la Última Materia, no de la Primera. Ambos cuerpos, el del hombre y el de la mujer, están perfectamente separados; el primero es de naturaleza espiritual y de naturaleza material el segundo.

Tanto lo espiritual como lo material pueden existir en un cuerpo, lo mismo que el aire, el agua, la madera, la piedra. . .etc. Sin embargo en estos casos vemos que cuando, por ejemplo, el aire no está sano, la madera y la piedra se enferman (**morbosum**), no porque lo estén realmente por sí mismas, sino porque lo está el aire que las envuelve. Así pues, será el aire y no el cuerpo o la madera, lo que debe ocupar nuestra atención.

Allí donde la semilla del hombre enferma, el aire se impregna de enfermedad. De ese modo la enfermedad se vierte (**versatur**) en la anatomía del cuerpo de la mujer, con el único agregado de los colores, que en este caso concurren, y que no existen en el aire solo.

A veces, cuando se trata de enfermedades pasajeras, puede el cuerpo manifestarse bajo un solo color; el mismo que tenía en el momento de ser ocupado por la enfermedad.

Esto es tanto más importante cuanto que son cuatro los cuerpos que existen en una sola substancia y que albergan las enfermedades a modo de verdaderos licores del cuerpo, lo cual es más distinto que los simples humores.

En verdad os digo, médicos Humoristas, que antes de ponerlos sobre la cabeza el rojo bonete<sup>146</sup>, debéis aprender a conocer los cuatro cuerpos, pues sin esto vuestro arte quedará reducido a bien poca cosa. Sólo así podréis saber dónde se halla la peste y si se encuentra en mayor grado en la sangre o en la carne. Pues os digo que la sangre es un cuerpo cuádruple, como lo es la piedra y muchos otros semejantes.

---

*"Prope perythonium, in muliere, est valva ventris, quæ dicitur vulva, quam sequitur matrix in qua concipitur infans cum voluptate viri et mulieris, cujus virtus est in umbilico et in renibus ejus, cujus nates displicent viro religioso, torga et spondilia cum ventre".*

Es decir: "En el mismo peritoneo de la mujer se abre una valva del vientre llamada vulva, a la que sigue la matriz, donde se conciben los niños en medio de la voluptuosidad del hombre y de la mujer y cuya virtud, situada en el ombligo y en los riñones, es despreciada por el hombre religioso, de magro y hundido vientre".

<sup>145</sup> Probablemente Alejandro Trallianus, célebre médico del Siglo VI.

<sup>146</sup> Distintivo de los médicos de esa secta.

Capítulo decimosexto  
(Enfermedades e influencias celestes que  
experimentan las mujeres)

El verdadero médico es el que descubre el cuerpo que produce los apostemas, pues con ello demuestra al mismo tiempo que la sangre sólo da origen a cuerpos admirables, de su misma estructura todos ellos.

Excelente y honesto es igualmente el médico que conoce la razón por la cual la mujer concibe en su Matriz el fruto del hombre. Y os diré en verdad que ello es así por la siguiente razón:

El cielo ha creado otro hombre (**vir**), otra humanidad (**homo**) y otra mujer, lo cual está perfectamente dentro del poder del firmamento y del curso de los astros. A su vez el hombre viene a ser, por semejantes razones, el astro, el firmamento y el cielo todo de la mujer. De lo que resulta que, al igual que el cielo hace otro hombre, el hombre puede hacer otra mujer, es decir, otra naturaleza, carácter, condición y propiedad, todas las cuales quedan bajo la dependencia microcósmica.

Bajo la influencia de la impresión que el hombre ejerce, las constelaciones (**sydera**) que rodean a la mujer son desplazadas por las propias constelaciones del hombre.

Ciertamente estas cosas han de parecer inverosímiles a aquellos que desconozcan los astros y sobre ello puedo decir que sólo los que las conozcan estarán en las verdaderas inmediaciones de la Medicina. Aparte esto, es sabido que no hay mayor enemigo de la Naturaleza que aquél que se juzga más ingenioso que ella, sin saber que ella es siempre, por encima de todo, nuestra mejor escuela o disciplina.

Todo el trabajo que sobre las enfermedades de la mujer se tomaron los autores antiguos ha resultado inútil, justamente porque olvidaron esa mutación que el cuerpo interior, o sea la Matriz, de la mujer, experimenta bajo los astros del hombre y la mutua impresión consiguiente de sus dos naturalezas microcósmicas.

La naturaleza inferior recoge la impresión de la superior de tal manera que aquello que está abajo se inclina (**inclinatur**) ante lo que está arriba<sup>147</sup>. El poder de su Teoría y de su Física hace que debamos describirlas de dos maneras diferentes, ya que si el cuerpo del hombre debe enfermar en su astro, éste, que está inclinado hacia él, resulta infectado (**inficit**) por su impresión.

Ocurre lo mismo que cuando las estrellas desde el cielo, inclinan y compelen al enfermo, cuyo curso (**cursus**)<sup>148</sup> se produce de tal manera que hace necesaria la existencia de otro cuerpo diferente en la mujer, que reciba las enfermedades que tengan una Física distinta.

Esa es la razón de que haya médicos ciegos ante semejantes cosas, que sólo cuidan de buscar el lucro y la ganancia y no el arte por el arte mismo.

---

<sup>147</sup> En esta frase, un tanto obscura y metafórica, parece hacerse alusión al acto sexual.

<sup>148</sup> El "curso" de la enfermedad

Si observáis ahora con verdadera atención ese cielo que existe en la mujer producido por el hombre, veréis que en él está la causa de muchas de las enfermedades que, erróneamente, atribuimos a otros orígenes.

La sofocación de la Matriz, por ejemplo, ¿de dónde viene sino del cielo que el hombre ha constelado sobre el cuerpo de la mujer, verdadero origen del mal?

Cuando tal enfermedad sobreviene, el hombre y el astro mismo están enfermos y caducos o, por lo menos, inclinados hacia esa caducidad, en un estado semejante al de las estrellas, que, aunque no padecen de verdaderas enfermedades en el cielo, pueden influir desde allí para que los hombres las padezcan.

Cuando la referida constelación provoca una conjunción o da lugar a una impresión, la sofocación de la Matriz se manifiesta semejantemente a como ocurre en el mal caduco<sup>149</sup>.

Resulta verdaderamente curiosa la ignorancia de los médicos de casi todas las escuelas acerca de esto, pues por más que han escrito sobre la caducidad y la sofocación, han olvidado groseramente de señalar cuál de los cuatro cuerpos había recibido primero la enfermedad o en cuál de los cuatro se escondía. Su silencio corresponde simplemente a su ignorancia y por eso mismo sus comentarios no son más que ilusiones personales o apreciaciones de aldeanos (**ut rusticorum**).

Todo médico que quiera describir el cuerpo, debe previamente conocer bien la substancia: en ella está el fundamento de cuanto debemos anotar y computar sobre el arte de la Medicina.

Lo mismo podemos decir aquí, donde el hombre aparece constelado de tal manera en su cielo que puede consumir en sí mismo su propia conjunción, la que debe finalmente romper (**erumpere**) para encontrar sus dos cuerpos, el de la mujer y el suyo propio.

Por eso cuando la inclinación viene ya en el cuerpo del hombre, su astro y su voluntad se retiran. Si la inclinación por el contrario va hacia la mujer, el mal caduco aparecerá especialmente en la Matriz, sin parecerse en nada a la del hombre.

La inclinación del cielo externo se parece pues a la del hombre. Y la del cielo del hombre a la sofocación de la Matriz.

Los tres "males caducos" son por lo tanto: el del hombre, o viril, y el de la mujer, o femenino, dependientes uno de otro, bajo un mismo cielo de naturaleza viril, y un tercero, propio del cuerpo interior, que recibe su cielo del hombre mismo<sup>150</sup>.

---

<sup>149</sup> La expresión "*Caducus*", que se encuentra a la vez en el texto alemán y en las versiones latinas, debe interpretarse en el sentido de "caída", "caducidad", "decadencia", y no en el de "debilidad". Por lo demás, la expresión "mal caduco" estaba particularmente reservada a la epilepsia. Siendo la Matriz un sub-microcosmos, según Paracelso, se entiende que debía poseer su correspondiente "mal caduco".

<sup>150</sup> Al final de estos complicados razonamientos, no acertamos a precisar concretamente la verdadera idea que Paracelso quiere desarrollar. A título de suposición y por el hilo del discurso, apuntamos la idea de si lo de la "sofocación", la "caducidad" y el sentido de "mal caduco" como epilepsia (o algunos equivalentes menores), no querrá significar y referirse a los trastornos climatéricos, de la "edad crítica" o "menopausia". Las "llamaradas de calor", la "virilización", las "crisis hipertensivas", el "cambio de carácter" y la "supresión de las reglas" (verdadera caducidad, como ya en otra parte ha expresado Paracelso), serían, dentro del síndrome clásico, los principales elementos de observación que perfilan las tortuosas pero exactas observaciones de Paracelso.

Capítulo decimoséptimo  
(De la superioridad del hombre en el cielo de la mujer  
y de la superioridad de Dios en el cielo del hombre.  
Razones acerca de la jerarquía de los médicos)

Sabed pues que todas estas cosas se propagan hereditariamente a través del fruto, tanto por la vía paterna como por la materna. Y que el hombre no se corrompe (**inficiat**) nunca por sí mismo en los verdaderos males caducos del cielo interior sino solamente en cambio por el síncope, de la misma manera que la mujer lo hace por la sofocación de la Matriz.

La sofocación de la adolescente (**puella**) se imprime de dos maneras: una en cuanto virgen y otra en cuanto mujer (**muliebriter**). La sofocación virginal es semejante al mal caduco y al síncope, e incluso más que el síncope<sup>151</sup>. Sobre ello escribiremos más adelante capítulos especiales, en los que explicaremos el mecanismo (**ad intelligendum mechanicum**) de su producción.

La sofocación de la mujer se entiende en cuanto se verifica su precipitación en el cielo del hombre; acerca de esto os diré que todas las enfermedades que recibe la Matriz, mucho más numerosas de lo que podéis suponer, provienen del cielo del hombre. Esas enfermedades en efecto reconocen igualmente como causa la tierra, el firmamento, el aire y el agua, pero su gran causa está, sobre todas las cosas, en la constelación del cielo masculino.

La peste, por ejemplo, nace del cielo por encima de la naturaleza del hombre, comienza en él y tiene en él su materia.

La precipitación proviene del mismo astro que engendra la apoplejía. Y el desbordamiento (**profluvium**) de la Matriz tiene su causa en el mismo astro de donde emanan la lientería, la disentería y la diarrea, todas las cuales se dirigen y conducen hacia la Matriz, según el cuerpo del microcosmos.

Todo esto os demostrará que el médico debe considerar estas cosas primeramente según su origen, ya que luego, al pasar unas en otras, deberán ser interpretadas de acuerdo a la Monarquía que les corresponda.

Será necesario pues que especifiquéis así las enfermedades según los cuatro cuerpos, que fijéis el primer principio de cada una, que perseveréis en la Anatomía y que consideréis la criatura separada en sus dos formas, de hombre y mujer, así como el correspondiente arte de sus medicinas. Y os digo que si no observáis estas reglas vuestro arte no será más que un cinamomo<sup>152</sup> desecado y sin jugo, que se fundirá en vuestra boca como un gorro forrado de pelo (**pileus villosus**)<sup>153</sup>.

---

<sup>151</sup> Se refiere, indudablemente, al histerismo y a la clorosis de las muchachas vírgenes; a lo que tres siglos más tarde se llamaría desmayo romántico o melindre.

<sup>152</sup> "Zimmetrinden" en alemán. Paltenius y Dorn traducen "cinnamomum".

<sup>153</sup> A menos que esto del gorro forrado de pelo signifique un bombón o manjar especial desconocido —algo así como un polvorón, según el sentido de la frase—, hay que convenir que su significado, así como la comparación que encierra, es perfectamente desconcertante.

Las artes y las ciencias aman en efecto al que las ama, es decir, a aquellos a quienes Dios ha conferido esa Gracia.

Por eso y por más que poseáis todas estas cosas, no deberéis guardarlas para vosotros solos ni para vuestra exclusiva satisfacción sino darlas en beneficio de todos, pues para todos ha sido creada la Medicina.

Sólo el médico puede alabar y celebrar a Dios con toda la categoría y jerarquía que le es debida; por eso debe ser más instruido que nadie. Ni ninguno como él puede conocer al hombre con mayor profundidad ni exactitud, en cualquier parte, con toda la grandeza que Dios le ha conferido.

Sólo al médico le está reservado dar a conocer las obras de Dios, la nobleza del Mundo y la nobleza aún mayor del hombre, así como demostrar de qué modo procede uno del otro. Y os digo que nadie que ignore estas cosas debe glorificarse con la Medicina.

Resulta milagroso ver cómo la verdadera ciencia forma, ordena, deduce y especula todo en el hombre, pues —y esto es algo sobre lo que deberíamos pensar con más frecuencia— nada existe verdaderamente en el cielo ni en la tierra que no esté en el hombre.

De ahí resulta la mudez de las virtudes celestes. Y ello se explica porque Dios, que está en el cielo, está a la vez en el hombre. ¿Dónde está el cielo, si no en el hombre?<sup>154</sup> Lo cierto es que la mejor manera que podemos tener de servirnos del cielo es tener el cielo en nosotros mismos. Gracias a ese cielo que tan íntimamente nos conoce puede Dios saber directamente nuestros deseos y llegar así más cerca de nuestros corazones, de nuestros pensamientos y de nuestras palabras.

Con ello impregnará nuestro cielo con su cielo, haciéndolo según su semejanza, más espacioso, agradable, noble y excelente; ya que no hay duda que Dios está en el cielo y por ende, en el hombre.

Él dijo que moriría en nosotros y entre nosotros y que nosotros seríamos su propio templo. Roguémosle pues allí donde se encuentre, es decir, en el cielo. . . y en el hombre<sup>155</sup>.

Pese y examine el Médico con la mayor atención lo que tiene en sus manos. Y sepa que en su poder está la más alta y noble de las causas.

#### Capítulo decimoctavo (Discurso sobre las naturalezas y el matrimonio)

¿Cómo puede el médico conocer al hombre, en el cual está contenido todo el cielo y la tierra, si no conoce el Firmamento, los Elementos ni el Mundo?

Os diré que todas las cosas y todos los médicos con sus respectivas Monarquías, han sido formados por el mismo artesano, el cual ha creado al hombre de semejante manera a fin de que aprenda y se instruya de las demás criaturas y no base sus opiniones

---

<sup>154</sup> La frase alemana presenta la misma incorrección: "Wo ist der Himmel, als der Mensch".

<sup>155</sup> Las ediciones de 1566 y la de Gerardo Dorn han omitido esta frase.

en las especulaciones de su imaginación. Pues en verdad ningún fundamento ni ciencia emanan directa y exclusivamente del hombre.

Sólo la voluntad de Dios es capaz de crear los médicos como parte integrante de su propio dominio, los cuales nacen entonces así y no cuando los hombres quieren.

Cuando vemos a la tierra formar sus frutos y árboles bajo la influencia del cielo (**ex cœlo**) y comprobamos en cuán pocos años conserva la tierra su dominio y naturaleza, por más buena que sea, nos damos cuenta del poder y de la fuerza que existen latentes en todas las cosas destinadas a nacer. Así ocurre justamente en el cuerpo de la mujer, el cual posee en todos los casos la misma peculiar inclinación.

No es poca cosa saber que, a menos que intervengan circunstancias emanadas del cielo exterior, la buena tierra ha de dar buenos frutos con perfecta regularidad.

Esto debe comprenderse en el sentido de que no debemos adelantarnos a lo que la tierra puede dar por sí misma, dejándola por el contrario que prospere libremente siguiendo la naturaleza de su cielo, a menos que la casualidad encuentre a alguien que conozca la Filosofía médica de las cosas naturales.

Otro tanto o más aún, ocurre con la mujer, la cual puede preservarse de tal manera, que no se infecte por el cielo inferior, es decir, por el hombre.

Con ello, y si consigue evitar la infección, podrá, siendo una buena tierra, engendrar buenos frutos de él.

Es pues de la mayor importancia saber que el árbol de buena naturaleza engendra buenos frutos. El árbol femenino es tan fuerte y de tan excelente naturaleza, y está tan profundamente enraizado en la bondad, que ninguna mala naturaleza puede llegar a dominarlo.

Esto concuerda con la alegoría que Cristo enunció al decir que “el buen árbol da buenos frutos”. Y en verdad os digo que Cristo eligió sus discípulos precisamente dentro de esa raza (**progenies**) para asegurar la buena naturaleza. De la otra naturaleza, de donde proviene el mal, eligió solamente el duodécimo discípulo, que se llamó Judas.

Ya sabéis por otra parte cómo ningún apóstol de buena naturaleza traicionó a Cristo y que solamente lo hizo el engendrado de mala naturaleza.

Así, al presentarnos Cristo en forma tan ostensible las bondades y maldades de la naturaleza, nos corresponde conservar profundamente grabadas sus enseñanzas y atribuir con todo juicio el origen de las cosas a la Naturaleza, según les corresponde.

Nuestras medicinas serán eficaces si obramos con una buena naturaleza, en tanto que con una mala naturaleza no podremos esperar otro pago que el que Cristo recibió de Judas.

Y os digo que será prudente no menospreciar el sentido de esta alegoría, pues de ella —y no de ningún otro fundamento— provienen las enfermedades curables e incurables.

Si Cristo dio esta importancia a lo que es de la Naturaleza, lo mismo debe comprenderse en lo referente a la salvación eterna y de igual modo debe tenerlo presente el médico. Por eso os he hablado como acabo de hacerlo. Aceptado esto, debo deciros ahora que una mujer de buena salud y naturaleza, puede ser protegida o pervertida por su cielo inferior, es decir, por el hombre. Les pasa pues igual que a esas

gentes de buena fe a quienes por medio de discursos puede conducirse al bien o al mal, ya que en este caso la palabra del orador posee un cielo y una inclinación indudables.

Si esto existe por el cielo, convendrá no olvidar que el hombre es el cielo de la mujer, sobre la que actúa no precisamente por medio de discursos, sino por el hecho de que los dos están engendrados de la misma carne.

Siguiendo el ejemplo que os hemos dado vemos que, en tanto los oradores de mala fe llegan, insistiendo con sus perniciosas arengas, a seducir al pueblo en la maldad, los tribunos de la buena causa saben en cambio mantenerse y aferrarse siempre en la buena naturaleza.

Por eso os decimos que a la naturaleza de la mujer le conviene conservarse y perpetuarse en un hombre de buena naturaleza, pues jamás lo bueno unido a lo bueno puede engendrar ninguna maldad.

Cuando Cristo habló acerca del matrimonio, lo hizo siguiendo este curso natural de las cosas. ¿Por qué en vez de decir: “los matrimonios podrán separarse y hacer lo que les venga en gana”, ha dicho: “los matrimonios que Dios ha unido, no deben separarse nunca”? Sencillamente porque ese es vuestro verdadero vínculo. Por eso los hombres y mujeres de mala naturaleza se conducen mal en el matrimonio. Y por eso los niños que tienen el amor de Dios nacen de matrimonios unidos en Él y por Él. Tened presente que estas cosas no pueden separarse nunca y que cuando Dios ha unido al padre y a la madre de Pedro, de Juan, de Judas, de Bartolomé, de Simón, de Felipe. . . etc., manteniéndolos unidos junto a sus padres, madres y demás antepasados, es porque son de buena naturaleza y nunca han de separarse.

Cuando Cristo ha creado de la naturaleza tan excelentes especies, sacando de ellas sus propios discípulos, resulta lógico que el médico conozca también la buena naturaleza y procure conservarla, es decir, que trate de dar a cada microcosmos el microcosmos que conviene, tanto en las virtudes como en las propiedades corporales de que ahora nos ocupamos. El conocimiento de estos hechos es pues de la mayor importancia.

De esta manera eligió Cristo sus apóstoles, sus reyes, sus tierras y sus magistrados.

Judas en cambio, cuya mala naturaleza se escondía ante los pobres bajo un disfraz de bondad, no perseguía más que su propio y único provecho. Sobre lo cual resulta sorprendente ver cómo las malas naturalezas usan palabras y razones más seductoras que las buenas naturalezas, a pesar de lo cual deberemos fiar siempre en estas últimas.

La buena naturaleza en efecto, está en las obras y no en las palabras. Acostumbraos pues a juzgar por el corazón y no por la boca, que nunca ha producido nada.

Comprended así todas estas cosas y sabed que el médico debe conocer la buena especie que hay en la buena naturaleza, ya que, hallándose la primera en el corazón, es lógico que la naturaleza la demuestre.

Las ya citadas palabras de Cristo, de que “el hombre no separe lo que Dios ha unido”, quiere decir que la buena naturaleza existente en los matrimonios debe perdurar y que no debéis intentar seducirla ni separarla.

Una conjunción puede constituir o no un matrimonio; esto es fácil de reconocer. Y os digo además que estas uniones deben buscarse en la misma naturaleza y que, no siendo buenas, no debe esperarse que den nada bueno.

Esa doble naturaleza de los hombres que obra a espaldas del legítimo matrimonio, es una naturaleza tenebrosa y nociva, verdadero fruto del Diablo, aparte de lo cual debe admitirse sin embargo que está separada en todas las cosas, como el Sol y la Luna, la Noche y el Día, los Ángeles y los Demonios

Cuando la Naturaleza es así no puede rendir ninguna utilidad al bien. Por eso os digo y repito que el árbol debe conservarse bueno, es decir, que la mujer debe conservarse buena si en su principio ha sido de buena naturaleza. En ese caso el cielo inferior del hombre no puede estropearla y os digo que de toda buena naturaleza nacerán siempre frutos buenos y sanos.

La misma regla existe para el corazón, lo cual tiene ya aquí para el médico mucho menos interés. Esta distinción debe observarse siempre, es decir, que a pesar de que una tierra dé buenos frutos porque anteriormente recibiera buenas semillas, puede ulteriormente degenerar. En otras palabras, que cada cosa debe pertenecer a su naturaleza y que sólo así pueden concordar la tierra y la semilla, lo mismo que el hombre y la mujer unidos por Dios en matrimonio.

Cuando por el contrario la semilla, aun no siendo mala por sí misma, cae sobre una roca, se pierde y se seca. La buena naturaleza debe conservarse cuidadosamente; con ello evitará caer en desgracia ante Dios, albergándose en un corazón de esta clase, como corresponde a una buena naturaleza.

Lo mismo ocurre con la Medicina. Cuando alguien se enferma sólo la fuerza de la Medicina puede hacer surgir al paciente de la enfermedad, el cual permanecerá en cama si la mala naturaleza ha llegado a vencerlo. Este es el fundamento por el que dividimos los enfermos en curables e incurables.

La comparación de estos enfermos entre sí nos muestra cómo unos se parecen a San Pedro y otros a Judas, y como lo mismo que él, acaban estos últimos por ahorcarse, incapacitándose para toda resurrección.

## Capítulo decimonoveno

(Del espíritu y de la virtud de la enfermedad)

Muchas cosas hemos dicho hasta ahora a propósito de las enfermedades incurables; sin embargo aún no nos hemos referido a su fundamento. Sobre esto os diremos que la buena naturaleza también puede morir, a menos que con la ayuda de la medicina pueda resucitar. Sólo la ignorancia de los médicos explica que se haya dicho a veces: “esto es incurable”, cuando en realidad puede curarse perfectamente bien.

Ello nos obliga a estudiar sucesiva y detenidamente el cielo de la esfera inferior, la esfera superior e inferior juntas en un solo cielo, la naturaleza, el cuerpo y finalmente la Matriz. En todo lo cual hallamos cuanto constituye la Teoría.

Una naturaleza semejante debe ser investigada en la Medicina, ya que de su fundamento se deduce el arte de la composición, el que a su vez deriva de la Anatomía y no de los grados, complexiones o experiencias.

Sin Anatomía no hay verdaderas fórmulas, cuyo arte debe saber conducir las por entre todas las cosas sin ocultar nada, ya que es perfectamente sabido que el hombre y la mujer deben unirse según sus anatomías y que la enfermedad y los enfermos deben hacerlo de acuerdo a sus naturalezas.

El médico que sabe qué medicina cura determinada enfermedad, debe saber también que hay más de una enfermedad y más de una medicina, todas las cuales han de estar a la vez unidas y separadas precisamente en razón de sus anatomías.

El que exista una medicina más elevada que ninguna otra, que reúna las anatomías de todas las enfermedades y de todos los medicamentos, no impide que el cielo caiga (**recidet**) solamente a su debido tiempo, de modo que, en definitiva, sólo existe una enfermedad y una medicina.

Comprendo que únicamente me entenderán los astrónomos y los médicos, pues ciertamente la audacia y la ignorancia de los sofistas, a pesar de llegar hasta aquí, no ha podido hallar el gran Arcano. Esto confirma el hecho de que la torpeza de los farmacéuticos acaba siempre corrompiendo las preparaciones de la Medicina.

Volviendo a nuestro principio y para alcanzar la conclusión de cuanto os he dicho, quiero referiros cómo llegan a reunirse el centro y la totalidad de la Matriz y de qué manera pueden corromperse mutuamente.

El espíritu de las enfermedades se dirige (**pervadens**) por el centro de la Matriz, y no por los poros ni los meatos, con la misma sutilidad con que el Sol atraviesa el cristal, calentando el contenido del vaso, o como el fuego de la estufa a través de la habitación, sin estropear las cosas que hay en ella.

Hay que considerar pues con toda reserva la opinión de que las grandes enfermedades agudas pasan a través de los poros, ya que siendo todas ellas de naturaleza espiritual vienen verdaderamente como viene el calor del Sol, que quema todo cuanto quema su espíritu. Observad sin embargo una diferencia: es cierto que el Sol calienta a través del cristal y el fuego a través del fogón, pero en cambio no lo hacen así a través de la piel del hombre.

El calor que surge del hombre es precisamente el calor del cuerpo que se fortifica desde fuera y que hace hervir sus licores y humores. En estas condiciones expulsa su vapor hacia el exterior, como es propio de la condición hirviente, rechazándolo por los poros.

El espíritu de la enfermedad de que ahora nos ocupamos, debe considerarse igualmente fuera del centro de la Matriz, en cuanto la substancia de la Matriz es distinta del Sol, no obstante sea el Sol su substancia y se encuentren separados en sus tres naturalezas y centros.

Según esto, cuando la Matriz alberga cualquier enfermedad, dicha enfermedad se transforma en un cuerpo que debe permanecer echado (**quod ipsum decumbit**). Igualmente el espíritu que viene de la enfermedad se escapa bajo la forma de un olor como de rosas o de almizcle, penetrante y tenaz, que nadie sin embargo puede ver ni captar.

Todas las enfermedades que invaden el cuerpo partiendo de la Matriz, tienen estas características. Las que viniendo del cuerpo invaden la Matriz, existen en el organismo con su propio cuerpo según explicaremos a su debido tiempo.

Asimismo, los espíritus que invaden el cuerpo desde la Matriz están impregnados de un color artificial (**Farben gemachet**), que, lo mismo que el espíritu coloreado del vitriolo, tiñen las enfermedades como si realmente tuvieran un cuerpo.

Ocurre además que, no obstante ser muy numerosas las enfermedades que afectan a la Matriz, a menudo se curan unas con otras. Otro tanto ocurre cuando el centro de la Matriz enferma y el resto de la Matriz lo cura, o bien cuando la curación alcanza a la Matriz enferma, partiendo del centro de la misma. No hay razón en efecto para que una cosa lleve a otra la maldad y la enfermedad y no pueda llevarle igualmente la salud y la curación. En verdad os digo que en el mismo sitio donde nacen las enfermedades se encuentra la raíz engendradora de la salud y viceversa.

Aparte de esto existe la posibilidad de que la enfermedad y la salud provengan directamente de sí mismas, así como que caigamos enfermos a consecuencia de un accidente y que un accidente nos devuelva la salud<sup>156</sup>, pues la misma causa puede manifestarse en nosotros de ambas antagónicas maneras.

Si el Astro nos ha enfermado, el Astro podrá curarnos, lo mismo que la sangre, pues en su propia naturaleza reside el verdadero socorro (**auxilium**) y no en las cosas extrañas.

Cuando esto se encuentra en el cuerpo del microcosmos, la salud exterior triunfa de la enfermedad interior, es decir, la salud del cuerpo vence a la enfermedad central y ésta a la enfermedad corporal de la Matriz. Que si el cielo puede, actuando desde el exterior, sumirnos en la enfermedad y afectar así a nuestro cuerpo, fijo en la tierra, lo mismo puede conservarnos la salud y protegernos de la debilidad enfermiza y malsana.

Lo mismo ocurre aquí. Y por eso el sentido de las palabras de Hipócrates: “La virtud es lo que cura la enfermedad”, expresa justamente que una fuerza necesita siempre otra fuerza que la expulse.

En este sentido la virtud (**virtus**) es una fuerza que proviene del cielo y no de la medicina, es decir, que es una medicina invisible. Por eso cuando un enfermo se cura por sí mismo, sin ninguna medicina, se dice que ha sido curado por la virtud, es decir, por la Astronomía celeste. Los que no pueden curar así, deberán servirse de los medicamentos y recobrar la salud por los Arcanos.

El Arcano es un poder (**potentia**) y una fuerza, más bien que una verdadera virtud (**virtus**). Por eso la Opinión existente desde hace mucho tiempo en los médicos, que considera a las fuerzas del hombre (**vires potenciales**) como verdaderas virtudes (**virtutes**), es perfectamente errónea y sólo demuestra que los tales no han comprendido a Hipócrates ni entendido sus comentarios.

---

<sup>156</sup> En esta afirmación está toda la teoría de la conmoción psíquica, tan actual en el tratamiento de las inhibiciones neuróticas e histéricas e incluso de una serie de procesos de fuerte contenido funcional (shock por insulina, cardiazol, etc.), acaecidos en circunstancias catastróficas y cataclísmicas, tiempos de guerra, revolución o terremotos, etc. En la literatura, es clásico el relato de Xavier de Montepin, en "El médico de las locas". Y en numerosos films cinematográficos modernos vuelve a hacerse uso de este mecanismo.

## Capítulo vigésimo (Conclusión)<sup>157</sup>

Terminaré ahora de un modo general la Monarquía concerniente a las mujeres, que debe interesar a los médicos. Sin embargo advierto que éste no ha de ser el final definitivo pues espero, Dios mediante, describir con más amplitud y detalle todo lo referente a cada enfermedad de la mujer, ya sea propia y sin ninguna comunidad con las de los hombres o bien unida a ellos. Con esto, la comprensión, explicación y esclarecimiento de todas las cosas y causas de la Monarquía del Microcosmos, se llevará, si así es necesario, con la enseñanza anatómica y arquimeica<sup>158</sup> del hombre, unido a una cierta instrucción mundana de la que ningún médico puede prescindir<sup>159</sup>

La diferencia principal que me separa de los viejos médicos antiguos está en que ellos se conformaban con tratar las enfermedades sin comprenderlas ni fundamentarlas, escribiendo habitualmente sin alumbrarse con la luz de la Naturaleza.

Esto no debe ser así, pues sólo debe escribirse bajo esa luz. Por lo demás, para sacar la medicina de la tierra es preciso que el médico sea tierra él mismo, antes que hombre. Sólo así podrá dar a cada cual lo que más y mejor le convenga.

Si no obráis de este modo, vuestra disertación y vuestro esfuerzo no crearán más que meras seducciones, de las que ni médicos ni enfermos podrán sacar el menor provecho. Ante esto nada vale que semejantes médicos consigan colocar sus cuatro columnas<sup>160</sup> en el atrio de las Academias, ni que ante semejantes solemnes apariencias se atreva nadie a combatirlos.

Todas estas cosas, creadas por ellos, no demuestran ninguna de sus especulaciones, ya que sólo se consideran obligados por un reducido número de experiencias y razones. Así, apenas se trata de conocer cómo es debido un fundamento cualquiera, declinan toda responsabilidad.

Por eso os digo que la columna que se levante de ese modo ha de tener una base muy deficiente; lo cual no quita para que hayan construido numerosas cosas sobre ella y para que afirmen que por el hecho de haber sido reconocidas por las Academias no pueden encerrar falsedad alguna.

Hay aquí un grosero error, en el que aparecéis incluidos. Y es el de colocar a Cristo en la base de la columna cuyo ejemplo os hemos dado, diciendo que los enfermos necesitan un médico que los atienda<sup>161</sup>, pues con ello usurpáis un título de médico que estáis muy lejos de poseer.

---

<sup>157</sup> En la edición de Gerardo Dorn, al llegar a esta línea, figura también el subtítulo: "Conclusión".

<sup>158</sup> "*Alchimis demonstrationibus*", según Dorn. La Alquimia fue llamada, a veces, Archimia.

<sup>159</sup> Parece referirse al conocimiento y práctica de ciertas normas de psicología y aún de galantería, tan necesarias entonces y hoy a los ginecólogos.

<sup>160</sup> Velada y humorística manera de llamarlos cuadrúpedos.

<sup>161</sup> Esta sentencia parece haber sido enunciada por Cristo reiteradamente, ya que la encontramos en el Evangelio de San Mateo (ix. 12), en el de San Marcos (ii. 17) y en el de San Lucas (v. 31).

Mejor hubiera sido considerar que Dios ha creado los médicos y la Medicina directamente de la tierra, a donde verdaderamente corresponden. Comprendo que en este caso los alumnos de las nuevas escuelas tendrían el derecho de preguntarse si habéis sido creados por Dios o por el Diablo. De este modo se vería también inmediatamente si estáis con la verdad o con la mentira y de cuál de ellas provenís.

No es posible que Dios haya creado y capacitado como médicos a los condenados Profesores de la Academias; Procuradores, Boticarios, Curas, Monjes y otros semejantes.

Por otra parte, tan cierto es que las Universidades de Leipzig, Tubinga, Viena, Ingolstadt. . . etc., son las que os han formado, como que en cualquier caso debéis procurar asemejaros a vuestro Creador.

Verdaderamente lo que habéis sentido en Astronomía, en Filosofía y en Lógica no os ha enfriado ni calentado gran cosa. Y os digo que si el astrónomo rechazase los sortilegios, el filósofo las cosas aparentemente irrazonables y el lógico sus mentiras, cabría reconocerles cierto fundamento en Medicina.

Pura vanidad es que os atrincheréis detrás de la autoridad de Macaon<sup>162</sup>, Apolonio<sup>163</sup>, Aristóteles, Galeno, Averroes, Avicena... etc., pues lo primero que deberíais hacer es probar si han mentido o no. Sólo después que hayáis establecido esto claramente podremos admitiros o no. Y os digo que si esos escritos fuesen tubos de órgano, haría falta un organista muy bueno para que pudiera sacar de ellos la más sencilla canción.

Ocurre como con esos geómetras que, luego de desarrollar teóricamente una serie de círculos e instrumentos maravillosos que se mueven y desplazan solos, acaban desapareciendo en el aire con sus especulaciones. Son verdaderamente como caballos de madera, cuya ilusión se desvanece en cuanto intentáis montanos.

Si no tuvierais a Dios como pretexto y no vendieseis en su nombre vuestro absurdo saber, podríais reconoceros mucho más groseros que ningún Alquimista o Profeta-Nigromante.

Cuando decís: “Dios no quiere esto”, o “Dios ha hecho aquello otro”, ¿quién osaría resistir ese Juicio y ese Poder? Sin embargo os digo que el hecho de que tengáis constantemente el Verbo del Señor en los labios no puede ocultar vuestra mala naturaleza. Claro que de nada de esto hacéis el menor caso y que cuando se os pregunta por qué los enfermos deben tener su médico, no sabéis responder. Lo que casi es mejor que si llegarais a abrir la boca, ya que en tal caso apenas sabéis hablar de otra cosa que no sea del dinero que se os debe o de la fe que exigís para vuestras palabras y sentencias, pues verdaderamente el corazón del médico está demasiado lejos de su lengua.

Meditad bien en todo esto y procurad no caer en este tremendo pecado de irresponsabilidad.

---

<sup>162</sup> Macaon. Célebre médico, hijo de Esculapio, que acompañó a los griegos en el sitio de Troya.

<sup>163</sup> Probablemente Apolonio de Cos, o bien uno de los dos Apolinaris o de los cinco Apolonios.

OPUS PARAMIRUM  
LIBRO V

TRATADO DE LAS ENPERMEDES  
INVISIBLES<sup>164</sup>  
(De Causis Morborum Invisibilium)

Prefacio

Con lo que va dicho, he terminado los cuatro<sup>165</sup> libros que tratan de la luz de la Naturaleza, en los que he explicado las afecciones y las enfermedades de la parte visible y corporal del Microcosmos, con toda la diligencia y experiencia que me ha sido posible y con una suficiente demostración de sus doctrinas filosóficas y experimentales.

Sin embargo, por más que todo lo que sobreviene al cuerpo visible del Microcosmos haya sido tratado prolijamente en algunos de esos libros y que cada cosa haya sido enunciada y confirmada en sus correspondientes capítulos, según la luz de la Naturaleza y sin descuidar ni omitir ningún detalle, es lo cierto que aún no hemos hablado de todas las enfermedades de la parte visible del Microcosmos que pueden afligir al cuerpo, ni de las múltiples formas en que pueden manifestarse.

Lo que hemos descripto hasta aquí se presenta visiblemente a los ojos y palpablemente a las manos, habiéndolo basado en la Filosofía, sin ningún vicio de origen, con todo el poder que nos ha sido dado, como puede comprobarlo cualquiera por su propia experiencia y sin ningún error. En este punto debemos reconocer que es cierto que los Humoristas han conducido su Teoría entre puros errores, por más que la Beatitud Suprema haya de olvidar con toda seguridad lo imperfecto de sus fundamentos.

En estos libros sólo hemos tratado sin embargo, de las afecciones que afligen a la mitad visible del cuerpo humano. Por eso es necesario que comentemos a continuación cuánto se refiere a la otra parte, es decir, a la mitad invisible, para que así pueda el médico hallar una opinión completa, o sea, que pueda referirse a la totalidad del hombre.

Esta mitad de que os hablamos es invisible y sin embargo palpable, lo cual debe comprenderse a la luz de la Naturaleza, en forma semejante a lo que ocurre con los ciegos, que tocan, aunque no ven lo que tocan. Nosotros vemos y tocamos, sí, pero no sentimos (**non sentimus**) lo que tocamos. Y al revés de los ciegos, cuyo tacto llega a

---

<sup>164</sup> El Tratado de las enfermedades invisibles ha aparecido en las mismas ediciones que el Tratado del Tártaro. Así pues enviamos al lector a la Nota previa que allí señalamos. En el manuscrito de Viena 11.115, med. 31 se encuentra en la pág. 204 bajo el título: "*Die Bücher der unsichtbarn kranckheiten*".

Huser lo editó separándose del manuscrito de Paracelso, advirtiendo: "*ex alterius cujusdam manuscripto fide satis digno*".

<sup>165</sup> En el original dice "tres", pero es porque considera como uno solo los dos primeros tratados del Paramirum, sobre los "Orígenes de todas las enfermedades provocadas por las tres primeras substancias".

adquirir tan maravillosas agudezas, nos sorprende que nuestros ojos no vean ni perciban lo que nuestras manos llegan a tocar.

Considerad bien este ejemplo, pues en verdad os digo que los ciegos han de sernos de la mayor utilidad, ya que su simple presencia nos demostrará en cada momento que por más que nuestros ojos vean físicamente, estamos ciegos en realidad ante la luz de la Naturaleza. Todo lo cual merece por supuesto el más detenido examen.

¿Cómo podríamos conocer todas las cosas que existen sobre la faz de la tierra sin estar iluminados por la luz de la Naturaleza? Bajo esa luz de la Naturaleza expondré pues ahora lo que hay en las cosas de invisible y que es tan admirable por cierto como lo visible. En verdad os digo que la luz de la Naturaleza hace visibles muchas cosas que espontáneamente no lo son. Y que nada de lo que está directamente ante nuestra vista requiere ninguna otra ulterior demostración. La percepción del Macrocosmos nos conducirá a la Filosofía del Gran Mundo, en la cual todo es visible, pudiéndose afirmar que todo lo que tenga esa base será igualmente visible.

Lo que vamos a exponer a continuación en los libros que nos han inspirado los anteriores argumentos, es invisible; acerca de lo cual os diré que no es siempre conveniente hacer visibles las cosas que naturalmente no lo son.

La grosera y espinosa rudeza de los discípulos de los antiguos maestros es responsable de la torpeza con que se han comportado hasta hoy ante las cosas visibles.

A fin de que comprendáis mejor lo que vamos a exponer, os diré que el Mundo de lo que vemos y tocamos, en su total extensión, sólo es una parte, una mitad del Mundo verdadero. Y que esa otra mitad que no percibimos es tan considerable por lo menos y tan rica en su naturaleza y propiedades como la parte visible. Ello nos indica ya que el hombre ha de poseer una parte, no considerada hasta ahora, correspondiente al campo de acción e influencia del Mundo invisible.

Según esto, cada cuerpo está formado por dos hombres y por dos mundos, o, si preferís, por dos medios hombres y dos medios mundos que en sí mismos se complementan. Por eso son tan admirables las criaturas de la Naturaleza y por eso aquellas que Dios ha hecho invisibles no pueden ser estudiadas sino bajo su Suprema Luz. Otro tanto debe aplicarse a las cosas visibles.

Acerca de esto debo decir que Dios construye siempre sus maravillosas obras a la luz de la Naturaleza. Así al considerar nuestros ojos con absoluta certeza todo cuanto aparece ante su vista y darse cuenta de lo admirable que es, entran en inquietud y curiosidad por hallar esas cosas naturales que escapan a su percepción y que no obstante están allí, ante ellos con toda evidencia, lo mismo que podría estar una columna delante de un ciego.

Esta percepción por los ojos en la luz de la Naturaleza, aumenta la comprensión e indica claramente las cosas invisibles que nuestro arte ha de exponer y transformar en visibles.

Ahora explicaremos con un ejemplo el modo como debemos abrir nuestros ojos.

Tanto la Luna como el Sol son una luz. Sin embargo, así como la luz de la Luna no permite distinguir los colores, apenas aparece el Sol, todos los colores se ven y se reconocen distintamente.

La luz de la Naturaleza brilla mucho más que la misma luz del Sol y, según la comparación que os hemos dado entre las luces de la Luna y del Sol, así la luz de la Naturaleza luce más allá del poder de todos los ojos y de la penetración de todas las miradas. En esa luz las cosas invisibles se hacen visibles. Recordad pues la suprema calidad de su resplandor.

Es necesario creer en la realidad de las obras y vosotros debéis creer también, pues las obras dan siempre el testimonio de su procedencia y os digo que han de faltar siempre a aquellos que tengan poca fe.

Cuando unas obras nos resulten visibles y aquello de donde proceden permanece invisible, debéis pensar que ello es así porque estamos fuera de su luz. Del mismo modo, cuando oímos en las tinieblas el tañido de una campana, invisible en esas circunstancias, vemos sin embargo la obra de la campana, que es su sonido; sólo si queremos ver de dónde proviene ese sonido deberemos ayudarnos con la luz y proyectarla hacia el lugar de donde el sonido proviene, con lo cual, y sólo entonces, veremos la campana.

La Luna es una de estas luces, pero es una luz oscura. El Sol en cambio, ilumina más fundamentalmente. Por eso conviene que no nos conformemos con la luz que irradia de las mismas obras haciéndolas visibles, sino que nosotros mismos debemos poseer una luz mayor y más poderosa, que esté por encima de la propia luz de las obras.

Todas las cosas poseen una luz y cada luz ilumina la cosa de donde proviene, la que sin embargo permanece invisible en presencia de una luz extraña. Aquél a quien sus obras retengan más allá de lo que él mismo pueda permanecer en ellas y no quiera por tanto dejarse conducir por su signo, no podrá nunca en verdad llegar a creer en dichas obras.

Si creemos en la obra crearemos también en el autor de la obra. Ya que no dirigimos al Creador, conocidas sus obras, es tener ciertamente muerta la fe e infantil la naturaleza.

Está bien que nos gusten los edificios, pero es lógico que nos guste aún más el Arquitecto, ya que nada pueden enseñarnos los primeros y que toda la ciencia está en el maestro.

Ved aún otro ejemplo:

Cristo era una luz; sin embargo en tanto fue hombre y anduvo por el Mundo, su luz era invisible y sólo se manifestaba en sus obras. Por eso, los que le reconocieron en sus obras hallaron verdaderamente su luz y pudieron seguir el camino iluminado con mucha mayor claridad que si lo hicieran bajo todas las estrellas del firmamento.

En este sentido os digo que aunque veamos las cosas bajo la misma luz del Sol, esa luz será insuficiente para hacernos conocer al Maestro. Por eso, aquellos que quisieron conocerlo y verlo directamente, tal como era, tuvieron que someterse a la luz que brillaba sobre Él y bajo la cual dirigió a los Apóstoles cuando les dijo: “Aquí levantaremos tres tiendas”<sup>166</sup>.

---

<sup>166</sup> Alusión al pasaje de la Transfiguración en el Monte Tabor (San Mateo, XVII. San Marcos, IX).

Cada cosa tiene pues su luz correspondiente y las que, aparentemente, carecen de ella, es porque deben ser contempladas en la Suprema luz, pues en verdad os digo que el que no quiera ver con Ella los cuerpos invisibles, quedará ante ellos como ante una gran montaña en una noche tenebrosa.

La luz de la Naturaleza ha de guiarnos pues en todo y con ella veremos mucho más que con la Luna y aún con el mismo Sol.

De esta forma dejamos establecido que, normalmente, sólo vemos al hombre y a las criaturas por la mitad. Dicho lo cual proseguimos. Y decimos que, así como San Simeón el Estilita no pudo con su propia luz conocer las obras que se producen por el misterio de la Crucifixión, no obstante conociese perfectamente el firmamento astronómico, tampoco quiso ahogarse en esa ignorancia, y de ahí su afán para llegar a ver con toda amplitud al Creador de la obra del Mundo y para encontrar una luz distinta.

De la misma manera debemos procurar no ahogarnos ante las obras, pues sólo el que busca y llama, encuentra y es oído.

Lo que acabamos de exponer sobre las obras debe ser entendido de la siguiente manera: Cuando nos hallemos ante enfermedades cuyo origen no nos sea posible conocer por medio del cuerpo visible, debemos encender la luz que nos permita hablar, pues si no, las obras que esas enfermedades representan nos exhortarán a callar, por más que esto nos parezca en todo caso un tanto incomprensible. Si nos guiamos de esa luz podremos reconocer que esa otra mitad invisible del hombre existe realmente y que su cuerpo no es sólo carne sangre, sino una cosa demasiado brillante para nuestros groseros ojos. En esa parte están pues las enfermedades invisibles de todas las enfermedades.

Esas causas, así como el cuerpo sobre el que operan y las enfermedades que producen, serán nuestro inmediato objeto de estudio y os digo que con su conocimiento alcanzaréis a ser unos médicos perfectos.

Una vez que nos hemos ocupado de las enfermedades visibles corporales, le tocará el turno a las invisibles, por más que como os hemos repetido, éstas sean también visibles en cierto modo. Esta obra nos conduce a ese fin, por cuanto señala ampliamente a su Maestro y al modo como Él las ha formado y construido.

La manera cómo podremos reconocer todo esto será expuesta separadamente en cada libro y capítulo pues, en definitiva, nada de lo que es tiene otra finalidad que la de obligarnos a buscar y a aprender sus causas, dado que todas las obras nos llevan a Dios. Más aún en este caso, en que las obras se refieren especialmente a nosotros, imponiéndonos así el deber de investigarlas. Con ello Dios nos hace comprender, por medio de su Divina Providencia, que en sus escondidos tesoros se hallan muchas cosas maravillosas, cuyo conocimiento nos va descubriendo a cada paso su profunda e infinita Sabiduría, saciando así nuestros pobres ojos y poniendo de manifiesto la grandeza (**magnalia**) de sus acciones sobre todas las cosas.

Será pues conveniente y razonable que abramos bien los ojos y pongamos todo nuestro cuidado en estudiar semejantes cosas, pues en verdad os digo que no hemos sido creados para dormir sino para velar y estar listos y dispuestos en todo momento para llevar a cabo Sus obras.

Para el sentido corporal del hombre que ilumina su camino con la sola luz visible de la Naturaleza, resulta injurioso e indignante que ello le exponga a las

asechanzas y seducciones del Diablo, las que le acucian así de tal manera que al final, el sentido corporal se incapacita para todo gobierno y dominio y acaba en su obsesión haciendo que el hombre se transforme en un verdadero Diablo.

¿No resulta una obra extraordinaria de Dios sobre la tierra, que el hombre posea en sí mismo un Diablo, cuando ha sido creado justamente a imagen y semejanza del Creador? En verdad os digo que el Diablo está tan lejos de la naturaleza humana como la piedra o la madera.

Más increíble aún parece que el hombre, después de haber sido redimido del Diablo por el Hijo de Dios, haya sido arrojado sin protección alguna en una prisión tan horrible. En este punto necesitaría más de un capítulo para explicaros esto como es debido, pues si finalmente no es más que una obra del Creador, debemos creer que en ello existe una causa mucho mayor y más importante que lo que pudiéramos imaginar.

Lo cierto es que Dios quiere que conozcamos esta causa y que no abandonemos su obra sin haber estudiado e investigado a fondo su razón de ser.

Sabiendo como sabemos la utilidad de la lana de los corderos y de las cerdas que hay en el lomo de otros animales, refiriendo con exactitud a cada cosa aquello que le corresponde, cómo por medio de la cocción damos sabor a los alimentos crudos, y construimos chimeneas para luchar contra el frío del invierno... y levantamos techos que nos preserven de la lluvia... etc., todo lo cual no tiene otra finalidad que darle mayores delicias al cuerpo ¿cómo no deberemos buscar con más ahínco cuánto pueda ser ventajoso y beneficioso para la misma eternidad?

Lo cierto es que todo lo que hiere al cuerpo hiere la casa de la Eternidad y que si el Diablo habita en esa casa, la destruirá. Por eso nos conviene buscar siempre la causa por la que cada obra ha sido hecha tal cual es y por eso, si su razón visible no nos convence, debemos buscar inmediatamente la invisible. Lo invisible puede así hacerse visible igual que lo que no posee esa propiedad, siempre que esté presente su propia luz y sepamos buscarlo bajo su resplandor.

Esas enfermedades están escondidas en las grandes iniciales<sup>167</sup> y pueden subsistir en nosotros como enfermedades espirituales. Ocurre como el hombre que se difunde y propaga en sus obras y a través de ellas, tanto en la teoría como en la práctica. En el caso de las enfermedades, el espíritu es visible a su luz, por cuanto constituye la mitad del hombre.

Con todo esto pretendo advertirte, lector, que para comprender las enfermedades que vamos a exponer a continuación, es necesario que adoptes la inteligencia de lo visible. Y decirte con ello que si todas las obras son visibles es preciso que sus causas lo sean igualmente. No te turbe pues ver que algunas de estas cosas no están expuestas a la luz del Sol y piensa que, justamente Dios, actúa muchas veces en secreto más allá del mismo Sol.

Si te sorprende que existan estas cosas, considera que en el fondo es un error llamarlas invisibles, ya que verdaderamente no lo son y que cada una de ellas nos demuestra que todas provienen unas de otras.

---

<sup>167</sup> "Versahlen" en el original alemán. Este término se usaba para designar las grandes letras coloreadas, llenas de dibujos, filigranas y fantasías, con que en los antiguos manuscritos se iniciaba la primera palabra de cada capítulo.

Una casa por ejemplo, es una obra visible; como lo es también el arquitecto. En este paradigma, la casa es la obra del arquitecto y el arquitecto la obra de Dios. Las obras que tenemos ante nuestros ojos puede ser vistas y consideradas pues del mismo modo y en verdad os digo que si en ellas buscásemos siempre el artesano que las ha hecho, él mismo sería visible.

Así la fe hace visibles (**conspícua**) todas las cosas eternas. Y así en las cosas corporales invisibles, la percepción se alcanza por medio de la luz de la Naturaleza.

No te espante pues el que una cosa cualquiera pueda hacerse visible y piensa sencillamente que todavía no estaba ordenado que se manifestara así. Antes bien, acostúmbrate a considerar las obras visiblemente antes aún que tomen ese estado.

Así, un niño, desde el momento de su concepción es ya un hombre, a pesar de que el hombre todavía está invisible en él; sin embargo ¿qué perjuicio hay en considerarlo así? Ninguno ciertamente y en verdad os digo que, por el contrario, es ello una gran ventaja.

Con esto, lector, pongo fin a este prefacio, rogándote que no me juzgues hasta haber conocido y llegado bien a fondo en este tema.

Fijaos que son muy numerosas las obras ilustres que nos invitan y obligan en cierto modo a profundizar su estudio, no sólo a nosotros sino a muchos más autores, que han descubierto y enseñado diversas cosas a este respecto. Si ellos no llegaron a la verdadera luz ¿cómo ha de extrañar que estas contemplaciones del Microcosmos sean juzgadas por muchos como obra de sortilegio, prestidigitación, maleficio diabólico y superstición augural?

Sin embargo todo esto es falso y equivocado y así os lo demostraremos en los libros siguientes. Dios sea pues con nosotros.

## Sumario

Ahora, a fin de que conozcáis lo que vamos a referir a continuación, os diremos que la Filosofía es doble. En la primera hemos tratado las enfermedades corporales. En la segunda, que ahora empieza, trataremos las incorpóreas, explicando las razones de su invisibilidad y dividiéndolas en cuatro libros.

En el primero nos ocuparemos de las enfermedades que padecemos por la Fe, así como todo lo que con la Fe se relaciona. En el segundo trataremos de las impresiones del cielo oculto y los modos cómo actúan en nosotros. El tercero estará dedicado a las enfermedades de la imaginación y al modo cómo obran sin intermedio de materia alguna. Finalmente, el cuarto se referirá a los secretos de las fuerzas naturales que operan por las propiedades de sus cuerpos, fuera de toda razón visible.

Todas estas cosas, obras de la Naturaleza, han sido estudiadas con toda atención. Este Tratado de la Curación (**de sanatione**) sería imperfecto a pesar de todo; por eso al final de los cuatro libros que lo componen y que acabamos de anunciar, hemos agregado un quinto libro, con el cual espero que todos reciban la más amplia satisfacción.

## Capítulo primero (De lo que adquiere el hombre por la Fe)

Estas cosas deben basarse en las enseñanzas de Cristo. La razón humana, en efecto, no puede explicarlas y ello se debe a que todas nos provienen de Adán. La razón debe comprender la doctrina de Cristo por una Fe muy firme, pues el hombre no puede llegar a dominar por sí solo las fuerzas de la Fe, las que constituyen una luz muy viva, a cuyo resplandor aparece con toda nitidez la base de los hechos. Esas bases o elementos que Dios nos ha dado para conocer correctamente la medicina corporal, existen también en las hierbas, las piedras, el curso del cielo..., etc., lo cual es verdaderamente maravilloso. En este sentido deberemos realizar nuestros experimentos en la Eufragia<sup>168</sup> y en las demás plantas análogas. De este modo las obras podrán ser consideradas como causas y motivos, con lo que estableceremos sólidamente una comprensión verdadera.

Las cosas no están en los objetos para experimentar solamente lo que concierne al cuerpo visible, pues éste no es sino una parte del cuerpo total del hombre, Por el contrario, cada cosa puede y debe ser buscada en las palabras de las Sagradas Escrituras, con lo que se confirma la razón y el empeño que nos ha llevado a escribir sobre la Fe.

Sabido es que el Evangelio da una breve exposición (**synopsis**) de la fuerza (**virtus**) y de la potencia (**potentia**) de la Fe, expresando la siguiente sentencia: “Si vuestra Fe fuera solamente como un grano de sémola y dijerais con la fuerza de esa Fe: ¡Montaña, tírate al mar!, la montaña desaparecería en las aguas”<sup>169</sup>. Quiere decir, que la fuerza que poseemos por la carne y la sangre es una fuerza mínima, siendo mucho mayor y más importante la que la Fe nos proporciona. Y que igual que podemos tomar con nuestra mano un grano de sémola y arrojarlo al mar sin percibir la menor pesadez, podemos, con idéntica dulzura y suavidad, arrojar al mar una montaña entera con las solas fuerzas de la Fe.

Esto debe hacernos comprender que las acciones maravillosas a que la Fe nos conduce, no pueden nunca alcanzarse con el espíritu del cuerpo visible. Recordad por ejemplo, que la robustez de Sansón no tenía nada de particular y que toda su fuerza no era sino el resultado de su Fe. Del mismo modo Iosuah y otros personajes bíblicos nos enseñan que la fuerza de nuestro cuerpo terrestre es siempre exigua al lado de la que la Fe puede proporcionarnos. Comprended pues que esto debe ser bien conocido. Y comprended con toda amplitud que cualquier espíritu es capaz de precipitar el Olimpo en el Mar Rojo, arrojar el Océano sobre el Etna y otras cosas de este estilo si ello está realmente en la voluntad de Dios. Esos espíritus no necesitan del cuerpo, de la carne ni de la sangre, para poseer tales fuerzas, las cuales son un exclusivo resultado de la Fe.

En esta breve citación del Evangelio parece como si Cristo hubiera querido decir: ¿Qué sois y qué fuerza es la vuestra, oh hombres? En verdad os digo que vuestra fuerza está en la Fe y que si sólo tuvieseis el volumen de Fe de un grano de sémola,

---

<sup>168</sup> Eufragia: hierba anual viscosa, del subgénero *Bartsia*, género *Euphrasia* y familia de las Escrofulariáceas.

<sup>169</sup> San Matías. XVII, 19. San Lucas. XVII, 6.

seríais tan fuertes como los espíritus. Entonces y aunque no fuerais más que simples mortales, vuestra potencia y vuestra fuerza serían tan grandes como las de Sansón.

De esta manera adquirimos por la Fe cualidades espirituales; y así, todo cuanto podemos realizar más allá de la Naturaleza terrestre, se debe a la Fe, que obra en el espíritu a través de nosotros mismos. Nada valemos verdaderamente fuera del espíritu. He aquí el verdadero sentido de las palabras de Cristo.

Pensad ahora en los ejemplos que os hemos dado y en lo que podéis hacer con una Fe como un grano de sémola... e imaginad lo que alcanzaríais a lograr si vuestra Fe fuera del tamaño de un melón o más aún.

Todo esto os demuestra el enorme poder que el hombre puede poseer y conservar sobre la tierra gracias a la Fe. Ella le permite ir más allá que los mismos espíritus y aun subyugarlos, pues todos los espíritus en esas condiciones se inmovilizan ante el hombre. Más aún, os diré que los espíritus pierden siempre todos los combates contra la Fe, la que los obliga a permanecer tranquilos y a dejar en paz nuestro cuerpo, para lo cual no se necesita en verdad sino una pequeña cantidad de Fe.

Si comparáis esto a un gran pan casero, os aseguro que bastará con que vuestra Fe sea del tamaño de la más insignificante migaja; eso sería bastante en efecto para que venciéramos a los espíritus que quisieran asaltarnos (**et validi insurgeremus**). ¡Considerad ahora qué no podríamos hacer si nuestra Fe fuera como el pan entero!

Esa Fe ha llegado hasta nuestros días, desde la más remota antigüedad, gracias a Moisés, Abraham y otros semejantes, que han sabido conservarla y sostenerla con todas sus fuerzas, demostrándose así como unos hombres extraordinarios (**mirábiles**), muy por encima de la naturaleza humana.

Otros en cambio, que no tuvieron esa Fe y que se confiaron a la sola sabiduría, al poder y a la fuerza errónea, fueron implacablemente vencidos por los espíritus, disminuyendo al hombre (**eoque ignominie redacti**) hasta el punto de hacerlo caer de rodillas, lo mismo que ante un poderoso Monarca, al que adoraron como si fuera un Dios.

¿No es esto una fuerza verdaderamente adquirida sin necesidad de armas ni de alimentos? ¿Qué otra fuerza sino esta de los espíritus podría obligar a inclinarse ante ella a la carne y a la sangre? Ninguna por cierto. Sin embargo, debéis saber que esta fuerza existe también en los diablos y que en ellos existe también por la Fe. De lo que se deduce un hecho de la mayor importancia: que es el buen uso y el mal uso que se puede hacer de la Fe. El buen uso constituye la Fe en sí misma. El mal uso es algo muy distinto, sobre lo que vamos a hablar a continuación con mayor amplitud.

Los diablos hicieron un mal uso de la Fe: por eso fueron expulsados del cielo. A pesar de lo cual la Fe no les ha sido retirada, sino supeditada al consentimiento y a la voluntad de Dios (**Dei provientia ipsis imperat**). Por eso, y siempre que la Fe no les haya sido suspendida, tienen también el poder de arrojar en el mar las montañas, promover la enfermedad y hacer otros prodigios semejantes.

El diablo actúa sobre el hombre lo mismo que el Sol, el cual ilumina igualmente lo bueno y lo malo. En cualquier caso las fuerzas de su poder dependen de la cantidad de su Fe. Comprendiendo así estas posibilidades de la Fe en los espíritus, no debe

extrañarnos lo que la misma llega a permitir al hombre, el cual puede herir así a otra persona invisiblemente, usando a Fe bien o mal, según Dios se lo permita.

Las contusiones que se hacen de este modo son de tal fuerza que recuerdan aquellas que Sansón produjo a sus numerosos enemigos con una simple quijada de burro. Semejante combate sólo pudo ser posible con la autorización de Dios. Y os digo que si esto no se observa con mayor frecuencia, aun entre hombres de tanta Fe como Sansón, se debe sin duda a que Dios no quiere repetir demasiado sus prodigios sobre la tierra.

Con todo y a pesar de que, según hemos referido, pueda la Fe permitirnos exorcizar y expulsar positivamente los demonios y arrojar al mar las montañas, no debemos hacer tales cosas. Basta con que las creamos. Si Sansón pudo hacer lo que hizo por medio de la Fe, fue sin duda porque era conveniente y necesario que ocurriera así. Y os digo que si hoy se repitiese una situación y una necesidad semejantes, no sería uno sino muchos, los Sansones que aparecerían en el Mundo.

Debemos pues creer en el Evangelio y en las Sagradas Escrituras y que, aunque podamos, no debemos actuar como aquel que para curar un ojo enfermo, lo arranca, a fin de que no moleste más. Y os diré que nada de lo que creemos nos está permitido realizarlo, pues el que para obtener la prueba de su Fe necesita el milagro, se aleja de la Fe y atrae la condenación sobre sí.

Dios no nos dice que debemos actuar sino creer y saber y conocer la fuerza que la Fe nos imbuye. Por eso los ejemplos de todas estas cosas nos vienen tan frecuentemente del Antiguo y del Nuevo Testamento, según la distancia en el tiempo que nos separa de unos y otros autores.

Nuestra Fe en el Creador es tal, que, a pesar de caminar sobre la tierra en nuestra carne mortal, apenas podemos expresarla. Por lo demás, los que creen verdaderamente no sienten ninguna necesidad de testificar la fuerza de su Fe y rechazan semejantes pruebas.

En este sentido, la Fe obra de dos maneras: en los hombres buenos para las cosas buenas y en los hombres malos para las cosas malas. De lo primero no hemos de decir nada. De lo otro ved y escuchad, a continuación lo que sigue: Cuando la Fe se nos extravía hacia las cosas malas, se produce lo que las Sagradas Escrituras llaman "tentación". Tentar a Dios es pues emplear nuestra Fe en cosas para las cuales no nos ha sido dada. Con ello indudablemente no aspiramos sino a experimentar y convencernos de si eso es cierto o no. Y eso es lo que no debemos tentar<sup>170</sup>. Debemos creer, no tentar; con ello no nos exponemos a los efectos de las palabras y podremos conservarnos puros en la Fe.

Extraña oración en verdades esa en la que se pide a Dios que no nos induzca a la tentación<sup>171</sup> ya que si el deseo de tentación correspondiese a la voluntad de Dios, no

---

<sup>170</sup> El clero español llegó a oponer al racionalismo liberal su lapidario apóstrofe: "¡Librenos Dios de la funesta manía de pensar!"

<sup>171</sup> El decir al fin del Padrenuestro: "y no nos dejes caer en la tentación" es notoriamente erróneo, pues las palabras de la Vulgata son: "*Et ne nos inducas in tentationem*", es decir: "Y no nos induzcas a la tentación" (San Mateo, vi, 13. San Lucas xi, 4), lo que conserva igual significado en griego, cuya palabra literal quiere decir: aportar o introducir.

podría dejar en ella a las almas, abandonadas de sus cuidados. Por eso, lo que no tiene precedentes ni se cumple de modo alguno en nuestra voluntad, es el podernos librar del mal. Dios no deja a los espíritus realizar lo que quieren, pues en tal caso no habría obra alguna que durase largo tiempo en el mismo estado. Y aunque pudiéramos separar las montañas y colinas de nuestro camino y marchar por terreno llano, ello no se realizaría, ya que Dios quiere justamente que cada cosa quede en su sitio. Aparte esto, nos permite el más libre albedrío.

Ocurre como con el carpintero que, sabiendo construir una casa, puede construirla sobre un prado, siempre que el dueño del prado lo permita, pero no en caso contrario.

Todo lo cual queda dicho a título de ejemplo, sobre el mal empleo de las fuerzas de la Fe.

## Capítulo segundo (De cómo la Fe puede ser causa de enfermedad)

Hasta ahora me he referido a todas estas cosas sin alcanzar ni llegar a tocar el motivo de mi plática, es decir, el porqué la Fe puede ser causa de enfermedad. Y es que este motivo se refiere también al mal uso de las cosas que la Fe puede determinar en nosotros.

Os digo que según sea un médico de bueno o de malo, podrá cooperar o no con su poder y con sus mea curar o a matar sus enfermos. Y del mismo modo podrá administrar la melisa, que les devuelve la salud, o el arsénico, que los lleva a la muerte. ¿Cómo podemos explicarnos esto?

Sencillamente porque por medio de la Fe dejamos obrar nuestro poder para bien o para mal, uno contra otro, lo mismo que el dueño del terreno, consintiendo o no que el carpintero levante una casa en su predio.

La Fe obra en nosotros como un artesano, el cual, luego de forjar un cuchillo, puede herir con él a su prójimo o no, según lo haya conservado o se haya desprendido de su obra.

Conviene meditar y comprender bien esto, especialmente cuando se trate de hacer un mal empleo de la Fe y aplicarla en contra de los principios para los que os fue dada, dirigiendo su fuerza por una falsa vía, abandonando el buen camino y creyendo que la verdad es mentira y viceversa.

El empleo inconveniente de las fuerzas de nuestra Fe hace que aceptemos estas situaciones indebidas y que usemos nuestras armas en lo que creemos que existe, sin ser así en modo uno.

Sabed además que esa misma cosa que forjamos (**fabricatum**) y que llamamos un arma en nuestro lenguaje corporal, podríamos llamarla también perfectamente un espíritu, ya que los espíritus pueden hacer sin pies ni manos todo lo que hace el hombre, lo que explica en cierto modo su mutuo parecido.

Como la Fe necesita que todas las cosas posean un cierto orden, será bueno que recibáis una instrucción sumaria, al menos acerca de la fabricación de estas armas.

Cuando en un determinado país aparece una enfermedad en forma epidémica, encerrando con su presencia un significado de expiación, venganza o flagelo, pensad que seguramente es así. En estos casos y a pesar de que todo parezca natural y lógico, la Fe nos hace encontrarlo no natural, resultando de ello que las personas no quieran acordarse y relacionar estos signos entre sí, con lo que tienden a desaprovechar todas las ayudas naturales contra su mal. Pues aunque la Fe nos permite hacer el bien, también consiente que nos conduzcamos mal. Y que así como la montaña se precipita en el mar, el germen de la Fe puede desaparecer también.

La Fe puede producir todas las especies de hierbas; la ortiga invisible, la celidonia invisible..., etc. Y todo cuanto crece sobre la tierra puede encerrar la fuerza de la Fe. Así la Fe puede hacerse responsable de toda clase de enfermedades.

El impedimento para que los humanos empleen libremente la fuerza y el poder de la Fe está precisamente en la Voluntad de Dios.

Es cierto que podemos matarnos y acarrearlos mutuamente infinidad de males, pero no debemos hacerlo. Y si las cosas corporales nos dan a cada paso testimonio de su poder y de los males que pueden atraernos, no menos cabe pensar y esperar de la Fe, ya que en esto somos como los espíritus, y como ellos, podemos hacer invisiblemente todo lo que el cuerpo hace de modo visible.

No es posible en efecto rechazar la Fe de nosotros mismos ni prescindir del instrumento que a cada cual nos da, como una verdadera arma, pues os digo que la misma fuerza que arroja la montaña al mar puede hacer que la tierra nos hiera o nos envenene.

El mal uso de la fuerza de la Fe nos inclinará a desear el mal a nuestros semejantes y con ella a condenar a los hombres a morir o a ser cojos o contrahechos. Las enfermedades naturales resultan así sobrenaturales. Cuando estas supersticiones invaden y se enseñorean en un país ocurre que sus mismos médicos —al igual que Cristo en su tierra— no pueden comprender ni explicar gran número de sus signos<sup>172</sup>, pues llegan a perder la Fe, creyéndose condenados a la desgracia que a tal estado los sume.

Dios sin embargo quiere que nos mantengamos en la verdadera Fe, con la cual podemos curar y curarnos. Llevando esa Fe dentro de nosotros crearemos que todo puede ser posible por ella, aunque nada se trasunte exteriormente a nuestros ojos. Por eso quiere Dios que este se guarde en secreto, en la Fe, sin ningún género de demostración exterior.

Los verdaderos médicos son pues los que traen a nosotros las obras de la Caridad Divina, no turbando con sus obras la Fe que guardamos en el fondo de nuestro ser y por la cual podemos caminar sobre las aguas<sup>173</sup>.

La razón por la que Dios permite que la fuerza de nuestra Fe se emplee a veces en darnos uno a otro tal o cual enfermedad y que perviva la superstición, es algo fuera del alcance de nuestro entendimiento, acerca de lo cual Él es el único juez.

---

<sup>172</sup> "*Nemo propheta acceptus est in patria sua*" (San Lucas, IV, 24), literalmente: "Nadie es profeta en su tierra".

<sup>173</sup> Alusión al conocido pasaje bíblico.

### Capítulo tercero (Del discernimiento de la Fe)

La Fe debe ser discernida en el sentido de no considerar como salvadora la de Cristo, sino la Fe innata en Dios Padre. La Fe a la que debemos nuestra salvación no será pues tratada aquí, ya que sólo va y vuelve a la misma persona de Cristo. Tan es así que Cristo no dice que si creemos en Él las montañas se precipitarán solas en el mar, sino que si creemos en Él, Él nos salvará.

Cristo en su calidad de Hijo de Dios, no ha salvado a nadie de la enfermedad o de la muerte. Lo que hace lo hace en función de ser la segunda persona de la Divinidad. Esa es su verdadera fuerza.

Cuando estuvo entre nosotros se limitó a librarnos del Demonio de las pompas y vanidades de la tierra y del Infierno. Por eso el bajo pueblo, que no quería creer en los testimonios de las Escrituras, necesitó que Él revelase los signos y las obras como sólo podía hacerlo el Hijo de Dios. De ese modo, al ver y creer en sus obras, reconocieron a Jesús.

En este punto conviene observar aparte (**distincta**) la cuestión de la salud y de la curación (**sanatio**). Cuando Cristo devuelve a alguno la salud, ya por sí o a través de otro en su nombre, la curación sobreviene, no como resultado de la Fe, sino por la virtud de Dios: sus ruegos y oraciones son las que ha obtenido la Misericordia del Padre, a la cual hay que atribuir —y no a otra cosa— el alivio de las dolencias y enfermedades.

Os digo esto para que sepáis que cuando, a pesar de las plegarias e impetraciones a la Misericordia Divina, no se alcanza la salud y en cambio se consigue luego por la Fe, de una manera maravillosa (**miro modi**), se debe a sus propias creencias. De esa curación es de la que me he propuesto hablar, pues no debemos curar nunca por la Fe sino por la Misericordia Divina. La Fe no nos permitirá dar la vista a un ciego de nacimiento, ni devolver la vida a un muerto. Sobre lo cual os digo que sólo podréis lograrlo por la oración y por la Divina Misericordia.

Cuando usamos nuestra Fe solamente para conseguir que una montaña se precipite al mar o que un espíritu determinado entre en nosotros, obramos según el orgullo, en cuanto nos rehusamos a conseguir la Misericordia por la oración, considerándonos como dioses y usando el poder de nuestra Fe para mutilarnos o hacernos desgraciados.

Si Dios permite estas cosas lo hace a fin de que comprobemos el poder, la fuerza y la virtud de nuestra Fe, que podamos enfermar por ella y que por ella podamos curarnos. Esto, según el derecho alemán, se entiende como una vida desesperada en la que vivimos, obstinados en nuestro error, olvidándonos de Dios y de su Misericordia.

Todas las enfermedades desde el comienzo del Mundo han surgido siempre unas tras otras, lo que ha hecho que el pueblo las considerase extrañas y singulares, dándoseles la significación de flagelo o castigo divino. Al invocar a los hombres más respetables y poderosos en estos casos de angustia, creyendo colocarse así bajo su protección contra los diversos males y heridas, cayeron en la superstición, al no darse cuenta que estos males deben evitarse y prevenirse por unos medios completamente diferentes. Con esto la Fe ha sido mal empleada en diversas ocasiones, especialmente

por los egipcios, contribuyendo a crear en ellos y en otros pueblos paganos la peor idolatría. Ese mal empleo de la Fe continuó hasta Esculapio y Macaón, los que se adhirieron tan firmemente a los principios de la Medicina y al curso natural de las cosas, que reconocieron y consideraron a las enfermedades como fenómenos naturales, describiéndolas y revelándolas en los libros de acuerdo a la Naturaleza y no en su calidad de plagas y castigos. Por este medio sin embargo consiguieron atenuar la perversidad de la mala Fe y el uso nocivo de sus inspiraciones, tal cual conviene al conocimiento que el médico debe tener de estas cosas.

Estas ideas, despreciables a pesar de todo, crecieron y se difundieron igualmente entre los cristianos de tal manera que, igual que los paganos tuvieron sus sacerdotes de Apolo (**Sacerdotes Apollineos**), tuvieron ellos los suyos, haciéndose Antonistas, Wolfgangistas<sup>174</sup>. . . etc., actuando así en la Fe, olvidando todas las Misericordias y oraciones dirigidas a Dios y ocupándose sólo de las buenas apariencias y de arrojar ostensiblemente la montaña al mar.

Respecto a lo que ocurre en nuestros días os diré que la mayoría se pasan la vida tirándose unos a otros la montaña a los pies, al vientre, o a otras partes, al punto de no dejar un solo miembro ni una sola enfermedad al abrigo de esta montaña. Estas enfermedades son pues sobrenaturales, precisamente porque obligan a que aquél que arrojó la montaña al mar con la fuerza de su Fe, la restablezca con la misma Fe en su lugar anterior. Tal es el verdadero arte de la Medicina en estas enfermedades.

Cuando la Fe se emplea o se aplica de mala manera, aparece la superstición, la que, no obstante, nos obliga a ocuparnos y a actuar (**negotium sumere**) con la misma montaña que intentamos rechazar. De este modo confundimos a la montaña con los santos, transfiriéndole el poder que a ellos corresponde y tomando la una por los otros.

Y aunque en verdad no podamos arrojar los santos como la montaña, podemos en cambio arrojar la Fe esculpida (**sculptit**), es decir, sus imágenes. Esa Fe puede dar el valor de los santos a sus réplicas plásticas y a sus esculturas e imágenes, igual que a nosotros mismos, que podemos así arrojar a los santos al mar.

De ahí nacieron las tallas en madera de las imágenes de los santos. Ahora bien, debo decir que lo mismo que el cuerpo juega y gesticula (**ludit et gesticulatur**) según su fantasía, la Fe puede animar con un soplo idolátrico<sup>175</sup> a ese mismo poder del espíritu de los santos. Esa forma de Fe nos es arrojada lo mismo que si tomarais el cayado de San Dionisio, la rueda de Santa Catalina o el gancho de San Wolfgang y lo arrojarais a la cara de un aldeano. Pues si esos santos son capaces de producir enfermedades sobrenaturales, el mismo poder tendrán sus símbolos y atributos, ya que en el lenguaje de la Fe tanto vale el espíritu como el cuerpo del espíritu, los que en realidad van íntimamente unidos, siendo tan bueno y eficaz el uno como el otro.

¿Quién podría oponerse a que la fuerza que Dios ha dado en nuestro cuerpo terrestre no podamos ponerla, mediante la Fe, en esos ídolos de madera (**lignes dolis**)?

---

<sup>174</sup> San Wolfgang fue obispo de Regensburg en el Siglo X, careciéndose hoy de ningún otro detalle acerca de su secta.

<sup>175</sup> "ein Geistgötzen" en el original alemán, distinto de las traducciones latinas, que emplean los términos "*Spiritale dolum*" y "*Spiritualis statuæ*" y de la misma traducción francesa que adopta la palabra "larve": larva (?).

Nadie en verdad, ya que todo cuanto el cuerpo hace al cuerpo, puede hacerlo la Fe del mismo modo.

Las enfermedades y las curaciones adquiridas y conseguidas de esta manera las hacemos nosotros, no el Diabolo, el cual sin embargo se regodea profundamente con ello. En definitiva: sabed que la Fe puede producir todo cuanto el cuerpo produce, incluso la misma muerte, tan bien como con un disparo de arcabuz. Válgaos pues este ejemplo como enseñanza y aprended por él que sois desde luego visibles y corporales, pero además y al mismo tiempo no lo sois; y que todo cuanto hace nuestro cuerpo visible lo hace también invisible.

Sabed igualmente a propósito de la Fe, que las imágenes han tomado su fuerza de su forma específica (**in specie**), al extremo de que cuando modeláis una estatua de cera con el nombre de vuestro enemigo y la herís, lo herís a él igualmente. Al permitir Dios estas cosas, nos testimonia con ello todo lo que somos y podemos, pero no para que lo hagamos, sino para que probemos y tentemos a Dios. Por eso os digo: ¡Pobre del que se permita semejantes cosas!

Los hechiceros y encantadores (**incantadores**) obran precisamente de ese modo: sacando mascarillas, grabando imágenes en las paredes y golpeándolas e hiriéndolas con fustas y ganchos, a la vez que con su espíritu, gracias a esa Fe que los posee, derribadora de montañas, pero de la que Dios se halla totalmente ausente.

De ahí vinieron también esos amantes (**amatores**) que encantaban a las mujeres con variados sortilegios, como el de modelar con cera los retratos de las amadas y fundirlos después bajo las llamas, satisfaciendo y excitando así su espíritu con la luz invisible.

Los Egipcios, Caldeos y otros, también tallaron diversas efigies según el curso del firmamento, sin darse cuenta con sus ojos ingenuos que todos estos movimientos y palabras de las estatuas estaban más allá del poder de las fuerzas de la Naturaleza.

Todas estas maravillas y otras más, sólo son posibles con el consentimiento de Dios. Y os digo que referir la cantidad de encantamientos que esos magos han realizado— aun sin saber que lo realizaban por la expresa Voluntad de Dios— constituiría el más sorprendente de los relatos y la crónica más maravillosa.

En realidad Dios ha permitido esas cosas para que las conociéramos y para que supiéramos que también nosotros podíamos hacer desaparecer las montañas en el mar e invisibles nuestros cuerpos y espíritus.

Os hablo de estas cosas a fin de evidenciar la necesidad en que nos hayamos de profundizar por la Fe la razón de ser de los santos y la virtud y poder de que están investidos para dar a los hombres la salud y la enfermedad, de acuerdo a los fundamentos que la doctrina observa a propósito de las imágenes. Todo lo cual puede volverse contra el cuerpo si se hace un mal uso de la Fe, como repetidamente ha sido señalado.

En resumen: la Fe confiere al hombre el poder de hacerse invisible como un espíritu, creando en él todo cuanto el cuerpo imagina y que por sus solas fuerzas es incapaz de realizar. A menos que la Providencia Divina disponga otra cosa, nos es posible reunir pues las virtudes del espíritu y la fuerza del cuerpo. Si Dios dispusiera la enfermedad para alguno a quien no quisiera alterar en su fuerza o en su bienestar, lo

perjudicaría en sus manos o en sus pies. De ese mismo modo puede perjudicar la Fe de los impíos (**improbi**).

Diremos finalmente que esos signos de los santos se han usado desde siempre, antes incluso del advenimiento de Cristo, razón por la cual no pueden ser honrados y alabados cristianamente<sup>176</sup>, pues son tan viejos como verdaderos abuelos y la Fe cristiana no los tiene.

Sin embargo, los hombres cuya Fe ha merecido la confianza de Dios, pueden alcanzar un gran poder, el cual, si es mal empleado y pone la cabeza en los pies<sup>177</sup>, tendrá que juzgarse por sí mismo y poner también los pies en la Fe, con todo lo cual no es de extrañar que Dios se aleje definitivamente.

No debe sorprendernos, según esto, que no estén descontentos con esa adoración, olvidando que Dios no recomendó San Pedro a nadie. También siguiendo las costumbres de los, antiguos egipcios y paganos, se ha hecho provenir de Apolo al Apóstol Santiago, ya que, tanto Apolo como sus semejantes, pueden llegar a esto por la Fe. A pesar de lo cual ni ese niño debe llamarse Apolo, ni Santiago aquél otro, por el hecho de recibir el espíritu. En verdad sólo los especuladores de las fuerzas de la Fe, cuyos nombres llegados hasta aquí no conoce nadie realmente, han podido intentar traer la montaña hasta nosotros y tentarnos con ello, lo mismo que aquellos otros que según nos refiere Cristo, lo tentaron de la misma forma.

El que quiere tentar y producir los signos de la Fe continuamente, olvida que sólo debemos creer, sin pedir ni esperar que se produzcan estas manifestaciones. Por el contrario podemos y debemos pedir los signos que la Misericordia Divina nos ofrece, los cuales provienen verdaderamente de Cristo. Llegando a decirnos que sólo estimamos cristiano a lo que se deduce de la Misericordia, del Amor y de la Fidelidad, y que todo lo demás, incluso Santiago y Apolo, está muy lejos de esto, habiéndose equivocado con ello por igual cristianos y paganos.

También han olvidado groseramente que nadie que no haya hecho un mal uso de la Fe puede ser censurado por ella. Es decir, que han caído en una singular superstición, con la cual pretenden dirigir y devolver la salud (**sanitas superstitionis**), cuando en realidad la curación emana solamente de la Providencia Divina. La Medicina constituye así el mejor ejemplo de que la curación es una obra de la Misericordia.

Dios, que ha creado y ha dado a nuestros ojos y a nuestra lengua la voluptuosidad y la aptitud de conducirnos según nuestro capricho y albedrío, conoce perfectamente las heridas y enfermedades que llegaremos a adquirir por ello, creando con la Ciencia Infusa de la Divinidad toda la Medicina y todos los hombres competentes en ella, es decir, los médicos buenos conocedores de la enfermedad y de las medicinas que para cada caso se necesitan.

---

<sup>176</sup> "*a christianis dimanasse judicari non possunt*" (Paltenius).

<sup>177</sup> Grillot de Givry dice: "la huppe dans la foi"; es decir, "el moño en la fe" (o penacho - la acepción "abubilla", pájaro con un penacho en la cabeza, la creemos impropia). En castellano podría decirse castizamente "echar los pies por alto" o poner las cosas "patas arriba". Es decir, hacer algo totalmente al revés.

Siendo el hombre el último ser de la Creación y existiendo la Misericordia sólo con él y desde él, no os será difícil comprender que es a ella y no a la Fe a la que son debidas estas maravillas.

Observad aún aquí que lo mismo que la salud proviene de la Medicina, ésta resulta de la Misericordia, lo mismo que todo lo que ha creado Dios Hijo, lo que nos corrobora la certeza y la primacía de la Misericordia sobre la Fe. Ciertamente que en el Evangelio de Cristo se afirma que “los signos serán manifestados”, pero eso debe entenderse en el sentido de que el poder y la fuerza provienen de la Fe, no de la Misericordia, a la cual corresponde conducir la Fe según es debido.

Sobre esto debemos todavía hacer una salvedad ya que, efectivamente, puede producir toda clase de signos, siempre que Dios se lo permita, de los cuales no hace el menor caso, siendo precisamente su ardor contra nosotros lo que estimula mejor la Misericordia que Dios nos ha prometido. El designio del Diablo no es pues otro que causar nuestra ruina y nuestro daño y excitar nuestra maldad, conduciéndonos a un mal uso de la Fe y a hacer todo cuanto se nos antoja, sin freno de ninguna especie.

Si a pesar de todo esto aún cree el Diablo que no somos bastante desgraciados, añadirá aún más cosas suplementarias, a pesar de que nada de esto le reporte ninguna utilidad, ni que con ello gane un ápice más de poder para su reino. Su designio es hacernos desesperar de la Misericordia de Cristo, su enemigo, y destruir nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra fe en Él, ya que sólo así podernos condenarnos, fuera de lo cual todos sus empeños resultan completamente estériles e infantiles.

Los espíritus diabólicos pueden determinar impresiones accesorias (**ludicrum accessorium**) por las invenciones santas (**apud commentitios divos**) de los paganos y cristianos. Algo así como si un burdo aldeano, viendo trabajar el oro a un orfebre, quisiera que hiciera lo mismo con excrementos. Por eso el Diablo se conforma con marcar sus signos en las vacas y en los cerdos<sup>178</sup>, prueba de que su poder está limitado y que no puede usar la Fe con libertad, pues si pudiera, os digo verdaderamente que ya habría derribado y trastornado todo con mucha más violencia de la que pudierais suponer<sup>179</sup>.

---

<sup>178</sup> Forberger.

<sup>179</sup> Paltenius ha magnificado y dramatizado mucho más este párrafo final, diciendo: "*omnia eruisset stravissetque, multoque atrociorum sese et truculentiorum exhiberet. . .etc.*".

Capítulo cuarto  
(De la llamada enfermedad de San Valentín)<sup>180</sup>  
(Epilepsia)

Sabed ahora que el natural curso que los Astros y demás elementos procuran a los hombres, produce una enfermedad que aniquila al desgraciado que la padece, sumiéndolo y agitándolo en todos sus miembros, manos y pies, con terribles convulsiones, distorsionando su boca y sus ojos en los más variados y espantosos signos.

Su origen ha sido atribuido a diversos Santos, a los que de diversos modos irritamos y que, imposibilitados de vengarse desde este Mundo, dada la pobreza y aridez de la tierra, lo han hecho desde el cielo de esa terrible manera. Esto ha llegado a ser artículo de Fe; de una Fe semejante a aquella, capaz de precipitar en el mar las montañas. Como consecuencia de esa creencia se ha creado una especie de duende<sup>181</sup> que penetra en nosotros y que, operando de manera invisible, nos agita, obrando lo mismo que si nos tomara por los cabellos y nos sacudiera, arrojándonos de uno a otro rincón.

Si la Medicina alivia las enfermedades que nos vienen de las cosas naturales, ¿cómo no ha de obrar la Fe, una vez que nada ha dado resultado y que los médicos yacen abandonados a la desesperación?

Con todo, es curioso observar —como lo han hecho algunas gentes del pueblo— de qué manera influyen, aumentan e irritan estas enfermedades los cambios de la Luna y de los planetas en general, así como otras variaciones celestes, al punto de dar lugar al nacimiento de determinadas sectas, creyentes unas en las estrellas y otras en los Santos.

---

<sup>180</sup> Paltenius la subtitula "*seu caduco*". Por lo demás, sería tarea imposible enumerar la cantidad de enfermedades que durante la Edad Media recibieron la advocación de los diversos Santos. Cada Santo estaba considerado a la vez como causa y antídoto de otras tantas enfermedades. Aún hoy existen numerosos ejemplos y vestigios de esta vieja práctica. Citaremos entre los principales, a San Willibrod, patrono de Echternach, en la Prusia renana, cuya romería anual, el lunes de Pentecostés, atrae numerosos peregrinos que bailan ante las reliquias del Santo. Santa Liberata de Beauvais, conocida también en los cantones franceses de Suiza, invocada para conseguir marido, para combatir la esterilidad, las enfermedades del estómago y la anemia... etc. Nuestra Señora de los Altos de Moncontour y los Santos Lubino, Mamerto, Huberto Livertino, Hourmiaule. . . etc., en Bretaña y Normandía, invocados para los dolores de cabeza y del vientre, para la locura y el miedo. En estas regiones del norte de Francia los Santos milagrosos y de eficacia popular contra las enfermedades son muy numerosos y a ellos dedicó una notable tesis el Dr. Liegard (París, 1902-1903): "*Les Saints Guérisseurs de la Basse Bretagne*".

En España se venera la virgen del Remedio y del Amparo y Nuestra Señora de las Fiebras, en Valencia, contra el paludismo, endémico en la zona arrocera; San Ramón en Andalucía, para proteger la fecundidad y procurar buen parto; el Santo Cristo de Medinaceli, en Madrid, para resolver problemas íntimos; San Antonio, para curar de soltería, y muchos más.

Los Santos citados por Paracelso resultan sin embargo de difícil identificación. Este San Veltin o Valentín no sabemos exactamente quién es. Los Bolandistas recogen 28 personajes de este nombre. El San Valentín que se cita aquí parece ser el Obispo de Passeau (hacia el año 400), patrono de la Epilepsia. San Bernardino de Siena (*Sermo I. in quadrages, art. 3*) atribuye en cambio este patronazgo a San Bartolomé, y Vanini (*De admirandis naturæ arcanis. Lutetiae 1516. Dial LVIII*) lo refiere a San Juan.

Sea bajo una u otra advocación, parece indudable que Paracelso se refiere aquí a la Epilepsia.

<sup>181</sup> Ein Mäulin (alem.), *virinculus* (lat.), *homunculus* (franc.).

A los médicos toca pues en este trance juzgar los desacuerdos de estas sectas, ponerlos en orden y explicar y revelar el verdadero fundamento de estas cosas.

### Capítulo quinto

(De la enfermedad que produce llagas, úlceras y apostemas, llamada “Penitencia de San Quirino” y “Venganza de San Juan”)<sup>182</sup>  
(Escrófulas, várices, furúnculos)

En el hombre, la naturaleza corrosiva o demasiado poderosa de algunas sales da lugar a la efracción y ruptura (**diruptio**) de la carne y de la piel.

Siendo las sales tan numerosas, se comprende que puedan afectarnos<sup>183</sup> también de muy diversas maneras según sus naturalezas, produciendo tal o cual dolor o enfermedad. El pueblo, antes de que se descubriera el verdadero fundamento de la Medicina, pensó que esta enfermedad de San Quirino era análoga a todas las demás, habiendo perdurado esta superstición hasta los cristianos, que creyeron que San Quirino era más Santo que otros y tenía por ello mayor poder curativo, designando bajo su nombre un gran número de enfermedades y aflicciones. Las úlceras y los reumatismos de las piernas<sup>184</sup> fueron llamadas también “penitencias de San Quirino”, para todo lo cual se llegó finalmente a esculpir numerosas imágenes que se consagraron con la Fe de este Santo para su devota advocación.

Del mismo modo se levantaron monumentos e imágenes dedicadas a San Juan, también muy popular, y que lo mismo que San Quirino fueron señalados por la estupidez del pueblo como autores y patronos de numerosas males.

En atención a todas las cosas que acabo de referiros y dada la adoración y sacerdocio a cuya advocación han conducido, no diré mis sospechas de que el Diabolo ande mezclado en todo ello y que él sea el causante de muchos de estos signos. En verdad la fornicación, la avaricia y otros vicios degradantes pueden positivamente hacer perder al pueblo, empujándolo a una Fe perversa y a numerosas fornicaciones y bribonadas, estimuladas en realidad por el Demonio, quien se complace en estos vicios degradantes y hace obrar así a la Fe, sin dejar ver que con ello obra mal<sup>185</sup> estimulando así todas estas acciones y sacerdocios.

---

<sup>182</sup> Los Boilandista registran 11 Santos distintos bajo el nombre de "Quirinus" uno de los cuales fue Obispo y Mártir de Panonia, en el siglo IV. Grillot de Givry opina que el Santo a quien se refiere Paracelso fue San Cyrinus o Quirín, Mártir de Roma del año 269 cuyos restos fueron transportados en la Edad Media a la Abadía de Tegernsee en Baviera, y que en vida realizó numerosos milagros y curaciones (no parece que tengan nada que ver estos Santos con el moderno Saint Cyr, patrono de la caballería del ejército francés).

La enfermedad en cuestión, en la que se había "especializado" este Santo, sería la de las úlceras escrofulosas y los abscesos de la garganta, los cuales aún se llaman en algunos pueblos de Suiza, Enfermedad de San Quirino.

<sup>183</sup> La palabra original alemana es "Entböhret", que Paltenius traduce por "excitar el tumulto del cuerpo" y Grillot de Givry por "percer" (picar, pinchar, perforar, atravesar).

<sup>184</sup> "Die Flüssigen Schenkel" en alemán, o "*ulcerosa crura*" en latín.

<sup>185</sup> Se refiere indudablemente a las orgías y bacanales de danzas, libaciones y fiestas que el motivo de los peregrinajes daba a los aldeanos de esos lugares —e indudablemente a una parte importante de los mismos peregrinos— y que pervivían como resto pagano entre las multitudes medioevales, precediendo en varios siglos a lo

Por lo demás el Diablo no hubiera podido suscitar por sí solo ninguno de estos signos, grandes ni pequeños. Lo que sí puede y hace indudablemente, es establecerse al lado y mezclarse a los síntomas en cuanto los mismos se producen, sacando con ello todo el nefando provecho que le es posible.

Capítulo sexto  
(Del fuego natural, llamado “de San Antonio”)<sup>186</sup>  
(Erisipela, gangrena, cólera)

La Naturaleza posee también: fuego, alimentado en ella misma por el Azufre del hombre, lo mismo que el relámpago y las estrellas fugaces lo hacen del cielo, y los fuegos surgentes de las minas y los cementerios. Esta enfermedad no ha sido sin embargo descrita por los médicos según su verdadero origen, no obstante la haya indicado la Naturaleza según los resultados y la obra de la Medicina, ya que está perfectamente reconocida su esencia natural.

Los predicadores de estos males expiatorios, entretanto, a fuerza de poner estas cosas en refranes y versos y referirse a ellas constantemente con su peculiar estilo de oráculos, han conseguido que a pesar de la incredulidad del pueblo, éste haya acabado por creerlos, vencido por su contumaz persuasión.

El San Antonio de estos relatos no es un Señor del Fuego, ni ha soplado jamás en ningún horno ni en ninguna chimenea; no se trata pues de ningún Señor de los Elementos y os digo que si hoy viviera, reconocería todo cuanto digo y se golpearía en señal de penitencia.

Ese San Antonio no debe confundirse con Vulcano y puedo afirmaros que jamás llegó a apagar el Etna<sup>187</sup>. A pesar de ello todos lo creen obligado a que apague el fuego de todas las piernas podridas y relucientes. No hay duda de que en su tiempo realizó alguna de estas curaciones, pero no más ni en mayor grado de las que pueden considerarse justas. Nada de eso puede, por otra parte, servirnos hoy, pues todo ha sido ya consumado, como puede verse consultando el Libro de los Santos, lo que lo excluye de la categoría de simple brujo o encantador.

---

que hoy podríamos llamar la "industrialización de los santuarios". Las largas caminatas, las procesiones de rodillas, a menudo las ascensiones penosas a montes o cerros más o menos "santos", los rigores de la intemperie, etc., en gentes no habituadas e incluso verdaderamente enfermas, y al lado de ello las "compensaciones" de los sentidos, que no podían reportar mal alguno, en cuanto estaban ofrecidas en santo regocijo, traían como consecuencia la aparición de numerosos dolores reumáticos y de úlceras específicas.

<sup>186</sup> El fuego de San Antonio, o fuego sagrado, no es otro que el famoso "Mal de los ardientes", cuya naturaleza no conocemos exactamente. Su primera aparición data del año 954, en que Frodoardo lo describió. Después arrasó Francia y gran parte de Europa Occidental en sucesivas y terribles epidemias (993, 1089 y 1130). En la del año 954 se caracterizó sobre todo por dolores y retorcimientos de las entrañas, lo que hace pensar en el cólera o algo así. En la epidemia de 1089, además los miembros se ennegrecían y se desprendían del cuerpo, como una variedad de peste, gangrena o lepra. Su nombre vino seguramente de que todos los enfermos que fueron a la Abadía de San Antonio, en Vienne (Francia central), curaron.

Según Paltenius, el fuego de San Antonio no sería sino la erisipela; posteriormente se ha dado esta advocación para la gangrena y la forunculosis grave o ántrax.

<sup>187</sup> Se refiere al célebre volcán de Sicilia.

Entretanto la Fe ha ido haciendo su obra, forjando un San Antonio con extraño e intenso parentesco con Vulcano y que como él, sopla y estimula el fuego lo mismo que un herrero cuando pone su hierro enrojecido sobre las brasas del horno.

Si en vez de ello se observase con cuidado y se comprendiese el curso espontáneo de estas cosas, se echaría de ver cómo todas estas enfermedades pierden su fuerza natural<sup>188</sup>.

### Capítulo séptimo

(De la enfermedad llamada “Baile de San Vito”)<sup>189</sup>

(Atetosis, corea, Parkinson, histeria, neurosis de situación, sueños y ensueños)

Con ligeras variantes, según sus comentaristas, esta enfermedad se originó de la siguiente manera:

Existía en cierta ocasión una mujer llamada Trofea (Die Frau Troffea)<sup>190</sup>, de tan singular carácter, tal orgullo y tan empecinada obstinación en contra de su marido, que cada vez que éste la ordenaba cualquier cosa o la importunaba de cualquier manera, hacía creer que estaba enferma, por medio de una serie de estudiadas simulaciones. En esas circunstancias hacía creer que era impelida a bailar por una fuerza sobrenatural, sabiendo que eso era lo que más desagradaba a su esposo, adoptando una serie de gestos y actitudes como si se tratase realmente de una enfermedad, con saltos, gritos, contorsiones y cantinelas, moviendo suavemente sus articulaciones (**parum movebat ex artubus convellabatur**) y durmiéndose a continuación. De este modo llegó a conseguir todo cuanto quiso, haciendo que se aceptara su estado como una enfermedad, con cuyos gestos se burlaba a la vez de su marido.

La consecuencia de esto fue que muchas otras mujeres adoptaron la misma conducta, instruyéndose mutuamente de los síntomas de la supuesta enfermedad

---

<sup>188</sup> Todo este breve capítulo y en especial su parte final, es de una agudeza de observación y de una precisión crítica realmente notables. La naturaleza cíclica de la inflamación ha sido también muy bien observada.

<sup>189</sup> El baile de San Vito = Die Veitz Tantz = Danse de Saint Guy, ha sido traducido, por Paltenius como "*chorea lasciva, sive chorea viti, sive metaphora*" y verdaderamente corresponde a este grupo de afecciones coreiformes que la clínica actual sitúa en los centros diencefálicos y en las vías nerviosas extrapiramidales.

El baile de San Vito hizo su primera aparición en algunas ciudades ribereñas del Mosa y del Rin, en julio de 1374, cuando una serie de individuos empezaron a agitarse y a bailar como neuróticos posesos. Es posible que el peregrinaje a la Ermita de San Willibrod, en Echternach fuera la consecuencia de las primeras curaciones de este histerismo colectivo.

Hoy no podríamos precisar por qué esta danza patológica tomó el nombre de San Vito. Los Bolandistas refieren 6 ó 7 Santos con este nombre. El que ahora nos ocupa debió ser uno de los mártires de la persecución del Emperador Diocleciano, que tenía capillas y ermitas en Suabia y Rottstein. Estos San Veit o Wit, de Alemania, y Guy, de Francia, tienen un nombre extrañamente semejante con el término "gui", que designa el parásito sagrado de los robles y encinas y con el "wy" alemán, que expresa la unión o la fecundación. Según Vanini, San Vito era celebrado también en Bari (Apulia - Italia meridional), no para la epilepsia, sino para las mordeduras de los perros rabiosos.

<sup>190</sup> Este relato de Trofea pertenece exclusivamente a Paracelso, no encontrándose antecedentes de ella en parte alguna de la historia o de la literatura medioeval.

El vulgo entretanto la consideró como una penitencia y se dio a pensar en la causa que debería destruirla. Al principio la Fe fue depositada en un Magor<sup>191</sup> o espíritu pagano, pero luego el favor popular recayó en San Vito, del cual se hizo un falso Dios, llamando a la enfermedad con su nombre. Luego, poco a poco, esta creencia se difundió y con ella la enfermedad, en la que caían todos aquellos que gustaban de bailar, con lo que el baile y la enfermedad se perpetuaron.

Ved con esto con qué facilidad, cuando alguien aventura una noción preconcebida cualquiera, puede crearse una verdad, cuya reiterada afirmación va aumentando el poder de su creencia y de su eficacia, lo que acaba por reafirmarla definitivamente<sup>192</sup>. Así se producen gran número de enfermedades y no sólo estos bailes. Cuando algunos se persuaden de esta extraña posesión, crean la verdad en su idea preconcebida, lo mismo que los que se enorgullecen de estar afectados por la enfermedad de San Valentín<sup>193</sup> en la que caen a continuación<sup>194</sup>.

El mal francés, cuya soberanía ha sido adjudicada a San Dionisio, reconoce esta misma forma de origen, igual que la Peste, de cuya desesperación y temor puede el pueblo llegar a enfermar, antes y peor de lo que está naturalmente dispuesto. En tales circunstancias la Medicina no es capaz de dar un socorro razonable y aún la misma Fe no pudo hacer que las fuerzas humanas devoren esa gran montaña.

La Fe en cambio puede darles tal poder que lleguen a envenenar el cielo, a transmitir la Peste a otros y a hacer muchas otras cosas de este estilo, de un modo como sólo la Fe puede lograr.

Resulta pues que una gran parte de las aflicciones y de las desastrosas enfermedades que nos aquejan nos vienen por nuestra culpa, ya que nos comportamos ante ellas como lo haría un hombre que estando armado de todas las armas se asustase de otro, pequeño y lisiado, porque tuviera en las manos una escopeta encendida<sup>195</sup>.

Nuestro poder contra los Astros es semejante a ese ejemplo. Sólo la duda (**trepidatio**) puede debilitarnos, permitiendo que la misma fuerza de la Fe nos hiera como un disparo que nos hiciéramos a nosotros mismos. Así mil lazos y cadenas nos agobian por este mecanismo, sumiéndonos en todo género de lamentaciones.

Cuando pretendemos resistirnos y negar la Fe, olvidamos que Dios ha dicho que la Fe puede hacernos caer en la tentación y que está escrito que, a pesar de todo, hemos de buscar la Fe antes que la Misericordia. ¡Cómo puede haber nada más doloroso para nosotros en este valle de lágrimas!

Semejantes a éstas son muchas otras operaciones de la Fe, como el baile de San Vito, que sólo puede albergarse en cabezas obstinadas. La base de todo ello está en la

---

<sup>191</sup> Espiritu maligno de desgracia y destrucción.

<sup>192</sup> He aquí el principio de la propaganda, en su más vasto sentido, tal cual hoy ha sido desarrollado, desde los anuncios hasta los sistemas políticos.

<sup>193</sup> Epilepsia.

<sup>194</sup> En esta observación está el fundamento de la actual medicina psicosomática, así como de toda esa compleja patología en que lo orgánico aparece fijado sobre una disfunción reiterada.

<sup>195</sup> Se refiere naturalmente a un fusil arcabuz, de mecha o de chispa.

envidia que anida en el corazón de algunos médicos, que les impide aceptar lo que les gusta, haciéndoles tomar y comentar los textos de las Sagradas Escrituras según su obstinación y capricho.

Cuando tales individuos llegan a incrustar estas ideas en su cerebro y agregan encima la fuerza de la Fe, ocurre que esa misma fuerza los posee, robusteciéndolos tan poderosamente que para defender en adelante sus opiniones no dudan incluso en exponer su propia vida. Los Anabaptistas son un buen ejemplo de este modo frenético y abusivo de creer, por el cual, y antes que abandonar su opinión preconcebida, llegan a hacerse matar.

La misma base sustenta a todas las sectas de este estilo de verdadero encantamiento, no a causa de las hechicerías de otros hombres, sino por su misma voluntad de reforzar su Fe hasta abrasarse en ella, sin preocuparse de la lógica, del razonamiento ni de la verdad.

Realmente os digo que para meterse en el fuego por obedecer la Voluntad Divina, hace falta un motivo más importante que el de haber recibido dos o tres veces las aguas del bautismo, pues os aseguro que Dios no ha ordenado nunca a nadie que muera para sostener esta causa.

Es natural que los que quieren morir por la palabra de Dios con toda beatitud, se inunden del Espíritu Santo. Por el contrario, aquellos otros que no aceptan la Fe sin las obras que la demuestran, tienen que forzarse en ellas para no perderla. Algo así como si dijeran: “Si Dios no quiere cumplir en nosotros lo que ha prometido, tendremos que cumplirlo nosotros en su nombre”. Por eso no han encontrado nada mejor que morir en homenaje a una causa, por cuya profesión de Fe el Espíritu sólo sugiere saltar y bailar.

Los hombres poseídos por este baile pierden el entendimiento de tal modo que, lo mismo que los Anabaptistas, se dejan quemar antes que abjurar de su Fe. Sobre lo cual os digo que, para llegar a tal martirio, se precisa estar movido por algo muy diferente de una recta razón.

Os daré un tremendo ejemplo sobre esto: Imaginaos a alguien que, llevando sobre los hombros una enorme montaña, fuese atraído con ella al fondo del mar, poseído de una súbita debilidad que lo hiciese caer y morir. Y os digo: ¿Qué otro fundamento hay en las Escrituras sobre la opinión pre-concebida de que la Fe nos provee?

Añadiré que todos esos signos no son sino los prodigios anunciados por el Hijo de Dios. Por eso, da lo mismo que ganen el pan con el sudor de su frente y que den o tomen del prójimo, que cumplan con las seis partes de la Misericordia. . . etc., pues su superstición los alejará en otro sentido. Entretanto, si quieren morir por tales cosas ¿quién dejaría de reconocerlos como mártires?

Lo cierto es que si quisieran inmolar su vida por las obras de la Misericordia, no los abrasaría cada llama; al contrario, escaparían muchas veces a la muerte y no se abrasarían tan alegremente.

Por el contrario los motivos por los cuales ofrecen su vida, demuestran que tales obras y tal Fe no son del agrado de Dios. Antes de que sus escritos los condujeran a la cremación en la parrilla o en la pira o a la caldera de aceite hirviendo, deberían pensar que los Santos han sido rescatados muchas veces de la muerte y de los suplicios, de los que, no obstante no haberse defendido, han sido milagrosamente protegidos, escapando

una y otra vez de sus prisiones, ya que justamente por haber sido gratos a los ojos de Dios, Éste ha preferido emplearlos durante largo tiempo<sup>196</sup>.

La vida de los apasionados enfermizos no gana nada prolongándose y así vemos que cuando la muerte les sale al paso, se precipitan a ella bailando. Los verdaderos Santos en cambio, se han acercado a la muerte temblando y han llegado a ella con el corazón oprimido, a pesar de lo cual, jamás los subyugó la carne en el momento de su tránsito. Sólo así pueden cumplirse verdaderamente las enseñanzas de las obras de Misericordia, cuya base se asienta en el amor del prójimo.

¿Qué puede pensarse de una obra toda podrida y roída de mentiras? ¿De unos hombres que no visten a los pobres, ni consuelan a los enfermos, ni bajan la vista, ni, a pesar de ello, ven nada de lo que tienen delante? Esa Fe seductora puede considerarse verdaderamente como una enfermedad y os digo que si comparáis sus vidas con las de los Santos, veréis que aunque en alguna ocasión hayan podido precipitar una montaña en el mar, nunca han podido volverla a sacar de allí. No es lo mismo en efecto morir por la Fe, cosa siempre venturosa, que por los artículos en que los hombres la han redactado, que contienen siempre una considerable cantidad de supersticiones, y cuya muerte es de mucha menor pureza.

¿Qué obra beneficiosa o útil puede resultar del hecho de que acabéis siendo quemados en la hoguera?<sup>197</sup> ¿Y qué frutos de santidad pueden emanar del hecho de haber sido bautizado dos veces?

Tampoco es precisamente un fruto de santidad desdeñar o menospreciar al prójimo, ni rogar por los que os persiguen y proscriben. Y os digo que si San Pablo hubiera conocido semejante conducta, os hubiera renegado también. Por eso os digo que debéis rogarle mucho si queréis que él interceda por vosotros.

Sabed que los que os proscriben no son precisamente aquellos por los que rogáis. Los que han de habérselas con semejantes individuos deben considerar que la Fe y las obras que malgastan en ellos, deberían dirigirlas mejor hacia Dios, procurando conocerse bien a sí mismos antes que tratar de conocer a los demás. Estos sujetos están tan persuadidos de la exclusividad de su Fe que son incapaces de desprenderse de ella, permaneciendo aferrados a sus enfermedades, lo mismo que los danzantes de San Vito.

Si todos fuéramos como ellos, ningún hambriento sería saciado, ni ningún desnudo vestido, ni ningún enfermo sanado, ni albergado ningún peregrino, pues todas esas cosas necesitan de un bien superior.

En vez de esto eluden el trabajo que les corresponde, procurando transferírsele al vecino, se dan a la pereza y viven como parásitos, instruyéndose de esta guisa unos a otros. ¿Puede hablar de Fe el que sólo piensa en su cocina? ¿O el que elude las leyes bíblicas y evangélicas? ¿O el que ignora el orden superior de las cosas? ¿Quién podrá decir en estas condiciones que morirá cristianamente?

---

<sup>196</sup> En este razonamiento hay un pensamiento de gran dignidad humana y filosófica. El que exalta el valor consciente, la obra de largo aliento, la voluntad tenaz, la propia obra y la conducta de toda una vida, en vez del arranque súbito, el gesto pirotécnico y fugaz, la casualidad espectacular, los diplomas de papel y la estimación oportunista.

<sup>197</sup> En esta idea, en la que vibra claramente una condenación a la pena capital, brilla de manera sorprendente el hondo humanismo liberal de Paracelso.

Es como si dijeran, como San Lorenzo<sup>198</sup>: “¡Dadme la vuelta, para asarme de ambos lados!”. En realidad, cuanto antes desaparecen del Mundo, tanto más beneficio reportan, lo que indica claramente que Dios no interviene para nada ni saca provecho alguno de su muerte.

La Fe puedo incluso dar extrañas alucinaciones, por las que aquellos que las padecen llegan a ver directamente a los Santos, así como muchas otras maravillas y prodigios, tanto en sueño como en plena vigilia.

A esta Fe se deben algunas sorprendentes interpretaciones de determinados sueños. Porque. . . ¿qué son los sueños sino formas volantes de la Fe? Lo que esos individuos creen llega a presentárseles de tal manera, que acaban por creerse como los Santos o Santos ellos mismos. Así la Fe puede hacer Santos, lo mismo que el imaginero con sus estatuas de madera. La Fe pone en sus manos la varita mágica de la adivinación, hace apagar los cirios, gira las llaves, atrae las tijeras y hace rodar el cernidor<sup>199</sup>.

Debéis saber sin embargo, que en esas demostraciones del arte, lo que hoy nos parece bueno es malo mañana, que contra un sí hay diez no (**ein ja, zehen nein**) y que para cada vez que surge la verdad, aparecen diez mentiras: así son los sueños y las visiones, indistintamente verdaderos y engañosos.

La Fe en los sueños asemeja a estos soñadores con los alquimistas, que buscan y buscan constantemente, logrando a veces los más insólitos hallazgos<sup>200</sup>. A pesar de ello para uno que consigue algo, veinte fracasan y para una vez que logran la verdad, todas las demás sólo alcanzan falsedades.

Con la Fe ocurre otro tanto: cuando creéis que no sabéis nada, nada sabéis en efecto y vuestra Fe lo comprende perfectamente, pues nada hay tan parecido a nosotros como nuestra propia Fe.

Con todo, y por más semejanza que tengamos con los Espíritus, no es necesario que todas las cosas se manifiesten en el cuerpo en forma sensible.

Y os digo que si creemos ligeramente, sólo ligeramente podremos estimar lo que creemos. Debemos pues creer efectivamente que podemos realizar todas estas cosas, pero no debemos desear demasiado verlas, y mucho menos dejarnos morir o matar por recibir un bautismo, ya que la medicina que puede darnos la salud, puede igualmente llevarnos a la muerte. Comprended así la Fe e incluidla de este modo en todas vuestras obras.

## FIN

---

<sup>198</sup> Solo Forberger señala esta comparación personal. La mantenemos, a pesar de estar fuera del texto original, por explicar perfectamente el resto de la frase.

<sup>199</sup> Hacer rodar el tamiz o cernidor de los campesinos, era una forma de adivinación que se practicaba en la Edad Media y en que aparece por vez primera lo que, andando el tiempo, sería la rueda de la lotería, la ruleta y las mesas giratorias de los espiritistas.

<sup>200</sup> En todas estas observaciones finales de Paracelso hay una sorprendente serie de atisbos, precursores de lo que, en el primer cuarto del Siglo XX revolucionaría al Mundo a través de la genial mentalidad de Sigmundo Freud, bajo el nombre de Psicoanálisis y con el contenido genérico de "Interpretación de sueños".

# INDICE

PÁG.

Obras médico-químicas o paradojas.....	7
--	---

## ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE PARACELSO

I. El actor.....	9
II. La obra.....	13
III. La época.....	15
IV. Los Contemporáneos.....	16
V. La posteridad.....	17
VI. Sólo ante ti lector.....	19
Diagrama geográfico y espiritual contemporáneo de Paracelso.....	21
Dedicatoria al señor y doctor Joaquín de Wadt.....	22

## LIBRO DE LOS PRÓLOGOS

### LIBRO PRIMERO

Prólogo primero: Del contenido de la Medicina.....	25
Prólogo segundo: De los dos grandes grupos de enfermedades y del modo de conducir sus remedios.....	26
Prólogo tercero: De los modos o maneras de curar.....	27
Prólogo cuarto: Del método de la enseñanza médica.....	28

### LIBRO SEGUNDO

Prólogo primero: Advertencia sobre la necesidad de los médicos librescos; y sobre la conveniencia de la universalidad de los conocimientos médicos.....	29
Prólogo segundo: Sobre las “formas clínicas”.....	30
Prólogo tercero: Naturaleza de las Entidades.....	31
Prólogo cuarto: Más sobre la naturaleza de las Entidades.....	31
Prólogo quinto: Razón de la especificidad de los remedios.....	32
Prólogo sexto: Donde Paracelso se previene de que lo consideren como hereje.....	33

LIBRO DE LAS ENTIDADES

PRIMER LIBRO PAGANO (Pagoyum) ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD DE LOS ASTROS  
SOBRE LOS CUERPOS INFERIORES

I.	Origen del cuerpo por la entidad del Semen. ....	37
II.	En donde se discute la influencia de los astros en la naturaleza humana.....	38
III.	Discurso sobre la semilla y el germen.....	39
IV.	De la supremacía de la sangre sobre los astros.....	39
V.	Razón de la diversidad de las formas.....	40
VI.	Acerca del principio M.....	41
VII.	Sobre la bondad suprema del aire libre.....	42
VIII.	De cómo la Entidad Astral sirve de vehículo a los contagios de las enfermedades.....	43
IX.	De la influencia astral de los venenos.....	44
X.	De la contaminación del agua por el arsénico de los astros.....	45
XI.	Afinidad de los venenos con sus correspondientes entidades.....	45

SEGUNDO LIBRO PAGANO (Pagoyum) ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD DEL VENENO

I.	Cómo y cuándo deben ser considerados venenosos los alimentos.....	47
II.	De donde resulta la perfección de las criaturas de la naturaleza.....	47
III.	Sobre la sabiduría divina de los médicos alquimistas.....	48
VI.	En donde se descubre que un alimento y un veneno pueden ser la misma cosa.....	49
V.	Plan de estudio para la Entidad de los Venenos.....	50
VI.	Alegato contra los que se especializan precozmente.....	50
VII.	Sobre la naturaleza y función del Alquimista.....	51
VIII.	Mecanismo de producción de las enfermedades debidas a los venenos.....	52
IX.	Sobre los modos en que puede manifestarse la putrefacción.....	53
X.	Sobre las condiciones de la salud.....	53

	<u>PÁG.</u>
XI. Sobre la esencia del gran veneno de la digestión.....	54
XII. Resumen de la doctrina fisiopatológica de la digestión.....	55
XIII. Conclusión sobre la Entidad de los Veneno.....	55

TERCER LIBRO PAGANO (Pagoyurn) ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD NATURAL

I. Concepto de la Naturaleza del hombre.....	57
II. Esquema del hombre natural.....	58
III. Sobre el elemento prolífico.....	58
IV. Sobre la influencia específica de los planetas.....	59
V. Doctrina de la predestinación.....	60
VI. Más sobre la predestinación.....	61
VII. Correlación de los planetas con las partes de la Entidad Natural.....	62
VIII. Sobre la circulación de los espíritus corporales.....	62
IX. Sobre la disposición de los cuatro elementos.....	63
X. Estudio de las cuatro complexiones.....	64
XI. Sobre el humor y los colores del cuerpo.....	65
Apéndice: Semiología general de la Entidad Natural.....	66

CUARTO LIBRO PAGANO (Pagoyum) ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD ESPIRITUAL

I. Concepto de la Entidad Espiritual.....	67
II. Anatomía de los espíritus.....	68
III. Fisiología de los espíritus.....	68
IV. Sobre la aparición de los espíritus en el cuerpo y su modo de manifestarse.....	71
V. Sobre las vías de influencia empleadas por los espíritus.....	71
VI. Sobre la acción de la “mala voluntad” .....	72
VII. De los poderes de la Nigromancia.....	72
VIII. Teoría del maleficio.....	73
IX. De cómo se actúa sobre los espíritus culpables.....	73
X. De cómo los espíritus se influyen a través de los sueños.....	74

QUINTO LIBRO, NO PAGANO, ACERCA  
DE LAS ENTIDADES MORBOSAS

TRATADO DE LA ENTIDAD DE DIOS

I.	Razón de este Capítulo.....	76
II.	Teoría del castigo divino como causa de las enfermedades.....	76
III.	Donde se advierte de la condición de los médicos ante los designios divinos.....	77
IV.	Acerca del poder de la fe.....	78
V.	Medios de que puede valerse la Divinidad para el tratamiento de las enfermedades.....	78
VI.	De cómo Dios protege a sus fieles con la salud.....	79
VII.	Universalidad del orden divino.....	80
VIII.	De la manera como Dios ejerce su poder a través de los médicos.....	81
	Apéndice: Diferencia entre los médicos cristianos y paganos.....	82
	Conclusión del paréntesis sobre las cinco Entidades.....	83

LIBRO DE LAS PARADOJAS

LIBRO PARAMÍRICO

LIBROS DÉ PRÁCTICAS – LIBRO DE LAS PARADOJAS

	Introducción y Nota previa general.....	87
	Nueva dedicatoria al señor Joaquín de Wadt.....	90

LIBRO I

CAUSAS Y ORÍGENES DE LAS TRES  
PRIMERAS SUBSTANCIAS

I.	En donde se explica el principio del fuego de la metodología médica.....	91
II.	De las tres primeras sustancias.....	94
III.	Sobre el modo de acción de las tres primeras sustancias; el sujeto intermedio y la Alquimia.....	99

	<u>PÁG.</u>
IV. De las complexiones y de los “Arcanos” .....	102
V. Razón y Superioridad de la Anatomía.....	106
VI. Discurso sobre las anatomías.....	109
VII. Sobre la dualidad de las formas de los cuerpos.....	113
VIII. Donde se exponen las diferencias del pan de Justicia y de Misericordia se explica la extensión y complejidad de la Medicina.....	117

## LIBRO II

### CAUSAS Y ORIGENES DE LAS ENFERMEDADES QUE PROVIENEN DE LAS TRES PRIMERAS SUBSTANCIAS

I. Naturaleza de las tres sustancias e influencias de las estaciones y de la putrefacción.....	122
II. De las transformaciones de las sustancias y de la necesidad de la obediencia a los designios de Dios. De la Mumia. De la división de la Medicina. De la muerte.....	126
III. Discurso sobre los medicamentos y sobre la muerte.....	134
IV. En que se ocupa del Mercurio.....	137
V. Sobre la Sal.....	140
VI. Del Azufre.....	142
VII. Del germen del esperma, de las formas específicas y de la predisposición como causa de enfermedad.....	146
VIII. Del Soplo Divino y del cuerpo espiritual.....	149

## LIBRO III

### ACERCA DE LAS ENFERMEDADES PRODUCIDAS POR EL TARTARO

Nota Previa.....	152
Al lector.....	153
I. Origen de las enfermedades engendradas por el tártaro.....	154
II. Del Tártaro del estómago y de los intestinos.....	161
III. De los cálculos del hígado, de los riñones y del intestino.....	166
IV. Del Tártaro que se encuentra en otros órganos y partes del cuerpo.....	170

	<u>PÁG.</u>
V. Del Tártaro de la sangre, de la carne y de la médula y del que Provoca la gota.....	180
VI. De los cálculos no debidos al Tártaro y originados por causas exteriores.....	186

#### LIBRO IV

##### TRATADO DE LAS ENFERMEDADES DE LA MATRIZ (Causas y orígenes de todas las enfermedades de las mujeres, incluyendo las que les son comunes con los hombres y las que les son particulares)

Primera nota previa.....	191
Segunda nota previa.....	192
I. Razón de la Matriz como un Mundo mínimo e invisible.....	193
II. Esencia y origen de la Matriz en el Cosmos.....	193
III. De las anatomías de la Matriz.....	195
IV. Razón de porqué son diferentes las medicinas del hombre y de la mujer.....	196
V. Diferencia de las raíces del hombre y de la mujer.....	197
VI. Sobre el origen de las enfermedades de la mujer.....	199
VII. Génesis divina de las semillas y los gérmenes de hombre y mujer.....	201
VIII. Del origen del hombre y del funcionamiento de la Matriz.....	203
IX. De los menstruos.....	205
X. De la lactancia y del parto.....	207
XI. Sobre la patología especial de la mujer.....	208
XII. De la necesidad de una terapéutica especial para la mujer.....	210
XIII. Diferencias entre alimentos, elementos y medicamentos masculinos y femeninos.....	213
XIV. Naturaleza microcósmica, mineral y quirúrgica de las enfermedades de la matriz.....	216
XV. De la concepción y de las enfermedades y estados que el hombre da a la mujer.....	219
XVI. Enfermedades e influencias celestes que experimentan las mujeres.....	222
XVII. De la superioridad del hombre en el cielo de la mujer y de la superioridad de Dios en el cielo del hombre. Razones acerca de la jerarquía de los médicos.....	224
XVIII. Discurso sobre las naturalezas y el matrimonio.....	225
XIX. Del espíritu y de la virtud de la enfermedad.....	228
XX. Conclusión.....	231

LIBRO V

TRATADO DE LAS ENFERMEDADES INVISIBLES

Prefacio.....	233
Sumario.....	238
I. De lo que adquiere el hombre por la Fe.....	239
II. De cómo la Fe puede ser causa de enfermedad.....	242
III. Del discernimiento de la Fe.....	244
IV. De la llamada enfermedad de San Valentín (Epilepsia).....	249
V. De la enfermedad que produce llagas, úlceras y apostemas, llamada “Penitencia de San Quirino” y “Venganza de San Juan” (escrófulas, várices, furúnculos).....	250
VI. Del fuego natural, llamado “de San Antonio” (erisipela, gangrena, cólera).....	251
VII. De la enfermedad llamada “Baile de San Vito” (atetosis, corea, Parkinson, histeria, neurosis de situación, sueños y ensueños).....	252